



**Jeff Lindsay**

**DEXTER,  
CÁMARA,  
¡ACCIÓN!**

*Autor N.º 1 del New York Times*





Libro proporcionado por el equipo

**Le Libros**

**Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros**

**<http://LeLibros.org/>**

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Pocas cosas alteran tanto a un depredador nocturno como los focos... por más que se trate de un plató televisivo. La cadena BTN quiere rodar en Miami el capítulo piloto de una nueva serie y tanto Dexter como Deborah han sido asignados para ayudar en la producción. Cuando una mujer demasiado parecida a la actriz principal aparece salvajemente mutilada, los hermanos deciden repartirse la vigilancia de la estrella. Y nuestro psicópata favorito deberá conciliar su trabajo como asesor de la filmación, los sentimientos que en él comienza a despertar su protegida, la persecución del asesino y su vida familiar, con una mudanza en ciernes. Dexter Morgan ha sobrevivido a situaciones más complicadas pero... ¿será una cámara de televisión testigo del día en que su suerte se agote?

**L  LIBROS**

Jeff Lindsay

**Dexter, cámara, acción!**

**Dexter - 7**

*Para Hilary, que dota de sentido y estructura a la vida, así como a los  
relatos.*

## Agradecimientos

Me siento muy en deuda con mis ayudantes de investigación (Bear, Pookie y Tink), quienes me han ayudado muchísimo en la comprensión del comportamiento preadolescente. Gracias también a Dunny O'Toole y Julio S. por su inestimable colaboración sobre seguridad, información técnica y conocimiento en profundidad de los *pastelitos*. Muchas gracias también a mis numerosos amigos de The Biz por sus años de apoyo moral, amistad y consejos prácticos sobre interpretación.

Gracias a mi editor, Jason Kaufman, por su fe y apoyo.

Y por fin, *Dexter* jamás habría existido sin mi agente y amigo, Nick Ellison. Gracias, san Nick. Menudo viaje...

## Introducción

*Estar muerto no es tan horrible. Sorprendente, cuando te pones a pensar en ello. O sea, parece que el asunto tiene aterrizado a todo el mundo, que llora, gimotea y se pasa años de angustia meditando sobre la posibilidad del más allá. Y no obstante, aquí estoy en plácido reposo, silencioso, liberado del dolor, sin la menor preocupación en el mundo, sin hacer nada más complicado desde un punto de vista metafísico que recordar mi Última Cena: un excelente bocadillo de pastrami. Me lo trajeron, todavía caliente, hace tan sólo cuarenta minutos, cuando estaba sentado en una cómoda silla plegable, y recuerdo que me pregunté, ¿dónde encuentran en Miami un pastrami tan succulento en estos tiempos? El encurtido era también muy sabroso. Y sólo por mostrarme auténtico desde un punto de vista étnico, lo acompañé con una gaseosa de vainilla, algo que no probaba desde hacía mucho tiempo: delicioso. En conjunto, una experiencia culinaria que convertía el hecho de estar muerto en un inconveniente carente de importancia.*

*... si bien, para ser sincero, lo cual a veces es inevitable, estar tirado inmóvil sobre el pavimento estaba empezando a resultar un poco tedioso. Esperaba con todas mis fuerzas que me descubrieran pronto. La muerte no era suficiente para mantener la mente ocupada, y daba la impresión de que llevaba mucho tiempo allí. Sé que no parece lo primero de lo que debes quejarte cuando estás muerto (largas horas y ninguna posibilidad de trabajar), pero eso era lo que había. Me aburría. Y el pavimento sobre el que descansaba estaba caliente y empezaba a notar que era muy duro. Para colmo, había un charco de una asquerosa materia roja pegajosa alrededor de mí que me hacía sentir muy incómodo. Quiero decir que me habría hecho sentir incómodo de haber estado vivo, por supuesto. Pero como mínimo resultaba antiestético. Debía presentar un aspecto muy poco atractivo.*

*Otra extraña preocupación del recién fallecido, quizá, pero cierta. Me iba a convertir en un espectáculo poco invitado. Era inevitable. Es muy desagradable ver un cadáver cosido a balazos tirado en la calle bajo el sol de Miami, esperando en un charco de asquerosa materia roja y pegajosa a que alguien encuentre tu cuerpo, carece de toda dignidad. Y cuando descubrieran al fin mi pobre cadáver tiroteado, ni siquiera daría lugar a un verdadero torrente de sentimientos, a un sentido derroche de angustia y pesar. Claro que jamás había considerado las verdaderas emociones terriblemente conmovedoras, pero de todas maneras a uno le gusta que los demás lloren por él, ¿verdad?*

*Però hoy no, nada de nada para el pobre Difunto Dexter. Al fin y al cabo, ¿quién podía llorar por un monstruo como yo? No, sería un mero paripé, incluso menos convincente de lo habitual, y yo, de entre todo el mundo, no podía quejarme. Había pasado toda mi vida profesional (y una buena parte muy gratificante de mi tiempo libre) entre cuerpos muertos. Sabía muy bien que la*

reacción más natural al descubrir un cadáver acribillado era algo así como: «Oh, qué asco», mientras tu Descubridor trasiega una bebida energética y sube el volumen de su iPod. Hasta eso era más sincero que el exagerado y vacío rechinar de dientes que se produciría cuando descubrieran mi lamentable cadáver. Ni siquiera podía esperar una clásica declaración de dolor y pérdida como «¡Ay, pobre Dexter!» Nadie dice «ay» en la actualidad. De hecho, dudo de que alguien sienta algo en la actualidad.

No, nadie sentiría pena auténtica por el Querido y Fallecido Dexter. Nadie es capaz de expresar pena por la sencilla razón de que nadie es capaz de sentirla. Puede que yo sea la única persona sincera en admitirlo, pero tampoco he visto jamás pruebas concluyentes al respecto. La gente es demasiado insensible y voluble, e incluso en el mejor de los momentos (y éste no lo es), tan sólo podía esperar un gesto de repugnancia ante la masa informe que era mi cuerpo (más o menos) humano, y una punzada de irritación por tener que lidiar con esa sensación. Y después, no me cabía duda de que la conversación se desplazaría al rugby, o a los planes para el fin de semana, y el recuerdo de mi emparedado de pastrami duraría más que la sensación de vacío de cualquiera ante mi prematura muerte.

Pero al fin y al cabo, no había alternativa. Tenía que sacarle el máximo partido y quedarme tumbado aquí como un salmón ahumado hasta que me descubrieran, aunque pensaba que la cosa ya se estaba alargando demasiado. Llevaba expuesto al sol media hora como mínimo: ¿puede un cadáver sufrir quemaduras solares? Estaba seguro de que los muertos evitaban los locales de bronceado rápido, incluso en las películas de zombis, pero aquí, a pleno sol de mediodía, ¿cabía la posibilidad de que una piel muerta se bronceara? No me parecía correcto. A todos nos gusta pensar que los cadáveres son pálidos y espectrales, y una epidermis sana acariciada por el sol estropearía el efecto por completo.

Pero ahora oigo cerca un creciente coro de murmullos y preocupación: una puerta metálica se cierra con un golpe sordo, voces quedas murmuran de manera perentoria, y por fin oigo el sonido que he estado anhelando todo el rato: el repiqueteo apresurado de pasos que se acercan. Se detienen a mi lado y una mujer lanza una exclamación ahogada y grita: «¡Nooo!» Por fin: un poco de verdadera preocupación por mi trágico estado. Una pizca melodramático, quizá, pero resulta conmovedor; y hasta sería emocionante, con tal de que Dexter tuviera un corazón capaz de sentir emociones.

La mujer se inclina sobre mí, y debido al brillante halo de luz solar que rodea su cabeza, no puedo distinguir sus facciones. Pero es imposible confundir la forma de la pistola que aparece en su mano derecha. Una mujer con una pistola. ¿Podría ser la querida hermana de Dexter, la sargento Deborah Morgan, que se ha topado con el cadáver de su querido hermano, trágicamente asesinado? ¿Quién si no podría mostrar tanto dolor por mí? Y existe auténtica ternura en su mano izquierda



cuando la apoya sobre mi cuello para tomar el pulso: en vano, ay, o lo que se diga ahora en lugar de «vano». Su mano izquierda se aparta de mi cuello, alza la cabeza al cielo y dice con la mandíbula apretada: «Mataré a los hijos de putas que han hecho esto. Lo juro...»

Es un sentimiento que apruebo por completo, y de hecho parece muy propio de Deborah, pero no lo suficiente. Hay una fluctuación vacilante y musical en su voz, que mi hermana jamás permitiría.

No, ésta no es Deborah, sino una sosa imitación histriónica. Se parece todavía menos a mi feroz y malhablada hermana cuando añade, en un tono algo nasal y muy enfurruñado: «¡Maldita sea, Víctor, cae una sombra sobre mi cara todo el rato!»

Un hombre que habla como si hubiera experimentado una fatiga tal que le ha llevado más allá de la exasperación humana grita: «Corten. ¿Dónde está el jefe maquinista?»

¿Víctor?

¿El jefe maquinista?

¿Qué puede ser esto? ¿Qué está ocurriendo? ¿Cómo puede producirse una reacción tan extravagante ante el trágico fallecimiento de alguien tan joven, dotado de tanto talento, tan profundamente admirado, al menos por mí? ¿Se trata de algún hipido cósmico, una alucinación demencial causada por haber atravesado el Velo y llegado al Más Allá? ¿Tal vez un confuso momento de transición a la Unidad con Todas las Cosas, mientras Dexter se desprende de la envoltura mortal y se dirige hacia el Último Viaje?

Y ahora la situación empieza a ser cada vez más extraña, cuando una escena surrealista de actividad frenética comienza a desplegarse alrededor de mi cuerpo. Docenas de personas, silenciosas y escondidas hasta ahora, saltan a la acera y se entregan a un frenesí furioso y concentrado, como si lo más natural del mundo fuera pasar junto a un Dexter empapado en sangre e imitar la actividad de un hormiguero. Dos hombres y una mujer pasan por encima de mi trágico cadáver y empiezan a forcejear con grandes luces montadas sobre un trípode, reflectores y haces de cable eléctrico, y es preciso preguntarse: ¿así acaba todo para todo el mundo? ¿No con un bang, sino con un cambio de luces?

Por desgracia para los descubrimientos metafísicos, hemos de esperar un poco más para responder a todos estos interrogantes tan interesantes. Porque hoy, en realidad, no es ese temido día preñado de infamia en que Dexter Muere. Se trata de un fraude muy pequeño e inofensivo: el Engaño de Dexter. Porque hoy Dexter ha hecho su entrada en el vertiginoso y acelerado mundo del espectáculo de alto nivel. Se nos ha deparado el gran y humilde favor de un verdadero Trabajo de Interpretación, y hoy estamos actuando, interpretando un papel para el que hemos estado investigando toda la vida. Nos han contratado como extra, un cadáver de mentirijillas, un pequeño e inmóvil peón en el gran tablero de ajedrez que es

Hollywood.

Y ahora, la mujer que no es Deborah me da palmaditas en la cara y se aleja hacia su remolque, mascullando comentarios homicidas sobre aquellos que permiten sombras sobre su rostro casi perfecto. Todos los miembros del equipo se han sumido en sus misteriosas y enérgicas tareas, y por encima de todos ellos la voz fatigada de Victor canturrea una serie de órdenes cansadas, y después añade:

—Y tú has de ir al vestuario y asearte para la siguiente toma, ¿vale, Derrick?

—Soy Dexter —digo, al tiempo que me levanto de entre los muertos y me siento—. Con equis.

Victor no da señales de haberme oído, ni siquiera de reconocer mi existencia.

—Ya vamos retrasados tres días, tíos —gime—. ¿Podemos darnos un poco más de prisa?

No observo que nadie se dé más prisa, lo cual me parece muy justo. Al fin y al cabo, si Victor opta por ignorarme, no puede protestar si los demás le ignoran, ¿verdad?

Un joven elegante se ha materializado a mi lado y se acucilla junto a mí, acompañado del distintivo aroma de una colonia floral.

—Muy bien —dice, mientras me palmea el brazo—. ¿Parecías muerto de verdad?

—Gracias —contesto.

Deja su suave mano apoyada sobre mi brazo.

—¿Vamos a asearte? —dice. Casi todo lo que ha salido de su boca hasta el momento han sido preguntas, hasta afirmaciones tan sencillas como «Hola, ¿mi nombre es Fred?». No tengo nada contra él, aunque estoy empezando a sospechar que a Fred le gustaría mucho que albergara algún resentimiento en su contra. Pero aun en el caso de sentir dicha inclinación, y de que estuviera disponible (cosa que no estoy), nunca saldría bien. Él es un simple ayudante de vestuario, y Dexter es Talento (¡lo pone en el contrato que firmé!), de modo que me levanto con suma dignidad y me dirijo hacia el gran remolque ocupado por Fred y sus colaboradores. Mientras camino, medito, y tal vez la pregunta en sí es un tópico, un eco absurdo de la obsesión humana por encontrar sentido donde no lo hay. Pero mientras paseo la vista a mi alrededor y contemplo todo ese follón absurdamente caro, me la formulo de todos modos.

¿Cómo he llegado aquí?

Todo empezó plácidamente, hace tan sólo unas semanas, un día estupendo de principios de otoño.

Había ido en coche a trabajar, como hacía siempre, surcando la feroz carnicería que es la hora punta en Miami. Era un día luminoso y agradable: brillaba el sol, la temperatura se había enfilado hasta los veinte grados, los demás conductores hacían sonar alegremente sus bocinas y proferían amenazas de muerte, y yo me movía entre todo ello con la dichosa sensación de estar donde debía.

Había dejado el coche en un hueco del aparcamiento de la jefatura, ajeno por completo al terror indefinible que me aguardaba, de modo que entré en el edificio con una caja grande de donuts apretada contra mí y subí al segundo piso. Había llegado a mi despacho con puntualidad, a la hora acostumbrada. Y ya me había sentado en mi silla, con una taza de café nauseabundo en una mano y un donut de mermelada en la otra, y ni por un momento había pasado por mi cabeza que aquel día se desviaría de la plácida rutina habitual entre los recién fallecidos de Nuestra Hermosa Ciudad.

Y entonces el teléfono de mi escritorio empezó a zumbiar, y como fui lo bastante estúpido como para contestar, todo cambió para siempre.

—Morgan —dije en el auricular. Y de haber sabido lo que se avecinaba, no lo habría dicho con tanto júbilo.

Al otro lado de la línea, alguien emitió un ruido gutural, y lo reconocí sorprendido. Era el sonido que el capitán Matthews producía cuando quería llamar la atención sobre el hecho de que estaba a punto de emitir una declaración importante. Pero ¿qué podía ser, incluso antes de haberme terminado el donut, y por qué hablaba por teléfono con un simple analista forense?

—Ejem, mmm..., Morgan —dijo el capitán. Y después se hizo el silencio.

—Soy Morgan —repliqué.

—Hay un... mmm... —dijo, y volvió a carraspear—. Tengo una misión especial. Para usted. ¿Puede subir a mi despacho? Ahora mismo. —Otra pequeña pausa, y después, lo más asombroso, añadió—: Mmm... Por favor.

Y colgó.

Contemplé el teléfono durante un largo momento antes de colgarlo. No estaba seguro de lo que acababa de suceder, ni de su significado. «¿Suba a mi despacho ahora mismo?» Los capitanes no encomiendan misiones especiales a analistas de manchas de sangre, ni tampoco vamos a sus despachos para alternar con ellos. ¿Qué estaba pasando?

Tenía la conciencia limpia (casi todos los objetos míticos lo están), pero de todos modos sentí una punzada de inquietud. ¿Podía significar problemas, tal vez un careo acerca de una prueba de mis Malvadas Costumbres que había salido a

la luz? Siempre limpiaba concienzudamente (¡nunca dejes partes corporales!), y en cualquier caso había pasado bastante tiempo desde que había hecho algo de lo que valiera la pena hablar. De hecho, en fechas recientes había empezado a pensar que ya era demasiado tiempo, y durante las últimas noches me había dedicado a repasar mi pequeña lista de candidatos, con la intención de fijar una nueva Cita de Juegos. Mi último Encuentro Encantador había tenido lugar varios meses antes, y sin duda merecía otro muy pronto, a menos que me hubieran descubierto. Pero pensando en aquella maravillosa velada, no recordaba ningún desliz, ningún perezoso atajo, sólo una perfección inaudita. ¿Acaso Alguien había descubierto Algo?

Pero no: era imposible. Había sido meticulosamente pulcro, como siempre. Además, si hubieran descubierto mi obra, no habría recibido una cortés invitación para ir a charlar con el capitán... ¡y con un «por favor» añadido! Estaría mirando al Equipo Especial de Respuesta apiñado alrededor de mi escritorio, que me estarían observando a través de sus miras telescópicas guiadas por láser, mientras me suplicaban que intentara algo.

Tenía que existir otra explicación más sencilla de por qué el capitán Matthews me convocaba al Olimpo, pero por más que me devané mis poderosos sesos, éstos no me aportaron nada más que una perentoria sugerencia de que me comiera el donut antes de presentarme ante la augusta presencia del capitán. No era una respuesta, en realidad, pero sí una idea práctica y buena, a la que siguió otra: daba igual lo que él quisiera. Era el capitán; yo era un analista de manchas de sangre. Él daba órdenes y yo las obedecía. Es lo único que sabemos en este mundo, y lo único que hace falta saber. Y así, mientras un coro que interpretaba «El deber me llama» se elevaba de mis gaitas mentales, me levanté de la silla y salí por la puerta, al tiempo que terminaba el donut.

Como era un capitán de verdad, y muy importante en el esquema general de las cosas, Matthews tenía una secretaria, aunque ella prefería que la llamaran ayudante ejecutiva. Se llamaba Gwen, y tenía tres virtudes que descollaban sobre cualquier persona a la que yo hubiera conocido jamás: era asombrosamente eficiente, insoportablemente seria e incomprensiblemente vulgar. Era una combinación deliciosa, y yo siempre la consideraba irresistible. De modo que, mientras avanzaba a grandes zancadas hacia su escritorio, y sacudía de las manos y los pantalones los residuos del donut, no pude reprimir la tentación de espetarle una ocurrencia.

—Hermosa Gwendolyn —dije—. ¡El rostro que lanzó a un millar de coches patrulla!

Ella me miró con el ceño algo fruncido.

—Te está esperando. En la sala de conferencias. Ve ahora mismo.

No había sido una ocurrencia fenomenal, pero Gwen no era famosa por su sentido del humor, de modo que le dediqué mi mejor sonrisa falsa.

—¡Ingenio y belleza! ¡Una combinación irresistible!

—Ve ahora mismo —repetió, con un rostro que parecía tallado en piedra, o al menos en un budín muy duro. Pasé junto a ella como una exhalación y entré en la sala de conferencias.

El capitán Matthews estaba sentado a la cabecera de la mesa, con su aspecto serio, viril y, al menos, casi noble, como siempre. Sentada a su lado estaba mi hermana, la sargento Deborah Morgan, que no parecía muy contenta. Muy pocas veces lo parecía, desde luego. Entre su Ceño Fruncido de policía, cultivado con tanto esmero, y su actitud general de vigilancia malhumorada, la expresión más alegre que había logrado componer en mi presencia era de consentimiento reticente. De todos modos, esta mañana parecía mucho más disgustada, incluso tratándose de ella. Volví la vista hacia las otras tres personas sentadas alrededor de la mesa, con la esperanza de descubrir alguna pista del malestar de mi hermana.

La persona sentada más cerca del capitán era el hombre que debía de ser el elemento dominante del grupo. Tendría unos treinta y cinco años y vestía lo que parecía un traje muy caro, y Matthews tenía la cabeza inclinada en dirección al hombre de una manera que era algo más que deferente y que se acercaba casi a la reverencia. El hombre me miró cuando entré, me analizó como si estuviera memorizando una hilera de números, y después se volvió con impaciencia hacia Matthews.

Sentada al lado de este individuo encantador se hallaba una mujer de una belleza tan asombrosa que, por un momento, me olvidé casi de caminar, y me detuve en mitad de un paso, con el pie derecho colgando en el aire, mientras la miraba boquiabierto como un niño de doce años. Me limité a mirarla, y no sabría decir por qué. El pelo de la mujer era del color del oro viejo, y sus facciones eran agradables y regulares. Y sus ojos, de un violeta llamativo, un color tan improbable y al mismo tiempo tan atractivo, que experimenté la urgente necesidad de acercarme más y estudiarlos de cerca. Pero era algo más que la distribución de sus facciones, algo invisible que sólo se sentía, lo cual la convertía en una mujer más atractiva de lo que era en realidad. ¿Una Pasajera Rutilante? Fuera lo que fuera, robó mi atención y me dejó indefenso. La mujer me observaba con una distante mirada risueña y la ceja enarcada, y me dedicó una leve sonrisa como diciendo: *Por supuesto, pero ¿qué más da?* Y entonces se volvió hacia el capitán, y me dejó en libertad para acabar mi paso interrumpido y avanzar dando traspies hacia la mesa una vez más.

En una mañana de sorpresas, mi reacción ante la simple Pulcritud Femenina fue bastante exagerada. No recordaba haberme comportado nunca de una forma tan ridículamente humana: Dexter no Babea, al menos confrontado a la hermosura femenina. Mis gustos son algo más refinados, y suelen incluir un compañero de juegos escogido con sumo cuidado y un rollo de cinta americana.

Pero esta mujer había logrado petrificarme, y continué mirándola mientras me dejaba caer en una silla al lado de mi hermana. Debs me saludó con un codazo en las costillas y un susurro:

—Estás babeando.

No era cierto, por supuesto, pero de todos modos me enderecé y reuní los restos de mi dignidad hecha trizas, al tiempo que paseaba la vista a mi alrededor en un intento de recobrar mi habitual compostura.

Había una última persona en la mesa a quien todavía no había detectado. Había dejado un asiento libre entre él y la Sirena Irresistible, y se apartaba de ella como si temiera que fuera a contagiarle algo, con la cara apoyada sobre un codo, plantado con naturalidad sobre la mesa. Llevaba gafas de sol de aviador, las cuales no ocultaban que era un hombre de una apostura ruda, de unos cuarenta y cinco años, con un bigote muy bien cuidado y un corte de pelo espectacular. No era posible estar seguro con las gafas de sol plantificadas sobre su cara, pero daba la impresión de que no me había mirado cuando había entrado en la sala con paso torpe y ocupado mi silla. Conseguí disimular mi inmensa decepción ante tamaña negligencia, y volví mi mirada acerada hacia la cabecera de la mesa, donde el capitán Matthews estaba carraspeando de nuevo.

—Ejem —dijo con cautela—. Puesto que ya estamos todos, mmm... Conque de todos modos. —Indicó a Deborah con un cabeceo—. Morgan —dijo, y me miró—. Y, ah, Morgan. —Frunció el ceño, como si le hubiera insultado al elegir un nombre que ya había dicho antes, y la mujer hermosa rió en silencio. El capitán Matthews se ruborizó y todo, algo que no había hecho desde el instituto, y carraspeó una vez más—. Muy bien —dijo, con impresionante autoridad y una mirada de reojo a la mujer. Indicó con un cabeceo al hombre del traje impresionante—. El señor, ah, Eissen, representa, mmm..., a la BTN. Big Ticket Network —El hombre asintió en dirección a Matthews con una exhibición muy deliberada de paciente desprecio—. Y, mmm..., están aquí, en la ciudad. En Miami —añadió, por si habíamos olvidado en qué ciudad vivíamos—. Quieren rodar una película. Un, mmm..., programa de televisión.

El hombre de las gafas de sol habló por primera vez.

—Un episodio piloto —dijo sin mover la cara, abriendo los labios sólo lo suficiente para revelar un cegador conjunto de dientes perfectos—. Se llama piloto.

La mujer hermosa puso los ojos en blanco y me miró, al tiempo que sacudía la cabeza, y me descubrí sonriéndole con gran entusiasmo, sin haber tomado una decisión consciente.

—Exacto —dijo Matthews—. Un piloto. De acuerdo. Y ésta es la cuestión. —Dio una palmada suave sobre la mesa con ambas manos y miró de nuevo a Deborah—. El señor Eissen ha solicitado nuestra colaboración. Que le vamos a conceder con sumo placer. Sumo placer —repitió, y cabeceó en dirección a

Eissen—. Es bueno para el departamento. Imagen positiva y, ah, ejem. —Frunció el ceño una vez más, tamborileó con los dedos sobre la mesa, y miró a mi hermana—. Eso es lo que va a hacer, Morgan. —Frunció el ceño de nuevo y meneó la cabeza—. Y, mmm..., Morgan. Los dos.

Tal vez se debía a que no había terminado mi taza de café vomitivo, pero no tenía ni idea de qué estaba hablando. Por eso, como Dexter siempre ha sido muy espabilado, yo también carraspeé. Funcionó. Matthews me miró con expresión de sorpresa.

—Pero, exactamente, ¿qué debo hacer y o?

El capitán me miró y parpadeó.

—Lo que haga falta —replicó—. Lo que le pidan.

El señor Bigotes habló de nuevo, una vez más sin mover ningún músculo facial.

—Necesitoooo —dijo, alargando la palabra de manera innecesaria— saber Quién. Es. Usted.

Eso era todavía más absurdo que lo que Matthew había dicho, y no se me ocurrió una respuesta más penetrante que «Oh, ajá...» Debió sonarle tan poco convincente a él como a mí, porque se movió al fin, volvió toda la cabeza en mi dirección y se alzó las gafas de sol con un dedo que exhibía una manicura perfecta.

—He de observarle, ver lo que hace, imaginar una forma de ser usted. —Me enseñó sus dientes perfectos—. No deberíamos tardar más de unos días.

La mujer hermosa sentada a su lado resopló y murmuró algo que sonó igual que «Capullo...». Un leve tic de irritación despuntó en el rostro del hombre, pero por lo demás no le hizo caso.

—Pero ¿por qué? —pregunté, y como me gusta superarme, añadí—: ¿No le gusta ser como es?

La Diosa soltó una risita. El hombre se limitó a fruncir el ceño.

—Es para el papel —contestó, algo sorprendido—. He de investigar mi personaje.

Creo que mi expresión debía ser todavía de confusión, porque la mujer hermosa me dedicó una sonrisa deslumbrante que me estremeció y conseguí que me sintiera muy feliz de estar vivo.

—Creo que no sabe quién eres, Bob —dijo.

—Robert —refunfuñó el hombre—. Bob no.

—Hay gente que no ha oído hablar de ti, ¿sabes? —prosiguió ella, tal vez con excesiva dulzura.

—Es probable que tampoco sepa quién eres tú —rugió Robert—. A menos que lea los tabloides.

El señor Eissen, el hombre del traje maravilloso, tamborileó con un solo dedo encima de la mesa. Lo hizo sin ruido, pero todo el mundo guardó silencio y se

enderezó un poco más en su asiento. Luego me dedicó una sonrisa microscópica.

—Robert —dijo, subrayando un poco el nombre, y añadió—: Robert Chase. —Sacudió la cabeza de una forma algo desdeñosa—. Robert es un actor famoso, señor Morgan.

—Ah, vale —dije, y dediqué a Robert un cabeceo cordial. Volvió a bajarse las gafas de sol.

—A casi todos los actores les gusta descubrir la... realidad... del papel que van a interpretar —dijo Eissen, como si estuviera hablando de un grupo de niños pequeños que estuvieran atravesando una fase desagradable, y me dedicó otra sonrisa condescendiente—. Jacqueline Forrest —continuó, con un gesto elegante de la mano para indicar a la mujer hermosa—. Jackie interpreta a una detective dura como una roca. Como la sargento Morgan. —Sonrió a Deborah, pero ella no le correspondió—. Y Robert interpreta el papel de un analista forense. Como usted, según nos han dicho. De modo que Robert le seguirá a donde vaya durante unos días, observará lo que hace y cómo lo hace.

Siempre he oído que la imitación es la forma de adulación más sincera, pero no recordaba que alguien hubiera añadido que la adulación era algo estupendo, y admito que no me sentí terriblemente complacido. No es que tenga nada que ocultar (ya lo he escondido todo), pero me gusta mi privacidad, y la idea de tener a alguien pisándome los talones y tomando notas sobre mi comportamiento era algo inquietante.

—Mmm... —dije, y fue estupendo oír que mi acostumbrada elocuencia saltaba a la palestra—, eso va a ser, mmm..., un poco difícil...

—Da igual —dijo el capitán Matthews.

—Podré aguantarlo —dijo Robert.

—Yo no —dijo Deborah, y todo el mundo la miró. Parecía todavía más cabreada que cuando yo había llegado, lo cual era todo un logro.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Eissen.

Debs sacudió la cabeza.

—Soy una policía, no una puta niñera —replicó con los dientes apretados.

—Morgan —dijo el capitán Matthews, y carraspeó y paseó la vista a su alrededor para ver si alguien había reparado en la palabrota.

—No tengo tiempo para esta mierda —continuó Deborah, utilizando otra palabrota—. Esta misma mañana se ha producido un tiroteo en Liberty City, una sobredosis en la U<sup>[1]</sup> y una decapitación en el Grove.

—Caramba —dijo Jackie maravillada.

Matthews hizo un ademán desdeñoso.

—Eso no es importante.

—Y una mierda que no —replicó mi hermana.

Matthews sacudió la cabeza.

—Páseselo a Anderson o a otro. Esto tiene prioridad —dijo, golpeando la



mesa con los nudillos.

Y dedicó a Jackie su sonrisa más deslumbrante de macho amable. Ella le devolvió la sonrisa, lo cual pareció paralizar a Matthews durante varios segundos, hasta que una vez más Deborah rompió el hechizo.

—No es mi trabajo —insistió—. Mi trabajo consiste en detener delincuentes, no en hacer de canguro de una modelo.

Miré a Jackie para ver cómo se tomaba aquello. Se limitó a mirar a Debs admirada y sorprendida, y sacudió la cabeza poco a poco.

—Perfecto —dijo en voz baja.

—Su trabajo consiste en obedecer órdenes —replicó Matthews con severidad—. Mis órdenes —añadió, y miró de nuevo a Jackie para ver si la había impresionado. Pero ella no había apartado los ojos de Deborah.

—Maldita sea, capitán —dijo mi hermana, pero Matthews levantó una mano y la interrumpió.

—Ya basta —replicó con brusquedad—. Le ordeno ser la asesora técnica de esta gente. Punto. Hasta nuevo aviso. —Debs abrió la boca para decir algo, pero el capitán no se lo permitió—. Lo hará, y lo hará bien, y eso es todo, se acabó, fin de la discusión. —Se inclinó un poco hacia mi hermana—. Por cierto, Morgan, vigile su lenguaje, ¿de acuerdo?

La miró, y ella sostuvo su mirada, y por un momento sólo pasó eso, hasta que esta vez fue Eissen quien rompió el hechizo.

—Bien, asunto solucionado —dijo, y dibujó una sonrisa falsa para indicar que ahora todo el mundo estaba contento—. Gracias por su colaboración, capitán. Mi cadena se siente muy agradecida.

Matthews asintió.

—Bien, eso es, ejem. Y estoy seguro de que esto es positivo. —Me miró a mí, y después a Deborah—. Para todos —añadió, y fulminó a mi hermana con la mirada.

—Estoy seguro de que tiene razón —dijo Eissen.

—Esto va a ser impresionante —ronroneó Jackie.

Deborah no parecía estar de acuerdo.

—Escucha —me dijo Robert Chase mientras recorriamos el pasillo juntos en dirección a mi laboratorio—. Hemos de fijar unas cuantas reglas básicas, ¿de acuerdo?

Le miré y vi sólo su perfil, porque tenía la vista clavada delante con las gafas de sol puestas.

—¿Reglas? —pregunté—. ¿A qué te refieres?

Se detuvo y me miró.

—Eres Derrick, ¿verdad? —dijo, y extendió una mano.

—Dexter. Dexter Morgan.

Estreché su mano. Era suave, pero el apretón firme.

—Eso. Dexter. Yo soy Robert. ¿Vale? Sólo Robert. —Levantó un dedo admonitorio—. Bob no.

—Claro que no.

Asintió como si yo hubiera dicho algo sensato y continuó caminando.

—Vale —dijo, levantó la palma de la mano y la agitó—. Soy un tipo normal. Me gustan las mismas cosas que a ti.

Eso no me pareció posible, teniendo en cuenta mis gustos, pero decidí no llevarle la contraria.

—Vale.

—No conduzco un Ferrari, ni esnifo coca sobre las tetas de una puta, ¿de acuerdo?

—Oh. Bien, estupendo.

—O sea, no me malinterpretes —dijo con una sonrisa amable y viril—. Me gustan las tías. Me encantan. —Me miró para comprobar que yo le creía, y después continuó—. Pero me la suda ese rollo de la... celebridad, ¿vale? Soy un actor, no una estrella. Hago un trabajo, igual que tú, y cuando termina el día, me gusta relajarme, tomar unas cervezas, ver un partido de béisbol. De lo más normal. Nada de discotecas, tías y fiesta toda la noche. Eso es... —Sacudió la cabeza—. Eso son chorradas.

Todo aquello era muy interesante, pero he descubierto que, casi siempre, cuando alguien hace excesivo hincapié en algo, o está intentando autoconvencerse, o intenta disfrazar algo muy diferente. Tal vez sí esnifaba coca sobre las tetas de una puta de vez en cuando, pero no quería que se supiera. Pero, por supuesto, mi experiencia con los Grandes Actores de Hollywood se limitaba a verlos en la tele con menos de la mitad de mi atención, de modo que también era posible que Robert Chase estuviera diciendo la verdad con un monólogo de algún papel anterior. En cualquier caso, daba la impresión de que insistía demasiado en tener gustos «normales» sobre mujeres y deportes, y tuve que preguntarme si eso nos iba a llevar a algún sitio.

—De acuerdo —dije—. ¿Cuál es la regla?

Torcí la cabeza un poco, como si no me hubiera oído.

—¿A qué te refieres? —preguntó.

—Reglas básicas. Dijiste que íbamos a fijar las reglas básicas.

Se detuvo y se volvió para mirarme sin la menor expresión en el rostro. Yo sostuve su mirada. Por fin, sonrió y me palmeó el hombro.

—De acuerdo —dijo—. Creo que he sido un poco... pedante.

—En absoluto —mentí cortésmente.

—La cuestión es que no quiero ningún tipo de, ya sabes, trato especial o lo que sea. Haz lo que haces habitualmente, y actúa como si no estuviera presente. Haz lo que haces siempre, ¿vale?

Debía creer que hablaba en serio, pero un breve momento de reflexión tendría que haberle demostrado la imposibilidad de su Primera Regla. En primer lugar, ya le habían dispensado un trato especial, porque me habían dado órdenes de concedérselo. Y en segundo, si yo hacía lo de siempre, saldría chillando de la habitación. De todos modos, la vida nos enseña que el pensamiento humano casi nunca va cogido de la mano con la Lógica, y suele ser contraproducente suscitar dicha cuestión. Así que me limité a asentir con la mayor placidez posible, como si se estuviera expresando con toda sensatez.

—Claro —dije—. ¿Algo más?

Paseó la vista a su alrededor en el pasillo, de una manera algo furtiva, pensé.

—No me gusta... la sangre —comentó. Tragó saliva—. Preferiría, mmm..., no tener que verla... en exceso.

Hasta el momento, Chase se me había antojado un tipo carente de humor, pero esta declaración era tan improbable que le miré para ver si estaba bromeando. No lo parecía. Me miró, paseó la vista a su alrededor de nuevo, y después la clavó en sus zapatos. Valía la pena mirarlos. Debían de costar más que mi coche.

—Bueno... —dije por fin—. Sabías que me ocupo de las salpicaduras de sangre, ¿verdad?

Chase se encogió.

—Sí, lo sé, pero... —Torció la cabeza como si tuviera torticollis, flexionó las manos y emitió una especie de risita que no era ni la mitad de convincente de lo que habría debido ser, toda vez que procedía de un Actor—. Es que yo... No me gusta. Me... me... revuelve las tripas. Sólo pensar en que corre por dentro de nuestro cuerpo, o incluso mirarla, verla en el suelo, me da... —Se estremeció y volvió la cabeza para mirarme, y por primera vez pareció un ser humano real, vivo, imperfecto—. No me gusta —concluyó, con una voz casi suplicante.

—De acuerdo —contesté, puesto que no había mucho más que decir—. Pero no sé si puedo enseñarte cómo se analizan las salpicaduras de sangre sin enseñarte la sangre.

Se miró los pies de nuevo y suspiró.

—Lo sé —reconoció.

—Oh. ¡Dios mío! —exclamó una voz estupefacta a mi espalda, y me volví a mirar. Vi a Vince Masuoka parado en el pasillo, con ambas manos sobre la cara y boquiabierto, con el aspecto de una niña de doce años que se hubiera topado con todo el reparto de *Glee*<sup>[2]</sup>.

—Vince. Soy yo —dije. Pero por lo visto no lo era. Vince no me hizo caso y apuntó una mano temblorosa en dirección a Chase.

—¡Robert Chase, oh, Dios mío, oh, Dios mío! —repitió, y se puso a dar saltitos como si tuviera una gran urgencia de ir al lavabo—. Eres tú. ¡Eres tú!

Aunque ignoraba si estaba intentando convencerse a sí mismo o a Chase, su interpretación se me antojó de lo más irritante. Pero dio la impresión de que eso era justo lo que Chase necesitaba. Se enderezó y compuso de inmediato una expresión serena, seguro de sí mismo y más perfecto de lo que un simple ser humano sería jamás.

—¿Cómo estás? —preguntó a Vince, aunque la respuesta evidente debía ser «Loco de remate».

—Oh, Dios mío —repitió Vince, y me pregunté si podría evitar que volviera a decirlo a base de propinarle unas cuantas bofetadas. Pero tales acciones lógicas y gratificantes están desaconsejadas en el centro de trabajo, por más que sean perfectamente sensatas, de modo que rebusqué en mi interior y encontré suficiente control de hierro para reprimir mi ansia natural.

—Veo que conoces a Robert —dije a Vince—. Robert, te presento a Vince Masuoka. Era analista forense antes de perder la razón.

—Hola, Vince —saludó Robert. Avanzó con la mano extendida y una sonrisa varonil en la cara—. Encantado de conocerte.

Vince miró la mano extendida como si nunca hubiera visto una.

—Oh. Oh. Oh. Ohdiosmío. Ohdiosmío. Quiero decir... —Agarró la mano de Chase como si se estuviera ahogando, al tiempo que lo miraba y continuaba farfullando como un poseso—. Esto es increíble. Estoy taaaaan... O sea, siempre... Oh, Dios, no puedo creerlo... —Algo todavía más extraño fue que, mientras continuaba sujetando la mano de Chase, su rostro empezó a teñirse de púrpura, y bajó la voz hasta convertirla en un susurro ronco y extraño—. ¡Me gustaste muchísimo en *Hard and Fast*!

—Sí, bien... Gracias. —Chase logró liberar la mano de la presa húmeda de Vince—. Eso fue hace mucho tiempo —añadió con modestia.

—Tengo el deucedé —explicó entusiasmado Vince, y se puso a dar saltitos de nuevo—. ¡Oh, Dios mío!

Chase se limitó a sonreír. Por lo visto, ya había sido testigo de ese tipo de comportamiento en ocasiones anteriores, pero aun así el ataque de Vince tenía que resultarle un poco incómodo. De todos modos, se lo tomó con aplomo varonil

y le palmeó el hombro.

—Bueno, Derrick y yo hemos de poner manos a la obra. —Se volvió hacia mí y me dio un codazo—. Me muero de ganas de trabajar contigo. ¡Hasta la vista!

Chase apoyó una mano sobre mi codo y me obligó a avanzar por el pasillo. Yo no necesitaba que me diera ánimos, puesto que Vince se había puesto a gemir de nuevo «Ohdiosmío, ohdiosmío, ohdiosmío», y nunca es agradable demorarse en presencia de alguien que había sido un amigo y ahora se había convertido en el chico del cartel que ilustra la tragedia de la enfermedad mental. De manera que abandonamos a Vince en el pasillo y nos adentramos en el refugio de mi pequeño despacho, donde Chase apoyó una cadera sobre el borde de mi escritorio, se cruzó de brazos y sacudió la cabeza.

—Bien —dijo—, no me esperaba eso aquí. Quiero decir, pensaba que los policías eran un poco más, no sé. —Se encogió de hombros—. Mmm..., ¿más duros? ¿Más machos? Ya sabes.

—Vince no es policía.

—Ya, pero aun así. ¿Es gay? O sea, ningún problema. Sólo me lo estaba preguntando en voz alta.

Miré a Chase sorprendido, y para ser sincero, me sentía sorprendido conmigo mismo. Había trabajado con Vince durante años, y nunca me había formulado aquella pregunta. Por supuesto, era por completo irrelevante, y no era asunto mío. Al fin y al cabo, yo no quería que él fisgara en mi vida privada.

—No lo sé —dije—. Pero el año pasado se disfrazó de Carmen Miranda por Halloween. Otra vez.

Chase asintió.

—Una de las señales de advertencia. Bien, mierda, me da igual. Quiero decir, hay maricas por todas partes en estos tiempos.

Me pregunté por el uso de aquella palabra, «marica». Se me antojaba una palabra que no se utilizaba en círculos más liberales, como yo creía que sería la comunidad de Hollywood. Pero cabía la posibilidad de que Robert sólo quisiera adaptarse, y había supuesto que yo decía cosas que no eran Políticamente Correctas porque era un miembro duro y macho de la Comunidad de las Fuerzas de la Ley de Miami, y todo el mundo sabe que todos hablamos así.

En cualquier caso, yo estaba más interesado en su reacción al ataque del Síndrome de la Adolescente sufrido por Vince.

—¿Te suceden muy a menudo este tipo de cosas? —pregunté.

—¿A qué te refieres, a todo ese rollo de flipar y dar saltitos sobre un pie? —dijo con naturalidad—. Sí. Donde quiera que vaya.

Cogió una carpeta de mi escritorio y la abrió.

—Eso debe dificultar la visita al súper.

No levantó la vista.

—Ajá. Alguien lo hace por mí. De todos modos —se encogió de hombros—, en Los Ángeles es diferente. Todo el mundo cree que está en el mismo negocio que tú, y nadie quiere que le confundan con un friki.

Empezó a pasar las páginas del informe, cosa que consideré un poco irritante.

—He de hacer un poco de trabajo de laboratorio —dije, y él levantó la vista angustiado, lo cual logró que me sintiera bastante mejor.

—¿Es... sobre un asesinato? ¿Análisis de sangre?

—Me temo que sí. He de trabajar con algunas muestras tomadas en el lugar de los hechos. —Y como Dexter no siempre es agradable, añadí—: El asesino cortó la arteria femoral, así que había sangre por todas partes.

Chase inhaló aire entre dientes. Expulsó el aire de nuevo, se quitó las gafas de sol y las miró, y se las caló de nuevo. Le observé un momento, y tal vez esto no me deje bien parado, pero disfruté cuando vi que había palidecido bajo el bronceado. Por fin, tragó saliva e inhaló aire de nuevo.

—Bien, supongo que será mejor que observe.

—Eso creo.

Tragó saliva, respiró hondo y se levantó, mientras intentaba componer una expresión de determinación.

—Vale —dijo—. Yo... miraré por encima de tu hombro.

—De acuerdo. Intentaré no salpicar demasiado.

Cerró los ojos, pero me siguió.

Fue un pequeño triunfo, pero fue el único que conseguí durante el resto de la semana. Mientras yo me arrastraba por mi rutina diaria, Robert se arrastraba conmigo. No se interponía en mi camino con excesiva frecuencia, pero cada vez que me daba la vuelta allí estaba, con el ceño fruncido de concentración, y a menudo con alguna pregunta simplona: ¿por qué hice eso? ¿Por qué era importante hacerlo? ¿Lo hacía a menudo? ¿A cuántos asesinos en serie había capturado por hacer eso? ¿Existían los asesinos en serie? ¿Había muchos asesinos en serie en Miami? Muchas veces las preguntas no estaban relacionadas con lo que yo estaba haciendo, lo cual conseguía que todo el asunto me pareciera absurdo e irritante. Podía comprender que era un poco difícil para alguien como él formular preguntas inteligentes sobre cromatografía de gases, pero, entonces, ¿por qué miraba cuando lo hacía, para empezar? ¿Por qué no iba a sentarse a un bar y me enviaba sus preguntas mediante mensajes de texto, mientras bebía una cerveza y veía un partido de béisbol?

Las preguntas estúpidas ya eran bastante horribles. Pero el miércoles, Chase condujo la situación a un nuevo nivel de persecución.

Nos encontrábamos en el laboratorio una vez más, y yo estaba mirando por el microscopio, donde acababa de encontrar algunas similitudes muy interesantes entre muestras de tejidos de dos escenas del crimen diferentes. Me enderecé, di media vuelta, y allí estaba Chase, con el ceño fruncido en actitud pensativa. Con

una mano se masajeaba la cabeza, y con la otra se tapaba la boca. Y antes de que pudiera preguntarle por qué demonios estaba haciendo un gesto tan ridículo, me di cuenta de que yo estaba haciendo lo mismo.

Dejé caer las manos.

—¿Por qué haces eso? —pregunté, y conseguí disimular casi por completo mi irritación.

Chase también dejó caer las manos y sonrió, una pequeña y engreída sonrisa de triunfo.

—Es lo que haces tú. Cuando descubres algo significativo. Haces eso con las manos. —Lo repitió con brevedad, una mano en la cabeza y la otra sobre la boca—. Haces esto, y después te enderezas con aspecto muy pensativo. —Compuso una expresión que decía con mucha claridad: *Qué pensativo estoy*—. Así —remachó.

Consideré muy posible que hubiera hecho eso y otras muchas cosas durante toda mi vida profesional sin darme cuenta. Hay muy pocos espejos en el laboratorio capaces de mostrarme mi aspecto mientras trabajo, y la verdad era que lo prefería así. Todos tenemos pautas de comportamiento inconscientes, y siempre he pensado que las mías eran más comedidas y lógicas que las exhibidas por los simples mortales que me rodeaban.

Pero aquí estaba Chase, el cual me estaba demostrando con mucha claridad que mi gestualidad era tan ridícula como la de cualquiera. Me enfurecía sobremanera verle imitarme ante mis propias narices, pero eso no explicaba la parte más importante de la pregunta.

—¿Por qué has de hacerlo tú también? —pregunté.

Meneó la cabeza, un brusco movimiento a un lado, como si fuera yo el que hacía preguntas estúpidas.

—Estoy aprendiendo tu comportamiento. Para mi personaje.

—¿No podrías aprender el de Vince? —repliqué, y hasta yo me di cuenta del tono irritado.

Chase negó con la cabeza.

—Mi personaje no es gay —repuso muy serio.

El jueves, al finalizar la jornada laboral, tenía muchas ganas de volverme gay, con tal de que Chase dejara de imitarme. Le veía asimilar todo cuanto yo hacía, cada pequeño tic inconsciente, y averigüé que sorbía el café, me lavaba las manos durante demasiado rato y contemplaba el techo con los labios fruncidos cuando hablaba por teléfono. Nunca había tenido problemas con mi autoestima. Me gusta muchísimo Dexter tal como es. Pero, a medida que Chase continuaba con su táctica de mono de imitación, descubrí que hasta la autoimagen más robusta es capaz de erosionarse bajo un asedio de mofas constantes y solemnes.

Hice lo que pude por resistir. Me dije que estaba obedeciendo órdenes, que

formaba parte de mi trabajo y que no me quedaba la menor elección, pero no me sirvió de nada. Cada vez que me daba la vuelta, veía un reflejo exacto de lo que estuviera haciendo en aquel momento, pero con un pulcro bigote y un corte de pelo perfecto. Peor todavía, de vez en cuando me volvía y le veía observándome, con una expresión soñadora de anhelo abstracto en el rostro que era incapaz de descifrar.

Fueron transcurriendo los días y su presencia era cada vez más exasperante. Ya era bastante malo que me siguiera, observara, copiara..., pero aun dejando todo eso a un lado, me resultaba imposible apreciar a Robert Chase. Admito que en muy raras ocasiones logro articular ese tipo de tierno vínculo personal que los humanos forjan de manera rutinaria, sobre todo porque no poseo sentimientos humanos. Aun así, lo finjo muy bien. He sobrevivido entre la gente toda la vida, y conozco todos los rituales y trucos de los vínculos afectivos sociales. Ninguno de ellos funcionaba con Chase, y descubrí que, por algún motivo, me sentía reticente a intentarlo. Había algo raro en él, algo erróneo, carente de atractivo, y si bien no habría podido decir por qué, no me gustaba.

Pero me habían ordenado remolcarlo a través de las aguas turbulentas de mi vida en la sección forense, y remolcar debía. Y he de admitir que Chase, al menos, era diligente. Aparecía cada mañana, casi a la misma hora exacta que yo. El viernes por la mañana hasta llegó con una caja de donuts. Debí manifestar mi sorpresa, porque me sonrió.

—Es lo que haces tú, ¿verdad? —dijo.

—A veces —admití.

Asintió.

—He estado preguntando por ti. Todo el mundo me dijo: «A Dexter le da por los donuts».

Y sonrió, como si la aliteración fuera una forma de ingenio particularmente inteligente.

Si antes me había irritado, ahora me tenía hasta el gorro. Era algo más que mofa y befa. Ahora iba por ahí «preguntando por mí», fisgando en mi carácter, animando a todo el mundo a que desembuchara acerca de las excentricidades y pecadillos de Dexter. Me puso tan furioso que sólo pude calmarme imaginando a Robert atado con cinta americana a una mesa, y a mí sobre él con un cuchillo de carnicero. De todos modos, me zampé sus donuts.

Esa tarde me aportó el único alivio de toda la semana. Y me pareció de lo más adecuado que llegara en forma de homicidio.

Robert y yo acabábamos de llegar de comer. Había dejado que me convenciera de llevarle a un sitio de Auténtica Cocina Cubana, de modo que fuimos a mi antro favorito, Café Relámpago. Dos generaciones de Morgan habían pasado por él, tres, si contábamos el hecho de que había llevado a mi hija, Lily Anne. Le encantaban los *maduros*.



En cualquier caso, Robert y yo nos habíamos dado un buen atracón de *ropa vieja*, *yuca*, *maduros* y, por supuesto, *arroz con frijoles negros*. Lo habíamos trasegado todo con Ironbeer, la versión cubana de la Coca-Cola, y terminado con un flan y un montón de *cafecitos*. Robert había insistido en pagar, tal vez como una forma de ganarse mi afecto, de modo que me encontraba de mejor humor cuando volvimos al trabajo. Pero no tuvimos ocasión de acomodarnos en nuestras sillas para reflexionar y digerir, porque cuando entramos Vince salió corriendo con la bolsa de lona en la que guardaba su equipo.

—Coge tus cosas —dijo al pasar—. Tenemos una buena.

Robert se volvió para seguirle con la mirada, y su aire de relajada confianza pareció fundirse y formar un charco a sus pies.

—¿Eso...? ¿Se refiere a que..., mmm...?

—Puede que no sea nada. Tan sólo una rutinaria decapitación a machetazos o algo por el estilo.

Chase me miró unos segundos con los ojos abiertos como platos. Después palideció, tragó saliva y asintió.

—Vale —dijo.

Fui a buscar mi equipo, con una cálida sensación de satisfacción por la evidente desazón de Chase. Como ya he dicho, a veces no soy una persona muy agradable.

El cadáver estaba en un contenedor de basura de un callejón situado en el borde del campus del Miami-Dade Community College. El callejón estaba oscuro, incluso bajo el sol de mediodía, pues recibía la sombra de los edificios circundantes, y debía estar mucho más oscuro de noche, cuando algún Alguien malvado había elegido ese lugar para su esparcimiento y juegos, lo más probable por ese mismo motivo. A juzgar por el estado del cuerpo, había sido una idea estupenda. Las cosas que le habían hecho a lo que antes había sido una joven atractiva era mejor no verlas.

El contenedor se encontraba en ángulo al fondo del callejón. Una parte de la tapa estaba levantada, y hasta a tres metros de distancia se oía el zumbido de tropecientos millones de moscas que volaban a su alrededor formando una enorme nube oscura. Angel Batista Nada-Que-Ver estaba espolvoreando el exterior del contenedor en busca de huellas. Trabajaba con detenimiento en el borde superior, espolvoreando con una mano y ahuyentando moscas con la otra.

Vince estaba con una rodilla apoyada al lado del contenedor, donde parte de la basura más babosa había caído sobre la acera, y tanteaba con cautela la repugnante sopa con sus dedos enguantados. No parecía muy contento.

—Jesús —me dijo sin alzar la vista—. No puedo respirar.

—Respirar está sobrevalorado —repliqué—. ¿Has encontrado algo?

—Sí —contestó, y casi fue un rugido—. He encontrado basura. —Apretó los dientes y sacudió algo adherido a sus guantes—. Si nos toca otro así, pido el traslado a Aplicación del Código.

Noté un leve atisbo de oscuro interés por parte del Pasajero.

—¿Otro? —pregunté—. ¿Es probable que nos caiga otro?

Vince carraspeó y escupió a un lado.

—No parece un asesinato fortuito. No fue una pelea con el novio, desde luego. Jesús, cómo odio la basura.

—¿Qué significa «otro»? —preguntó Chase, que estaba a mi lado—. ¿Crees que podría ser un... asesino en serie?

Por un momento, Vince olvidó que estaba arrodillado sobre basura, y le sonrió con auténtica adoración.

—Hola, Robert —dijo.

Al cabo de toda una semana de ver al actor a diario, Vince todavía estaba a punto de desmayarse en su presencia. Pero al menos ya no iba gimiendo «ohdiosmio».

—¿Por qué crees eso? —continuó Chase—. O sea, que no es fortuito.

—Oh —terció Vince—. Es que, en fin..., parece todo un poco... ¿barroco? —Agitó una mano alegremente, y un pequeño globo de basura salió volando y aterrizó sobre mi zapato—. ¡Huy!

—Barroco —repitió Chase con aire pensativo—. Como ¿qué? Quieres decir... ¿Qué quieres decir?

Vince no dejaba de sonreír. Nada que Chase dijera, por más estúpido que fuera, hacia mella en su brillante y reluciente armadura.

—Complicado —dijo—. En fin, ya sabes... No sólo quería matarla. Quería hacerle cosas.

Chase asintió, y a pesar de las sombras del callejón observé que había palidecido un poco más.

—¿Qué...? —Tragó saliva—. ¿Qué tipo de cosas?

—Echa un vistazo —dijo Vince—. Cuesta bastante describirlo.

El actor cambió su peso de un pie al otro, con el claro deseo de encontrarse en otro sitio, pero yo, por mi parte, no podía esperar más. Me gustaría decir que me sentí impelido a cumplir mi deber con la ciudad de Miami, que me pagaba para investigar estas cosas. Pero la verdad es que el peso de mis obligaciones profesionales no era nada comparado con la creciente oleada de suspiros ansiosos procedentes del sótano más profundo de la Oscura Fortaleza de Dexter, que me azuzaba a mirar en el contenedor y a refocilarme con lo que hubiera dentro. De modo que rodeé a Vince y me encaminé hacia donde Angel Batista Nada-Que-Ver estaba fotografiando meticulosamente las docenas de huellas dactilares borrosas que había descubierto.

—Angel, ¿qué tenemos?

No alzó la vista. Compuso una mueca de asco espantosa y cabeceó en dirección al contenedor.

—Mira —dijo.

Miré. Las dos terceras partes del contenedor estaban repletas de una deliciosa mezcla de papel, plástico y restos de comida podrida. Derrumbado sobre la fragante suciedad estaba el cuerpo desnudo y mutilado de una joven. Avancé un paso para mirar más de cerca, e incluso antes de que los detalles se registraran en mi conciencia, la imagen se enfocó en un oscuro y seco lugar interior, y sentí que el Oscuro Pasajero se sacudía el sueño con un agitar de alas correosas y una creciente sibilancia de palabras que no lo eran del todo, en tanto ascendía por la escalera en sombras que conducía desde el sótano más profundo del Castillo Dexter hasta las murallas para gozar de una vista de primera fila, y decía en voz baja: *Sí, oh, sí, sí, ya lo creo*, y con una nueva sensación de respeto examiné con detenimiento lo que había despertado al Pasajero de sus oscuros sueños.

Me daba la espalda a medias, en la pendiente inclinada de la montaña de basura, pero por lo que pude ver de perfil, su muerte no había sido piadosa. Le habían arrancado de raíz un gran puñado de pelo dorado de un lado de la cabeza, y quedaba bien a la vista una oreja devorada en parte.

La parte visible de su cara estaba tan salvajemente devastada que ni su propia madre hubiera reconocido los restos. Le habían cortado los labios de una forma

chapucera, dejando tan sólo una mellada ruina roja. Habían aplastado su nariz hasta convertirla en una pulpa roja y lisa, y la cuenca del ojo visible estaba vacía.

Daba la impresión de que el resto de su cuerpo estaba maltratado de la misma manera. El pezón había desaparecido, tal vez devorado como la oreja, y le habían rajado el estómago por debajo del ombligo. Vi al menos tres heridas que habrían podido matarla, y una docena más lo bastante horribles como para pensar que la muerte era una buena idea.

Pero antes de que pudiera echar otro rápido vistazo más, oí un sonido espantoso a mi espalda, como si alguien estuviera estrangulando a un animal de buen tamaño, y al volverme vi que Chase retrocedía a toda prisa con ambas manos sobre la boca, y la cara virando al verde casi tan deprisa como andaba él. Con una sensación de verdadero placer, le vi correr hacia el perímetro de la escena del crimen. Era una reacción común cuando veías por primera vez una muerte horrible, pero en este caso fue muy satisfactoria. También me dejó en paz para echar un vistazo más prolongado, sin prisas, cosa que hice.

Examiné el cuerpo de pies a cabeza, maravillado de la meticulosidad de la devastación, y el Pasajero reconoció el mérito. Alguien había invertido una gran cantidad de tiempo y esfuerzos en hacer esto, y si bien los resultados no estaban a la altura de mis elevados niveles artísticos, sí demostraban cierto vigor y abandono primitivos que eran admirables, y hasta contagiosos. La técnica era desmañada, deficiente, incluso brutal, pero hablaba de una salvaje alegría experimental en el trabajo que daba gusto verla. Al fin y al cabo, da la impresión de que muy pocas personas disfrutamos con nuestro trabajo en la actualidad. El autor de esta obra se lo había pasado en grande, eso estaba claro. También estaba claro, al menos para mí, que el asesino estaba explorando, buscaba algo que aún no había acabado de encontrar, pese a una búsqueda muy meticulosa.

Dediqué otra mirada más larga a los menguados restos de la joven, y no me hizo falta la aprobación entre susurros del Pasajero para darle la razón a Vince. Ésta podía ser la primera vez que Nuestro Asesino hacía esto, pero no sería la última. Tal como estaban las cosas, sería mejor cazarle antes de que transformara a demasiadas mujeres jóvenes más en cebo de pesca, y eso significaba que había llegado el momento de que Dexter conectara *online* su poderoso cerebro y empezara a trabajar. Se trataba de un trabajo real y atrayente, y con Chase en el exilio, al otro lado de la cinta del perímetro de la escena del crimen, tenía libertad para hacerlo.

Pero apenas acababa de encontrar un espacio relativamente limpio para dejar mi bolsa, cuando oí lo que sonó como una salva de aplausos procedente de los mirones. He estado en el escenario de cientos de homicidios, tanto como profesional como practicando mi afición favorita, y he visto y oído muchas cosas sorprendentes. Puedo decir con toda sinceridad, no obstante, que jamás había

oído que un cuerpo mutilado recibiera una ovación. Me volví a mirar con algo más que curiosidad.

Deborah acababa de agacharse bajo la cinta amarilla, y durante medio segundo me pregunté si al fin estaba consiguiendo el reconocimiento público que tanto se merecía por los años de duro trabajo al servicio de la Justicia. Pero no: a pocos pasos detrás de mi hermana, una cabeza dorada perfectamente atusada había aparecido, y comprendí que la entusiasta salva de aprobación estaba dirigida a la sombra de Deborah, Jackie Forrest. Se detuvo en la cinta para saludar a la multitud con la mano y dedicarle una sonrisa deslumbrante, y la gente que tenía a su alrededor empujó hacia delante, no como si quisieran agarrarla o tocarla, sino más bien como si no pudieran controlarse, como si algo en ella les impeliera a acercarse más.

Observé mientras Jackie intercambiaba unas palabras con algunas de las personas, que dibujaban estúpidas sonrisas en la cara, y lo consideré extrañamente fascinante. ¿Qué tenía la joven que actuaba como afrodisíaco sobre esta gente? Era famosa, sí, pero también Robert, y la reacción de la muchedumbre no se había parecido en nada a esto. Y era bonita, pero vi al menos a tres mujeres entre la multitud más guapas que ella, con toda franqueza. Y no obstante, todos se lanzaron hacia Jackie, por lo visto sin saber por qué.

Vi que ella dirigía unas últimas palabras a los congregados, una última sonrisa, se agachaba bajo la cinta y avanzaba hacia el contenedor. La vieron alejarse, incapaces de despegar los ojos de ella, y me di cuenta de que a mí me pasaba lo mismo. Ahora que había visto a una multitud descerebrada y babeante mirar a una actriz de televisión, yo también me sentí impulsado a mirarla. Me dije que sólo estaba intentando comprender por qué la turba la encontraba tan fascinante, pero ni yo mismo parecía creérmelo.

Por fin, aparté la vista y fui a reunirme con mi hermana. Debs ya estaba escudriñando el contenedor con una expresión muy dura en la cara.

—¡Madre mía! —dijo—. Pero ¿qué demonios...? —Sacudió la cabeza—. ¿Tienes algo?

—Acabo de llegar —dije.

—¿Quién está al mando? —preguntó ella, mientras sus ojos resbalaban sobre el cadáver.

—Anderson.

—Mierda. No podría encontrarse el culo ni con las dos manos.

—¿Qué hay ahí? —preguntó una voz ronca, y Jackie Forrest se reunió con nosotros.

—Tal vez no te apetezca mirar —dije, pero ella ya había pasado de largo para mirar en el contenedor. Al recordar la reacción de Chase, me preparé para la inevitable explosión de horror, consternación y vómitos, pero Jackie se limitó a mirar.

—Caramba —dijo—. Oh, Dios mío. —Miró a mi hermana—. ¿Quién ha podido hacer eso?

—Montones de personas —rugió Deborah—. Y cada día más.

—Caramba —repitió Jackie, sin dejar de mirar a la chica muerta, y después frunció el ceño—. ¿Qué haces ahora?

—Nada —dijo Debs entre dientes—. No es mi caso.

—Vale, de acuerdo —dijo Jackie, al tiempo que movía la mano en un gesto de impaciencia—. Pero si fuera tu caso, ¿qué harías?

Deborah desvió la vista del cadáver y la miró. Al cabo de un momento muy largo, la actriz también arrancó los ojos de la cosa tirada en el contenedor y miró a mi hermana.

—¿Qué? —preguntó.

—¿No te da asco? —preguntó Debs, al tiempo que indicaba el cadáver con un cabeceo.

Jackie hizo una mueca.

—Pues claro que me da asco —respondió en tono irritado—. Pero estoy intentando ser como tú. Profesional. O sea, ¿a ti no te da asco?

—Es mi trabajo.

Jackie asintió.

—Exacto. Y ahora también es el mío. He de aprender todo esto. O sea, ¿qué quieres que haga? ¿Ponerme a chillar como una colegiala y desmayarme?

Deborah la estudió durante otro largo momento. Jackie la estudió a su vez.

—No —dijo Debs por fin—. Creo que no.

La actriz asintió.

—Muy bien. Si fuera tu caso, ¿qué harías ahora?

Deborah la miró. Después asintió. Movié la cabeza en mi dirección.

—Por lo general, hablo con él.

Jackie volvió sus ojos violeta hacia mí. No voy a decir que sentí las rodillas débiles y temblequeantes, pero sí experimenté la sensación de que debía hacer una reverencia, alisar mi esmoquin y ofrecerle una orquídea.

—¿Por qué él? —preguntó ella.

—Dexter es analista forense, y a veces tiene suerte, encuentra algo que me ayuda. Además —se encogió de hombros—, es mi hermano.

—¡Tu hermano! —exclamó, con lo que parecía auténtico placer—. ¡Eso es perfecto! ¡Así que tú eres la poli dura y él el sabiondo! ¡Como en la serie!

—El término preferido es friki —dije—. Aunque empollón servirá, si no hay más remedio. Pero sabiondo nunca.

—Oh, lo siento. —Jackie apoyó una mano sobre mi hombro. Sentí su calor a través de la camisa—. No era mi intención insultarte. Lo siento.

—Mmm... —dije, horriblemente consciente de la tibieza de su mano sobre mi hombro—. No pasa nada.

Ella sonrió y apartó la mano.

—Bien —dijo—. Así que... ¿has descubierto algo que, ya sabes, algo que pueda ser de ayuda?

De hecho, lo único que había descubierto eran las ganas de tener su mano sobre mi hombro, y por algún motivo se me antojó de lo más irritante. Al fin y al cabo, había pasado toda la vida sin sentir ni siquiera una brisa de los vientos huracanados de la lujuria humana. ¿Por qué iba a empezar ahora, con una diosa de pelo dorado inalcanzable? Y en serio, tenía cosas mucho más importantes que hacer, muchas de ellas relacionadas con cinta americana y cuchillos de carnicero. Pero reprimí mi creciente irritación y, con el espíritu de colaboración ordenado por el capitán Matthews, le di una respuesta.

—En primer lugar, has de decir «¿Qué tienes?», no «¿Has descubierto algo?»

Jackie sonrió de nuevo.

—Vale. ¿Qué tienes?

—No lo digas con tanta placidez. Suele ser un bramido malhumorado. Así. —Llevé a cabo mi mejor imitación de la Cara de Poli de Deborah y dije—: ¿Qué tienes?

Ella rió. Fue un sonido jovial tan contagioso que, por un momento, olvidé que estábamos junto a un cuerpo mutilado tirado sobre un montón de basura.

—Vale —dijo—. De modo que no sólo eres un analista forense, sino profesor de interpretación, ¿eh? De acuerdo. ¿Qué tal así? —Torció la cara en una máscara hosca que se parecía un montón a la expresión de Deborah—. ¿Qué tienes? —preguntó con cara de póquer. Volvió a reír, y noté que una sonrisa de respuesta se empezaba a dibujar en mi cara.

Sin embargo, Deborah no parecía compartir nuestro buen humor. Frunció el ceño todavía más.

—Si ya habéis terminado de hacer el payaso, todavía tenemos aquí un cuerpo hecho pedazos.

—Oh —dijo Jackie, y compuso al instante una expresión de seriedad—. Lo siento, sargento. Tiene toda la razón, por supuesto.

Aunque no pude evitar pensar que Debs era un poco aguafiestas, también sabía que estaba en lo cierto. Y en cualquier caso, no me gustaban las extrañas sensaciones humanas que Jackie me estaba provocando. De modo que dediqué a ambas un cabeceo breve y muy profesional, y volví al trabajo.

Llevaba trabajando muy poco rato, cuando oí que alguien lanzaba una exclamación estrangulada.

—Oh, Jesús. Oh, Dios mío.

Como estaba convencido de que Robert no había regresado para echar otro vistazo a la fiesta, me volví y miré a Vince para ver qué había causado aquel tipo de reacción en alguien por lo general siempre imperturbable, incluso enfrentado

a la carnicería más atroz.

Vince había arrastrado una caja hasta el contenedor. Se había subido a ella y examinaba con mucho detenimiento el cadáver, pero algo le había petrificado, inmovilizado por completo, medio inclinado hacia el contenedor, y entonces oí un nuevo silbido de interés del Pasajero.

—¿Qué pasa? —le pregunté, al tiempo que intentaba disimular el ansia de mi voz.

—Oh, puta suerte. No puedo creerlo.

—¿Crear qué? —pregunté, más que un poco irritado por su forma de forzar una pausa dramática, en lugar de limitarse a contestar a mi pregunta.

—Semen —contestó, meneó la cabeza y me miró con una expresión de asco infinito—. Hay semen en la cuenca del ojo.

Parpadeé. Debo admitir que me pareció extremo, incluso a mí.

—¿En la cuenca del ojo? ¿Estás seguro? —insistí, y decir algo tan estúpido fue la medida de lo conmocionado que me sentía.

—Estoy seguro —dijo, y volvió a mirar el cuerpo una vez más—. Está en la maldita cuenca del ojo, lo cual significa... ¡Oh, Dios mío!

Me acerqué a su lado y miré de nuevo los restos destrozados de la joven. Continuaba muerta. Vince había movido un poco su cabeza, de manera que ahora se veía la otra parte de la cara, y si bien estaba igual de estragada, no le habían arrancado el otro ojo. Estaba abierto de par en par, mirando fijamente la muerte improbable que le había sobrevenido. Me pregunté qué habría hecho para provocar aquel monstruoso final de su vida. No estoy repitiendo como un loro el eslogan del Partido de los Homicidas Violadores de *Se lo merecía por ir vestida así*, etcétera. Estaba convencido de que, fuera quien fuera aquella joven, no había hecho nada apostada para provocar algo semejante.

Pero la víctima siempre hace algo de manera inconsciente, algo que desencadena la aparición de un Pasajero que surge de las sombras y se acomoda en el asiento del conductor. Cada Monstruo es portador de un detonante que enciende la Necesidad, y casi siempre es diferente.

Y cada Monstruo reacciona a su manera personal, sigue un programa que le proporciona satisfacción única, una serie de rituales que sólo poseen sentido para él y finalizan de la forma obligada, por desconcertante que pueda resultar para un testigo humano ocasional. Y cuando la prensa y el público indignado se encogen horrorizados y exigen una razón, y prorrumpen en el coro desconcertado de «¿Por qué alguien iba a hacer eso?», los que entendemos nos limitamos a sonreír y contestar: *Porque sí*. Nunca le verás la lógica, ni los demás tampoco, y en realidad no es necesario. Sólo ha de satisfacerme a *Mí*, colmar *Mi* fantasía especial. Es un billete para un viaje con un solo asiento, el *Mío*, y nadie más disfrutará de esta montaña rusa de emociones, lo único que me proporciona



a *Mí* la satisfacción definitiva, y tanto si se trata de trocear lenta y gozosamente a un selecto compañero de juegos, como de cuartear a una joven y llenarle de semen la cuenca del ojo, siempre es el mismo acto solitario con la misma conclusión de liberación, satisfacción, consumación.

Pero esto...

Sé muy bien que todos sentimos deseos sexuales, en mayor o menor medida, incluso los que pertenecemos a la Oscura Hermandad. Puede que sea la pieza más básica y generalizada del reloj humano: todos nos movemos hacia el sexo. Pero las manecillas se mueven a velocidad diferente para todos, y la cosa que detona la bomba es casi siempre única. Aun así, esto se hallaba fuera del alcance de mi comprensión. No recordaba haber visto algo semejante.

Semen en la cuenca del ojo: una liberación tan real como metafórica. ¿Qué significaba? Porque siempre significa algo. Siempre es un símbolo fundamental en un mundo de significado personal, una clave básica para comprender quién había hecho esto. Dejar semen en cadáveres es algo muy común, y el lugar concreto donde se encuentra siempre es importante. Indica un deseo de controlar, de degradar, de conquistar ese punto en particular. Por lo tanto, era muy posible que el asesino tuviera problemas muy específicos relacionados con la visión, o con la pulsión escópica..., o también podía ser un problema con los ojos azules, las lentillas o el hecho de que alguien parpadeara.

De todos modos, era un punto de partida para alguien de mis habilidades especiales (las profesionales), y medité sobre ello mientras trabajaba. Al fin y al cabo, era una parcela que me interesaba personalmente. Y además, si hubiera sido un caso de Deborah, habría exigido casi con toda seguridad una percepción especial del Enfermo y Retorcido Dexter. De modo que reflexioné al respecto, y si bien no llegué a ninguna conclusión que fuera de ayuda, al menos me entretuve.

Como habíamos llegado al contenedor y ya avanzado el día, después de comer, pasaba de la hora de salir del trabajo cuando terminamos en la escena. Guardé mis muestras, cogí la bolsa y me di la vuelta para marchar. Chase estaba fuera del perímetro marcado por la cinta amarilla, conversando con un par de oficiales uniformados. Por lo visto, ya no se esforzaba por mantener la comida en el estómago. De hecho, daba la impresión de encontrarse en mitad de una fascinante narración, y los agentes seguían todas y cada una de sus palabras con fervoroso interés. Como no deseaba interrumpir tan amistosa escena, procuréirme con discreción.

Pero Chase se materializó a mi lado en cuanto pasé por debajo de la cinta.

—¿Qué has descubierto? —preguntó—. ¿Es un asesino en serie?

Para ser sincero, me estaba empezando a irritar su obsesión con los asesinos en serie. ¿Por qué todo el mundo da por sentado que Miami está a rebosar de asesinos en serie? Además, él lo decía como si fueran rarezas, frikis, una especie

de bestia subhumana, salvaje y rapaz, y yo habría podido decirle que no era así. Son perfectamente normales. Casi siempre, quiero decir.

Pero la sinceridad no siempre es la mejor política, digan lo que digan los boy scouts. Así que me limité a negar con la cabeza.

—Es demasiado pronto para decirlo.

Me acompañó hasta la jefatura, formulando preguntas que podría haberse ahorrado si me hubiera visto trabajar: lo que había hecho en la escena, lo que había descubierto, qué tipo de muestras tomaba, por qué quería eso, qué iba a hacer con ello, qué sucedería a continuación. Todo era de lo más irritante, y no pude evitar pensar que Jackie Forrest me habría hecho preguntas más inteligentes..., con un aspecto muchísimo mejor mientras las formulaba, además.

Chase me acompañó hasta el laboratorio, y me observó mientras llevaba a cabo la rutina de proceder al registro de las muestras que había tomado en la escena del crimen. Me moría de hambre, y sus preguntas dilataban el proceso, porque tenía que explicar cada paso. Al menos, había oído hablar de la cadena de custodia de la prueba, lo cual me ahorró unos minutos. Pero cuando terminé por fin, y me disponía a bajar corriendo al coche para iniciar el fin de semana, me detuvo por última vez.

—Es así, ¿no? —preguntó—. Quiero decir, viernes por la noche. El fin de semana. Así que... no pasa nada más hasta el lunes por la mañana.

—Exacto —dije, al tiempo que mantenía un maravilloso equilibrio entre contestar con educación y dirigirme hacia la puerta.

—Vale. Así que... Tú, esto..., tú... —Desvió la vista, y después volvió la cabeza hacia mí con la suficiente brusquedad para sobresaltarme—. ¿Qué haces los fines de semana?

Me dieron ganas de decirle que buscaba a personas como él para convertirlas en pulcros paquetitos, que después introducía en bolsas de basura industriales. Pero caí en la cuenta de que no debía ser la respuesta más políticamente correcta.

—Estoy casado —respondí—. Paso el tiempo con mi mujer y mis hijos.

—Casado —repitió, como si le hubiera dicho que era astronauta—. Y entonces, ¿llevas a los críos al parque? ¿Quedáis con otros niños, ese tipo de cosas? ¿Cuántos años tienen tus hijos?

Muy en el fondo de mi ser, en el rincón más oscuro y alejado de Fort Dexter, oí un levisimo sonido correoso, un simple carraspeo, ni siquiera un rozar de alas, pero sí una señal clara de que el Pasajero se había reanimado por algún motivo, no como si me amenazara algún peligro, sino... ¿qué? Algo.

Miré a Chase, con la esperanza de distinguir alguna pista de lo que casi había despertado la alarma del Pasajero. Pero se limitó a sostener mi mirada, y no sentí que proyectara ninguna amenaza hacia mí, aunque me estaba mirando con

tanta intensidad como cuando me había interrogado acerca del procedimiento forense.

—¿Es por tu personaje? —le pregunté.

Se humedeció los labios y desvió la vista.

—No. Lo siento. No era mi intención fisgonear. Sólo... —Se encogió de hombros y hundió las manos en los bolsillos—. Yo... nunca me he casado. Estuve a punto una vez, pero... —Sacó las manos de los bolsillos y las movió en un ademán de impotencia—. No sé. Nunca he tenido hijos, y siempre me he preguntado, ya sabes. Si habría podido hacerlo, ser padre. —Me miró y se apresuró a añadir—: O sea, no me refiero a la parte física, la parte biológica, porque, ya sabes. Por ahí nunca he tenido problemas. —Me dedicó una veloz y extraña sonrisa, después apartó la vista y respiró hondo—. Es lo otro. Las cosas cotidianas, como enseñarles a montar en bicicleta, ponerles una tiritita en la rodilla, todo eso. Lo que tú haces siempre.

Me miró con aquella expresión de nuevo, la reveladora de que deseaba algo, pero no sabía cómo lograrlo.

Y una vez más sentí un leve y vacilante murmullo desde el Sótano, y una vez más no supe por qué. Chase no me estaba amenazando de ninguna manera, y el murmullo del Pasajero no había indicado ninguna amenaza, sólo una vaga inquietud. Pero ¿por qué?

Así que miré a Robert y pensé en lo que había dicho. No era ni oscuro ni amenazador, pero sí algo extraño, de una forma que no podía definir. Si de verdad le gustaban los críos, ¿por qué no tener unos cuantos? Y si estaba inseguro, podía permitirse el lujo de alquilar media docena para probarlo.

Pero no tenía respuesta, y no obtuve ninguna de Chase, quien había desviado la vista y aparentaba haber olvidado que había alguien más en la habitación con él. Tenía la vista clavada en la lejanía, abismado en sus propios pensamientos, con la cabeza ladeada como si oyera una tenue música. Respiró hondo, y después se enderezó de nuevo con brusquedad y me miró, sobresaltado. Volvió a la realidad.

—Bueno —dijo risueño—, que tengas un buen finde. Con tu esposa... y los críos.

Me dio una palmada en el hombro, lo apretó un segundo, salió por la puerta y bajó la escalera en dirección a la solitaria noche de Miami.

Pensé en Chase y en su extraño comportamiento mientras iba en busca de mi coche. El hombre ocultaba más de lo que había sospechado, una profundidad de sentimientos que mantenía bien escondida bajo su máscara cotidiana de necedad autocontemplativa. O sus diversas máscaras, porque sin duda escondía gran cantidad de cosas sobre él, por ejemplo, por qué le caía tan mal Jackie. Todo debía de estar relacionado con lo de ser un Protagonista. Tendría que ocultar todo cuanto no encajara a la perfección en su imagen pública de macho-pero-

sensible. Por lo tanto, no podía permitir que nadie supiera si le gustaban los perritos blancos peludos, o si le gustaba leer novelas románticas. Si el público lo descubría, podría costarle la carrera. Tal vez pensarían que era afeminado, o algo peor..., ¡un Liberal! Sería muy negativo.

Pero, en verdad, daba igual, absolutamente igual. Era una más de las docenas de estúpidas contradicciones que conformaban la masa polifacética que era la humanidad, y teniendo en cuenta todo, era mucho menos interesante que pensar en lo que Rita habría guisado para cenar.

Puse en marcha el coche y aparté a Chase de mi mente cuando me sumergí en la alegre brutalidad del tráfico de Miami en un viernes por la noche.

Como me había quedado hasta tan tarde en la escena del crimen, ya había pasado la hora de la cena cuando llegué a casa. En el vestíbulo había tres pilas altas de cajas de cartón que aquella mañana no estaban, y tuve que encorvarme a su lado para poder cerrar la puerta. Hacía poco, Rita y yo habíamos aprovechado el desplome del mercado de bienes raíces y comprado una casa con la hipoteca ejecutada, más grande que la actual y equipada con piscina. Todos estábamos de los nervios por la idea de nuestra nueva casa palaciega, con más espacio para todos, nuestra propia piscina, y hasta una barbacoa de ladrillo en la parte de atrás. Y después..., esperamos.

La oficina local del banco nos dio un número al que llamar. Llamamos a ese número, y nuestras llamadas eran desviadas a una oficina de Iowa, donde nos ofrecieron un complicado menú grabado, nos hicieron esperar, y después desconectaron. Volvimos a llamar, probamos todas las selecciones del menú, una tras otra, hasta que por fin llegamos a una voz humana no grabada, la cual nos dijo que no podía ayudarnos, que fuéramos a la oficina local, y colgó.

Volvimos a la oficina local, donde nos explicaron que su banco acababa de ser absorbido por un banco más grande, y ahora que la fusión se había realizado todo sería más rápido y sencillo.

Llamamos a la sede central del nuevo banco, donde nos ofrecieron un complicado menú grabado, nos hicieron esperar, y después desconectaron.

Quienes me conocen bien os dirán que soy un hombre afable y paciente, pero en no pocos momentos de nuestra épica batalla contra el gran sistema financiero de nuestra nación estuve tentado de meter en una bolsa unos cuantos rollos de cinta americana y un cuchillo de carnicero, y resolver nuestros problemas de comunicación de una forma más directa. Pero por suerte para todos, después de dieciocho encuentros con diferentes Ayudantes de Vicepresidentes para la Irritante Repetición Redundante, Rita intervino y tomó las riendas del asunto. Había pasado su carrera en el mundo de la burocracia de la pasta gansa, y sabía cómo funcionaban las Cosas. Localizó por fin a la persona correcta, llamó al número correcto, rellenó el formulario apropiado, lo envió a la oficina apropiada, y la documentación entró en el sistema por fin.

Y después esperamos.

Transcurrieron varios meses mientras el banco perdía los papeles y olvidaba los formularios, para a continuación enviarnos cartas amenazadoras exigiendo monstruosos honorarios por toda clase de cosas que nunca habíamos hecho y de las que nunca habíamos oído hablar. Pero, como por un milagro, Rita se mantuvo persistente y firme, y el banco agotó por fin todo su arsenal de reptilianas meteduras de pata burocráticas, y nos permitió a regañadientes apropiarnos de nuestra nueva casa.

El día de la mudanza se estaba acercando a marchas forzadas, ya sólo faltaban dos semanas, y con su acostumbrada eficiencia salvaje Rita había dedicado cada momento libre a meter cosas en cajas de cartón, cerrarlas con celo, etiquetarlas con rotuladores (un color diferente para cada habitación de nuestra nueva casa) y amontonarlas en pilas bien ordenadas.

Pero cuando me abrí paso con dificultades entre las cajas y entré en la sala de estar, donde Lily Anne estaba dormida en su parque, descubrí que aquella noche había hecho mucho más que llenar cajas. Un veloz olisqueo fue suficiente para que el persistente aroma del lomo de cerdo asado, uno de los platos estrella de Rita, invadiera mi nariz. Seguro que me estaría esperando algún plato con las sobras, y la idea consiguió que la boca se me hiciera agua, de modo que atravesé corriendo la sala de estar y entré en la cocina.

Rita se hallaba de pie ante el fregadero, con guantes de goma azules en las manos, y estaba fregando la sartén. Astor se encontraba a su lado y secaba platos con una expresión malhumorada en la cara. Ella alzó la vista y frunció el ceño.

—Oh, Dexter. ¿Ya has llegado?

—Creo que sí. Mi coche está delante.

—No llamaste. No sabía si... Astor, por el amor de Dios, ¿no puedes ir un poco más deprisa? No sabía cuándo llegarías a casa —terminó, y me lanzó una mirada acusadora.

Era verdad. No había llamado, sobre todo porque me había olvidado. Me habían distraído tanto Chase y Jackie, para luego concentrarme en el caos espantoso y fascinante del contenedor, que se me había ido de la cabeza. Supongo que di por sentado que Rita sabría que volvería a casa y me guardaría algo para cenar.

Pero a juzgar por su mirada, empecé a pensar que tal vez se había producido una equivocación. Las relaciones humanas, sobre todo el Rollo de Estar Casado, eran territorio alienígena para mí. Estaba claro que habría debido llamar para avisar de que llegaría tarde, pero ¿era posible que las consecuencias fueran tan calamitosas? ¿Era posible que no hubiera un plato con el nombre de Dexter escrito en él, lleno de succulento lomo de cerdo asado y quién sabe qué más cosas maravillosas? Un destino peor que la muerte, peor que la muerte de otro, como mínimo.

—Hoy hemos tenido un día muy malo —expliqué—. Nos llamaron tarde, después de comer.

—Bien —dijo Rita—, necesito saber cuándo vuelves a casa. Ya basta, Astor. Dile a Cody que se bañe.

—Yo también quiero bañarme —rugió Astor.

—Tardas una eternidad. Cody estará listo en diez minutos, y después puedes tardar todo lo que te dé la gana.

—¡Con la bañera llena de sus asquerosos gérmenes!

Rita levantó un brazo y señaló.

—Largo —dijo muy seria.

—Lo siento —dije a Rita, mientras Astor salía, con aspecto de ser Miss Rabia Preadolescente 2013—. Verás, estuvimos muy ocupados y... ¿Ha quedado algo de lomo de cerdo asado?

—Es prácticamente la hora de acostarse —replicó Rita, mientras colocaba la sartén en el secador—. Y se suponía que esta noche íbamos a ver la nueva película del pingüino, ¿te acuerdas?

Cuando lo dijo, recordé que habíamos hablado de pasar un rato en familia, viendo un DVD juntos. Por lo general, lo habría aceptado como una de esas tareas irritantes que he de llevar a cabo para mantener la amable ficción de mi disfraz: Papaito Dexter, Pilar de la Vida Familiar. Pero teniendo en cuenta las circunstancias, me daba la impresión de que Rita estaba esquivando el único tema interesante: ¿quedaba algo de lomo de cerdo asado?

—¿Cerdo? Eso no es... Ah, por supuesto que queda lomo. No dejaría... Está en la nevera. Pero, Dexter, la verdad, has de ser un poco más... —Agitó una mano, y empezó a quitarse los guantes de goma—. Te lo recalentaré, pero Cody tenía ganas de... Supongo que podemos ver la película mañana por la noche, pero aun así...

Se acercó a la nevera y empezó a sacar las sobras, y una gran sensación de alivio se derramó sobre mí. De hecho, cuando el microondas comenzó a recalentar mi cena y a renovar el maravilloso aroma, me sentí muy ufano. Al fin y al cabo, iba a gozar de una cena excelente sin necesidad de ver otra película de animación sobre pingüinos. La vida era estupenda.

Mejoró todavía más cuando me senté por fin a la mesa de la cocina con mi plato y empecé a utilizar el tenedor. El lomo de cerdo asado iba acompañado de plátanos fritos, y de *tortellini* con salsa de ajo, en lugar de arroz y frijoles, más tradicional. Pero no perdí el tiempo lamentando la caída de una institución. Puse manos a la obra con delectación, y al cabo de escasos minutos de felicidad me sentí saciado, a punto de sumirme ya en ese estado de semiinconsciencia resultante de la suma de una buena comida y una conciencia limpia. Conseguí ponerme en pie y caminar dando traspiés hasta el sofá, donde me dejé caer sobre los almohadones y empecé a digerir la cena y a pensar en profundidad.

Como me encontraba en tal estado de placidez, olvidé todas las molestas nimiedades de la semana y me concentré en cosas más agradables. Pensé en el cadáver del contenedor, y se me ocurrió que un contenedor era un lugar extraño para arrojar un cuerpo que había sido desmenuzado de una forma tan metódica y personalizada, sobre todo un contenedor situado al borde del campus, a pocas manzanas de la parte más concurrida del centro de Miami. Como sé muy bien, es increíblemente fácil arrojar un cuerpo donde nadie lo va a encontrar, sobre todo en este esplendor tropical que llamo hogar. Casi justo delante de mi puerta

había un delicioso cementerio acuático que casi no tenía fondo. Y también estaban los Everglades, con sus adorables agujeros de caimanes, y los montes bajos tan llenos de sumideros... El sur de Florida era un Paraíso para quienes querían librarse de un cadáver.

Existían numerosas opciones maravillosas para deshacerse de cadáveres, incluso para alguien de imaginación limitada. Por tanto, y a tenor de mi experiencia, cuando se dejan los restos en un lugar donde van a ser descubiertos, se debe a que el descubrimiento es una parte importante de toda la declaración artística. *Mirad lo que he hecho. ¿No veis por qué tuve que hacerlo?*

Yo no lo veía, todavía no, pero sólo la idea de esa palabra, «ver», me recordaba el detalle más inquietante: el semen en la cuenca del ojo. No existía el menor misterio en cuanto a cómo había llegado hasta allí, pero el por qué era sin duda la pieza más importante del rompecabezas. Era la consumación, el clímax literal de todo el evento, y comprender por qué había sido necesario era la clave para saber quién lo había hecho.

Y mientras meditaba así en el semisopor inducido por el lomo de cerdo, una voz tenue y sibilante que ni había cenado ni estaba dormida susurró una sola pregunta en mi oído interior: *¿estaba todavía viva cuando lo hizo?*

La brutal sorpresa de esa idea consiguió que me incorporara. ¿Estaba viva al final, cuando le arrancó el ojo? ¿Había estado mirando con el otro ojo mientras el hombre llevaba a cabo su violación definitiva? Intenté imaginarlo desde el punto de vista de la víctima: el insoportable dolor, la devastadora certeza de que se habían hecho Cosas irreparables, el lento y brutal acercamiento de aquella última indignidad ocular...

En la profundidad de las sombras del Castillo Dexter, sentí que el Pasajero se incorporaba con brusquedad y silbaba una objeción incómoda. ¿Qué estaba haciendo yo, al fin y al cabo? Carecía de todo sentido llevar a cabo aquel esfuerzo absurdo de imaginación, y corría un peligro muy grave de sentir empatía, un defecto humano del que sólo poseía conocimiento académico. Tampoco sabía lo que era ser una víctima indefensa y mutilada. En conjunto, debía creer que era positivo.

No: era la perspectiva del depredador lo más importante para comprender esto, un enfoque que era mucho más natural para mí. Envié una silenciosa disculpa al Pasajero, y cambié mi punto de vista mental.

Muy bien: los elementos básicos del acecho, captura, cautiverio y demás aspectos del juego previo eran vulgares, carentes de interés. Después empieza el trabajo de verdad, de modo que me arrellané en el sofá y traté de ver cómo había sucedido. Oía a mi alrededor, en la pequeña casa, el estruendo resultante de utilizar el baño, cepillarse los dientes y prepararse para ir a la cama, y cerré los ojos e intenté aislarme mientras me concentraba.

Inhalar, exhalar, concentración. Imagino los daños corporales, veo cómo ha



tenido que ocurrir, cada mordisco y tajo salvaje. La chica se debate, aterrorizada, los ojos a punto de salirse de las órbitas, sin saber qué va a pasar a continuación, pero consciente de que superará todo horror imaginado, y en mi mente levanto el cuchillo..., y me doy cuenta de que existe algo atípico, una primera variación significativa. Como era Mi Imaginación, había imaginado un cuchillo al alzarse. Al fin y al cabo, yo lo hago así. Es un momento maravilloso: ver los ojos que se abren de par en par, los músculos agarrotados contra la cinta americana, la inhalación laboriosa de aire para lanzar el chillido que jamás logrará traspasar la mordaza. Siempre utilizo cuchillos y otras herramientas, y nunca existe una excepción. No sólo se trata de una opción estética, el orgullo de efectuar cortes limpios y pulcros. La idea de mancharme las manos con nauseabundos fluidos corporales es repulsiva, atroz, una espantosa corrupción.

No obstante, por mi experiencia profesional sé muy bien que muchos colegas de pasatiempo prefieren trabajar con las manos, incluso lo necesitan para obtener satisfacción. Imaginar el contacto directo con carne fofa de la que escapaban fluidos me repugnó, pero al menos podía comprenderlo, incluso aceptarlo. Al fin y al cabo, todos hemos de intentar ser tolerantes con los demás. Algunos prefieren emplear las manos, pies y dientes en el trabajo; otros preferimos el enfoque más civilizado de trabajar a distancia con el frío acero. Hay espacio para todos: diferentes métodos para diferentes personas.

Pero esta vez se trataba de otra cosa. Esta vez el asesino había utilizado una combinación de técnicas. La víctima había sido rajada y acuchillada con algún tipo de hoja, pero el daño más significativo, la verdadera marca de fábrica del trabajo, se había hecho con dientes, puños, uñas y otras partes corporales más íntimas. Era un enfoque inusual, y casi con toda seguridad significaba algo muy importante.

Pero ¿qué? Era un experto en trabajar con cuchillos. Era la manera perfecta de hacerse con el control, de causar daños pulcros y permanentes. Y después, los mordiscos... ¿un deseo de establecer contacto, de la interacción más íntima posible con la agonía? Salvo que el ataque al ojo había sido mucho más que un arrumaco retorcido. Era una declaración de poder absoluto, una afirmación de *Tú eres mía y puedo hacer contigo lo que me dé la gana*. Era, además, una orden proferida a gritos de *¡Mírame!* Más: era un castigo, una forma de decir que *Tus ojos me han hecho daño. Tendrías que haber prestado atención y haberme visto, pero no lo hiciste y ahora te voy a dar una lección y te haré esto*.

La puerta del cuarto de baño se cerró con fuerza cataclísmica y mis ojos se abrieron de repente. Escuché unos momentos mientras la voz de Astor pasaba del lloriqueo a la amenaza, hasta ahogar con furia histérica las palabras serenas y autoritarias de Rita, para luego dar paso a un gruñido apagado de descontento general. La puerta se cerró de nuevo. Lily Anne empezó a llorar, y la voz de Rita adoptó un tono tranquilizador, y un minuto después se restableció la calma, y yo

volví a mi feliz pasatiempo de imaginar carnicerías íntimas.

El asesino quería destacar, quería que todos nos fijáramos en él, por supuesto, por eso había abandonado el cuerpo en un lugar tan público. Pero mucho más importante, había querido que la víctima le prestara atención, que le viera por completo, que apreciara su significado. Pensé en eso unos momentos, y me pareció correcto. *Tendrías que haberte fijado en mí, pero no lo hiciste. Me ignoraste y ahora tu ojo pagará por lo que tus ojos no hicieron.*

Cerré mis ojos de nuevo e intenté ver la escena una vez más, imaginar cómo fue: lograr que ella Me sintiera y comprendiera lo estúpida que había sido por no saber que yo estaba allí, que la veía y necesitaba que ella Me viera; pero no lo hace de modo que la cojo y le enseño y la trabajo mediante el terror, el dolor, la pasión de la carnicería, y siento que la satisfacción se acerca poco a poco hasta que por fin comprende y está preparada y yo también y veo esa hermosa y destrozada cabeza con su pelo dorado y mi excitación aumenta y estoy preparado para el último...

Debió ser a causa del lomo de cerdo asado. Combinado con el día de trabajo extralargo, la tensión añadida de que Robert me siguiera a todas partes durante toda la semana, el lomo había acabado conmigo. En cualquier caso, me quedé dormido. Pero no me sumí en la oscuridad intemporal carente de sueños que por lo general me recompensa cuando cierro los ojos por la noche. En cambio, las visiones continuaron: *me yergo sobre el cuerpo todavía vivo y miro lo que he hecho y experimento un dulce subidón de felicidad y satisfacción y me arrodillo junto al cuerpo y agarro un puñado de hermoso pelo dorado y le doy la vuelta a la cabeza para que se vea obligada a mirarme. Y la cara se vuelve poco a poco hacia mí y contengo el aliento cuando las facciones se definen y es una cara perfecta, sin señales y henchida de deseo por mí, por lo que voy a hacer, y cuando miro esos ojos violeta sin fondo, me doy cuenta de que ésta es Jackie Forrest, y lo que voy a hacer empieza a cambiar de repente.*

*Y bajo el cuchillo y la miro, miro la curva perfecta de los labios y el rocío de pecas sobre la nariz y esos profundos ojos improbables y ya no lleva ropa y me acerco más a su cara y ésta se inclina hacia mí y sigue un momento interminable de casi tocarse, de casi consumir algo que está muy cerca...*

Abrí los ojos. Continuaba en el sofá, y la casa estaba a oscuras y silenciosa, pero la imagen del rostro de Jackie Forrest seguía conmigo.

¿Por qué había pensado en ella? Estaba fantaseando con una vivisección perfectamente normal, pero ella se había abierto paso a codazos en la fantasía hasta estropearla con sus exigencias de que bajara el cuchillo e intentara algo más humano. No quería albergar esa clase de fantasías. Ése no era yo, Dexter el Destructor. Ella me estaba obligando a convertirme en un ser nuevo y raro, un ser que se entregaba a la seducción apasionada y se refocilaba con verdaderos sentimientos humanos y el deseo de algo que se hallaba tan fuera del alcance de

mi yo normal como si estuviera en Marte.

Sé que era del todo ilógico, pero me descubrí muy irritado con Jackie, como si se hubiera entrometido aposta. Pero ante mi sorpresa todavía mayor, descubrí que todavía estaba excitado en la realidad, y no sólo en la imaginación. ¿Se debía a pensar en la víctima..., o a pensar en Jackie Forrest? No lo sabía, lo cual era todavía más irritante.

Había algo en ella que se me antojaba intrigante, incluso atrayente. No se debía al hecho de que fuera una actriz famosa. No tenía ni idea de quién era, tuvieron que decirme que era una estrella. La celebridad nunca me había interesado, y estaba convencido de que ahora tampoco. Además, estaba demasiado entregado a mis costumbres perversas para interesarme por cualquier tipo de devaneo que fuera sólo sexual. Cuando Dexter tiene una aventura, la relajación postcoital de su pareja dura eternamente.

Pero ahí estaba Jackie, ocupando la pantalla de mi televisión interna particular, sacudía su melena de pelo perfecto y sonreía sólo para mí con un brillo de alegre diversión en los ojos, y por algún motivo enloquecedor me gustaba y deseaba...

¿Deseaba qué? ¿Tocarla, besarla, susurrar dulces tonterías en su oreja perfecta? Era absurdo, un dibujo animado, Dexter Cachondo. Tales cosas no sucedían a nuestro Pavoroso Explorador Oscuro. Yo estaba más allá de cualquier deseo mortal. No lo sentía, no podía sentirlo. Nunca lo había sentido, no lo deseaba..., y por más que me afectara pensar en Jackie Forrest, nunca lo sentiría. Esto no era más que un momento de actor del Método, una fugaz identificación con el asesino, una confusión de papeles, casi con toda seguridad causada por el proceso de digerir el cerdo, que se había llevado toda la sangre de mi cerebro.

Fuera lo que fuera, daba igual. Estaba cansado, y mi pobre cerebro desnutrido huía de mí, por un sendero que no me gustaba y que jamás podría recorrer. Podía quedarme aquí sentado, rechinando los dientes y preocupándome al respecto, o irme a la cama y confiar en que una noche de sueño reparador devolviera aquellos pensamientos inquietantes y absurdos a la selva oscura donde habitaban. Mañana sería otro día, y era sábado, un día de no hacer nada, que como todo el mundo sabe es la mejor cura para todos los males.

Me levanté y me fui a la cama.

Desperté a la mañana siguiente con un estruendo metálico de sartenes, y el olor del café y del beicon que llegaban desde la cocina. Empecé a levantarme de la cama, y entonces recordé que era sábado, de modo que me permití un rato más de quedarme entre las sábanas y de disfrutar de la idea de que no tenía que ir a ningún sitio ni nada que hacer, y de que Rita me estaba preparando un maravilloso desayuno. Podía quedarme aquí a mis anchas, tranquilizado por la idea de que todo iba bien y de que esta mañana no tendría que matar dragones. Tenía un día entero por delante para no hacer nada, y todavía mejor, para hacerlo sin que nadie me siguiera a todas partes y tomara notas de cómo lo hacía.

Me quedé tumbado medio dormido, derivando en la agradable corriente de los aromas del desayuno, y dejé que mi mente vagara a tontas y a locas, lo cual fue estupendo hasta que regresé al breve sueño de anoche en el sofá, y cuando el recuerdo del rostro de Jackie Forrest emergió de nuevo, me incorporé de un brinco en la cama, irritado. ¿Por qué no podía dejarme en paz?

La paz se había esfumado. Salté de la cama, me metí en el cuarto de baño, me duché, me vestí y fui a la mesa de la cocina, con la esperanza de que el desayuno me pusiera como nuevo. Lily Anne estaba en su trona, atacando una compota de manzana, y cuando entré patealeó y chilló: « ¡Papu! », que era el nuevo apelativo que me dedicaba.

Me paré al lado de su silla y le hice cosquillas debajo de la barbilla.

—Lily-Willy —dije, y ella gorjeó. Sequé la compota de manzana de mi dedo y me senté a la mesa.

Rita se volvió de los fogones y sonrió.

—Dexter. Hay café. ¿Quieres desayunar?

—Más que la vida —dije, y segundos después estaba contemplando un humeante tazón de café y una pila de Tostadas de Rita. No sé qué les pone, pero saben mejor que cualquiera que haya comido, y después de cuatro tostadas, un gajo de perfecto melón maduro y tres lonchas crujientes de beicon, me separé de la mesa y me serví una segunda taza de café, con la sensación de que esta breve y dolorosa existencia debe de tener algún sentido.

Estaba a mitad de la tercera taza, cuando Cody y Astor aparecieron. Lo hicieron juntos, ambos hoscós y despeinados. Cody llevaba un pijama de Transformers, y Astor una camiseta demasiado grande con un dibujo de lo que parecía ser un ornotorrinco, y ambos se derrumbaron en sus sillas como si alguien les hubiera robado todos los huesos. Cody atacó la tostada sin decir palabra, por lo visto medio dormido todavía, pero Astor contempló su plato como si estuviera lleno de gusanos.

—Engordaré si como esto —dijo.

—Pues no lo comas —replicó Rita risueña.

—Pero tengo hambre —lloriqueó Astor.

—¿Quieres un yogur?

Astor silbó.

—Odio el yogur.

—Pues cómete la tostada. O quédate con hambre. Lo que tú quieras. Pero deja de lloriquear, ¿de acuerdo?

—No estoy lloriqueando —lloriqueó la niña, pero Rita no le hizo caso y devolvió su atención a los fogones. Astor contempló su espalda con una mirada de venenoso desprecio—. La familia es tan aburrida —masculló, pero empezó a picotear el desayuno, y mientras yo terminaba el café, se obligó a engullirlo todo en cuestión de segundos.

Casi había adoptado una versión más espabilada del estado conflictivo en el que me encontraba al despertar, cuando Rita me sacudió de mis ensoñaciones.

—Terminad todos —dijo muy alegre—. Hoy hemos de hacer un montón de cosas.

Se me antojó un anuncio ominoso. ¿Un montón de cosas? ¿Como qué? Intenté recordar si había visto una lista larga de tareas a realizar, tareas tan urgentes que podían invadir y conquistar un sábado que había esperado dedicar a la holgazanería. No se me ocurrió nada, y no apareció ninguna lista. Rita estaba tan concentrada en dichas tareas hipotéticas que, sin duda, daba por sentado que recibiríamos sus instrucciones por telepatía. Tal vez mi antena psíquica había quedado inutilizada, pero no tenía ni idea de para qué debía estar preparado, y pensé que sería un poco grosero por mi parte preguntarlo.

Por suerte, Astor no era tan tímida.

—¿Por qué he de hacer tareas estúpidas con vosotros?

—Eres demasiado pequeña para ir al centro comercial, y de todos modos...

—Tengo casi doce años —la interrumpió Astor con un sonido sibilante, y logró que «doce» sonara como una edad tan avanzada que exigiera cuidados geriátricos frecuentes.

—Sólo tengo ropa vieja —dijo Cody con su voz en exceso queda.

—¿Por qué no puedo hacer lo que me da la gana? —preguntó Astor, y Lily Anne se puso a gritar «meda meda meda», al tiempo que golpeaba rítmicamente su bandeja con la cuchara.

—Porque eres un miembro de esta familia, y todos hemos de... Dexter, ¿puedes conseguir que la niña deje de hacer eso?

—Yo no quiero ser un miembro de una familia —dijo Astor.

—Bien —dijo Rita, al tiempo que se alejaba de la mesa y cogía los platos sucios—, si se te ocurre una manera mejor de conseguir tu Propia Habitación en una Casa Nueva... Dexter, por favor, el ruido que hace Lily Anne me está dando dolor de cabeza.

—No es una casa nueva —gruñó Astor, pero no cabía duda de que se estaba calmando al pensar en su Propia Habitación. El único entusiasmo real que le había visto en los últimos tiempos era cuando pensaba en trasladarse a la casa nueva, donde gozaría de espacio personal y privado por primera vez..., pero, claro, no podía ceder y demostrar que estaba ilusionada.

—Es nueva para nosotros —repuso Rita—, y todavía parecerá más nueva cuando la pintemos y... Dexter, por el amor de Dios, ¿puedes ir a vestir a la niña?

Me levanté y caminé hacia la trona, donde Lily Anne había adoptado un ritmo de marcha militar con la cuchara. Pero cuando me acerqué, levantó ambos brazos al aire y gritó: « ¡Papu! ¡Yupiyupi!» Solté la bandeja metálica de la trona y levanté a la niña, y con la gratitud pura y sincera que sólo los más jóvenes son capaces de demostrar, me arreó en la nariz con la cuchara.

—¡Papu! —dijo muy complacida, y mientras la sujetaba, con lágrimas en los ojos y compota de manzana en la nariz, no se me ocurrió decir otra cosa que « Ay » .

Astor había transformado sus quejas en una especie de murmullo de fondo cuando llevé a Lily Anne a la mesa de cambiar. Me alegraba haber descubierto las tareas importantes que me aguardaban: « ropa vieja » para Cody y « píntalo » para Astor. Con mis legendarios poderes de deducción, me bastó un momento para llegar a la conclusión de que íbamos a trabajar en la casa nueva, sobre todo con rodillos, brochas y cubos de pintura color pastel. No era el día de holgazanería dedicado a apalancarme en el sofá que me había imaginado, pero hay destinos peores que pasar el día pintando tu nueva casa.

Limpié y cambié a Lily Anne, y le puse en el parque. Me sequé la compota de manzana y demás porquerías, volví a vestirme con la ropa mugrienta adecuada, y después cargué en el coche toda la pintura, los rodillos y las lonas protectoras guardadas en el garaje.

Después volví a casa y estuve sentado media hora, maravillado con el estruendo caótico que fluía y refluía por toda la casa mientras el resto de mi pequeña familia se preparaba. Era notable hasta qué punto eran capaces de complicar las tareas más sencillas: Astor era incapaz de encontrar calcetines viejos emparejados, y se molestó muchísimo cuando sugerí que daba igual, puesto que se iban a manchar de pintura. Después Cody apareció con una camiseta con una foto de Bob Esponja, y Astor se puso a gritar que era de ella y que se la quitara de inmediato, y se pusieron a discutir sobre de quién era la camiseta hasta que Rita acudió a toda prisa y solucionó el drama cogiendo a Bob Esponja y dándole a Cody una camiseta de *Avatar*, que no se quiso poner porque aún le gustaba *Avatar* y no quería que se manchara de pintura. Después Astor apareció con unos pantalones cortos tan pequeños que podrían haber pasado por ropa interior tejana, y se peleó con Rita durante otros diez minutos por el derecho a llevar lo que le diera la gana.

Cody salió por fin y se sentó a mi lado, y los dos esperamos en silenciosa camaradería, mientras Rita y Astor se cambiaban de zapatos, camisas, pantalones cortos, gomas para el pelo y gorras, sin dejar de pelear en ningún momento. Cuando estuvimos al fin preparados, yo estaba tan agotado del espectáculo que no estaba seguro de poder levantar una brocha. Aun así, logramos meternos en el coche, y fuimos hacia nuestra nueva casa.

Fue un día sorprendentemente plácido. Cody y Astor se quedaron en sus respectivas habitaciones, derramando pintura sobre casi todo, y hasta de vez en cuando sobre las paredes, su presunto objetivo. Rita pintó la cocina y después el comedor, corriendo de un lado a otro entre pase y pase de rodillo para supervisar a Cody y Astor, y Lily Anne se quedó en su parque, en lo que algún día sería la sala de estar, gritando instrucciones.

Yo trabajé en el exterior de la casa: arranqué malas hierbas, pinté las molduras y descubrí dos nidos de hormigas rojas de la peor manera posible, pisándolos. Descubrí más cosas todavía menos agradables: por lo visto, un perro muy grande vivía en nuestro nuevo barrio. Por suerte, había todavía una manguera conectada al grifo del patio.

A mediodía me dirigí hacia la Dixie Highway y compré dos pizzas grandes, una sólo con queso y la otra con doble de *pepperoni*, y todos nos sentamos en el recinto protegido con tela mosquitera junto a lo que algún día sería nuestra piscina, si éramos capaces de imaginar cómo sacar del agua toda la porquería verde flotante. Grandes pedazos de mosquitera colgaban del marco de la cubierta de la piscina como musgo, y faltaban varias varillas metálicas, pero era todo nuestro.

—Oh, Dios mío —exclamó Rita, con un pedazo de pizza de queso en una mano, mientras paseaba la vista alrededor de su nuevo reino—. Todo esto va a ser... —Agitó la pizza de una forma que pretendía comunicar magnificencia ilimitada—. O sea, tener nuestra propia... Oh, Dexter, Carlene dice que su sobrino tiene un servicio de mantenimiento de piscinas.

—El sobrino de Carlene es abogado —contesté. Recordaba muy bien haberle conocido en la fiesta de Navidad de la oficina de Rita, y haber vuelto a casa con tres de sus tarjetas.

—¿Qué? No seas tonto. ¿Por qué va a tener un abogado un servicio de...? Ah, te refieres a Danny. —Sacudió la cabeza y mordió la pizza—. Mmmm. Ése es Mark, Danny es el hermano pequeño. —Lo dijo mientras masticaba la pizza, y aun así logró que sonara como si estuviera explicando la forma de atarse los cordones de los zapatos a alguien que padeciera lesiones cerebrales—. De todos modos, él puede sacar toda la porquería de la piscina y conseguir que... Pero podríamos ahorrar un montón de dinero si... —Mordió otro pedazo de pizza, masticó y tragó—. O sea, no puede ser tan difícil. Y aún hemos de comprar una nueva cubierta para la piscina, que cuesta... Pero podemos comprar los

productos químicos en la tienda de piscinas. Si no te importa hacerlo... Cody, mira cómo te has puesto de tomate... Espera, que te lo limpio.

Se inclinó hacia Cody y frotó su cara con una toalla de papel, mientras él entornaba los ojos con aspecto irritado.

—De todos modos —continuó Rita—, nos ahorraríamos dinero. Que vamos a necesitar para la nueva cubierta de la piscina, porque son muy caras.

—De acuerdo —contesté, sin saber muy bien a qué estaba accediendo.

Ella suspiró y sonrió contenta.

—De todos modos —repitió, y no pude por menos que darle la razón.

Eran las cinco y media cuando decidimos que ya era suficiente. Limpiamos nuestros rodillos, y a nosotros mismos, lo mejor posible, y subimos al coche. Conecté el aire acondicionado para el trayecto de vuelta. No lo habíamos disfrutado en todo el día, puesto que la corriente eléctrica de la casa nueva aún no estaba dada de alta, y aunque era un agradable día de otoño, todos estábamos sudando.

El día siguiente fue una repetición del sábado, salvo que empezamos una hora después porque, al fin y al cabo, era domingo. La única diferencia consistió en que fui a comprar la comida a un Burger King cercano. Descubrí que no me importaba el trabajo. De hecho, me sumía en una especie de estado zen de no pintar, en el que dejaba que la pintura se aplicara ella solita sin ningún esfuerzo consciente por mi parte, y me llevé una gran sorpresa cuando vi lo mucho que había trabajado al dar por finalizada la jornada. Me levanté y contemplé la inmensa extensión de casa recién pintada, y por primera vez empecé a experimentar una auténtica sensación de propiedad. Me paseé por toda la casa una vez, con el fin de asimilar la idea de que pronto viviría aquí. No era una mala sensación.

Así que el lunes por la mañana llegué al trabajo un poco agarrotado de tanta labor física, pero muy contento pese a todo. Me había quitado casi toda la pintura del pelo, de las manos y de debajo de las uñas, y todavía me sentía bastante satisfecho hasta que llegué a mi escritorio, donde descubrí a Robert Chase sentado en mi silla y comiendo un *pastelito* de guayaba, acompañado de café de mi taza personal. Sobre el escritorio descansaba una caja grande de pastelería. Había dos vasos grandes de porexpán tapados al lado de la caja, lo cual me llevó a deducir con una punzada de irritación que había utilizado mi taza sólo porque era mía, y daba inicio a la nueva semana imitándome.

—Hola, Dexter —dijo con una sonrisa alegre—. ¿Cómo ha ido el fin de semana?

—Muy bien —contesté, al tiempo que me acomodaba en la destartada silla plegable que tenía para las visitas.

—Bien, genial. ¿Fuiste de paseo con los críos? ¿Parque infantil y todo eso? ¿Columpios...?



Le miré sentado a mi escritorio, en mi silla, bebiendo en mi taza, y descubrí que no me apetecía nada mantener una charla agradable con alguien que se estaba esforzando hasta tal punto en convertirse en mí. Pero lo que en realidad deseaba de él exigía un poco más de privacidad de la que gozábamos en el corazón de la jefatura de policía, así como un dilatado período de tiempo ininterrumpido y unos cuantos rollos de cinta americana. Pero, por supuesto, alguien de la cadena echaría de menos a Robert tarde o temprano, de modo que las realidades del discurso civilizado no me dejaban otra alternativa que seguirle la corriente. De modo que extendí la mano sobre el escritorio (mi escritorio) y cogí un *pastelito* de la caja.

—Todo trabajo y nada de diversión —dije, mientras daba un mordisco al pastel—. Temo que fue muy aburrido.

—No, no, en absoluto. O sea, pasar el tiempo con tus crios es... Ya sabes, importante.

—Supongo —dije, y di otro mordisco. Estaba muy bueno—. ¿Y tú? —pregunté, por pura educación—. ¿Cómo te ha ido el finde?

—Oh —dijo, y se encogió de hombros—. Fui a México.

—Vaya. ¿Y has sobrevivido?

Bebió café (¡de mi taza!) y desvió la vista.

—Es, mmm... Voy muy a menudo. Hay un lugar donde, ya sabes. —Volvió a beber—. Es un..., una especie de complejo turístico privado. Me conocen y puedo, mmm..., relajarme. Nada del otro mundo. Pues eso —dio una palmada sobre el escritorio y se volvió hacia mí con una sonrisa radiante—. ¿Qué hiciste con tus hijos? Me dijiste que tenían tres, ¿verdad?

Le miré sentado a mi escritorio, tan concentrado en fingir que estaba interesado en mi vida, al mismo tiempo que minimizaba la idea de ser el tipo de individuo que iba a México a pasar el fin de semana como si tal cosa. Y como estaba empezando a caerme fatal, decidí que no se lo iba a permitir.

—Caramba. Eso debe de ser muy caro. Billetes de avión sin reserva previa... Y volarás en primera clase, ¿verdad? Quiero decir, para que nadie te moleste. Eso serán unos, ¿qué? ¿Un par de miles de dólares? Y después, ¿un complejo turístico privado? Nunca había oído hablar de algo semejante. Eso tampoco puede salir barato.

Desvió la vista de nuevo, y vi muy complacido que empezaba a ruborizarse bajo su bronceado perfecto. Carraspeó, con aspecto de sentirse muy incómodo.

—Es que... Es que... Ya sabes. Estoy inscrito en un programa de viajero frecuente... —Agitó la mano en una especie de gesto de rechazo espástico, pero olvidó por desgracia que todavía sostenía mi taza de café. Una gota de café cayó sobre mi escritorio, y la miró boquiabierto—. Oh, mierda. Lo siento. —Saltó de la silla y salió a toda prisa por la puerta—. Voy a buscar toallas de papel —dijo sin volverse.

Le seguí un segundo con la mirada, maravillado por el hecho de que un hombre en apariencia tan perfecto llevara a cabo una interpretación tan torpe con tanta facilidad. Me resultó tan raro que, por un momento, pensé que tenía que ser apostá... ¿Tal vez una forma de cambiar de tema? ¿Podía ponerle tan violento hablar de su vida acomodada? ¿O quizás ocultaba algo todavía más ruin que la riqueza?

Pero, por supuesto, eso era absurdo. Yo me dejaba llevar por mi suspicacia normal y desagradable de siempre, y veía la maldad acechando en cada sombra..., incluso cuando no existía tal sombra. Expulsé ese pensamiento de mi cabeza y me acerqué al escritorio para ver si había sufrido daños verdaderos. El café había caído en el centro del papel secante, lo cual era una suerte. Un pequeño reguero se había derramado sobre una carpeta de la parte derecha, pero sólo había dejado una diminuta mancha, no se habían mojado los papeles de dentro.

Robert regresó corriendo con un puñado de toallas de papel, y yo me aparté para dejar que secara el desastre, cosa que hizo con nervioso frenesí, sin dejar de murmurar en todo momento: «Lo siento. Maldición. Lo siento». Fue una representación patética, y casi consiguió que sintiera pena por él. Pero, por supuesto, sentir pena es algo que no puedo hacer, y aunque pudiera, no sería por este tipo. De modo que me limité a observarle, y conseguí reprimir una sonrisa en casi todo momento.

Había secado casi todo el café derramado, cuando sonó el teléfono de mi escritorio. Descolgué el receptor.

—Morgan.

—Te necesito en mi despacho —dijo una voz conocida, malhumorada pero autoritaria—. Trae el expediente del caso.

—¿Qué expediente?

—La chica del contenedor —replicó Deborah con voz sibilante—. Jesús, Dexter.

Colgó, y yo contemplé el teléfono un momento, asombrado de lo que mi hermana estaba a punto de hacer. No era su caso. Anderson era el responsable, y en teoría ella no debía inmiscuirse en él, salvo como observadora, una guía a la que habían encomendado conducir a Jackie Forrest a través del laberinto de su primer caso de homicidio real. Tal vez iba a enseñarle el aspecto de un expediente forense. Eso debía significar que Jackie estaba con ella en este momento, y al pensar en eso una pequeña chispa de impaciencia se encendió en mi interior, hasta que recordé que estaba furioso con ella por obligarme a pensar en su persona tan a menudo y de formas tan agradables. Pero no podía hacer caso omiso de la convocatoria de Deborah sin arriesgarme a recibir uno de sus dolorosísimos mamporros en el hombro, de modo que debía correr el riesgo de ser asaltado por más espantosos sentimientos humanos de placer causados por la

exposición a Jackie.

Colgué el teléfono. Robert había terminado de limpiar y se hallaba de pie detrás del escritorio, con un puñado de toallas de papel empapadas de café en la mano.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Levanté el papel secante manchado de café del escritorio y lo tiré a la papelera.

—Nos han convocado —dije—. Coge los pasteles.

El despacho de Deborah se hallaba en una zona del segundo piso donde se agrupaban los policías de homicidios. Como yo, tenía una silla plegable para las visitas, y cuando invité a entrar a Robert, dicha silla estaba ocupada por Jackie Forrest. Llevaba el pelo recogido en una cola de caballo que no lograba ocultar el resplandor que parecía emanar de cada uno de los mechones. Si llevaba maquillaje, y o no alcancé a distinguirlo, pero su cara se veía tersa e inmaculada, la inteligencia y el ingenio brillaban en sus ojos, y parecía tan perfecta que habría podido ser la imagen idealizada de lo que el ADN podía lograr si se esforzaba. Me miró cuando entramos y me dedicó una alegre sonrisa, y después desvió la vista con el ceño fruncido cuando vio que Robert me seguía.

—¿Por qué has tardado tanto? —preguntó Deborah, y me sentí conmovido por su afectuoso recibimiento.

—El tráfico era horrible. ¿Qué tal el fin de semana?

Me arrebató de la mano el expediente y lo arrojó sobre su escritorio.

—Este maldito caso —dijo.

Sabía que la inusual brutalidad de aquel asesinato molestaría a Deborah, lo suficiente para querer hacer algo al respecto, pero técnicamente hablando no podía.

—Pensaba que era Anderson quien se encargaba del caso —comenté.

—Anderson sería incapaz de descubrir un océano de mierda aunque estuviera nadando en él.

—¿El detective Anderson? —dijo Robert—. Parece un buen tipo.

Deborah le lanzó una veloz mirada. Jackie puso los ojos en blanco. Yo me hice el sueco y pasé de él.

—Bien —dije—, hasta Anderson ha de tener suerte alguna vez. Y el caso es de él.

Debs sacudió la cabeza irritada.

—Ha tenido todo el fin de semana y ni siquiera ha logrado una identificación.

Parpadeé sorprendido. Descubrir el nombre de la víctima era el primer paso básico, y que transcurrieran cuarenta y ocho horas sin averiguar quién era equivalía a elevar el Arte del Despiste a niveles épicos.

—Eso es espectacular —dije, y como conocía muy bien a mi hermana, añadí—: ¿Qué vas a hacer al respecto, en contra de todas las órdenes y regulaciones del departamento?

Deborah contempló el expediente que descansaba sobre su escritorio, y después a Jackie. Ambas compartieron un momento que no supe descifrar.

—Yo nunca haría algo contrario a las órdenes o las regulaciones del departamento —replicó, cosa que no coincidía en absoluto con la historia tal como yo la había vivido. Pero Debs lo dijo sin pestañear. Después alzó la vista y,

maravilla de las maravillas, sonrió. Era tan anormal en ella que, por un momento, pensé que habría sido poseída por algún demonio, y casi retrocedí un paso para protegerme. Pero no lanzó llamas ni habló en lenguas extrañas. Se limitó a sonreír e inclinó la cabeza hacia la actriz.

—Se le ocurrió a Jackie —dijo, y la miró de nuevo. Esta vez, las sonrisas que intercambiaron comunicaban satisfacción mutua—. Vamos a llevar a cabo una investigación ficticia para enseñar a Jackie cómo se hace —explicó Deborah, y sus palabras adoptaron un tono extraño, como si estuviera leyendo un informe oficial—. De esta forma, avanzaremos en paralelo a la verdadera investigación del departamento, sin interferir en el procedimiento oficial ni comprometer la autoridad del agente al mando, mientras que al mismo tiempo construimos una simulación válida y comparamos nuestros resultados con los obtenidos por el detective Anderson, lo cual permitirá a nuestra sujeto, la señorita Forrest, comprender las sutilezas de una investigación de homicidio y toda la complejidad del procedimiento, mientras de tales cosas se encarga el Departamento de Policía de Miami-Dade. —Me miró de nuevo, sin dejar de sonreír—. Muy lista, ¿eh? Puenteo al detective Soplapollas y sigo la pista de ese capullo, sin que Matthews pueda decir nada, porque estoy haciendo exactamente lo que él me ordenó.

—Además —añadió Jackie—, si descubrimos algo...

—Cuando descubramos algo —corrigió Deborah.

—Una publicidad espectacular. Para la serie y para el departamento.

Miré a Jackie con nuevo respeto.

—Muy ingenioso —señalé, y me dedicó una sonrisa que me dio ganas de cantar.

—Bien —dijo Deborah, devolviéndome a la realidad con su brusquedad acostumbrada—. Quería repasar todo el asunto contigo, a ver qué tenemos. —Dio unos golpecitos sobre el expediente con el dedo—. Empezando con el rollo forense. —Sonrió de nuevo a la actriz—. Para que Jackie vea cómo se hace.

—En teoría —dijo la aludida, también sonriente.

—Exacto —corroboró Deborah.

Me complació ver que mi hermana había encontrado una nueva Mejor Amiga en la Vida, pero su interpretación de Qué Listas Somos me estaba empezando a irritar. Por suerte para mí, Robert opinaba lo mismo, y no le daba tanto apuro intervenir.

—Bien, esto... Yo también he de estar metido en el asunto. —Deborah le miró sin comprender, y de repente Jackie se sintió muy interesada por las uñas de su mano—. O sea, es una oportunidad perfecta para que yo también aprenda estas cosas, ¿verdad?

Mi hermana me miró, y después miró a Robert.

—Claro —dijo sin más.

—Estupendo —dijo él. Se apoyó contra el antepecho de la ventana y cruzó los brazos sobre el pecho, como un hombre que hubiera tomado el control de la situación—. ¿Qué hace primero mi personaje?

—Lo que yo le diga —intervino Jackie. Robert la fulminó con la mirada. Ella se encogió de hombros—. Yo soy la detective. Mi personaje lo es. De modo que es mi caso. Tú sólo has de proporcionarme pistas.

Robert parecía muy desdichado. Descruzó los brazos y hundió las manos en los bolsillos.

—De acuerdo, claro. Pero es que... O sea, he de tener alguna especie de... Quiero decir, mi personaje ha de tenerlo, ya sabes. Respeto.

La expresión de Jackie se endureció. Dio una palmada sobre el escritorio.

—El respeto hay que ganárselo —dijo—. Bien, ¿qué tienes para mí?

Robert abrió la boca, y luego la cerró. Parecía un hombre que acabara de recibir una buena reprimenda. Yo, por mi parte, me di cuenta de lo que Jackie estaba haciendo. Era una imitación casi perfecta de Deborah, y me quedé muy impresionado.

—Caramba —exclamé—. Eso ha estado bien. Igual que ella.

Jackie emitió una carcajada gutural que me derriñó, y sonrió.

—Gracias —dijo—. La sargento Morgan, tu hermana, y yo lo hemos trabajado durante el fin de semana. En Bennie's. —Bennie's era un bar de policías, un lugar que frecuentaban agentes fuera de servicio, y al que a veces iban a echar una siestecita estando de servicio. La clientela no era cordial con la gente ajena al cuerpo que entraba. Si Deborah había llevado a Jackie a Bennie's, no cabía duda de que habían simpatizado más de lo que yo había sospechado—. Es un lugar estupendo para pillar el ambiente. He de enviar a los guionistas a verlo. —Guiñó un ojo a Deborah—. Tomamos chupitos de tequila. No es tan dura con un par de copas encima.

Debs resopló, pero no dijo nada.

—Parece que os lo pasasteis muy bien —comenté, y aunque pareciera raro, casi lamenté que no me hubieran invitado—. De modo que como ahora eres mi hermana, ¿qué quieres que haga?

Por un momento, dio la impresión de que Jackie iba a decir algo, pero después se mordió el labio y levantó el expediente.

—Repasemos los análisis de laboratorio —propuso, y miró a Deborah—. ¿Es así?

—No. El trabajo de laboratorio es secundario.

—Muchísimas gracias —dije.

—¿Hay algo importante? —preguntó Deborah.

—Roces de cuerda en las muñecas. Fibras de nailon que tal vez signifiquen cuerda para tender ropa.

—Que podría proceder de cualquier súper del mundo.

—La amordazaron con sus propias bragas. Las encontraron en el contenedor.

—He dicho «importante» —puntualizó Deborah—. Todo eso es la mierda habitual.

—Bien, no hay nada en ella, en el contenedor o en las inmediaciones que aporte una pista sobre su identidad.

—Y eso es lo que más necesitamos —dijo Deborah—. Identificar a la víctima.

—¿Por qué es tan importante? —preguntó Robert, y las dos mujeres volvieron la cabeza al unisono y le dedicaron sendas muecas de desprecio. Él parecía muy incómodo—. O sea, las pruebas forenses son, bueno. Hay mucho material ahí. —Indicó el expediente con un cabeceo—. Podríamos conseguir, bueno... Una huella dactilar.

—Ya la hemos conseguido —contestó Deborah—. De hecho, tenemos unas tres docenas de huellas dactilares. Siempre obtenemos montones de huellas dactilares. ¿Sabes cuántas veces pillamos a alguien gracias a una huella dactilar?

—No. ¿Cuántas?

—¿En números redondos? Cero. Incluso si existe una coincidencia con el sospechoso, un abogado decente conseguirá que la descarten. Las huellas dactilares son para Sherlock Holmes.

—No estoy seguro de que se sirviera de ellas —contribuí.

—Oh, sí —manifestó Jackie—. Hay un relato... He olvidado el título. Pero atrapó al tipo gracias a la huella dactilar.

—Oh —intervino Robert—. Bien, ¿cómo vamos a descubrirlo? O sea, si no podemos utilizar las huellas dactilares y el trabajo de laboratorio no vale una mierda... ¿Qué haremos?

—Sí —replicó Debs—. Buena pregunta.

Incluso antes de volverse hacia mí, ya sabía lo que se avecinaba, porque aunque nunca estuviera dispuesta a admitirlo, siempre que mi hermana se encontraba en un apuro, de alguna manera se convertía en mi problema. A veces, pensaba que debía tener un tatuaje secreto en alguna parte de su cuerpo. «¿QHD?» ¿Qué Haría Dexter? Y por supuesto, mientras la pregunta de Robert aún resonaba en el aire, su cabeza se volvió hacia mí.

—¿Dex? —dijo expectante.

Por extraño que parezca, fue Robert quien logró decir lo que yo estaba pensando.

—¿Por qué Dexter? —preguntó, y me entraron ganas de aplaudir—. O sea, él se encarga del trabajo de laboratorio, y tú has dicho que no sirve para nada, así que... —Me miró—. Bueno. No es que yo crea que no sirve para nada, colega. Pero ¿qué ha de hacer?

Deborah miró a Robert el tiempo suficiente para que se sintiera incómodo, antes de contestar.

—A veces, Dexter tiene... intuiciones sobre el asesino.

Es un hecho científico que casi todas las situaciones de la vida suelen ir de mal en peor. Creo que se llama entropía. Cualquier científico que nos estuviera observando en aquel momento se habría quedado satisfecho de comprobar que aquella ley natural se cumplía una vez más. Como Deborah había dicho, yo tenía esas intuiciones relacionadas con los seres nocturnos enfermos y retorcidos. Yo era uno de ellos. Mi hermana era la única persona viva con la que había hablado del tema. Al fin y al cabo, no quería que la gente fuera diciendo por ahí: «Caramba, Dexter piensa igual que un asesino. ¿Por qué será?» Además, como estas ideas procedían de un lugar secreto, oculto en las profundidades de la Mazmorra de Dexter, hablar de ello siempre me hacía sentir como si estuviera desnudo. Yo creía que mi hermana lo comprendía, pero de vez en cuando, como ahora, me sacaba a rastras desvestido y encogido y me convertía en el centro de atención.

Tanto Robert como Jackie me miraron, y empecé a sentirme todavía más incómodo.

—¿Qué? —dijo Robert—. ¿Como si... *perfilara*?

Yo nunca había utilizado esa palabra como verbo. No logró que me sintiera mejor.

—Más o menos —dijo Deborah.

—Caramba —dijo Jackie, y me miró con renovado respeto—. ¿Cómo aprendiste a hacerlo?

Ésa era justo la respuesta que no deseaba contestar, por supuesto. La única respuesta sincera era algo que no podía hablar con Jackie de manera provechosa para mí. Por lo tanto, me esforcé por desviar la conversación hacia algo menos personal.

—Oh —dije con modestia—, seguí un curso de psicología en la universidad. Supongo que habrás echado un vistazo a la lista de personas desaparecidas, ¿verdad, hermanita?

Deborah hizo un ademán despectivo.

—Lo primero que hicimos. Venga, Dexter, hablemos en serio. —Apoyó las manos sobre los muslos y se inclinó hacia mí—. Quiero echarle mano a ese degradado, y lo quiero detener antes de que Anderson meta la pata. Y antes de que ese tipo repita el número. Porque ya sabes que va a hacerlo de nuevo.

—Es probable —contesté, al tiempo que acallaba una vocecita en mi interior que canturreaba: *Casi con toda seguridad*.

—Pues eso. Dame algo para continuar.

Me miró fijamente, sin parpadear, y todavía más inquietante, Jackie se inclinó hacia mí e hizo exactamente lo mismo. Estaba rodeado de Deborahs, todas ellas impacientes por verme llevar a cabo un milagro. Era demasiada expectación para un único y solitario Oscuro Aficionado, por más virtuosamente



perverso que fuera. Por suerte para mí, Robert aportó un contrapeso perfecto cuando volvió a cruzarse de brazos y se reclinó en la silla con una expresión escéptica en el rostro.

—Venga ya —dijo—. Hacer perfiles es una cosa muy seria. O sea, esos tipos del FBI lo hacen, tardan años, y sólo aciertan la mitad de las veces. —Todo el mundo le miró, lo cual supuso un gran alivio para mí. Se encogió de hombros—. Bien, sólo quería decir eso.

—Dexter es bastante mejor que eso —le espetó Deborah.

—Qué guay —dijo Jackie. Me dedicó una sonrisa alentadora, y no pude decidir entre acucillarme a sus pies y dejar que me rascara detrás de la oreja, o soltarle una bofetada a mi hermana por sacar el tema a colación.

—Muy bien —dijo Robert. Habló en un tono algo desafiante, como si hubiera decidido que todos estábamos contra él, de modo que lo mejor era recular. Apuntó con la barbilla hacia mí—. Vamos a ver qué haces.

Fue muy amable por su parte proporcionarme una motivación para hacer algo, aparte de que deseaba encontrarme en otro lugar. Su actitud de «Hazme Una Demostración» era tan irritante que consiguió hacerme olvidar que no deseaba hablar sobre algo tan íntimo, porque ardía en deseos de decir algo maravilloso que le dejara perplejo y sin palabras.

—Bien... —empecé.

Pensé en el cuerpo tal como yo lo había visto: el alcance de los daños, la extraña variedad de puñaladas, mordiscos, golpes... y, por supuesto, el remate de todo: los ojos. Todo el mundo me estaba mirando, y me di cuenta de que debía decir algo.

—Er, mmm... Empieza con los ojos...

—Muy bien —dijo Deborah expectante—. ¿Qué pasa con ellos?

—Eso es lo más importante. Lo que intenta decir sobre lo que ella vio. Y... lo que no vio.

Deborah resopló.

—Como si no lo supiera —dijo—. O sea, le arranca el ojo y se corre en la cuenca, ¿y debo pensar que fue por accidente? Sé que la dejó ciega, de modo que está relacionado con los ojos. ¿Y qué?

—Pero si es eso, Debs.

—¿Qué? —preguntó Jackie, en un tono muy similar al de Deborah.

—Él no la dejó ciega —repuse—. Le dejó un ojo ileso. Quería que viera lo que estaba haciendo.

—¡Dios mío! —murmuró Robert.

—Y todavía no sé por qué, o lo que significa —rugió Deborah, de nuevo malhumorada.

—Para él, todo gira alrededor de eso —continué, y sentí un leve susurro de aliento del Pasajero, casi como si estuviera susurrando: *Bien, sigue...*—. Visión,

mirar, ver... Todo está relacionado con eso. No es una parte secundaria. Es lo fundamental.

—¿Qué narices significa eso? —replicó Deborah.

—Aún no estoy seguro —repuse, y Robert carraspeó para demostrar que no iba a decir lo que opinaba.

—No lo entiendo —dijo Jackie—. O sea, vale, lo de la cuenca del ojo. Pero ¿qué indica eso aparte de que es un asqueroso desequilibrado enfermo?

—Has de intentar meterte en su mente —dije, y respiré hondo—. Intentar imaginar lo que estaba pensando.

—Mejor no —dijo Jackie en voz baja, pero yo estaba escuchando el lejano susurro de alas y la lenta ascensión de las sombras, y cerré los ojos e intenté verlo, bajé al Oscuro Sótano y acaricié la cosa que se estaba desenroscando, la acaricié hasta que ronroneó, se estiró y se alzó hacia el cielo negro interior y me enseñó todas las imágenes del placer de la Noche Eterna...

*Y la veo, veo cómo se debate, gime, se retuerce con violencia contra las cuerdas, intenta gritar pese a la mordaza, no ve otra cosa que la muerte al acecho y ni siquiera ve el trascendental Por Qué, el motivo inexorable, a Mí que le estoy haciendo esto porque se ha negado a fijarse, e incluso ahora sus ojos están clavados en el cuchillo y no en la mano que lo sujeta y necesito obligarla a verME, necesito que ME preste más atención, y dejo caer el cuchillo y me acerco más, más directo, más íntimo, y empiezo a utilizar las manos, los pies, las uñas, los dientes, y todavía no ME ve, así que la agarro por el pelo, ese perfecto pelo dorado, y giro su cara para que mire y ha de verME al fin.*

*Y lo hace.*

*Me ve. Por primera vez, ME mira y ME ve y sabe quién soy en realidad y al fin al fin puedo enseñarle que la quiero como nadie la quiso jamás, enseñarle que así estaba escrito que sucedería, desde siempre, y al fin al fin puedo enseñarle mi Verdad, a Mí, mi Razón de Ser.*

*Puedo enseñarle mi amor.*

*Y sí sabré que ella siempre verá mi amor, y le quito el ojo y me lo guardaré para siempre, para poder recordar yo también.*

*Y así ella se sentirá preparada y se dará cuenta de cómo la quiero y pondré mi amor donde estaba su ojo.*

*Y después termino. Y siento de nuevo la tristeza. Porque nada dura eternamente. Pero en teoría el amor es para siempre, y quiero que este amor perdure. Y así ella lo sabrá, y este amor perdurará eternamente y no cambiará ni terminará, y nunca podrá ser otra cosa, pero hay algo más. Jamás podrá suceder nada que mancille este amor sin igual o consiga que este momento perfecto dure menos que la eternidad. Es importante.*

*Y por eso la mato.*

Alguien carraspeó. Abrí los ojos, y lo primero que vi fue a Jackie. Me estaba

mirando con una expresión muy extraña en la cara, una mezcla de fascinación y miedo, casi como si hubiera oído los tenues y correosos susurros que todavía aleteaban en mi cerebro.

—¿Qué? —le pregunté.

Sacudió la cabeza. Su coleta se agitó a un lado, y luego al otro.

—Nada —dijo—. Es que... —Se mordió el labio y frunció el ceño—. ¿Adónde has ido?

—Oh. —Noté que una oleada de calor invadía mis mejillas—. Yo, mmm..., es un poco difícil de explicar.

Deborah lanzó una risita, cosa que se me antojó de lo más grosero.

—Inténtalo —dijo—. Yo también quiero saberlo.

—Bien, mmm... —dije, lo cual no estaba a la altura de mis habituales niveles estelares de ingenio—. Yo, yo... intento imaginar lo que el asesino sentía, pensaba.

Jackie continuaba mirándome con el ceño fruncido. Ni siquiera había parpadeado.

—Ajá.

—Mmm... —dije, todavía regodeándome en monosílabos carentes de inspiración—. Bien, ya sabes. Trabajo hacia atrás desde lo que podemos ver. Utilizo lo que sé. O sea, lo que sé por mis investigaciones —me apresuré a añadir—, y... estudios de esas cosas. En libros y...

—Trabajas hacia atrás —repitió Jackie—. ¿Qué significa eso?

—Es, mmm..., ya sabes —dije. Me sentía excepcionalmente torpe—. Cada asesinato es algo único, de modo que intento comprender por qué alguien hizo eso.

Jackie parpadeó por fin.

—Vale. Así que esta vez le corta el pezón. ¿Qué te dice eso?

—Depende de cómo lo corte. Si lo hace de una cuchillada, eso significa: « Te estoy castigando por tener un pezón, y ahora ya no lo tienes» .

—En este caso se lo arrancó de un mordisco —dijo Deborah—. ¿Qué quiere decir?

—« Te quiero» —contesté sin pensar, pero un alegre siseo del Pasajero me confirmó que estaba en lo cierto.

Mi hermana carraspeó.

—Por los clavos de Cristo —masculló Robert.

Por su parte, Jackie estaba estupefacta.

—¿« Te quiero» ? —dijo—. ¿Le arranca el pezón de un mordisco para decir « Te quiero» ?

—Es, mmm... No se trata de un amor normal.

—¿No me digas? —dijo Deborah.

—Con este tipo, todo el asunto es sexual. —Me sentía un poco a la defensiva,

y no estaba muy seguro de por qué—. Es una mezcla de compulsión, sexo y amor, y todo es tan potente y frustrante que es incapaz de expresarlo, salvo, mmm... —me encogí de hombros—. Tal como lo hizo.

Paseé la vista alrededor de mi pequeño público. Deborah había recuperado su expresión pétrea de policía, y Robert daba la impresión de estar haciendo un gran esfuerzo para no ponerse a reír a carcajadas. Pero Jackie tenía la vista clavada en la lejanía, y poco a poco empezó a asentir.

—Creo que lo entiendo —dijo.

Deborah torció la cabeza con incredulidad.

—¿De veras? Dios santo, ¿cómo?

Jackie la miró.

—Es un poco como interpretar. O sea, como cuando haces un Shakespeare. En el libreto no te indica cómo deberías reaccionar o decir las cosas. Por tanto, estudias lo que él quiere que hagas, lo que él quiere que digas, y trabajas hacia atrás a partir de eso. —Se volvió y me dedicó una veloz sonrisa—. Como ha dicho Dexter.

El calor que sentía en la cara se deslizó de repente dentro de mi pecho. Alguien me entendía. Jackie entendía lo que había hecho. Era tan improbable que aquella diosa del séptimo arte comprendiera algo, no digamos ya a mí, que me puse en pie, la miré y noté que una pequeña y agradecida sonrisa se dibujaba poco a poco en mis labios.

Pero, por supuesto, Robert no podía permitir que yo sintiera el menor atisbo de felicidad.

—Oh, por el amor de Dios —dijo—. No estamos hablando del puto Shakespeare, querida. No estamos hablando de tu maldito te-a-tro. Esto es el mundo real. Estamos hablando de un capullo chiflado y psicópata al que se le ha ido la olla, aficionado a arrancar tetas a mordiscos, y por más técnica del Neighborhood Playhouse<sup>[3]</sup> que ensayes en tu cabeza no vas a pillarle.

—Ni tampoco vomitando cada vez que ves un poco de sangre, Bob —replicó Jackie con dulzura.

Robert abrió la boca, la cerró, y después volvió a abrirla. Pero Deborah intervino antes de que pudiera escupir su respuesta, sin duda venenosa.

—Vale, vale —dijo—. Me alegro de que lo comprendas, Jackie. Yo no, pero qué coño, por eso aguanto a Dexter.

—¿Qué dices de mi asombrosa competencia? —intervine—. ¿Y de mi comedido ingenio? ¿Y...?

—Lo que todavía no entiendo —continuó Debs, sin dejarme terminar mi modesta lista de excelentes cualidades— es cómo se relaciona con dónde empezaste. Sobre los ojos, quiero decir. —Levantó una mano para impedir que yo dijera lo que no pensaba decir—. Vale, le arranca el ojo, se folla la maldita cuenca y la mata.

—Y se queda el globo ocular —repliqué.

—Eso no lo sabes —soltó Robert.

—Creo que sí.

—Casi todos estos tipos se guardan recuerdos —dijo Deborah, y yo disfruté de un raro momento de contar con una hermana que me apoyaba de vez en cuando—. Es la cruda realidad. Es de manual.

—¿Se supone que hemos de ir a por un tipo que va por ahí con un puñado de globos oculares? —preguntó Robert, con una mueca de extrema incredulidad y desagrado—. ¡Oh, Dios mío!

Jackie resopló.

—Buena idea, Bob —comentó—. Vamos a empezar a cachear a la gente, y cuando pillemos a alguien con una bolsa llena de globos oculares, es nuestro chico.

—Yo no soy quien ha sacado el tema a colación —dijo Robert, y ya iba a añadir algo más, cuando Deborah le acalló.

—Cerrad el pico, los dos —les espetó, y ambos obedecieron. Me miró—. ¿Cuáles son las probabilidades de que ya lo haya hecho antes?

Reflexioné al respecto.

—Bastantes. Tal vez no muchas, pero casi con seguridad una o dos.

Jackie frunció el ceño y ladeó la cabeza.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—La primera vez quizá no fue algo tan, mmm..., completo. Matar por primera vez debió ser demasiado entretenido, demasiado potente. Lo hizo deprisa y corriendo, y después le entró el pánico y huyó. Pero no le detienen. Se pone a pensar en lo que habría debido hacer... —Cabeceé en dirección a Jackie, casi abrumado por la idea de que ella lo entendía—. Ya sabes.

—Sí. Así que piensa: «He ido demasiado deprisa. No me han cogido. La próxima vez probaré esto...»

Clavó la vista de nuevo en la lejanía, mientras le daba forma en su mente. Era un verdadero placer mirarla, un placer que Deborah, cómo no, se encargó de destrozar enseñuida.

—De acuerdo —dijo—. Nos pondremos en contacto con departamentos de policía de otras ciudades, a ver si existe algún caso similar.

—¿De qué servirá? —inquirió Robert—. O sea, aunque haya hecho algo antes, no le detuvieron.

—Qué dominio de lo evidente —comentó Jackie.

—Mucho mejor que tu mierda de trabajo psíquico detectivesco —replicó con desdén Robert.

Deborah me miró y sacudió la cabeza con aire cansado.

—Sácale de aquí —me ordenó.

Dediqué el resto de la mañana a enseñar a Robert cómo encontrar sangre latente con Bluestar. No es muy difícil. Lo esparces sobre algo y los restos de sangre brillan, por más que el objeto haya sido restregado. Buen material, y además no degradaba el ADN, algo cada día más importante. A Robert no parecía impresionarle la sangre en las ínfimas cantidades con las que estábamos trabajando, y las horas transcurrieron con celeridad, con apenas una leve irritación por sus preguntas demasiado insistentes. Pero al menos su comportamiento no era agresivamente ofensivo. Cuando Jackie no se hallaba presente, no era tan irritante, y cuando el reloj se estaba acercando a mediodía, se me ocurrió que, si podía aguantarle un poco más, quizá me invitaría a comer de nuevo.

De modo que le toleré con paciencia, trabajé con él mientras utilizaba una botella casi entera de Bluestar, y estaba a punto de insinuarle que sería una buena idea ir a comer, cuando mi teléfono empezó a gorjear.

—Morgan —contesté.

—Sube a mi despacho —dijo Deborah—. Tenemos una coincidencia.

—¿Qué? —pregunté muy sorprendido—. ¿Quieres decir que has recibido alguna respuesta ya?

—Sí. Dos.

—Eso no es posible.

Y no lo era. Era demasiado pronto para que alguien respondiera a la consulta que Deborah había enviado. Habrían sido necesarios días, incluso semanas, para que algún policía del país la leyera, comprobara sus historiales, encontrara una coincidencia y respondiera. Casi todos los policías tienen una vida, y un montón de casos que les sobrepasan, y si bien la colaboración profesional con un hermano agente es una gran idea, nunca es tan importante como terminar un informe antes de que el capitán te eche una bronca de narices, con apenas tiempo para llegar al partido de fútbol de tu hijo.

Pero Deborah afirmaba que no sólo tenía una respuesta, sino dos, y antes de que pudiera seguir interrogándola dijo: «Ya», y colgó.

Estaba sola cuando Robert y yo llegamos a su despacho. Miraba la pantalla del ordenador con el ceño fruncido, y después levantó la vista y le dio unos golpecitos con el dedo para enseñarme su correo electrónico cuando entramos.

—Mira esto. Dos, en dos ciudades diferentes, y tiene que ser nuestro chico, no cabe la menor duda. —Señaló la pantalla con el dedo—. Cuerpo encontrado en un contenedor de basura, pezón derecho desaparecido, mismo tipo de marcas en...

—¿Y los ojos?

Ella asintió.

—El primero, hace más de un año en Nueva York, arrancados los dos ojos. Uno encontrado cerca del cuerpo, el otro no se encontró. El segundo. —Miró el papel y asintió—. Sí, Las Vegas. Hará unos cuatro meses. —Alzó la vista y me dedicó una sonrisa de triunfo—. Un ojo desaparecido, huellas de semen en la cara. Es él, Dex. Tiene que serlo.

Asentí. Probablemente era él. Pero saber que no le habían cogido dejaba una pregunta crucial, tal vez la más importante de todas.

—Nueva York, Las Vegas, y ahora Miami —dije—. ¿Por qué?

—Es más difícil pillarle si va de un lado a otro —sugirió Robert.

—Casi ningún asesino en serie cree que lo van a pillar —contestó Deborah—. Se quedan en un sitio fijo, incluso en un barrio.

Robert me miró.

—¿De veras?

Asentí.

—Suele pasar. Si éste no lo hace, es por una razón importante.

—Vale. ¿Por qué?

—Podría estar persiguiendo algo, o a alguien, muy concreto. O... —Una idea diminuta me vino a la cabeza—. Son ciudades donde se celebran montones de congresos.

—Exacto —dijo Deborah—. Podemos cotejar las listas, a ver si detectamos alguna coincidencia.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Robert—. ¿Que podría asistir a todos esos congresos, como si fuera masón o algo por el estilo?

Deborah sacudió la cabeza con aire cansado, así que me apiadé de ella y acudí en su rescate.

—Masón parece plausible —dije a Robert con paciencia—. Podría escaparse en uno de esos pequeños triciclos que utilizan en los desfiles.

—Los expedientes de los casos están llegando por correo electrónico —anunció Deborah—, pero tengo detectives en dos ciudades diferentes que quieren venir aquí y disparar a alguien.

—Diles que se queden en casa. Ya tenemos bastantes tiradores en Miami. —Paseé la vista alrededor de la habitación, y se me antojó un poco vacía—. ¿Dónde está Jackie?

Debs agitó una mano.

—Tenía una entrevista. Matthews le dijo que podía utilizar la sala de conferencias.

Antes de alterar mi expresión para demostrar que estaba impresionado por el hecho de que Matthews permitiera que alguien más utilizara su sala de conferencias, Robert saltó:

—¿Entrevista? ¿Con quién?

Podían ser imaginaciones mías, pero pensé que su rostro había palidecido un

poco, y parecía muy disgustado.

—No dijo con quién —explicó Deborah—. Una revista, creo.

—Una revista —repitió Robert—. ¿Local? —añadió esperanzado.

—El capitán jamás permitiría que utilizara su sala de conferencias para una revista local —dijo Debs, y lo dijo con una falta de expresión tan absoluta que comprendí que había captado la aprensión de Robert y estaba jugando con él un poco.

—Mierda —dijo él—. Habrían debido... ¿No dijo con cuál? Vuelvo enseguida. —Se encaminó hacia la puerta—. He de llamar a mi agente.

Debs y yo le seguimos con la mirada.

—Tienes una vena malvada encantadora, hermanita —dije.

Ella asintió con expresión impenetrable.

—Ayuda a pasar el rato. —Se volvió hacia el ordenador, y después de teclear unos momentos, dijo: Los expedientes de los casos han llegado. —Frunció el ceño y pulsó unas cuantas teclas más—. Maldita sea —masculló. Mi hermana poseía muchas cualidades excelentes, pero el dominio de la informática no era una de ellas. Aun así, al cabo de un momento la impresora se puso a zumbiar, y se apartó del ordenador con expresión satisfecha.

—El de Nueva York ha llegado primero —dijo.

—Por supuesto.

Me incliné para mirar las páginas a medida que la impresora las iba escupiendo. Las primeras hojas salieron con rapidez. Era el habitual informe policial mecanografiado, y Deborah las agarró y empezó a leerlas con ansia. La página tres tardó un rato en imprimirse (una fotografía, probablemente de la víctima tal como la habían encontrado), y esperé impaciente mientras iba saliendo una línea tras otra. Por fin, la expulsó del todo y la agarré con ansia.

En la actualidad, la tecnología digital ha logrado que la fotografía policial sea mucho más colorista y detallada que antaño. Mi padre adoptivo, Harry, se había visto obligado a examinar fotos granulosas en blanco y negro de cadáveres. No debía de ser muy divertido. Debido a la alta resolución de las cámaras de color que empleamos ahora, vi el maravilloso arco iris de pigmentos dejados por diversos puñetazos, mordiscos y cuchilladas en el cuerpo, que abarcaban desde el rosa brillante hasta el púrpura intenso, pasando por todo el espectro. De hecho, la imagen era lo bastante nítida para distinguir las marcas de dientes individuales en uno de los mordiscos, y tomé nota mental de decirle a Deborah que examinara registros dentales en busca de alguna coincidencia.

Estudié la foto con detenimiento, en busca de pistas que me revelaran algo nuevo. Las similitudes eran sorprendentes. Esta víctima, como la nuestra, era una joven que casi con toda seguridad había sido atractiva, antes de que una serie de desdichados acontecimientos hubieran conducido a esta foto. Tenía una figura muy esbelta y agradable, y el pelo largo hasta los hombros, del mismo color



dorado de nuestra víctima. Recorrí el cuerpo hacia abajo, y observé que las heridas de cuchillo se habían propinado en los mismos sitios, y me quedé tan absorto que tardé unos momentos en percibir un suave aroma floral cercano, hasta darme cuenta de que había alguien detrás de mí. Levanté la vista a toda prisa, sobresaltado, y vi que Jackie había entrado en silencio en la habitación y se encontraba muy cerca de mí, mirando la fotografía por encima de mi hombro. Llevaba el pelo suelto, y caía alrededor de su cara de una forma inquietantemente similar a la de la víctima.

—Oh —dije—. No te he oído.

—Fui Chica Exploradora. Medalla al mérito en silvicultura. —No se apartó, y durante un momento muy largo me olvidé de la foto que sujetaba en la mano y me limité a inhalar el sutil perfume que llevaba Jackie. Por fin, extendió un dedo y dio unos golpecitos con la uña sobre la foto—. Éste es diferente. O sea, no es el mismo en el que estamos trabajando.

—Exacto.

—¿Qué es? —preguntó, al tiempo que el dedo descendía sobre la imagen del cuerpo.

—Tenemos una respuesta a la solicitud que Deborah envió.

—Vaya. ¿No tardaban un tiempo?

—Siempre. A menos que sea un caso de perfil alto.

—¿En qué se distinguen los de perfil alto?

—En muchas cosas. Podría ser la hija de alguien.

—Casi con toda seguridad —murmuró Jackie.

—O sólo porque es joven, bonita y no se dedicaba a la prostitución.

Ella alzó la vista y me miró con una ceja arqueada.

—¿Y blanca?

Asentí.

—Claro. Pero nadie lo admite. ¿Cómo lo sabes?

Jackie volvió a mirar la foto.

—Intervine en un especial de la tele sobre eso. Una chica negra desaparece, y la familia no puede conseguir que la policía haga nada.

—Estoy seguro de que algo hizo. Poca cosa.

—¿De dónde han enviado esto?

—De Nueva York —contesté, y me di cuenta de que era una oportunidad maravillosa de implementar su educación forense. Y para ser sincero, tampoco quería que se alejara—. ¿Cuántas diferencias observas?

Me miró y dibujó una leve sonrisa de perplejidad.

—¿Como en esos acertijos para niños? ¿Cuántas cosas son diferentes?

—Ésta es la versión de homicidios. Para adultos.

—De acuerdo.

Se puso a estudiar la foto con detenimiento. Inclínó la cabeza hacia delante,

de forma que su pelo rozó mi brazo desnudo. Se lo echó hacia atrás y lo remitió detrás de la oreja, así que dejó el cuello al descubierto, y vi latir su pulso en la arteria carótida.

—Las Vegas —anunció Deborah.

Lo dijo en voz baja, en un susurro, pero aun así pegué un bote. Había olvidado que había alguien más en la habitación. Debs pulsó unas cuantas teclas más con irritación, y el segundo expediente empezó a imprimirse. Una vez más, las primeras páginas eran el informe, y salieron muy deprisa. Cuando la fotografía apareció por fin la cogí, y era igual que las otras dos: una joven de estupenda figura atlética y pelo dorado largo hasta los hombros. Ya no cabía duda sobre la pauta: era cuestión de intentar imaginar por qué este tipo específico se repetía.

—He descubierto algo —dijo Jackie, al tiempo que señalaba la fotografía. Miré y vi su dedo apoyado sobre el rostro de la víctima. No había otra cosa que piel tersa.

—¿Qué?

—Bien, la víctima de Miami tiene una marca de cuchillada aquí. Déjame ver la de Las Vegas. —Extendió la mano y yo le di la segunda foto, al tiempo que me inclinaba para mirarla—. ¿Lo ves? Ésta también la tiene. Una cuchillada rápida, a lo largo de la cara. —Me miró con sus brillantes ojos violeta—. ¿Qué significa eso?

—Ira.

—¿Por qué motivo? Porque en la cara es como...

Antes de que pudiera añadir algo más, Robert entró en tromba en la habitación.

—Voy a tener que irme pronto —anunció muy satisfecho—. Tengo una entrevista con la revista *Screen Time* dentro de noventa minutos. —Esperó a que alguien le felicitara, pero nadie lo hizo, de modo que cabeceó con el ceño fruncido en dirección a los papeles que Deborah sujetaba—. ¿Hay algo en el informe? ¿Crees que es nuestro chico?

—Sí, creo que sí. La caligrafía es muy similar. —Y como yo ya la había felicitado por su vena malvada, añadió—: Echa un vistazo a las fotos. Compruébalo por ti mismo.

Jackie le miró expectante y extendió las fotos. Robert la miró, y después los músculos de su mandíbula se tensaron, se inclinó hacia delante y las cogió. Tragó saliva, se armó de valor y empezó a examinarlas.

—Jesús —dijo—. Oh, Dios mío. —Devolvió las fotos a Jackie—. Sí que parece el mismo tipo. O sea, es imposible que haya dos tipos que hagan lo mismo, ¿verdad?

—Es probable que no —dijo Deborah.

—¿Qué hacemos con este material?

—Compararemos los tres casos —respondí.

—De acuerdo —asintió Robert—. ¿Qué hemos de buscar?

—No lo sabremos hasta que lo veamos —dije—. Pero lo ha hecho tres veces, y cada vez aumentan más las probabilidades de que cometa una equivocación, de que deje alguna pista.

—Vale —dijo Robert. Enarcó las cejas—. Hace años, interpreté a un detective alcohólico, y hay un asesino en serie que mata a chicas jóvenes. Este tipo, mi personaje, está divorciado. Pero tiene una hija, y resulta que el asesino la está siguiendo, de modo que he de dejar de beber y capturar al asesino antes de que mate a mi hija. —Se encogió de hombros—. Una producción de bajo presupuesto, financiación israelí. Pero muy auténtica, y obtuvo estupendas críticas. —Deborah carraspeó y Robert le dirigió una veloz sonrisa—. De acuerdo. Lo siento. Bien, mi personaje toma nota de cuándo ataca el asesino. Estudia la cronología, y resulta que el asesino mata a alguien cada seis semanas. De manera que tiendo una trampa al tipo en el momento adecuado, y es así como le cazo. —Miró a mi hermana, y como no dijo nada, me miró a mí—. Así que he pensado, tal vez no sirva de nada, pero ¿por qué no hacemos lo mismo con éste?

—¿Por qué? —preguntó Jackie—. Ni siquiera sabemos en qué ciudad lo hará la siguiente vez. ¿De qué sirve saber cuándo?

—Podríamos investigarlo —insistió Robert. Me miró con una ceja enarcada, y habló con una especie de entusiasmo infantil—. ¿Tú qué dices, Dexter?

No se me ocurría por qué saber el intervalo entre los asesinatos podría revelar a Robert algo útil. Por otra parte, era más fácil soportar a Robert eufórico y ocupado que malhumorado.

—De acuerdo —dije—. No puede perjudicarnos.

Deborah se encogió de hombros y extendió los dos informes.

—Haz un esfuerzo —me dijo.

Cogí los informes, y Robert se acercó y se puso a mi lado, lo cual obligó a Jackie a apartarse. Se acercó al escritorio de Deborah y apoyó una cadera en una esquina, mientras Robert se inclinaba sobre las páginas que yo sujetaba. No oía ni la mitad de bien que Jackie.

—De acuerdo —musitó, y manoseó las páginas, como si intentara verlas todas al mismo tiempo.

Le tendí los papeles.

—Toma. Las Vegas encima. Nueva York debajo.

Agarró los papeles y se apoyó de nuevo sobre el antepecho de la ventana para estudiarlos.

—Vale, vale —dijo en voz baja, y después frunció el ceño y sacudió la cabeza—. No, esto es absurdo. Septiembre de 2012 en Nueva York, después Las Vegas en junio de 2013, y ahora octubre en Miami. —Alzó la vista con la decepción pintada en la cara—. No funciona. El intervalo es diferente.

—Vaya —dije.

Miró las hojas un rato más, como si intentara que se portaran bien, pero no le salió bien.

—Bien, mierda —dijo por fin—. Supongo que era una posibilidad muy remota.

Nadie le llevó la contraria. Robert se inclinó hacia delante y tiró los papeles sobre el escritorio de Debs, arrastró los pies, cruzó los brazos, y después se enderezó.

—Bien, yo... Debería ir a prepararme. Para la entrevista. —Sonrió—. Ponerme una camisa limpia, peinarme, todo eso. Para el fotógrafo. Así que... —Miró a Deborah, y después a mí, como si esperara que protestáramos. Como no lo hicimos, se encogió de hombros—. Bien. Hasta mañana —me dijo.

—A primera hora —respondí.

Apuntó un dedo en mi dirección como si fuera una pistola y bajó el pulgar. Pum.

—A primera hora —coreó. Saludó a Deborah con un cabeceo, dedicó a Jackie una leve sonrisa, y después salió por la puerta.

Nadie dijo nada durante unos momentos. Jackie recogió los papeles que Robert había tirado y los estudió. Frunció el ceño.

—Curioso —dijo.

—¿Qué? —pregunté.

Meneó la cabeza.

—No, nada. Es que... O sea, parece que me esté haciendo la diva: « ¡Todo gira a mi alrededor!» Y yo no soy... Olvidalo.

—No podré olvidarlo si no me lo dices.

Ella cruzó los brazos sobre el pecho y me dedicó una especie de sonrisa pesarosa.

—Dexter, no es nada —repuso, y mientras yo meditaba sobre el hecho de que era la primera vez que me llamaba por el nombre, continuó—. O sea, es una estúpida coincidencia. Cuando Robert dijo las fechas, es... Yo estaba allí, en ambas fechas. Trabajando en un par de películas. Nueva York en septiembre, Las Vegas en junio. —Sacudió la cabeza y señaló las hojas como desechando su importancia—. Como ya he dicho, olvidalo. —Descruzó los brazos y se dio una palmada en los muslos—. Bien —dijo, mirando a Deborah—, ¿cuál es nuestro siguiente movimiento?

Es posible que mi hermana le respondiera, pero si lo hizo, yo no la oí. Porque mientras veía a Jackie ladear la cabeza hacia Debs, el pelo dorado oscilando con el movimiento, algo chasqueó en las Sombras Profundas del Cuarto Oscuro de Dexter, y miré las fotos que sostenía en la mano, ambas tan similares, y entonces...

*Toda la luz se ha apagado y estoy respondiendo al urgente batir de alas negras*

*y me subo y me tumbo sobre ellas y dejo que me eleven impulsadas por un viento oscuro y subimos y subimos y subimos hasta un cielo nocturno negro, allá en lo alto, desde donde podremos ver, y nos elevamos y describimos círculos cada vez más deprisa hasta que nos encontramos en el cielo frío y sin estrellas y miramos y allí está, un único pedazo del paisaje de un escarlata brillante, diáfano, acerado e inevitable como si estuviera iluminado por una docena de soles de mediodía..., y las veo. Y nos precipitamos hacia la luz teñida de rojo y me reúno de nuevo con ellas, con las mujeres de las fotos, parado sobre ellas mientras las veo retorcerse y debatirse contra las correas, y cada uno de sus músculos se entumece y cada centímetro de piel, cada nervio, cada hueso, chilla de dolor, y eso ni siquiera logra que vaya más despacio. Me impulsa a cosas nuevas y más excitantes, y se las empiezo a hacer, y vuelve la cabeza para no ver lo que voy a hacer y ha de verlo, ha de verme, ha de mirar, porque por eso estoy haciendo esto, ése es el motivo, que ha de verme, de modo que le agarro el pelo, ese perfecto pelo dorado, y le doy la vuelta a la cabeza para ver su cara...*

*... y no es la cara que debería.*

*Y eso me pone furioso, y tiro de su pelo con más fuerza todavía, ese pelo dorado casi perfecto, el pelo que no acaba de coincidir, que está tan cerca y se parece tanto al de ella, pero no es su pelo y su cara no es su cara y todo va mal aunque imagino su cara mientras termino, pero cuando contemplo lo que he hecho, siento que todo se agota porque no es correcto, no es ella, y un destello brillante de rabia desciende desde mi cráneo por mi brazo y levanto el cuchillo, el frío cuchillo impersonal, y rajo esa cara, esa cara equivocada, porque no es...*

—Oh —dije, y mis ojos se abren a la luz fluorescente del despacho de Deborah, y por más que intento expulsarlas y encontrar una forma de no creer en ellas, las cosas que he visto no cambian. Aun con la luz áspera y desagradable del despacho, la imagen es la misma, y todavía peor, ahora veo que Debs y Jackie me están mirando inseguras, como si me hubieran visto orinar en una calle bulliciosa—. Oh, mmm... Es, bueno. Estaba pensando en algo.

—¿En qué? —preguntó Jackie, al parecer muy insegura sobre lo que estaba preguntando, y como si deliberadamente se estuviera burlando de mí y de mi visión, se echó el pelo sobre el hombro... Su pelo, su perfecto pelo dorado...

—Eres tú —le dije—. O sea, en realidad todo gira a tu alrededor.

Jackie enrojeció y jugueteó con el pelo.

—Eso no es, o sea...

Pero Deborah la interrumpió.

—¿Qué quieres decir con eso de que todo gira en torno a ella? ¿Qué estás diciendo?

—Por eso lo hizo. —Me di cuenta de que todavía estaba sintiendo el batir de alas de mi vuelo interior con el Pasajero, y de que había perdido en parte la conexión con el tiempo real. Respiré hondo y di una palmada sobre las fotos que

había sobre el escritorio al lado de Jackie—. El pelo es como el tuyo. Ambas tienen una figura similar. Los mismos sitios cuando estabas tú en ellos. —Alcé la vista y clavé mi mirada en Jackie, y ella me miró sin parpadear, con un pequeño destello de miedo en aquellos ojos violeta—. Y entonces el cuchillo le corta la cara, la rabia..., porque no es la cara que debería. Porque no eres tú.

Vi que los músculos largos y elegantes de su garganta se movían mientras tragaba saliva, y entonces empezó a negar poco a poco con la cabeza. Pero por más que yo deseaba equivocarme, sabía que no era así.

—Eres tú. Las mató porque se te parecían.

Durante algunos momentos se hizo un silencio absoluto en el despacho de Deborah, quien se limitaba a mirarme, mientras Jackie continuaba sentada estrujando su pelo con los nudillos blancos, los labios entreabiertos, muy pálida, al parecer sin respirar.

—Yo, yo, ¿cómo puedo yo...?

—¿De dónde coño te has sacado esto? —preguntó Deborah.

—Er, verás... Me lo dice la lógica.

—A mí no.

—No creo... —terció con un hilo de voz Jackie—. Yo... No sé si...

Mi hermana empujó la silla hacia atrás, con un ruido que se me antojó horriblemente estridente así de repente.

—Chorradas, Dexter —protestó—. A menos que tengas algo sólido que lo respalde.

—Tienes las fechas y los lugares. Y todas las víctimas se parecen a ella.

Sacudió la cabeza y frunció los labios.

—Montones de mujeres se parecen a ella —replicó.

—Deborah, estoy seguro de esto...

—Bien, pues yo no. Sólo te apoyas en una de tus... ¿corazonadas? Eso no es suficiente. No puedo ir a ver al capitán y decirle: «Mire lo que hemos descubierto cuando Dexter cerró los ojos». Necesito pruebas. Estoy harta de tus tonterías de detective psíquico.

Me dolió más de lo que habría debido. Al fin y al cabo, ella era quien me había obligado a hacer el número, de una forma excesivamente pública para mi gusto, y ahora me estaba reprendiendo por hacer algo que yo no había deseado hacer en absoluto. Y lo había hecho sólo por ella, porque se supone que la familia es importante, y lo había hecho bastante bien. Y ahora me rechazaba, se burlaba de mí, me acusaba de sofistería. De modo que busqué una réplica mordaz, algo que la dejara hecha polvo. Pero antes de que pudiera decir «Ah, ¿sí?», Jackie habló.

—Oh, mierda —dijo, me miró y sacudió la cabeza con violencia de un lado a otro—. Oh, Dios mío, Deborah... —Ladeó la cabeza—. Quiero decir, sargento. O sea... Oh, mierda.

—¿Qué? —preguntó mi hermana.

Jackie continuó sacudiendo la cabeza sin cesar.

—Creo que tiene razón —dijo con un hilo de voz.

—¿Por qué? —inquirió Deborah.

Jackie se dio cuenta por fin de que estaba sacudiendo la cabeza y paró. Respiró hondo, cerró los ojos, los abrió, me miró, parpadeó, y después miró a Debs.

—Alguien me acosa. Me ha... Me ha enviado un montón de cartas.

—¿Qué clase de cartas? —preguntó mi hermana.

Jackie se humedeció los labios.

—Al principio eran un poco raras, pero eso es lo que suelen escribir los admiradores. —Se encogió de hombros—. Tengo montones. Mi ayudante envía siempre una respuesta estándar. A veces con una foto. Y a él no le gustó. Quería algo más... real. —Levantó las manos y las agitó como dos pequeños pájaros indefensos—. Algo personal. —Dejó caer las manos sobre el regazo—. Cosa que yo no hago nunca. O sea, si es un niño con cáncer o algo así, vale, pero ¿la carta habitual de un admirador? Ni siquiera las leo, y mucho menos las contesto. Mi ayudante se los quita de encima, y si no pillan la indirecta, no les hacemos caso. Les devolvemos sus cartas.

Se mordió el labio y se miró las manos.

—Y así lo hicimos. Le devolvimos sus cartas y... No le gustó nada. Y escribí otra vez, pero... las cartas se fueron volviendo muy... desagradables. Y devolví mi foto... hecha trizas. Cortada, con cosas dibujadas encima y... —Tragó saliva, respiró hondo, me miró—. Con uno de los ojos arrancados.

—Joder —dijo Deborah en voz baja.

—Y las cartas decían cosas muy feas. Lo suficiente para que Kathy... —Alzó la vista—. Kathy es mi ayudante.

—Vale —dijo mi hermana.

—Las cartas eran tan siniestras, retorcidas y amenazadoras que Kathy llegó a preocuparse. Me las enseñó. Yo... No sé. No podía creer que hablara en serio, pero... —Se encogió de hombros, levantó las manos, y volvió a dejarlas caer sobre el regazo—. Le dije que se las enseñara a la policía.

—¿Lo hizo? —preguntó Deborah.

—Sí. O sea, supongo que sí. Yo no... Quiero decir, Kathy es muy buena en su trabajo, de modo que estoy segura de que lo hizo.

—De acuerdo —dijo Debs—. Y después, ¿qué?

Jackie sacudió la cabeza.

—Nada. O sea, no volví a pensar en ello. Imaginé que se habían ocupado del asunto, y tenía trabajo que hacer. Ya sabes.

—¿Dónde están las cartas ahora? —preguntó Deborah.

Jackie parpadeó.

—Pues... no tengo ni idea. Bueno, podría preguntar a Kathy.

—¿Dónde está?

—Aquí, conmigo. O sea, en Miami.

—Llámalas —dijo mi hermana—. Necesito ver esas cartas. Y quiero saber el nombre del policía que las vio... ¿en Los Ángeles?

Jackie asintió, mientras se mordisqueaba el labio inferior.

—Sí —dijo—. O sea, el Valley, pero...



—Vale. ¿Dónde está ahora tu ayudante?

—Yo... Debe estar en el hotel.

—Llámalas —repitió Deborah.

Jackie asintió y se volvió hacia su bolso, que estaba en un rincón al lado del escritorio. Sacó un móvil y tecleó un número, de espaldas a nosotros mientras hablaba. Pronunció unas breves frases, desconectó, devolvió el móvil al bolso y se volvió hacia nosotros.

—He hablado con Kathy —dijo, tal como yo había sospechado—. El policía de Los Ángeles todavía conserva esas cartas. Buscará su tarjeta y volverá a llamarme. —Meneó la cabeza y nos miró, y después, casi como si alguien hubiera quitado el tapón que retenía el aire en el interior de su cuerpo, se hundió en la silla de las visitas al lado del escritorio—. ¡Dios mío! —dijo en voz baja. Cerró los ojos y exhaló una larga bocanada de aire—. ¡Dios mío! —Abrió los ojos y paseó la vista entre Deborah y yo—. ¿Creéis que él...? O sea, ¿creéis que corro peligro de verdad?

—Sí —respondimos los dos al unísono.

Jackie parpadeó varias veces. Sus ojos se humedecieron y dio la impresión de que el color violeta se oscurecía varios tonos.

—¡Qué horror! —dijo—. ¿Qué debo hacer?

—Pediré al capitán que alguien te acompañe en todo momento —dijo Deborah.

—Alguien... ¿Como un guardaespaldas? ¿Otro poli? —dijo angustiada Jackie.

Mi hermana enarcó las cejas.

—¿Qué tiene de malo eso?

Jackie vaciló, se humedeció los labios, y después enlazó las manos delante de la boca.

—Es que... Esto va a sonar... —Nos miró a los dos—. ¿Puedo ser totalmente sincera con vosotros?

—Eso espero —dijo Deborah, con una expresión de leve incredulidad en el rostro.

—Esto es... ¿Cómo podría explicarlo? —Jackie sacudió la cabeza, se levantó y fue a mirar por la ventana. No había mucho que ver, pero siguió mirando—. Mi carrera está... ¿En declive? La verdad es que... Las ofertas no se acumulan como antes. Y no son tan buenas. —Se mordió el labio y agitó poco a poco la cabeza—. Suele pasar. Para una mujer, en este negocio todo termina después de los treinta, y yo ya tengo treinta y tres.

Levantó la cara y forzó una sonrisa.

—Esto es información confidencial —dijo. Deborah y yo asentimos.

Jackie volvió a mirar por la ventana.

—En cualquier caso, la realidad es que este rodaje ha de continuar, y necesito que sea un éxito, o mi carrera habrá terminado y no me quedará nada

más, salvo casarme con un traficante de armas griego o algo por el estilo. — Suspiró—. Y esas ofertas también escasean cada vez más.

Era difícil sentir gran dolor y pena por ella sólo porque no recibía suficientes propuestas de matrimonio de multimillonarios, y todavía costaba más comprender en qué afectaba eso a nuestra situación actual.

—Lo siento —dije—, pero...

Jackie asintió.

—Lo sé. Pobre de mí. —Expulsó el aliento y se alejó de la ventana por fin—. La cuestión es que, si la cadena descubre que existen amenazas graves contra mi vida, tendrá que decirselo a la aseguradora, y las primas de la aseguradora por rodaje son astronómicas, me refiero a millones, y como todavía no hemos empezado a rodar, todavía es mucho más barato deshacerse de mí y dar el papel a alguien más joven y más guapa.

—Eso no es posible —comenté sin pensar, y Jackie me dedicó una fugaz y radiante sonrisa.

—Más barato —dijo Deborah—. ¿Quieres decir que te dejarían tirada para ahorrar dinero?

—Parece un chiste, ¿verdad? —contestó—. Dejarían tirado a Cristo por ahorrar cincuenta pavos.

—Mierda —dijo mi hermana.

—Empezamos a rodar la semana que viene. Si consigo rodar una semana de película sin que lo descubran, todo debería salir bien. —Inhaló una profunda bocanada de aire y miró a Deborah muy seria—. Sé que es mucho pedir, pero... ¿Podemos ocultarlo durante una semana?

Debs se encogió de hombros.

—Yo no se lo he de contar a la cadena. No les debo una mierda.

—¿Y Robert? —pregunté. Al fin y al cabo, era mi sombra casi constante durante los últimos días.

Jackie se estremeció.

—¡Oh, Dios mío! Si lo descubre, se lo dirá a todo el mundo. Haría cualquier cosa por conseguir que me despidieran de la película.

—Tal vez sea difícil impedir que lo descubra. Lo llevo pegado como una lapa todo el día.

—Por favor. Sólo serán un par de días.

—Bien, haré lo que pueda.

—Gracias —dijo Jackie, y Deborah carraspeó.

—No se lo he de decir a la cadena, y no se lo he de decir a Robert. —Adoptó la expresión fría de poli, la que impedía que expresara nada, sintiera lo que sintiera—. He de decirselo al detective Anderson. Es su caso.

—¿Qué? Pero eso... ¡No! —protestó Jackie.

Deborah apretó la mandíbula.

—He de hacerlo. Soy una agente de la ley que cuenta con una información vital perteneciente a un caso de homicidios, y Anderson se halla al mando. Si no se lo digo, pierdo mi empleo. Es probable que hasta vaya a la cárcel.

—Oh —dijo Jackie, muy desmoralizada—. Pero eso es... O sea, ¿crees que Anderson... se lo va a callar?

Deborah desvió la vista.

—Lo aireará.

—Es muy probable que convoque una conferencia de prensa —añadi.

—Mierda —maldijo Jackie—. Mierda, mierda, mierda. —Se hundió en la silla, con el aspecto de una muñeca de trapo desolada—. No puedo... No te pediré que pongas en peligro tu carrera. —Lo dijo con una resignación tan noble y desesperanzada que me dieron ganas de matar algo por ella..., como a Anderson, por ejemplo. Pero mientras la feliz idea destellaba en mi mente, fue sustituida por uno de esos maravillosos momentos de perspicacia que sólo se producen una vez en la vida, y sólo les sucede a los Justos.

—Oh —dije, y parte de mi alegre sorpresa se transparentó en mi voz, porque Jackie alzó la vista, y Deborah me miró con el ceño fruncido.

—¿Qué? —inquirió Jackie.

—Deborah se lo ha de comunicar a Anderson —contesté risueño, y lo repetí para hacer énfasis—. A Anderson.

—Sé su puto nombre —clamó mi hermana.

—Y también conoces su puto carácter —añadi.

—¡Por el amor de Dios!, Dex, ¿qué...?

—Deborah, piensa un momento. No creo que te haga daño.

Me fulminó con la mirada un momento más, y después exhaló aire con violencia.

—Vale, joder, estoy pensando —replicó, y su rostro adoptó la expresión de un malvado algo estreñido.

—Maravilloso —dije—. Bien, imagina esto: Tú, la Sargento Deborah Morgan, Defensora de la Fe y Campeona de la Justicia...

—Ve al grano de una vez, ¿vale?

—Vas a ver al detective Anderson —le sugerí con paciencia—. Tú, una persona a la que tiene en un gran concepto.

—Me odia a matar —bramó mi hermana—. ¿Y qué?

—Ésa es la cuestión —repliqué, y permití que la alegría se filtrara en mi voz—. Te odia a matar. Y tú le das tu expediente sobre este caso, y le dices que tienes una pista muy importante. Se lo dices, Deborah. No a mí, a Jackie o al capitán Matthews: se lo dices a él. Con testigos. —La miré expectante y, debo admitirlo, sonreí con aire de suficiencia—. ¿Qué hace él?

Deborah abrió la boca para decir algo que parecía bastante venenoso, y después su mandíbula se cerró de una manera audible, abrió los ojos de par en

par, y respiró hondo.

—¡Claaaro! —susurró, y me miró con algo similar a la admiración—. No hace nada. Extravía el puto expediente. Porque se lo doy yo.

—Bingo —dije, algo que siempre había deseado decir—. Tiene miedo de que te lleves el mérito, de modo que no hace nada, pero tú lo has hecho todo, siguiendo las normas, delante de testigos. Quedas al margen de toda sospecha. El secreto de Jackie está a salvo. El mundo va bien.

—¿Funcionará? —preguntó Jackie en voz baja.

Debs entornó los ojos, tensó la mandíbula y cabeceó una vez.

—Es posible —aventuró.

—Oh, venga ya —insistí—. Es probable, como mínimo.

—De acuerdo, es probable que salga bien.

—¿Y si hurgas un poco en la herida? —inquirí—. Como enfatizar lo importante que es esa pista, y que debería dejar todo lo que está haciendo para trabajar en lo que tú has descubierto.

Debs resopló.

—Sí. Eso bastaría.

—¡Oh! —exclamó Jackie—. Dexter, eres tan... Gracias, muchísimas gracias a los dos.

—Pero aunque salga bien —dijo Debs, al tiempo que se volvía hacia una esperanzada Jackie—, eso no te mantendrá a salvo.

Ella pareció desinflarse de nuevo.

—Hemos de encontrar a este tipo antes de que él te encuentre a ti —continuó Deborah—. Y entretanto tendremos que esconderte donde no pueda acceder a ti.

—Yo... ¿Puedo quedarme con vosotros, aquí en la jefatura, durante el día? Y después en el hotel por la noche, con la puerta cerrada a cal y canto.

Siempre es agradable toparse con la inocencia, pero en este caso pensé que debía decir algo.

—Los hoteles no son seguros. Es demasiado fácil entrar en una habitación y cargarse a alguien.

Intenté decirlo como si estuviera convencido, pero sin que pareciera que lo sabía por experiencia personal, como así era. Debió funcionar, porque dio la impresión de que Jackie me creía.

—Bien, pues... —dijo. Miró a Debs con aire implorante—. ¿Adónde voy?

—No puedes quedarte conmigo —contestó Deborah. Se encogió de hombros—. Lo siento. No pondré en peligro a Nicholas.

Nicholas era su hijo, nacido pocos meses después de que el padre desapareciera en un acto de noble sacrificio. Era un niño muy simpático, algunos meses más pequeño que mi hija, Lily Anne, y mi hermana lo mimaba mucho.

—Podría contratar a un guardaespaldas, pero siempre son tan... —Suspiró de nuevo—. Algún musculoso SEAL retirado con una pistola y una actitud decidida.

Y si los talibanes me persiguieran, estaría a salvo. Pero ¿esto? O sea, ¿un homicida psicópata? Necesito a alguien que entienda de eso. —Me miró directamente cuando lo dijo, y supongo que era apropiado, pero me resultó un poco inquietante—. No sólo alguien que sepa disparar. —Miró a Debs—. Claro, es estupendo que sepan disparar, pero... —Me miró de nuevo y parpadeó, con sus ojos enormes y húmedos—. Necesito a alguien en quien pueda confiar de verdad. Como confío en vosotros.

Sacudió la cabeza. Seguía con la vista clavada en mí, y de haber sido tan listo como me gusta pensar que soy, lo habría visto venir, pero, por algún motivo, no lo hice.

—Dexter. Sé que esto es muy fuerte, pero... ¿existe alguna otra forma?

Debí poner cara de ignorancia, porque avanzó y apoyó una mano sobre mi brazo.

—Serán sólo unos días, y te pagaré lo que me pidas, pero... ¿podrías?

Estaba dispuesto a acceder en teoría, pero todavía no sabía lo que me estaba pidiendo. Entendía que quería mi ayuda, pero no sabía cómo ayudarla a encontrar un lugar seguro donde quedarse. Sólo me vino una imagen mental de Jackie durmiendo en mi sofá, con Cody y Astor andando de puntillas para ir al colegio, y la imagen era tan improbable que ni siquiera pude responder.

—Mmm... —dije.

—Por favor... —rogó ella, con una voz de repente queda, algo ronca y mucho más íntima que un beso. Y si bien aún no sabía lo que me estaba pidiendo, me moría de ganas de complacerla.

—Bien, mmm... —repliqué, con la intención de emplear un tono muy decidido, lo cual puede ser difícil si no sabes a qué estás accediendo.

—No es mala idea —terció Debs—. Te ayudaré a convencer a Rita. —Cabeceó en dirección a Jackie—. También sabe disparar. —Abrió el cajón inferior del escritorio y sacó una pistola Glock de nueve milímetros con su funda —. Puedes utilizar mi arma de recambio.

Miré la Glock, miré el rostro suplicante de Jackie, y la luz empezó a hacerse por fin.

—Quieres decir... o sea, tú... Es, es...

Y si bien en circunstancias normales Elocuencia es el apellido de Dexter, no salió nada inteligible.

—Por favor —repetió Jackie, y la mirada que me dirigió habría derretido a una estatura de mármol.

Dexter, por supuesto, está hecho de una materia más dura que la de cualquier mortal, y las miradas implorantes de una mujer hermosa jamás han tenido ningún poder sobre Nuestro Malvado Guerrero. Y era una idea absurda, algo demasiado extraño para imaginarlo siquiera: ¿yo, guardaespaldas? Imposible.

Y no obstante, cuando aquella noche terminó la jornada laboral y todos los

buenos esclavos de su salario se fueron dócilmente a casa, y yo me encontraba en el balcón de una suite del hotel Grove Isle, mientras bebía un mojito y contemplaba un ocaso espectacular que lanzaba reflejos naranja, rojos y rosa sobre el agua de la bahía de Biscayne. A mi lado había una bandeja con queso y fruta fresca sobre la mesa, y la Glock era un bulto incómodo en mi costado, y me sentía maravillado por la inevitable noción de que la Vida es absurda, sobre todo cuando la situación ha dado un repentino y extravagante bandazo hacia el lujo surrealista e inmerecido. Puedo comprender el terror, el dolor, la náusea, pero ¿esto? Sólo podía suponer que me esperaba algo todavía peor. De todos modos, el mojito estaba muy bueno, y uno de los quesos tenía un aspecto muy apetecible.

Me pregunté si alguien sería capaz de acostumbrarse a vivir así. No me parecía posible. ¿Acaso no estábamos condenados todos a sudar, sufrir y padecer dolorosas penalidades, mientras chapoteábamos en la repugnante fosa séptica de la vida terrena? ¿Cómo encajaban en eso los quesos de potente sabor, las fresas frescas y el lujo más desahogado?

Miré a Jackie. Daba la impresión de que sus pies jamás habían hollado la repugnante fosa séptica. Su aspecto era fresco, sereno, y parecía muy a gusto en aquel decorado opulento, como una semidiosa que vagara por el Olimpo. Era un contraste brutal con la escena que me había recibido en casa una hora antes.

Había dejado a Jackie en la jefatura con Deborah, y regresado a casa para recoger un cepillo de dientes y una muda. Al fin y al cabo, hasta los guardaespaldas deberían tener buenos hábitos de higiene. Fui a mi dormitorio y saqué del armario una bolsa de gimnasia azul de nailon. Metí dentro calcetines y ropa interior. Curioso: la última vez que había utilizado la bolsa, la había llenado con cinta americana y algunos cuchillos, para luego ir a pasar una noche de alegre diversión con un nuevo amiguito, un hombre encantador que atraía a chicas jóvenes a su barco y siempre se las arreglaba para volver solo. Yo le había ayudado a aprender que no era nada amable tratar a los demás como juguetes desechables: se lo enseñé a base de ayudarlo a convertirse en un ser desechable. Había sido un auténtico placer trabajar con él, una velada de lo más agradable. ¿De veras habían transcurrido tres meses desde entonces?

Mi placentero ensimismamiento quedó interrumpido por un gran estruendo procedente de la puerta principal, seguido de inmediato por un aullido nasal, un sonido inhumano que sólo podía ser Astor presa de un berrinche preadolescente. La voz de Rita se elevó a su encuentro, la puerta se cerró con un estrépito todavía mayor, y después se produjeron pataleos, berridos, y la puerta volvió a cerrarse de golpe.

Rita entró en el dormitorio con Lily Anne debajo del brazo, la bolsa de la guardería colgada de un hombro y su bolso del otro. Tenía la cara congestionada, brillante de sudor, y daba la impresión de que las arrugas que rodeaban su cara

se hubieran convertido en permanentes. Y me di cuenta de que ya no se parecía a la imagen de ella que llevaba grabada en mi mente. Había envejecido, y por algún motivo me di cuenta por primera vez.

—Oh, Dexter, has llegado a casa pronto —dijo, al tiempo que me arrojaba a los brazos a Lily Anne—. ¿Puedes cambiarla, por favor? Astor está absolutamente... No sé qué hacer.

Lily Anne gorjeó muy contenta y gritó: « ¡Papu! », y la llevé a la mesa de cambiar mientras Rita tiraba las bolsas sobre la cama.

—Oh —dijo. La miré. Sostenía en alto mi bolsa de gimnasia—. Pero esto es... O sea, no puedes...

—Maravillosa noticia —dije, mientras quitaba a Lily Anne un pañal muy mojado—. Tengo la oportunidad de ganar un montón de dinero, lo suficiente para pagar la nueva cubierta de la piscina de la casa nueva.

—Pero eso es... ¿Sabes cuánto cuestan?

Meneó la cabeza, y una gota de sudor resbaló de su cara y cayó sobre la bolsa de gimnasia.

—Da igual —repuse. Tiré el pañal mojado y cogí unas toallitas para bebés—. Ganaré eso y más.

—¿Haciendo qué?

Vacilé, no sólo porque el hecho de que Jackie necesitara un guardaespaldas era confidencial, sino también porque, de repente, me pareció una buena idea no contarle a Rita que iba a estar encerrado varias noches con una hermosa estrella de cine.

—Es confidencial —dije. Sequé bien a Lily Anne y fui a buscar un pañal limpio.

Rita guardó silencio. La miré. Tenía el ceño fruncido, y las arrugas de su frente parecían muy profundas. Un mechón de pelo lacio cayó sobre las arrugas. Lo empujó hacia atrás.

—Bien, pero... Quiero decir, ¿es legal? Porque...

Sacudió la cabeza de nuevo.

—Perfectamente legal. Y muy bien pagado. —Cerré el nuevo pañal y levanté a la niña—. Deborah dijo que te llamaría para hablar de ello.

—Ah, bien. Si Deborah está... Pero ¿no puedes contarme qué es?

—Lo siento.

—Es que... Suceden tantas cosas a la vez... El día de la mudanza se acerca, y Astor está como un... —Dejó caer mi bolsa de gimnasia y cruzó los brazos sobre el pecho—. Quiero decir, Dexter...

—Lo sé —mentí, puesto que no lo sabía, porque aún no había terminado la frase—. Pero sólo serán unos días, y el dinero extra nos vendrá muy bien.

Rita me miró durante un largo momento. Su rostro era como una máscara de desdicha incierta, y daba la impresión de estar hundida. Me pregunté en qué

estaría pensando, capaz de dotarla de la apariencia de un trapo mojado y raído. No me dio ninguna pista.

—Bien... —dijo por fin—. El dinero extra nos vendrá muy bien...

—Exacto. —Le devolví a Lily Anne y levanté la bolsa de gimnasia—. Nos veremos dentro de unos días.

—¿Me llamarás?

—Por supuesto.

Me incliné hacia delante y le di un beso en la mejilla.

—De acuerdo.



Y ahora me encontraba en el regazo de la lujuria, lejos de los aullidos, bramidos y calcetines sucios de mi vida doméstica normal. La comparación era injusta, probablemente, lo cual era estupendo. Este hotel conseguía que mi nueva casa, con su flamante piscina, pareciera sórdida, conseguía que toda mi vida pareciera menos brillante y reluciente.

Miré a Jackie. Tenía en alto una fresa grande y roja, y parecía el ser humano más lozano y perfecto. Desde luego, no era justo compararla con Rita.

—El marisco es muy bueno aquí —comentó, mientras mordía el extremo de la fresa. Engulló la fruta y se humedeció los labios—. Debería serlo, al menos. —Sonrió y sorbió su mojito—. Aquí tomarás un marisco estupendo siempre que te dé la gana.

—Pues no. A los niños no les gusta.

—Niños —repitió, y me dirigió una extraña mirada de perplejidad.

—¿Qué?

Jackie sacudió la cabeza.

—Nada. Es que... pareces muy... —Agitó una mano mientras tomaba otro sorbo—. No sé. —Dejó el vaso sobre la mesa—. Muy... ¿independiente? ¿Autónomo? O sea, casi no te conozco, y tal vez soy un poco... —Tocó mi brazo apenas, y después apartó la mano—. Dime si te parezco indiscreta. Tengo esa sensación de conocerte. Y da la impresión de que... —Cogió una rodaja de kiwi—. No necesitas a nadie más. Me cuesta imaginarte con hijos.

—A mí todavía más —contesté, y Jackie rió. Fue un sonido muy agradable.

—¿Cómo es tu mujer?

—¿Quién, Rita? —La pregunta me pilló un poco por sorpresa—. Vaya, es...

Jackie me miraba sin pestañear, y gracias a las horas de drama cotidiano que he presenciado con el fin de comprender el comportamiento humano, sabía que debía decir algo halagador sobre Rita, puesto que, al fin y al cabo, era mi esposa. Y medité al respecto, pensé en su aspecto ajado de antes, y traté de componer una bonita frase para ella, pero sólo me vino a la mente que me había acostumbrado a ella, que no tenía ni idea de mis pequeñas debilidades inofensivas relacionadas con cuchillos y felones, y no daba la impresión de que fuera eso lo que la situación exigía. Pensé un poco más. Jackie continuaba mirándome. El silencio expectante se prolongó, y al final dije desesperado:

—Es una estupenda cocinera.

Ella ladeó la cabeza y continuó mirándome, hasta que empecé a preguntarme si había dicho algo indebido.

—Es curioso —dijo ella por fin.

—¿Qué?

Una leve sonrisa aleteó en su cara.

—Si preguntas a casi todos los tíos por su mujer, lo primero que dicen es: «¡Oh, es muy guapa, maravillosa!» Algo por el estilo. Y tú te lo piensas un buen rato, y sólo se te ocurre «Es una estupenda cocinera».

Quise decirle que, al fin y al cabo, yo tenía mis prioridades, y en lo tocante a Rita por mí habría podido parecerse a Shrek siempre que me preparara su increíble paella de mango. Pero tampoco parecía el comentario adecuado, y no estaba seguro de cuál debía ser, de modo que tartamudeé:

—Bien, pero, ya sabes, o sea, es muy guapa.

—No me extraña. —Jackie cogió su vaso de nuevo—. Casada con un tío cachas como tú.

La conversación humana es algo que he estudiado con diligencia, puesto que carece del menor sentido para mí a menos que siga el cómodo sendero del tópico, como sucede en el noventa y nueve por ciento de las ocasiones. De modo que, con el fin de encajar, he aprendido las fórmulas de la charla trivial, y debo seguirlas o me pierdo en la selva de las sensaciones, impulsos y nociones que no comparto. Soy ciego a los matices. Pero habría tenido que ser sordo y lerdo para no caer en la cuenta de que Jackie me estaba dedicando un cumplido, y busqué con desesperación la respuesta adecuada, aunque sólo logré farfullar: «Oh, gracias», lo cual sonó muy poco convincente, incluso a mis oídos.

Ella aferró la copa con ambas manos y miró hacia la bahía de Biscayne.

—A veces me sorprende preguntándome... Ya sabes. Como..., si, tal vez debería buscar un tipo simpático como tú y sentar la cabeza. Tener una vida de verdad.

Se quedó muy quieta, sosteniendo el vaso con la vista clavada en el horizonte, y yo la miré. Admito que estaba sorprendido por percibir lo que parecía cierto pesar melancólico en su voz. Al fin y al cabo, era guapa, rica y famosa, una estrella, y hasta el observador más sensato habría dicho que poseía casi todo lo que alguien podía desear.

Y debo admitir que demostró ser bastante sensata, porque emitió una risita y sacudió el vaso. Estaba vacío, salvo por el hielo.

—Lo sé —dijo—. No es muy convincente, ni siquiera para mí. Además, he conocido a montones de chicos simpáticos y ninguno de ellos despertó en mí las ganas de dejarlo correr todo. —Hizo una mueca de tristeza y dejó la copa sobre la mesa—. Y también he conocido a montones de tíos antipáticos. Pero la verdad es que no cambiaría mi vida por nada.

—¿Ni siquiera por un traficante de armas griego?

—Ni siquiera por dos —dijo sonriente—. Y en cualquier caso, esos tipos son terriblemente posesivos, de modo que sería propiedad de él. Supongo que han de ser así, pero... —Se encogió de hombros—. No es mi estilo.

Me miró, y yo sostuve su mirada, y dio la impresión de que aquel momento se prolongaba más de lo necesario, pero no se me ocurría nada apropiado que

decir, y como parecía que a ella no le molestaba el silencio, decidí que a mí tampoco. El sol estaba empezando a hundirse en el horizonte, y el agua que veíamos ante nosotros poseía ese resplandor dorado de que la dota el ocaso, y se reflejaba en el rostro de Jackie, y supuse que también en el mío.

—Da igual —dijo por fin, mientras las comisuras de su boca se elevaban en una sonrisa—. Deberíamos pensar en cenar algo. ¿No tienes hambre?

Podría haber dicho que estaba hambriento. La poderosa máquina que es el cuerpo de Dexter funciona siempre a un nivel muy alto, y exige combustible de manera regular. No obstante, me decanté por un cortés «Un poco, sí», y ella asintió, de repente muy seria.

—De acuerdo. ¿Hay algún sitio bueno cerca? La cadena paga, de modo que no seas tacaño.

La verdad es que mis gustos gastronómicos tienden a ser más sólidos que refinados, pero en cualquier caso existían otras consideraciones en aquel momento más importantes que el contenido de una carta.

—Mmm... —dije—. ¿Qué tal el servicio de habitaciones?

Jackie enarcó una ceja y empezó a decir algo, pero luego pareció contenerse.

—Oh. Lo dices porque... —Frunció el ceño y sacudió la cabeza—. Crees que salir podría ser peligroso.

—Sí. Está oscureciendo, y debo suponer que él y a sabe dónde te alojas.

—Oh. —Pareció desinflarse un poco, se derrumbó en la silla y apoyó la barbilla en el pecho—. Siempre me olvido. Estaba disfrutando... —Exhaló un profundo suspiro, lo cual se me antojó una reacción extraña, a menos que deseara de todo corazón una cena elegante y cara—. El servicio de habitaciones ya me va bien. Ya que tú estás... —sacudió una mano de forma vaga— al cuidado de mi seguridad.

—Para eso estoy aquí.

Me miró un momento demasiado largo.

—Procuraré recordarlo —dijo. Y antes de que pudiera comprender a qué se refería, oí un ruido procedente de la puerta de la suite.

—Ésa es... —empezó a decir, pero yo levanté una mano y la interrumpí, con el fin de prestar atención. No cabía duda. Alguien estaba intentando abrir la puerta y entrar.

No habíamos pedido nada todavía, y como Jackie llevaba en el hotel casi una semana no pensé que fuera una cesta de fruta enviada por el director. Eso sólo dejaba una obvia y desagradable posibilidad.

Me puse en pie con sigilo y saqué la Glock de la funda.

—Dexter —dijo Jackie—. Creo que es...

—Enciértrate en el baño —ordené—. Coge el teléfono, por si acaso.

—Pero yo...

—¡Deprisa! —susurré, y me moví rápidamente en silencio y hacia la puerta,

mientras me aseguraba de haberle quitado el seguro al arma y la sostenía en la posición de tiro, como mi padre adoptivo, Harry, me había enseñado tantos años antes. No me gustan las armas de fuego. Son ruidosas e impersonales, y dejan muy poco espacio para la verdadera expresión artística. Pero son eficaces, y Harry me había enseñado a utilizarlas como sólo podía hacerlo un veterano de guerra y un policía profesional, y con un arma tan buena como ésta podía agujerear cosas a muy buena distancia.

En este caso, sin embargo, confiaba en no tener que disparar. Me quedé a un lado de la puerta, con la Glock preparada.

Entonces, la puerta empezó a abrirse poco a poco, casi con timidez. Fuera quien fuera, procuraba no alertar a nadie de su llegada. Por desgracia, yo ya estaba alerta. Con la mano izquierda agarré el borde de la puerta y la abrí con brusquedad. Di la vuelta, tiré con fuerza del brazo que sujetaba el pomo, y una cabeza de pelo castaño corto siguió al brazo hasta el interior de la habitación. Yo me aposté detrás y apoyé el cañón de la Glock en su oído derecho.

Un montón de papeles, llaves, un móvil y un vaso de Starbucks cayeron al suelo, y cuando lo tocaron, oí un tenue gemido de terror, y miré a lo que mi pistola estaba apuntando.

Era una mujer cuadrada de aspecto vulgar de unos treinta y pico años, con unas gafas grandes estilo Elton John y un vestido de tirantes ligerito, todo lo contrario de cómo había imaginado a nuestro asesino, y la mujer temblaba como una posesa.

—Por favor —graznó—. No me mate, por favor.

Percibí un olor desagradable, y miré el suelo junto a mis pies. El café se había derramado de la taza de Starbucks, y un charco de orina que rodeaba los pies de la mujer marchaba a su encuentro, en dirección también hacia mis zapatos, un estupendo par de zapatillas de deporte New Balance, prácticamente nuevas.

—Por favor —susurró de nuevo la mujer, y temblaba con tanta violencia que apenas podía mantener la pistola apoyada contra su oído.

—Ejem —carraspeó Jackie, y alcé la vista. Estaba a unos tres metros de distancia, y nos miraba con verdadera preocupación—. Eso ha sido impresionante. O sea, es estupendo ver que sabes lo que haces, pero... —Se mordió el labio—. Yo... intenté decírtelo.

Cabeceó en dirección a la mujer que yo había capturado.

—¿Puedo presentarte a Kathy, mi ayudante?

Miré a mi cautiva. Continuaba temblando, y me observaba con ojos aterrorizados y desorbitados.

—Encantado de conocerla —dije.

Si eres Jackie Forrest y te alojas en el hotel Grove Isle, tu servicio de habitaciones no es el mismo destinado a la gente normal, incluso gente normal muy rica. Me he hospedado en hoteles muy buenos, pero siempre tardas entre una hora y tres días en obtener respuesta a una llamada solicitando un servicio. Y cuando la ayuda llega por fin, suele ser un hombre hosco que sufre de lumbago, sólo habla urdu y se niega a entender la petición más simple, a menos que vea billetes de dólar de denominación elevada.

Pero para Jackie, al parecer el hotel había contratado a un equipo de corredores olímpicos con una necesidad patológica de complacer. Al cabo de medio minuto de que ella llamara para pedir una fregona, se presentó un trío de jovencitas, entregadas y sonrientes. Sus placas de identificación decían NADIA, MARIA y AMILA, y se arrojaron sobre el charco como si estuvieran famélicas y fuera maná en lugar de orina, mientras la pobre Kathy se alejaba dando traspies de la puerta y se derrumbaba en una silla.

Una de las doncellas, Amila, me parecía vagamente familiar, y la miré más rato del que se suele mirar a una doncella de hotel que está fregando una meada. Alzó la vista, me sonrió y sacudió la cabeza, de modo que su pelo dorado se desplazó a un lado.

—Me hago el pelo como Chackie —dijo con timidez, con un acento muy pronunciado de algún país centroeuropeo—. Estrella muy importante, ¿sí?

Miró hacia la silla donde Jackie estaba intentando calmar a una nerviosa Kathy.

Y era cierto, por supuesto. Amila se había peinado el pelo como Jackie, lo cual explicaba por qué me había parecido familiar.

—Es muy bonito —dije, y ella se ruborizó y devolvió su atención a la fregona. Ella y sus compañeras remediaron nuestro pequeño accidente en un periquete. Dejaron el vaso de Starbucks, las llaves y el móvil sobre una mesita auxiliar y desaparecieron, todavía sonrientes y sin dejar otra huella de su paso que un agradable aroma a limón, antes de que Kathy consiguiera decir «Oh, Dios» más de dos veces. Amila se detuvo un momento en la puerta y dirigió una mirada anhelante a Jackie. Se tocó el pelo, suspiró y desapareció en el pasillo.

—Oh, Dios —dijo Kathy unas veinte o treinta veces más, mientras Jackie la arrullaba en un intento de calmar sus alterados nervios. Estoy seguro de que resulta muy inquietante tener una pistola clavada en el oído, aunque sea una pistola tan bonita como la Glock, pero al cabo de cinco o seis minutos de monótona queja monosilábica, empecé a preguntarme si Kathy no estaría exagerando un poco. De hecho, no le había disparado. No había hecho otra cosa que agarrarla y apuntar la pistola a su cabeza. Pero por su forma de comportarse, daba la impresión de que le había arrancado el hígado, para luego

ofrecerle un pedazo.

De todos modos, al final se calmó lo suficiente para dejar de decir «Oh, Dios», y de inmediato clavó la vista en mí y dijo:

—Hijo de puta. Espantoso hijo de puta. Oh, hijo de puta.

Jackie me miró para ver si me molestaba aquel lenguaje grosero, y como me encogí de hombros, me dirigió una veloz sonrisa y volvió a calmar a su ayudante.

—Dexter está aquí para protegerme, Kathy —dijo—. Lo siento muchísimo. Ha sido culpa mía. Tendría que haberle dicho que vendrías.

—Oh, Dios, ese hijo de puta —dijo la mujer, combinando con habilidad sus dos irritantes sonsonetes.

—Ha sido culpa mía —insistió Jackie—. Lo siento muchísimo.

—¡Mi teléfono! —gritó Kathy con voz estrangulada. Se puso en pie de un salto—. Dios mío, si ha estropeado mi teléfono...

—Estoy segura de que no le ha pasado nada —dijo Jackie.

Kathy corrió hacia la mesa donde Amila había dejado sus cosas.

—¡Todas tus citas! La lista de contactos... ¡Todo!

Levantó el teléfono, y Jackie cogió su brazo por el codo y la condujo de vuelta a la silla. Pero Kathy se negó a sentarse hasta comprobar que el teléfono no se había averiado a causa de exponerse al contacto con su orina.

—Funciona —dijo por fin—. Oh, Dios, gracias, todavía funciona. —Volvió a mirarme con resentimiento, como si hubiera sido yo quien se hubiera meado encima del aparato—. Hijo de puta.

—Vale, Kathy, todos estamos bien. Todo va bien —murmuró Jackie.

Transcurrieron varios minutos más antes de que la ayudante se calmara lo suficiente para asumir un comportamiento humano normal. Para matar el rato, volví a guardar en su funda la Glock, cerré la puerta con llave y me senté en una silla al otro lado de la habitación, lejos de Kathy y de su tedioso berrinche. Pero hasta las situaciones más irritantes tienen su fin, y a la postre Kathy recordó que era, al fin y al cabo, una empleada..., una empleada que se había meado delante de su jefa, para colmo. Por fin, se puso en pie y empezó a balbucear disculpas a Jackie, que alternaba con miradas venenosas dirigidas hacia mí. Enderezó la pila de papeles que había traído, recordó a Jackie un par de entrevistas telefónicas que la esperaban por la mañana, y salió dando traspies por la puerta, no sin antes dirigirme una postrera mirada de odio.

Cerré la puerta cuando salió, me volví y vi que Jackie me estaba mirando con una especie de cautela risueña.

—¿Qué?

Ella negó con la cabeza.

—Nada —dijo—. Es que... lo lamento. La pobre Kathy siente devoción por mí. Es muy buena en su trabajo.

—Por fuerza, si dejas que se mee en tu habitación.

Ella lanzó una risita y empezó a hundirse en la silla donde Kathy se había sentado. Se contuvo a mitad de camino y se enderezó.

—¡Oh! Esto está... Creo que prefiero una silla seca.

—Bien pensado —dije, y vi que se trasladaba a un extremo del sofá, donde se sentó y adoptó una postura relajada. Suspiró, y después echó un vistazo al montón de papeles que Kathy había apilado sobre la mesa. Se puso en tensión de inmediato. Los hombros se elevaron un par de centímetros y la sonrisa se desvaneció de su cara.

—Las cartas —dijo.

Tal vez se debió a la tensión originada por que me hubieran llamado «hijo de puta» tantas veces, pero no entendí a qué se refería.

—¿Qué cartas? —pregunté.

Jackie indicó los papeles con un cabeceo.

—De él. El psicópata. Kathy las ha traído para que les echaras un vistazo.

—Ah —dije. Muy amable por su parte, aunque la verdad era que no tenía ganas de leerlas.

Jackie continuaba mirando la pila con una expresión a medio camino entre el desagrado y la angustia.

Como no ocurrió nada más durante un minuto entero, carraspeé cortésmente.

—Bien —dije—. ¿Pedimos algo de cenar?

Ella me miró con una expresión indescifrable, durante un momento demasiado largo.

—De acuerdo —dijo por fin.

La cena fue más o menos lúgubre. El estado de ánimo amistoso y desenfadado de la hora del aperitivo se había disipado, y Jackie se pasó casi toda la cena con la vista clavada en el plato, picoteando su contenido sin comer gran cosa. Eso fue una pena, porque estaba muy bueno. Yo había pedido turnedós de buey. Siempre me había preguntado qué era un turnedós, y cuando lo vi en la carta, decidí que era el momento ideal para averiguarlo. Sabía que estaba relacionado con el buey, de forma que era una elección poco arriesgada, y resultó consistir en dos piezas grandes muy sabrosas de buey, guisadas en una salsa de vino y mango. Estaba convencido de que el mango no constaba en la receta original (al fin y al cabo, ¿cómo se decía «mango» en francés?), pero era una incorporación estúpida, y no me costó nada comerlo todo, incluida una buena porción de puré de patatas perfumado al ajo y una ración de brócoli al dente.

Jackie tomó cangrejo de roca, o al menos se lo sirvieron. Rompió una pata y la manoseó un rato mientras mordisqueaba un pedazo pequeño, sin ni siquiera mojarlo en la mantequilla fundida. También comió un espárrago a la plancha y media cucharada de arroz salvaje. En conjunto, no cabía duda de que la simple idea de comer le estaba dando problemas. Me pregunté por un momento si me

consideraría grosero si me ofreciera a terminar su plato. Al fin y al cabo, los cangrejos de roca no crecen en los árboles. Pero tras una seria reflexión, decidí que no procedía.

Fue la última oportunidad de aquella noche de reflexionar con seriedad, porque Jackie había pedido una botella de vino para cada uno, una de tinto para mis turnados y una de blanco para su cangrejo. La timidez que exhibía hacia la comida sólida no se extendía al vino, y ya había terminado tres cuartas partes de la botella cuando alejó su plato. Sumadas al mojito de antes, tendría que estar bastante mareada, pero sus movimientos parecían muy precisos y no arrastraba las palabras al hablar, aunque no fuera muy locuaz. Durante la primera parte de la cena no me di cuenta de lo silenciosa que estaba, puesto que mi atención se hallaba concentrada en el plato. Pero cuando los deliciosos sonidos de la comida empezaron a desvanecerse, me fijé en que ninguna conversación ocupaba su lugar, y vi a Jackie encorvada sobre su plato en un silencio sombrío, y que jugueteaba con la comida sin consumirla.

Ni siquiera el excelente postre mejoró su estado de ánimo. A mí me había tocado algo llamado Pastel de Chocolate Fundido Decadente, que estaba muy bueno, aunque lo de la decadencia se me escapaba. Jackie había pedido una especie de *crème brûlée*, pero tampoco dio cuenta de ella. Desprendió un pedacito de corteza caramelizada y le dio un mordisco, pero eso fue todo. Empecé a preguntarme si se atizaba chutes de vitaminas en secreto. Desde luego, no comía lo suficiente para alimentarse.

Vinieron los camareros y se llevaron los restos de la cena, y cuando salieron cerré la puerta con llave. Jackie continuaba sentada a la mesa con aire cabizbajo. Me pregunté cuánto rato duraría. Me pregunté si debería hacer algo para reanimarla. En tal caso, mi estudio de los dramas televisivos me concedía dos opciones definidas: o bien liberación terapéutica, animándola a que hablara del problema, o una conversación amena para cambiar de tema. Pero era imposible saber cuál era la adecuada y, en cualquier caso, tampoco estaba muy seguro de cuál era la descripción de mi trabajo.

Y hablando en serio: ¿cuál era mi verdadero papel allí? Al principio de la velada habíamos estado hablando como auténticos amiguets, pero yo no era en realidad un amigo. Supongo que ella había intentado tranquilizarme. Al fin y al cabo, era una persona rica y famosa (una estrella, de hecho), y yo no era más que un modesto y humilde analista forense con un pasatiempo interesante. Por lo que yo sabía, se trataba de una situación que Emily Post<sup>[4]</sup> nunca había analizado, y yo no sabía cómo proceder. ¿Tenía que portarme de una manera formal y seria, porque era un asesor técnico convertido en guardaespaldas? ¿O era ahora un empleado y, por tanto, debía seguir el ejemplo de Kathy y mear en el suelo? Después de un mojito y una botella casi entera de vino, esa opción empezaba a atraerme, pero sin duda desviaría el tono de la velada en una



dirección poco clara, de modo que decidí abstenerme.

Así que me quedé vacilante, mientras veía a Jackie clavar la vista en la lejanía durante lo que me pareció mucho rato. Por fin, alzó la cabeza y sus ojos se encontraron con los míos.

—¿Qué? —preguntó.

—Nada. No estaba seguro...

Y me di cuenta de que ni siquiera estaba seguro de qué no estaba seguro, así que me sumí de nuevo en un desmañado silencio.

Jackie sonrió con el lado derecho de la boca, una especie de aquiescencia tímida.

—Sí, lo sé —dijo—. Lo siento. —Sacudió la cabeza—. Supongo que no he sido una gran compañera de cena.

—Ah, bien. No pasa nada. O sea, la cena estaba estupenda.

Sonrió de nuevo, esta vez con los dos lados de la boca, aunque no parecía muy feliz.

—Vale —dijo—. Me alegro de que te gustara.

Se levantó y se encaminó hacia la puerta corredera de cristal que daba al balcón, y por un momento se quedó fuera mirando. Yo tenía miedo de que volviéramos a sumirnos en el silencio sombrío de antes, y empecé a arrepentirme de no haber cogido un buen libro. Pero, por lo visto, ella vio algo en la bahía que la reanimó. De pronto, dio media vuelta.

—¡Bien, pues! —exclamó, con una energía optimista claramente forzada—. Es demasiado pronto para acostarse. ¿Qué hacemos?

Me pilló por sorpresa, y parpadeé como un estúpido.

—Mmm... —repliqué—. No sé. —Paseé la vista por la habitación, en busca de una pista que no estaba allí—. No veo juegos de mesa.

—Maldita sea. Me apetece una buena partida de Monopoly. —Cruzó los brazos sobre el pecho y ladeó la cabeza—. ¿Qué harías si estuvieras en casa? Con tu mujer y tus hijos.

—Oh, probablemente ver la televisión.

Jackie hizo una mueca.

—¡Puaj! —dijo, y debí poner cara de sorpresa, porque rió—. Lo sé, pero el hecho de que haga programas de televisión no quiere decir que me gusten.

—¿No?

Me costaba imaginarlo. Quiero decir, me gusta mi trabajo. Los dos, en realidad. Si no, ¿por qué iba a hacerlos?

—No. O sea, de vez en cuando echan algo bueno, pero casi siempre prefiero mirar la pared. Por lo general, ni siquiera me doy cuenta de la diferencia. —Se encogió de hombros—. Es el oficio. Haces un montón de basura, sólo para llegar a una posición en que puedas pillar algo que valga la pena. Pero entonces te forjas la reputación de ser alguien que hace muy bien la basura, y nunca te

llegan cosas buenas, y el dinero es demasiado bueno para rechazarlo... Eh — dijo, y abrió las manos como diciendo: «¿Qué le vamos a hacer?» —. Es una buena vida. No me quejo. —Fruició el ceño y guardó silencio un momento, y después se recuperó—. Vaya rollo. No quiero amuermarme otra vez —Dio una palmada—. ¡Venga! ¿Qué tal si tomamos la penúltima?

Sin esperar la respuesta, desapareció en su dormitorio.

Me quedé vacilante un momento, mientras me preguntaba si debía seguirla. Antes de llegar a tomar una decisión, ella volvió con una botella en las manos.

—Busca un par de vasos —dijo, y cabeceó en dirección al aparador—. Ya sabes, vasos grandes.

Seguí su cabeceo hasta una bandeja de plata grande que descansaba sobre la mesa que había debajo de un espejo. Albergaba una cubitera de plata con sus tenacillas, cuatro copas de vino y cuatro vasos de licor. Cogí dos y me reuní con Jackie en el sofá. Posó la botella con reverencia sobre la mesita auxiliar y la miré mientras me sentaba. Era una botella muy bonita, con un tapón de madera grande encima y una palmera grabada delante, y estaba llena de un líquido marrón.

—¿Qué es? —pregunté cortésmente.

Jackie sonrió.

—Panamonte. El mejor ron que jamás he probado.

—Oh. ¿Le pongo hielo?

Me dirigió una mirada de fingido horror.

—Oh, Dios mío, no. Ponerle hielo a esto merece la pena de muerte.

—Lo siento. No sé mucho de ron. Salvo de ese que mezclas con Coca-Cola.

Jackie sacudió la cabeza vigorosamente.

—Éste no. Mezclar éste con otra cosa es como dibujar un bigote en la *Mona Lisa*. —Destapó la botella y sirvió un poco de ron en cada vaso—. Pruébalo. — Levantó ambos vasos, me pasó uno y alzó el otro ante su cara—. *Sláinte*.

—*Salud*.

Bebí. No se parecía en nada a lo que había esperado. Nunca he sido un auténtico Bebedor, pero hay momentos en que las Convenciones Sociales exigen que bebas, así que lo hago de vez en cuando, y por lo general no me gusta. Además, he descubierto que casi todos los licores marrones que se sirven después de comer son ahumados, con un sabor fuerte que no me gusta, por más que alguien insista en que son excepcionales y lo mejor de lo mejor, y nunca he sido un verdadero admirador de esas cosas. Pero jamás había probado algo semejante. Era dulce, pero no empalagoso, oscuro, intenso y seco, y tal vez lo más suave que había probado en mi vida.

—Caramba —dije. Me pareció lo más apropiado en aquel momento.

Jackie bebió de su vaso y asintió.

—Sí —dijo, y durante varios minutos nos dedicamos a beber.

El ron dio la impresión de animarla. Se relajó visiblemente a medida que el nivel de su vaso iba descendiendo. Ante mi sorpresa, a mí me pasó lo mismo. Supongo que era lo normal. Como ya he dicho, no me gusta beber, y ya me había tomado un mojito y varias copas de vino aquella noche. Tendría que sentirme preocupado por si tanto alcohol me daba sueño, cosa que no debía pasarle a un guardaespaldas. Pero no me sentía borracho, y habría sido una pena estropear la experiencia de estar sentado en un sofá y beber un ron muy especial con una celebridad. Así que no me preocupé y seguí sentado. Disfruté. Bebí el ron poco a poco, paladeando cada sorbo.

Jackie terminó el primer vaso y levantó la botella.

—¿Más? —me preguntó, mientras la extendía hacia mí.

—No debería. —Ella se encogió de hombros y se sirvió un buen lingotazo—. Pero es muy bueno. Tendré que comprar una botella.

Ella rió.

—Buena suerte. No la encontrarás en la tienda de la esquina.

—Ah. ¿Dónde lo compras?

—No lo sé. Es un regalo. —Levantó el vaso como si brindara y bebió. Le dio vueltas en la boca un momento, y después dejó el vaso sobre la mesa—. Esas cartas —soltó de repente— me tienen muerta de miedo.

—Lo siento.

—¿Por qué? —preguntó, encorvada y con la vista clavada en el vaso—. ¿Qué he hecho para que me odie?

—No te odia.

Jackie levantó la vista.

—Está intentando matarme.

—Eso no es odio. A su manera, te ama.

—¡Dios mío! —Volvió a mirar el vaso—. Creo que la próxima vez preferiré que me odie. —Levantó el vaso y sorbió, y después desvió la vista hacia mí—. ¿Cómo es que entiendes tan bien a este psicópata degenerado y pervertido?

Supongo que era una buena pregunta, pero también difícil. Si le decía la verdad (le comprendía porque yo también era un psicópata degenerado y pervertido), eso socavaría gravemente nuestra relación, lo cual habría sido una pena. De modo que me encogí de hombros.

—Oh, ya sabes. —Tomé un pequeño sorbo de mi vaso—. Es como lo que decías antes. Se parece bastante a interpretar.

—Ajá. —No parecía muy convencida, y no desvió la vista de mí—. La cuestión es que, cuando interpretas, encuentras una parte de tu personaje dentro de ti. La expandes, la moldeas un poco, pero ha de estar dentro, de lo contrario el trabajo no sale bien. —Tomó un pequeño sorbo, sin dejar de mirarme por encima del borde del vaso—. O sea, lo que estás diciendo es que hay algo dentro de ti —ladeó el vaso en mi dirección— que es como ese desgraciado demente.

—Me miró con una ceja enarcada—. ¿Y bien? ¿Está ahí? —Bebió—. ¿Llevas a un asesino dentro, Dexter?

La miré atónito, y en las profundidades de la mazmorra de Dexter sentí que el Pasajero se agitaba inquieto. He vivido siempre entre policías, gente que dedica todas las horas del día a cazar depredadores como yo. He trabajado entre ellos durante años, durante toda mi vida profesional, y ninguno de ellos ha sentido jamás el menor recelo hacia el dulce personaje de Dexter. Sólo uno, en realidad (el Querido Sargento Doakes), ha llegado a sospechar que soy lo que soy. Y no obstante, aquí estaba Jackie (¡una *actriz de televisión*, nada menos!) preguntándome a bocajarro si existía un Malvado en mi interior, detrás de la sonrisa cuidadosamente manufacturada de Dexter.

Yo estaba demasiado asombrado para hablar, y por más que bebiera no había forma de disimular el creciente y violento silencio que se prolongaba mientras buscaba algo que decir. Como no fuera admitir que estaba en lo cierto, o negarlo todo y pedir un abogado, no se me ocurría nada.

—¿Se te ha comido la lengua el gato?

—Oh. Es que... Es que... Más bien el ron se me ha comido la lengua. —Levanté el vaso—. No estoy acostumbrado a estas cosas tan fuertes.

Hasta a mí me pareció patético.

—Ajá. Pero tampoco estás contestando a mi pregunta.

Se mostraba muy insistente para ser alguien que habría debido ser débil mental, y empecé a preguntarme si había ido demasiado deprisa al decidir que me gustaba. Estaba claro que no iba a aceptar mis cautelosas evasivas, y eso dejaba a Dexter contra las cuerdas. Pero soy famoso por mi habilidad dialéctica, y casi nunca me dejo atrapar. Decidí que la mejor defensa era la carga de la caballería ligera, de modo que dejé el vaso sobre la mesa y me volví hacia ella.

—Cierra los ojos —ordené.

Jackie parpadeó.

—¿Perdón?

—Ejercicio de interpretación. Cierra los ojos.

—Ah... Vale. —Dejó el vaso sobre la mesa, se reclinó en el sofá y cerró los ojos—. De acuerdo.

—Bien. Es de noche. Estás sola en un callejón oscuro.

Ella respiró hondo de una forma controlada.

—Vale...

—Hay alguien detrás de ti. Se está acercando más, y más...

—Oh —dijo en voz baja, y varias emociones desfilaron a toda velocidad por su cara.

—Te das la vuelta. Y es él.

Jackie expulsó el aire con brusquedad.

—Sujeta un cuchillo y te sonríe. Una sonrisa terrible. Y habla. —Me acerqué

más y susurré—: Hola, zorra.

Se encogió.

—Pero tú tienes una pistola —dije.

Levantó la mano y apretó un gatillo imaginario.

—¡Pum! —dijo, y abrió los ojos.

—¿Tal que así?

—A bocajarro.

—¿Le has matado?

—Sí, mierda. Eso espero.

—¿Cómo te sientes?

Respiró hondo de nuevo y expulsó el aire.

—Aliviada.

Asentí.

—QED. —Me miró y parpadeó—. Creo que es latín. Significa «Lo he demostrado».

—¿El qué?

—Todo el mundo lleva un asesino dentro.

Me miró durante un largo momento. Después levantó el vaso y tomó un sorbo.

—Es posible. Pero tú pareces muy a gusto con el que llevas dentro.

Y era cierto, por supuesto. Pero no me sentía nada a gusto por el hecho de que ella lo intuyera, de modo que me sentí tranquilizado cuando Jackie dejó el vaso sobre la mesa y se levantó, como si hubiera dado por concluida la discusión.

—Hora de acostarse. —Se estiró y bostezó, como una especie de felino dorado. Me miró y enarcó una ceja—. ¿Dónde duermen los perros guardianes? ¿Al pie de la cama?

—Dormiré en el sofá. De esa forma podré vigilar la puerta y el balcón.

Ella parpadeó.

—¿El balcón?

—Cualquiera puede entrar desde el tejado. Sólo se necesitan seis metros de cuerda de nailon y un destornillador.

Jackie parecía un poco estupefacta.

—¿Te refieres a que podría...? ¿Para qué es el destornillador?

—No sé si podría. Pero es factible. Cualquiera podría descolgarse desde el tejado con la cuerda. El destornillador es para forzar la puerta corredera. Un niño de diez años podría hacerlo.

—¡Dios! —Me miró, pero en realidad no me estaba viendo—. Estoy harta de todo esto —dijo. Después se recuperó un poco, se concentró un momento en mí y repitió—: Estoy harta de...

Estaba inmóvil, con la vista fija en mí, inhalando y expulsando aire, observándome en busca de alguna señal que yo no sabía darle, y después sacudió

la cabeza, dio media vuelta y se fue poco a poco a la cama.

Me dormí como un bendito enseguida, y cuando abrí los ojos, me dio la sensación de que el tiempo no había transcurrido, pero el primer destello naranja de luz estaba abriéndose paso a través de la puerta del balcón, de modo que o bien había amanecido, o un ovni había aterrizado en el diván.

Parpadeé y decidí que habría amanecido, porque los ovnis no osaban aterrizar en Miami: alguien los haría pedazos y se los llevaría para venderlos como chatarra. Empecé a estirarme e incorporarme, pero me quedé paralizado en mitad de la acción al percibir un extraño zumbido procedente del dormitorio de Jackie. No se me antojó particularmente siniestro, pero no tenía ni idea de qué era. Como guardaespaldas, parecía imperativo ir a investigar, de modo que me puse en pie con sigilo, cogí la Glock de la mesita auxiliar que tenía al lado, y me acerqué de puntillas a la puerta de la habitación. Giré el pomo en silencio, abrí la puerta y me asomé.

Jackie estaba sentada en una bicicleta estática, pedaleaba con vigor, y una pátina de sudor cubría ya su rostro. Eso, en un ser humano de inferior calidad, habría sido sudor. En ella, era resplandor. Llevaba unos leotardos muy ceñidos que no conseguían afearla en absoluto, y unos auriculares pegados a ambos lados de la cabeza. Alzó los ojos, me vio y se quitó uno.

—Buenos días —gritó, en voz demasiado alta—. Terminaré dentro de una media hora. ¿Quieres ir pidiendo el desayuno?

Por supuesto que sí. La máquina perfectamente engrasada que era Dexter exige combustible con frecuencia. Pero logré disimular mi impresentable ansiedad, así que le dediqué un alegre cabeceo.

—¡Vale! —dije.

—Estupendo. Tostada de trigo, zumo de pomelo y un poco de yogur griego, por favor.

Echó hacia atrás la cabeza, se conectó de nuevo y pedaleó más deprisa.

La dejé en su viaje en bicicleta a ninguna parte y fui a llamar al servicio de habitaciones. Intenté con todas mis fuerzas admirar a Jackie por su espartana elección de desayuno, pero no salió bien. Para mí, todo el sentido de comer se pierde si no comes algo, y en mi opinión la tostada y el zumo de pomelo no podían calificarse de comida. No era más que una versión más lujosa del pan y el agua, y era imposible que sustentaran la vida tal como yo había llegado a conocerla.

Pero al menos no sentía la menor compulsión por seguir su ejemplo, y no lo hice. Pedí tortilla de jamón y queso, tostada de centeno con mermelada, zumo de naranja y un cuenco de fruta. Y, por supuesto, la cafetera más grande de Miami que pudieran preparar en su cocina de diseño.

El desayuno llegó diez minutos después, y pedí al camarero que lo sirviera en

la terraza. Le dejé salir, cerré la puerta con la cadena y volví dentro. El sol se había abierto paso con agresividad sobre el horizonte, pero el calor no era todavía tan brutal como lo sería dentro de poco, y una leve brisa llegaba desde la bahía, de modo que la terraza parecía el decorado ideal. Me senté y bebí café mientras esperaba a Jackie, al tiempo que contemplaba el agua y pensaba que había mucho que decir sobre mi carrera recién estrenada de guardaespaldas. Era peligrosa en potencia, cierto, y las horas tediosas. Pero, por el lado positivo, vivía como un millonario sin pagar impuestos más elevados, y me codeaba con una Verdadera Estrella de Hollywood y la *haute cuisine*. Por supuesto, los guisos de Rita estaban lejos de ser bazofia, pero cabía reconocer que no era una chef de cinco estrellas, ni tampoco una celebridad famosa y bella, y compararla con Jackie no era justo. Era un pensamiento poco amable, pero como nadie más podía oírlo, no me molesté en fingir que no lo había pensado.

En cambio, seguí pensando en ello. No era nada más que un juego mental agradable, una fantasía tontorrón y casi humana, pero me ayudaba a matar el tiempo. Intenté imaginar que cambiaba mi aburrida existencia por la vida de un Guardaespaldas de Celebridad. Me imaginé como parte de un Séquito, la presencia con ojo de águila pegada a Jackie, siempre vigilante en las Alfombras Rojas del mundo. Dexter el Escudo Humano, Viviendo a lo Grande en Hollywood, Cannes y todas las grandes ciudades del mundo. Desayuno en la terraza en Maui, Singapur y Bali. No sería difícil acostumbrarse a vivir así, y si tenía que renunciar a trabajar como un esclavo para pagar la hipoteca de una casa nueva, y pasar de todos los gritos, berridos y portazos incluidos en el lote de la vida familiar, ¿qué perdería, salvo tímpanos destrozados y dolores de cabeza frecuentes? Estaba Lily Anne, por supuesto, la extensión viviente de todo cuanto soy, mi cargamento de ADN lanzado al futuro. Y, al fin y al cabo, había prometido guiar a Cody y Astor hacia un Futuro Oscuro seguro y bien planificado. Mi camino ya estaba trazado, y estaba muy contento con él. De veras. No tenía por qué mejorarlo con aviones privados y *crème brûlée* cada noche, y una diosa de pelo dorado que me condujera a través de una existencia de puro placer incrustado de diamantes. Por más que me gustara.

La puerta de cristal se abrió, interrumpiendo mis agradables fantasías, y Jackie salió a la luz del sol.

—Buenos días —dijo, y se sentó a mi lado. Tenía el cabello mojado, y olía a champú y al mismo perfume muy tenue en el que me había fijado ayer.

—Buenos días —contesté—. ¿Café?

—Oh, Dios, sí —dijo ella, y empujó una taza hacia mí. Se la llené del todo, y la miré mientras le añadía edulcorante artificial. Bebió—. Aaah —dijo, como una persona normal, dejó la taza sobre la mesa, me miró y sonrió—. Espero no haberte despertado.

—Ah, bien —dije vacilante, puesto que, al fin y al cabo, lo había hecho, pero



no me pareció diplomático decirlo—. Quiero decir, he de despertarme...

—Lo siento. —Levantó la taza y bebió de nuevo—. He de hacer ejercicio cada mañana, esté donde esté, de lo contrario engordo.

—Cuesta creerlo.

Palmeó mi mano.

—Bendito seas, pero es verdad. Me salto una mañana, y luego saltarme dos no parece gran cosa, y por qué no tres, y enseguida me pongo en setenta kilos y me ponen de patitas en la calle. —Se encogió de hombros—. Este trabajo es así. —Tomó otro ruidoso sorbo de café y me miró con una ceja enarcada—. ¿Y tú?

—¿Yo? —pregunté, algo sorprendido—. ¿A qué te refieres?

Jackie señaló con la taza.

—Es evidente que haces ejercicio —dijo con una sonrisa traviesa—. Ya me he dado cuenta de que gozas de buen apetito, pero estás en forma. —Me guiñó un ojo—. Como un verdadero guardaespaldas.

—Oh, bien —dije, un poco incómodo—. Me gusta correr. Y, mmm..., hago un poco de taichi...

Ella asintió.

—Ya lo imaginaba. Por la forma de moverte, cuando lograste que Kathy se meara en el suelo. —Sonrió de nuevo y terminó el café—. Eso me recuerda algo —dijo, mientras dejaba sobre la mesa la taza vacía y cogía una tostada—. Llegará dentro de unos minutos, de modo que quizá sea mejor que quites la cadena de la puerta, y esta vez recuerda que no has de dispararle.

—Intentaré acordarme.

Apenas había terminado mi tortilla, cuando oí que alguien llamaba a la puerta.

—Debe de ser ella —anunció Jackie, y empezó a levantarse.

—Ya voy yo —dije, y ella se detuvo a mitad de movimiento. Conservó un momento aquella postura desgarbada y parpadeó.

—Ah, vale.

Volvió a sentarse y se dedicó a su zumo de pomelo.

Abrí la puerta, sin sacar la cadena, y me asomé. Kathy estaba en el pasillo con un montón de papeles, su Smartphone y otra taza de Starbucks. Me dirigió una mirada envenenada.

—Déjame entrar —dijo entre dientes, y comprendí que mi legendario encanto aún no había conseguido que superara nuestro calamitoso primer encuentro. Pero todo llegaría con el tiempo. Así que cerré la puerta y quité la cadena, y Kathy pasó como una bala y entró en el dormitorio de Jackie antes de que pudiera dirigirla hacia la terraza. Emergió un momento después, me dirigió una mirada todavía más mortífera y salió a la terraza.

Cuando regresé con los restos de mi desayuno, Kathy había ocupado mi silla, dejado mi plato en el suelo y esparcido varios fajos de papel sobre la mesa, y

estaba señalando diversos documentos con una pluma y parloteando a toda velocidad.

—... salvo los derechos relacionados, que según Myron es lo mejor que podemos conseguir ahora, de modo que firma, aquí, aquí y aquí... Oh. ¿Y después lo de Marruecos? Valerie dice que es un trato muy bueno, y una publicidad bestial, de modo que caerá un dineral. Y la revista *Reel Magic* quiere una sesión de fotos. Está en tu lista de llamadas de esta mañana...

La cosa continuó así durante varios minutos, mientras Kathy movía papeles de un lado a otro, Jackie firmaba algo de vez en cuando, al tiempo que masticaba su tostada y bebía el zumo de pomelo, e intentaba aparentar que prestaba atención. Me miró una o dos veces y me dedicó una expresión irónica, que su ayudante no captó. Yo me contenté con acechar en un segundo plano y tratar de parecer vigilante; al final Kathy se quedó sin aliento, recogió los papeles y se largó, no sin dejar de dedicarme un postrer gruñido airado al salir.

Regresé a la terraza, después de dejarla salir y volver a pasar la cadena, y vi a Jackie bebiendo otra taza de café. Había comido una tostada y dado un mordisco a otra, y además se había tomado dos tercios del yogur. No parecía lo suficiente para alimentar a una vida humana, y mucho menos a una vida no humana como la mía, pero parecía satisfecha. Ocupé mi silla y me serví otra taza de café.

—Creo que no le caes bien —dijo con voz gutural, saturada de café y humor negro.

—Inconcebible.

—Creo que esa palabra no significa lo que tú crees.

Bebí mi café.

—Es posible que tarde un poco, pero algún día aprenderá a apreciar mis numerosas virtudes.

—Es posible que tarde más de lo normal. No le caes nada bien.

Yo estaba convencido de que tenía razón, pero no me parecía terriblemente importante, sobre todo porque quedaban tres gajos de un melón perfecto en mi cuenco de fruta, y una taza de café entera para acompañarlos, de modo que me encogí de hombros y terminé de desayunar.

El teléfono de la habitación sonó unos minutos después para avisarnos de que una limusina nos estaba esperando abajo. Descendimos juntos en el ascensor, y yo salí primero para echar un vistazo a mi alrededor, protocolo normal de todo guardaespaldas. Dejé a Jackie en el vestíbulo con un portero que se moría de ganas de cuidar de ella el máximo de tiempo posible. Salí y seguí el camino particular empedrado, y eché un vistazo al interior del vehículo. Era el mismo conductor de anoche, y me saludó con un cabeceo. Yo le devolví el saludo y me volví para examinar el resto de la zona que rodeaba la entrada.

Tardé escasos momentos en investigar la puerta principal del hotel. Había

unas cuantas personas al lado, sin duda a la espera de que llegara su coche. Las examiné con detenimiento, pero tenían la pinta de cualquier huésped de hotel: personas sanas y bien alimentadas, encantadas de haberse conocido, así que pasé por su lado y entré en el patio.

El sol ya estaba pegando de lo lindo, y tuve que parpadear un momento, y después paseé la vista a mi alrededor. Al final del camino de entrada, donde la única carretera real de la isla conducía hasta el puente, había dos coches aparcados de manera bastante informal. Pero estaban demasiado lejos y no representaban ningún peligro real. No me esperaba el ataque de un francotirador. Por tanto, recorrí a toda prisa el camino de entrada circular. Había un par de coches aparcados con ostentación al borde de la calzada: un Ferrari, un Bentley y un Corniche. Yo no creía que nuestro asesino condujera algo más caro que una casa nueva al borde del mar, pero eché un vistazo al interior de todos modos. Estaban vacíos.

El encargado del aparcamiento me miró con escepticismo cuando volví de inspeccionar el Corniche.

—¿Le gusta? —me preguntó.

—Muy bonito. ¿Es suyo?

El hombre resopló.

—Lo aparcamos ahí. Para que todo el mundo lo vea.

Asentí como si fuera algo sensato.

—De acuerdo. Un hito de diseño.

El hombre se encogió de hombros. Volví al interior del hotel.

El portero estaba hablando a Jackie con entusiasmo de su sobrino, un niño muy guapo que sabía interpretar y cantar como un ángel, no como esos tíos de ahora que hacían hip-hop, sino cantar de verdad, y ella sonreía, asentía e intentaba disimular las ganas que la asaltaban de interrumpir a bofetadas la perorata del portero.

Me apiadé de ella e interrumpí la conversación sin esperar a saber el final de la historia.

—Vamos a llegar tarde, señorita Forrest —dije, en el tono más oficial posible.

Jackie me dirigió una sonrisa de gratitud, y después saludó con un cabeceo al portero.

—Dígale que no se rinda —le dijo al individuo—. Hay que perseguir siempre el sueño.

El hombre sonrió como si le hubiera nombrado caballero.

—Sí, señorita, se lo diré. Gracias, señorita Forrest.

Se nos adelantó de un brinco y abrió la puerta, mientras yo acompañaba a Jackie hasta el coche que esperaba.

Cuando salimos a la luz del sol, oí un murmullo de nerviosismo procedente del puñado de gente que esperaba, y al volverme vi que todos me estaban mirando

con amplias y descerebradas sonrisas en sus rostros. No a Mí, por supuesto, cosa que quedó clara como el agua cuando alguien gritó: « ¡Eh, Jackie! » Ella sonrió, saludó y yo la guié hasta la limusina que esperaba. Sentí que los ojos nos seguían, y me pregunté por qué no me ponían nervioso. Evacué consultas con el Oscuro Pasajero. Lejos de sentirse angustiado, daba la impresión de estar ronroneando. Alguien entre la multitud gritó: « ¡Hurra! », y me advertí que yo sonreía complacido. Sabía que era en honor de Jackie, pero yo estaba con ella, formaba parte de su séquito, y en un momento de extrañísima percepción, me di cuenta de que me gustaba. Me gustaba que sonrisas idiotas me siguieran. Era impensable, por supuesto. Dexter ha de mantener un perfil bajo o dejar de ser Dexter. Aun así, descubrí que me sentía más grande, más apuesto, convencido de que una gran sabiduría emanaba de mis labios cada vez que los abría para hablar. Era estimulante, embriagador, y me gustaba tanto que no oí el creciente estruendo de advertencia procedente de la torre vigía del Castillo Dexter hasta que abrí la puerta del coche.

Pero entonces sí lo oí, fuerte e insistente, y rodeé a Jackie con dos brazos protectores, mientras me volvía para inspeccionar la zona.

—¿Qué pasa? —preguntó, y se apretó contra mí, de repente tan nerviosa como yo.

—No lo sé —contesté. Paseé la vista a mi alrededor. La gente congregada a la entrada del hotel no hacía otra cosa que sonreír. No representaba ningún peligro. Pero notaba un agudo hormigueo de algo, una especie de foco intenso sobre Nosotros, hacia la derecha. Me volví a mirar.

Al final del camino de entrada, un hombre estaba de pie junto a uno de los dos coches aparcados allí. El hombre levantó algo, lo apuntó a nosotros, y justo antes de que pudiera arrojar a Jackie hacia los ladrillos duros y desiguales del camino de entrada, lo reconocí: una cámara, con un enorme teleobjetivo.

*Clic. Clic. Clic.*

—Paparazis —dijo Jackie—. Están por todas partes. —Me miró con una extraña expresión de preocupación y perplejidad—. ¿Cómo has sabido que estaba ahí?

—En realidad no... —La idea de describir el Sistema de Preaviso Lejano del Pasajero era impensable—. Sólo... le vi moverse por el rabillo del ojo.

Ella me seguía mirando.

—Ajá —dijo, muy poco convencida.

Le abrí la puerta de atrás.

—¿Nos vamos? —dije.

Ella asintió por fin, dio media vuelta y subió al coche, y yo me volví para mirar a nuestro público por última vez. El fotógrafo tomó unas cuantas instantáneas más y, cuando me di la vuelta, oí el sonido de una moto al ponerse en marcha.

La gente continuaba sonriendo ante la puerta del hotel. Hasta el portero estaba mirando y saludando, mientras yo acomodaba a Jackie en el asiento trasero, pero para ser justo, todo el mundo en la zona la estaba mirando con una especie de adoración lujuriosa. No aplaudieron cuando se sentó y yo cerré la puerta, pero se me ocurrió la idea de que lo habrían hecho de no haber sido el hotel tan elegante.

Subí por el otro lado, y experimenté una nueva oleada de aquella extraña satisfacción de ser el centro de atención. La deseché a regañadientes, pero no quería desaparecer, y yo todavía me sentía guapo e importante cuando el coche descendió por el camino de entrada, cruzó el puente y se adentró en el alegre caos del tráfico matutino de Miami.

Intenté reclinar me en el asiento y disfrutar del trayecto, pero se me antojó una experiencia muy extraña atravesar la escabechina en el asiento trasero de una limusina. Por primera vez, era espectador en lugar de participante, y si bien las bocinas atronaban y las peinetas se multiplicaban como siempre, era casi como si estuviera sucediendo en otro tiempo y lugar, como si estuviera viendo una película.

Jackie miraba por la ventanilla y, cuando se dio cuenta de que la estaba mirando, se volvió y sonrió.

—El tráfico es horrible esta mañana —comenté.

Enarcó una ceja en señal de fingida sorpresa.

—¿Esto? ¿Llamas a esto tráfico? —Sacudió la cabeza—. Ni se te ocurra conducir en Los Ángeles. Esto es un día de sol en el parque comparado con aquello.

—Vaya.

—Vaya. —Me dedicó una sonrisa condescendiente—. Ya te acostumbrarás.

He observado en ocasiones anteriores que la gente de Nueva York y Los Ángeles tiende a mantener una actitud en relación con sus ciudades, una especie de confianza del superviviente que comunica: *Yo vengo de la Vida Real, y si tú vives en esta aldea perdida, no participas ni siquiera en el juego*. Siempre lo había considerado divertido. Al fin y al cabo, los nativos de Miami son tan groseros y agresivos como los neoyorquinos, y tan bañados de sol y alelados como los angelinos, y la combinación significa un desafío único y letal cada vez que conduces. Pero la forma de expresarlo de Jackie consiguió que me sintiera un poco provinciano, y quise decir algo en defensa de la ferocidad del tráfico de Miami.

Por suerte para la reputación de mi ciudad, no tuve que decir ni pío. Cuando llegamos por fin a la Dolphin Expressway y nos detuvimos en un atasco, un Cadillac Escalade grande y resplandeciente pasó como un cohete a nuestro lado por el arcén. Iba a setenta y cinco kilómetros por hora, como mínimo, y sólo había cinco centímetros de espacio entre él y la hilera de coches cuando pasó. Jackie se encogió y lo siguió con la mirada boquiabierta a causa de la sorpresa, y

yo experimenté una leve sensación de orgullo.

Ésta era mi ciudad; ésta era mi gente.

—Oh —dijo—. ¿Sucedé muy a menudo este tipo de cosas?

—Casi de manera constante. —Y como puedo ser tan condescendiente como un angelino, añadí—: Ya te acostumbrarás.

Jackie me miró, sonrió y meneó la cabeza.

—Punto para el equipo local —dijo, pero antes de que yo pudiera ejecutar el baile de la victoria, su móvil empezó a gorjear—. Mierda. Mi primera entrevista, y no me acuerdo de quién es. —Sacó el teléfono y me lo tiró—. Por favor. Averigua quién es para no quedar como una idiota.

Me pareció una petición razonable. Cogí el teléfono y contesté.

—¿Hola?

—Hola, Sarah Tessorro, revista *Reel Magic*. ¿Puedo hablar con Jacqueline Forrest, por favor?

Cubrí el auricular.

—Sarah Tessorro, *Reel Magic* —dije a Jackie, y ella asintió. Le devolví el teléfono.

—¡Sarah! —exclamó con entusiasmo—. ¿Cómo estás?

A continuación, las dos se enfrascaron en una charla de cinco minutos en la que Jackie habló de la nueva película, de su personaje, de lo maravilloso que era el guión, de lo estupendo que era trabajar con un profesional maravilloso como Robert. Escuché su parte de la conversación sorprendido, y no sólo porque abusara de la palabra «maravilloso», lo cual no era su estilo. Pero la había visto con Robert durante una semana, y no necesitaba leer el guión para saber que se detestaban. Aun así, Jackie lo dijo en un tono muy convincente, y mi opinión sobre su talento interpretativo aumentó varios puntos.

Cuando la limusina se detuvo delante del edificio de la jefatura, ya lo había afirmado con idéntica convicción en dos entrevistas más. Debió de ser un trabajo peliagudo, y decidí que ser una estrella era un poco más difícil de lo que había supuesto. Estaba claro que no todo eran mojitos y puestas de sol. A veces, tenías que repetir terribles mentiras de una manera muy convincente. Por supuesto, daba la impresión de que eso lo sabía hacer muy bien (al fin y al cabo, tenía mucha práctica), y empecé a preguntarme de nuevo si sería demasiado mayor para cambiar de carrera.

Bajamos delante de la puerta principal, acompañé a Jackie arriba y la entregué a Deborah, quien ya estaba trabajando con ahínco en su escritorio. Nos miró cuando entramos con una expresión indescifrable. En parte era su Cara Normal de Policía, pero con una ceja enarcada en señal de cínica incredulidad.

—¿Cómo ha ido? —nos preguntó.

—Ningún problema —contesté.

—Salvo cuando intentó disparar a mi ayudante —añadió con dulzura Jackie.

Pero antes de que yo pudiera añadir siquiera una sílaba en defensa de mi honor, sacó el fajo de cartas de admiradores psicóticos de su bolso y lo dejó caer sobre el escritorio de Deborah—. Te he traído esto. Las cartas.

Mi hermana se apoderó de ellas con avidez.

—Genial —comentó, y empezó a leerlas con feroz concentración. Jackie la observaba, y después me miró.

—Mmm... —dijo.

—Estarás bien con Debs —dije—. Nos vemos luego.

—De acuerdo —contestó, y yo me di la vuelta y me encaminé hacia la puerta. Me habría gustado mucho más quedarme con Jackie y mi hermana, sobre todo porque iba a reunirme con Robert. Pero mi deber estaba claro, así que las dejé y me alejé por el pasillo en dirección a mi cubículo.

No era que tuviera ganas de evitar a Robert, pero me lo tomé con calma, mientras saboreaba los recuerdos de la dorada extravagancia de la noche. La comida, el ron oscuro, la compañía: pura perfección. Y me esperaba otra noche igual al final de la penosa y rutinaria jornada laboral. No parecía demasiado correcto que alguien como yo se lo pasara tan bien, pero por suerte eso no impedía que lo disfrutara.

Me detuve un momento a tomar una taza de café e intenté saborearlo, pero fue demasiado para mí. El mejunje olía a virutas viejas de lápiz mezcladas con tostada requemada, nada que recordara al néctar de ambrosía que había bebido hacia tan sólo una hora. En cualquier caso, seguro que se ceñía, aunque fuera por los pelos, a la definición legal de café, y la vida no es perfecta, en un día laborable no, al menos. Llené un vaso y me dirigí a cumplir mi Deber.

Robert me estaba esperando detrás de mi escritorio una vez más, pero debo reconocer que había traído donuts, incluidos un par de pasteles de crema de Boston, y si le das uno a Dexter, descubrirás que está dispuesto de repente a perdonar montones de cosas. Comimos donuts y bebimos el horroroso café, y yo le escuché contar una larga y sin duda fascinante historia sobre un especialista en escenas peligrosas inglés chiflado que intervino en una de sus películas hacía muchos años. Daba la impresión de que el intríngulis de la historia se nos escapaba a los dos, pero tal vez tuviera algo que ver con el hecho de que Robert le plantó cara por alguna oscura cuestión de honor. Fuera lo que fuera, disfrutó contándola y, por suerte, su elocuencia le distrajo hasta tal punto que conseguí sacar el segundo pastel de crema de Boston de la caja y metérmelo en la boca antes de que se diera cuenta.

Después de que los donuts desaparecieran, pasamos varias horas jugando con el microscopio y aprendiendo a preparar los portaobjetos como es debido. Por extraño que pueda parecer, pese al asco a la sangre que había demostrado hasta el momento, parecía fascinado con ella en su estado microscópico.

—Caramba —dijo—. Esto es muy guay. —Me miró con una sonrisa—. No es tan horrible cuando está seca y sobre un portaobjetos. Quiero decir, hasta podría llegar a gustarme esto.

Podría haberle dicho que yo opinaba lo mismo, que me gustaba la sangre en su estado seco hasta tal punto que tenía una caja de palisandro en casa con cincuenta y siete gotas de sangre seca, cada una un pequeño recuerdo de un amigo muy especial, ya fallecido. Pero nunca he creído en esta idea tan en boga de compartir tus pensamientos y sentimientos, sobre todo acerca de un tema tan personal, de modo que me limité a sonreír y asentir, y le entregué más portaobjetos con muestras para que jugara. Procedió a ello con gran entusiasmo, y así fueron transcurriendo unas dichas horas.



Justo cuando estaba pensando que debería echar un vistazo a la caja de donuts por si me había pasado algo por alto, sonó el teléfono y lo descolgué.

—Morgan —respondí.

—Hemos identificado al pervertido que acosa a Jackie —anunció mi hermana—. Sube.

Miré a Robert, que estaba manipulando muy contento el botón de foco fino de mi microscopio. No podía dejar que me acompañara a una conversación que iba a girar sobre un acosador del que debía ignorar su existencia.

—¿Y mi socio? —pregunté.

—Inventa algo —replicó Deborah, y colgó.

Colgué el teléfono y miré a Robert. A pesar de ser muy irritante, no era estúpido, y tenía que decirle algo plausible. Por suerte para mí, mi estómago gruñó, lo cual me proporcionó la excusa perfecta.

—Ese café me ha perforado las tripas —expliqué.

—Sí, era muy malo —comentó él sin alzar la vista.

—Puede que tarde un poco —añadí, y Robert agitó una mano como para indicar que mis problemas intestinales no eran problema de él, y que se sentiría a gusto. Salí y corrí a presentarme ante mi hermana.

—Patrick Bergmann —dijo Deborah cuando entré en su despacho unos minutos después. Me pareció un saludo muy raro, pero tuve que asumir que era el nombre del acosador.

—Qué rapidez —comenté—. ¿Cómo lo has hecho?

Hizo una mueca y sacudió la cabeza.

—Las cartas. Las firmó. Hasta puso su dirección.

—Eso es hacer trampa. La verdadera pregunta es: ¿por qué has tardado tanto?

—Vive en un antro de mierda de Tennessee. No pude conseguir que nadie de la policía local fuera a ver si aún reside allí.

Jackie me sonrió.

—Así que busqué en Facebook —terció la actriz. Dedicó a Deborah una mirada risueña muy afectuosa—. Tu hermana no sabe nada de eso.

—He oído hablar de ello —reconoció Debs a la defensiva. Sacudió la cabeza con incredulidad—. Vaya mierda. Es de locos. La gente cuelga ahí todo lo que se le ocurre.

Jackie cabeceó en dirección a mi hermana.

—Le enseñé cómo funciona, y lo localizamos. Patrick Bergmann, Laramie, Tennessee. Con fotos y mensajes sobre dónde vive. —La sonrisa se desvaneció de su cara—. Mmm... —concluyó—, está aquí. En Miami.

—Bien, pero eso ya lo sabíamos —dije.

Jackie se encogió de hombros y dio la impresión de empequeñecerse, hasta convertirse de repente en una niña desvalida.

—Lo sé, pero es como... O sea, sé que es una estupidez, pero... ¿Verlo en

Facebook? Eso lo convierte en algo más real.

Estaba seguro de que tenía razón, en general. ¿Facebook lo convertía en algo más real? ¿Más real que el cuerpo despedazado de la joven en el contenedor? Por supuesto, no soy, ni nunca seré, un fanático de Facebook. Puede ser una forma muy útil de localizar a gente a quien me interesa entrevistar con relación a mi pasatiempo favorito, pero la idea de una página de Dexter se me antoja algo contradictoria. Estudió en la Universidad de Miami. Amigos: ninguno, en realidad. Intereses: vivisección humana. Estoy seguro de que recibiría montones de solicitudes de amistad, sobre todo locales, pero...

De todos modos, supongo que el punto importante era que resultaba más real para Jackie. Era muy difícil proteger a alguien de un asesino psicótico decidido a todo, y si el protector no creía en la realidad de la amenaza, era más difícil todavía.

De modo que, por una vez, Facebook resultó práctico. Mejor aún, nos proporcionó una foto de nuestro nuevo amigo Patrick. Como ya he dicho, era como hacer trampas.

—¿Puedo ver la foto? —preguté.

La boca de Deborah se torció en una leve sonrisa, y me entregó una hoja de papel que tenía sobre el escritorio. Era una foto impresa de Facebook y mostraba a un tipo de unos veintipico años acucillado al lado de un ciervo. El ciervo parecía muy muerto, y el tipo demasiado contento al respecto. He visto suficientes fotos de Trofeos de Caza para saber cuál ha de ser su aspecto: Noble Bestia yaciendo en Descanso Eterno, mientras el Poderoso Cazador se yergue sobre ella, aferrando el rifle y con expresión de orgullo solemne.

Esta foto no tenía nada de eso. Para empezar, el ciervo no sólo estaba muerto; estaba destripado. Le habían arrancado las entrañas, y los brazos del Poderoso Cazador estaban cubiertos de su sangre casi hasta los hombros. Sostenía en alto lo que parecía un cuchillo de monte y sonreía a la cámara, con un rollo de intestinos a sus pies.

Intenté concentrarme en su cara, y mientras estudiaba sus rasgos, el Pasajero murmuró palabras de aliento sibilantes. Patrick Bergmann no era una persona de aspecto espantoso (nervudo, atlético, pelo rubio oscuro desgreñado, facciones regulares), pero había algo erróneo en él. Además de su evidente placer por el horrible revoltijo empapado de sangre en que se estaba regodeando, tenía los ojos demasiado abiertos, y su sonrisa era inquietante, como si posara desnudo por primera vez y le gustara. Su rostro estaba diciendo, con la mayor transparencia posible, que éste era el retrato de su Yo real, su Yo Secreto. Éste era él, alguien que vivía para sentir la sangre resbalar de su cuchillo y para acucillarse ante las vísceras apiladas a sus pies. No me hacía falta oír al Pasajero canturreando: *Uno de los Nuestros, Uno de los Nuestros*, para saber quién era.

Me incorporé de nuevo a la conversación.

—Lo cual significa que esto también se lo hemos de contar a Anderson —dijo Deborah—. O sea, tenemos una identificación, una foto de verdad... —Levantó ambas manos con las palmas hacia arriba: retrato del detective impotente—. No puedo ocultarlo.

Jackie compuso una expresión de consternación, y después se retorció las manos. Siempre había pensado que «retorcerse las manos» era sólo una expresión, o al menos algo que hacían los actores en las películas antiguas, pero Jackie lo hizo. Alzó ambas manos a la altura del pecho y las sacudió desde la muñeca, y yo pensé: *Caramba, se está retorciendo las manos.*

—¿No es un poco..., y a sabes, tentar tu suerte? —preguntó Jackie.

—¿Le has dado ya a Anderson tu expediente? —inquirí.

Deborah asintió.

—Nada más llegar esta mañana.

—¿Y qué pasó?

Debs hizo una mueca y añadió a regañadientes:

—Lo que tú dijiste. Lo metió en un cajón. Ni siquiera esperó a que saliera del despacho.

—Bien, pues... Esto no debería significar ningún problema.

—Sí, pero —intervino Jackie, con aspecto muy preocupado—, está su nombre, su foto, todo. Ni siquiera Anderson puede pasar de eso.

Deborah resopló.

—Ese hombre podría extraviar el culo en una silla —sentenció.

—Es que el resto del reparto llega aquí entre hoy y mañana, y después empezaremos a rodar y... O sea, se trata de mi carrera —insistió Jackie.

Debs no parecía muy convencida.

—También se trata de tu vida. Eso sí es importante.

—Mi carrera es mi vida. Lo he dado todo por eso, y si también pierdo esta película... —Aspiró una bocanada estremecida de aire y agarró su mano izquierda con la derecha—. Sólo estoy preocupada, supongo.

—No tengo otra elección —comentó Deborah—. Se lo he de pasar.

—Pero él no hará caso —tercié—. Y entretanto, localizaremos a Patrick y te protegeremos.

Jackie me dedicó una sonrisa de gratitud y logró que me sintiera diez centímetros más alto.

—Gracias —dijo—. Dexter...

Levantó una mano y avanzó un paso hacia mí, y creo que iba a decir algo muy bonito, pero nunca llegué a oírlo. Alguien carraspeó, y cuando me di cuenta de que no era Jackie, Debs, ni siquiera yo, me volví en el momento en que un hombre entraba en el cubículo de mi hermana. Tendría unos cuarenta y cinco años, mediría un metro setenta y cinco, y estaba en muy buena forma física, salvo por un poco de sobrepeso alrededor de la cintura. Tenía el pelo y los ojos

oscuros, y llevaba algo que casi con toda seguridad debía ser un traje, aunque daba la impresión de estar hecho a partir de una funda de sofá de una discoteca antigua. Y si bien no le reconoció, poseía ese aspecto indefinible revelador de que era policía.

Miró a Deborah y enarcó una ceja.

—¿Detective Morgan? —preguntó.

Ella le dedicó la misma mirada.

—¿Sí?

El hombre alzó una placa, avanzó y extendió la mano.

—Detective Echeverría, NYPD —dijo, y su acento coincidía con todo lo que hemos llegado a pensar del Acento de Nueva York.

Deborah le miró un momento, y después extendió la mano.

—Bien. He recibido sus correos electrónicos.

Se estrecharon las manos un momento, y después Echeverría retrocedió y miró a Jackie.

—Hola —dijo—. Jackie Forrest. Qué te parece.

Ella le dedicó una tenue sonrisa de bajo voltaje.

—Detective —dijo.

Él la miró sin parpadear unos cuantos segundos de más, hasta que por fin Deborah carraspeó, y Echeverría volvió la cabeza hacia ella.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó mi hermana con un toque de ironía, a fin de informarle de que había captado su mirada lujuriosa.

—Sí, vale. Puede dejarme ver lo que tiene acerca de ese psicótico sobre el que está trabajando.

Deborah le dedicó una sonrisa muy tenue de Cortesía Profesional.

—No puedo.

Echeverría frunció el ceño y parpadeó dos veces.

—¿Por qué no?

—No es mi caso.

El hombre sacudió la cabeza.

—No puede ser...

—Ya le dije que no tomara ese avión.

Echeverría volvió a menear la cabeza. Torció la boca.

—¿Sabe cuántos trajes de Brooks Brothers tengo pegados a mi culo por culpa de esto?

—Sí. Aquí también tenemos.

—Sólo que aquí los trajes son de una bonita tela tropical —añadí, siempre ansioso por colaborar.

Echeverría me miró. Aunque pareciera raro, no era una mirada henchida de cordialidad, camaradería y agradecimiento por mis inmensos conocimientos en temas textiles. Se acercaba más a ese tipo de mirada que te dirige alguien a quien

has sorprendido cruzando en rojo para escupir a las monjas. Después volvió a mirar a Deborah.

—Vale —dijo—. No te jode. —Frunció el ceño y cabeceó en dirección a Jackie—. Perdona, señorita Forrest. —Ella le enseñó cinco o seis dientes, y el hombre se volvió de nuevo hacia Deborah. Por lo visto, consideraba correcto decir «joder» sin pedir disculpas a mi hermana, porque abundó en su lenguaje florido—. ¿Qué cojones pasa aquí, Morgan?

Deborah, por supuesto, no es manca en el apartado de tacos, y aprovechó la ocasión con su talento habitual.

—Pasa la misma mierda de siempre.

—¿Cuál?

La cara de Debs se torció en una levisima sonrisa irritada.

—¿No sucede nunca en Nueva York que el capitán entrega un caso importante a un capullo incapaz de encontrar un montón de mierda ni que lo llevara por sombrero, y todos los demás han de quedarse sentados a ver cómo mete la pata una y otra vez?

—Nunca —replicó el hombre con una sonrisa a juego, reveladora de que ni siquiera él se creía lo que estaba diciendo.

—Claro que no —dijo Deborah—. Ni aquí tampoco. Todo nuestro departamento está compuesto por profesionales de inmenso talento.

Echeverría asintió.

—Exacto. Bien, ¿quién es el capullo?

—Si se refiere a quién es el agente al mando de la investigación, es el detective Anderson.

El hombre pareció sorprenderse.

—¿Billy Anderson? —dijo, y Debs asintió—. Se supone que es la persona a la que debo buscar para ir de copas. Me dijeron que es un buen tipo.

Deborah logró reprimir una carcajada estentórea, pero su boca se agitó varias veces, que en el caso de ella es lo mismo.

—¿Quién le ha dicho eso? —preguntó—. ¿Alguien a quien usted elegiría para vigilarle las espaldas?

—Eh... —Echeverría frunció el ceño—. Tal vez no.

—Es posible que le lleve de copas —intervine—. Pero eso es todo.

Echeverría me miró de nuevo, y después decidió que prefería mirar a Jackie. Lo hizo, frunció el ceño y se volvió hacia Debs.

—Vale, lo pilló —dijo—. Pero... ¿cuál es su papel? ¿Qué hace trabajando en el caso si no se lo han asignado?

El rostro de Deborah adoptó su Cara Oficial de Estar Hablando con el Capitán.

—He sido nombrada temporalmente asesora técnica de la Big Ticket Network, que está rodando aquí un episodio piloto, protagonizado por la señorita

Forrest.

Echeverria miró a Jackie de nuevo.

—Y por consiguiente —dijo Debs, y Echeverria despegó los ojos de Jackie para mirar a mi hermana—, la señorita Forrest y yo estamos llevando a cabo una investigación paralela ficticia particular, con el fin de enseñarle la técnica y el procedimiento policiales adecuados.

Echeverria miró a Deborah con renovado respeto.

—Brillante de cojones —dijo.

Mi hermana se limitó a asentir.

—Bien, pues, ¿así que he de hablar con Anderson y preguntarle si puedo ver el expediente del caso?

—Me temo que sí.

—¿Y de veras es más burro que un arado?

—O peor. Pero yo no he dicho eso.

—Bien, mierda.

—En efecto —remató Deborah.

Echeverría se marchó en busca de Anderson, con una última mirada a Jackie, y no me disgustó nada verle partir. Por supuesto, tenía derecho a comerse con los ojos a quien le diera la gana, y valía la pena comerse con los ojos a Jackie. Pero, por algún motivo, no me gustaba. Tal vez me estaba tomando con excesivo entusiasmo mi papel de guardaespaldas. Tal vez se trataba de otra cosa.

En cualquier caso, me alegró perder de vista a Echeverría, lo cual me brindó la oportunidad de pensar un poco más en Patrick Bergmann. Conocer su aspecto era estupendo, por supuesto, pero para mis propósitos era más importante saber cómo pensaba. ¿Acecharía a Jackie como si fuera un ciervo, se pondría a cubierto para luego saltar sobre ella cuando menos lo esperara? ¿O sería el tipo de chiflado que se presentaba ante su víctima varias veces, sólo para crear suspense? ¿Se acercaría de una forma extravagante, brillante, inimaginable? ¿O cargaría contra ella con un lazo?

Sabía lo que le gustaba hacer después de cazar a sus víctimas: ya lo había visto tres veces. Pero ignoraba cómo le gustaba acechar, y me sería muy útil descubrir eso. Y dejando todo eso aparte, era natural que sintiera cierta curiosidad por alguien que compartía mis intereses.

—¿Podría leer las cartas?—pregunté a Deborah. Me miró sin comprender—. Las cartas que Patrick escribió a Jackie —añadí, con la mayor paciencia posible.

Mi hermanaladeó la cabeza.

—Patrick—dijo—. Para ti ya es «Patrick».

—Se llama así—le recordé, procurando no aparentar mal humor.

—Su nombre es morbosos. O puto psicótico. O el sospechoso, o el perpetrador. —Sacudió la cabeza—. Pero para ti es «Patrick».

—Oh, Dios mío, está haciendo eso otra vez—dijo Jackie, con la vista clavada en mí como si fuera una pieza de tecnología alienígena que acabara de encenderse—. Ya sabes, eso de meterse en la cabeza del tipo.

—Si lo prefieres—dije con toda la dignidad que pude reunir, teniendo en cuenta las circunstancias—, puedo volver a mi despacho a beber ese asqueroso café con Robert.

Deborah resopló.

—Eso no se lo deseo a nadie. —Levantó la pila de papeles de su escritorio—. Lee las malditas cartas—dijo, y las extendió hacia mí—. Súmete en tu maldito trance. Trae algo que me sea útil.

—Gracias—contesté, y si bien creí que había imitado a la perfección un tono de serena pero ofendida entereza, Jackie y Deborah rieron al unísono. No obstante, reprimí mi impulso natural de empezar a atizarles con una silla, cogí las cartas, me acomodé en la silla plegable que había junto al escritorio y empecé a leer. Todas las cartas estaban impresas con una impresora normal.

« Querida señorita Forrest» , empezaba la primera.

Creo que deviera limitarme a poner Jackie, pero queria ser educado la primera vez, de modo que alla voy. Debo decir que he visto montones de chicas bonitas a lo largo de mi vida, y no todas en Internet, jajaja, pero tu eres algo especial. La primera vez que te vi supí que eres muy especial, y ahora he visto todo lo que has hecho y supí que tu y yo estamos hechos para estar juntos como si estuviera escrito. No he de intentar describirlo porque lo vas a sentir en cuanto me veas, de modo que solo dire que de momento necesito que me envíes algo que lleves y no has de lavarlo antes, y a sabes que quiero decir. Se que me va a ver muy pronto.

Tuhalma gemela Patrick Bergmann.

Eché un vistazo a las siguientes cartas. Su estilo era muy parecido, le comunicaban con creciente frustración que ella estaba destinada a ser de él. Cualquiera podía darse cuenta, y ella tenía que darse cuenta, y se daría cuenta sin la menor duda en cuanto le viera. Carecían de todo interés hasta la quinta carta.

« Estoy arto de recibir notas de la zorra que trabaja para ti» , empezaba, y luego mejoraba.

No me contestaste tu y te dije que lo hisieras. No me enbiaste las cosas que llevabas y te dije que las necesitaba. Has de empear a hacerme caso, o esto acabará fatal. ¿Por qué no ves lo que es claro como el agua que tu y yo emos de estar juntos? Sabes que te quiero de verdá y tu me amarás de verdá con que me veas dos segundos. ¡¡¡Y haz de enterarte de que me vas a ver de una forma u otra!!!

La siguiente carta era todavía más furiosa, empezando con una ristra de palabrotas mal escritas que me llevaron a lamentar el estado de la educación pública de nuestra otrora gran nación, y después daba paso a una retahíla de poco veladas y manifiestas amenazas.

Mejor sera que te metas en la cabeza que va a suceder y esta muy claro y si no lo ves te OBLIGARE a verlo y te obligare a ver ME. No tengo miedo de acer algunas cosas feas si con eso consigo que avras los ojos y me mires y sepas que lo que digo es la verdad al ciento por cien.



Teniendo en cuenta los antecedentes, la carta final era de lo más vulgar, predecible de una manera decepcionante en su giro hacia la rabia en estado puro, amenazas de violencia y desdicha psicótica general. La leí dos veces, con una pausa entre una y otra para formar en mi mente agradecidos pensamientos sobre la educación que yo había tenido la suerte de recibir de Harry y, aunque pareciera improbable, del sistema de la escuela pública de Miami-Dade, que empezaba a parecer excelente comparado con lo que habían enseñado a Patrick en Laramie, Tennessee. Pero, por supuesto, tal como me recordé, no podía echar toda la culpa a los colegios de Tennessee. Varias personas inteligentes habían nacido en ese estado, y estaba seguro de que algún día aparecería otra.

Releí de nuevo esta última carta.

Si es así como quieres jugar así lo voy a hacer. Quieres ir de fría y ser mala conmigo perfecto porque se jugar a eso aun mejor y lo vas a lamentar. Te voy a encontrar y te obligare a verme y te obligare a ver lo que habrias podido tener y te lo voy a quitar todo cacho a cacho. Y me refiero a TODO. Te enseñare que no eres diferente sino otra puta como todas las demás chicas que se creen especiales y te obligare a VER lo que habrias podido tener y eso sera lo último que veas y voy a por ti zorra y sera mejor que te lo creas.

La última carta no estaba firmada por «tuhalma gemela». Qué frágil es el amor, ¿verdad? Y de nuevo, era un poco decepcionante por la mente obtusa e ignorante que ponía al descubierto. No es que yo exija que todos los asesinos enfermos y retorcidos hagan gala de inteligencia y originalidad, pero bueno. Algo tan pedestre daba la impresión de no cumplir los parámetros exigidos, ¿no os parece?

En cualquier caso, estaba claro para mí que no se trataba de un cerebro sutil, en pos de una poesía visceral. Era un asesino muy directo, bastante insípido, vulgar, enfermizo y retorcido. Era un psicótico, sí, y capaz de casi cualquier tipo de violencia perversa, pero carecía de todo refinamiento, y en conjunto daba la impresión de que carecía también de cualquier idea sutil o interesante sobre lo que, al fin y al cabo, era un tema muy importante.

Decepcionante, pero al menos eso significaba que sería muy fácil cazarle, una vez concentrara en la tarea mi afilada y maravillosa mente, y empezara a seguir el rastro hacia su guarida, y después...

... y después, nada de nada, porque mi mente no iba a seguir ninguna pista en aquel momento. Mi mente estaba en su sitio, dentro del cráneo, cabalgando sobre mi cuerpo mientras realizaba sus tareas de protector de Jackie. No podía salir a la brillante y acogedora luz de la luna y acuchillar las sombras para encontrar a

Patrick en lo que, sin duda, sería un escondrijo terriblemente obvio, no podía cogerle, inmovilizarle con cinta y terminar las cosas de la manera adecuada, mi manera..., porque iba a pasar esas oscuras horas preciosas cuidando de Jackie con vigilancia y astucia, y tal vez con un poco más de aquel ron oscuro.

Tomé conciencia de que la conversación había terminado en el pequeño despacho de Deborah, levanté la vista de las cartas y observé que Jackie y mi hermana me estaban mirando.

—¿Qué? —pregunté.

Jackie me dedicó una sonrisa de aliento.

—Estábamos esperando a que cerraras los ojos y eso —dijo, al tiempo que hacía un vago ademán—. Y te metieras en su cabeza.

—Temo que no quepo —dije, procurando no parecer engreído—. Se trata de una mente muy pequeña y corriente.

Deborah resopló.

—¿Corriente? —exclamó Jackie—. Dios mío, después de lo que ha hecho... ¿La llamas corriente?

—Exacto. Un asesino corriente, ordinario, demente, psicótico. —Me encogí de hombros—. Muy predecible.

—Pues predice —dijo Deborah.

—Fácil. Vendrá a por Jackie.

Dediqué a la interfecta una sonrisa tranquilizadora.

Por algún motivo, eso no pareció tranquilizarla mucho. Levantó las manos con una expresión de alivio sarcástico.

—Bien, mierda, me alegro de saberlo. —Sacudió la cabeza—. O sea, vendrá a por mí, genial, pero... ¿no lo sabíamos ya?

Deborah, al menos, no tuvo que recurrir al sarcasmo. Al fin y al cabo, Patrick no iba a por ella.

—¿Cómo lo hará? —preguntó.

—De una manera muy directa. Nada sutil, nada demasiado inteligente. Es un martillo, no un escalpelo.

—Bien, maldita sea —dijo Jackie—, un martillo es muy capaz de romperme el cráneo.

—Connmigo a tu lado no —dije, y si bien admito que hablé en un tono algo jactancioso, no con mi humildad habitual, me lo creía a pies juntillas—. La verdad, Jackie, es que ese tipo no es capaz de darnos una sorpresa de verdad.

—Pues a esas tres chicas les dio una buena sorpresa —repuso ella.

—No sabían qué era. Y no me tenían a mí —repliqué, con un gran esfuerzo por mostrarme confiado y modesto a la vez.

Ella me miró durante un largo momento, y sus ojos escudriñaron mi cara en busca de alguna señal de que poseyera superpoderes. No creo que viera ninguna señal, pero pareció relajarse un poco.

—Bien —dijo, y miró a Deborah—. O sea... ¿Qué?

—Nada ha cambiado —dijo Debs—. Yo te protejo de día; Dexter de noche.

—Ah, me protege.

Jackie abrió la boca para decir algo más, la cerró, me miró y, por algún motivo, se ruborizó.

—Quiero decir... —Enmudeció y apartó la vista de mí enseguida, y por un momento se puso tan nerviosa que hasta su magistral uso del sarcasmo la abandonó—. Bien, pues, vale. —Asintió varias veces y carraspeó—. De acuerdo —dijo por fin—. Si los dos estáis tan... seguros...

Permanecí inmóvil y, como no tenía ni idea de qué había pasado por la mente de Jackie, intenté aparentar tranquilidad y plena confianza en mí mismo, cediendo la palabra a mi hermana.

—Sí, eso creo. Dexter suele acertar en estas cosas. —Ladeó la cabeza y la miró con aire pensativo—. ¿Quieres contratar a otra persona?

—Oh, no —soltó Jackie enseguida—. No, no. Dexter es muy... —Carraspeó y me miró, y después apartó la vista—. Confío en ti. En los dos.

Deborah continuó mirándola con una ceja enarcada, y al final empezó a sacudir la cabeza.

—Bien, mierda, quién lo iba a pensar —dijo en voz baja, pero antes de poder completar lo que habría podido ser un pensamiento muy interesante, el teléfono del escritorio empezó a zumbiar ruidosamente, y se volvió para descolgarlo—. Morgan —dijo. Me miró—. Sí, acabo de verle. Ahora mismo va para allá. —Colgó el teléfono y me dedicó una sonrisa maligna—. Robert. Se siente solo. —Movió la cabeza hacia la puerta del despacho—. Lárgate.

No me parecía justo que hacer de canguro de un actor bastante mimado ocupara mi tiempo cuando era preciso cazar a un asesino (sobre todo tratándose de un asesino cuyos esfuerzos vulgares y pedestres estaban poniendo en mal lugar a nuestro arte), pero las complejidades de la vida laboral pocas veces tienen sentido para los soldados de a pie, y mi absurdo trabajo consistía en estar con Robert. Me largué.

Él seguía en el mismo sitio donde le había dejado, en el laboratorio. Pero ya no estaba solo. A su lado había un hombre negro rollizo de unos treinta y cinco años, con la cabeza rapada y gafas grandes con montura de carey. Llevaba cinco o seis pirsines de oro y diamantes en la oreja izquierda, y una gastada camiseta negra que rezaba «METALLICA» con letras ornamentadas, además de unos pantalones cortos de madrás abolsados y desteñidos de talle demasiado bajo. Le miré, y él me devolvió una mirada inexpresiva. Robert nos salvó de lo que habría podido llegar a ser una situación social muy comprometida.

—¡Eh! —gritó—. Menuda jiñada, ¿no?

Soy famoso por mi desenvoltura sofisticada y mi verbo preclaro, pero no tenía ni idea de qué quería decir Robert, y además de la dificultad de tener a un

desconocido en mi espacio, temo que me sentí perdido momentáneamente. Me limité a contemplar a Robert y mascullé algo así como:

—Oh, bueno, ya sabes. —Entonces, recordé que mi excusa para abandonarle habían sido dificultades gástricas—. La verdad es que me retuvieron un poco.

—Sí, ya me lo imaginaba. Era una broma. ¡Mira quién está aquí!

Y obligó al otro a dar un paso adelante de un codazo.

—Ah —dije—. ¿Quién?

El negro puso los ojos en blanco.

—Sólo está bromeando, Renny —dijo Robert—. ¡Dexter Morgan, te presento a Renny Boudreaux!

Lo pronunció « bu-drow », y como soy un hombre de mundo y reconozco un apellido francés cuando lo oigo, le saludé con un cabeceo y dije:

—*Enchanté, m'sieu.*

Boudreaux me miró, y después, con una mirada de asombro, dijo:

—¿Eso es francés? Maldita sea, qué fino eres. Me gusta eso. Francés, eso es... Dime, Dexter, ¿alguna vez te has follado a un negro?

Ardía en deseos de creer que le había entendido mal, pero lo dijo con una voz tan alta y clara que era imposible equivocarse. Así que negué con la cabeza.

—Todavía no, pero el día es joven —repliqué.

Robert prorrumpió en carcajadas, pero Renny se limitó a asentir como si estuviéramos sosteniendo una conversación de verdad.

—Ajá —dijo—. Bien, pues no vas a empezar conmigo, cabronazo. De modo que métete tu puto francés por el culo, como debe ser. —Sacudió la cabeza y me miró con cautela—. Francés. Mierda.

Siempre he pensado que el Arte de la Conversación sale mejor parado cuando todas las partes implicadas tienen una vaga idea de qué están hablando, y en este caso me habían dejado en la inopia. Estaba empezando a experimentar la sensación de que me había metido en una especie de *Performance* Surrealista, tal vez una de esas que intentan provocar al público hasta que adopta una reacción extrema. Pero, al menos, parecía que Robert se lo estaba pasando muy bien. Rió de nuevo, una carcajada estentórea que no sonó muy cuerda, y empujó al negro hacia mí otra vez.

—Renny interpreta a Aaron Crait, mi colega forense —dijo Robert—. En la serie. —Me guiñó un ojo—. Un poco como Vince y tú.

Nunca había pensado en que tenía un colega, y si lo tuviera no sería alguien como Vince, y de repente pensar en él en ese papel me pilló por sorpresa. Pero Robert no me concedió tiempo para reflexionar sobre esa incómoda relación. Siguió adelante tan contento.

—Renny ha llegado esta mañana a la ciudad y le dije que se dejara caer por aquí, porque pensé que no te importaría darle un curso acelerado de forense, ¿verdad? —Es posible que yo me hubiera quedado boquiabierto, porque Robert

pareció de repente un poco incómodo, incluso un poco angustiado—. Eh, no te importa, ¿verdad, Dexter? Porque creo que es importante. Estamos en el mismo bando... Y hay que hacerlo bien. —Bajó la voz y habló en un tono confidencial, casi suplicante—. ¿Sólo un par de horas, esta tarde...?

—Bueno, supongo.

Al fin y al cabo, me habían ordenado que estuviera a la entera disposición de Big Ticket Network en general y de Robert en particular, y unas cuantas horas dedicadas a dar lecciones a Renny no me harían daño.

—Gracias, eso es estupendo, ¿eh, Renny? —Guiñó el ojo de nuevo—. Habrás visto a Renny en el *show* de Leno.

—No veo a Leno —repliqué.

—Sí, vale, no te culpo. De todos modos, Renny se dedica a los monólogos cuando no está interpretando.

—¡Te lo he dicho dos veces, cabronazo! —dijo Renny, al tiempo que fulminaba con la mirada a Robert, y no conseguí dilucidar si estaba enfadado de verdad—. No me dedico a los monólogos: ¡hago Comentario Social! —Sacudió la cabeza y me miró—. Dios hizo a este hombre tan guapo para compensar su imbecilidad.

—Oh, pensaba que yo era el único que se había dado cuenta —dije, y Robert se partió de risa otra vez.

—¿En qué te has fijado, en la imbecilidad? ¿O sólo en la belleza? ¿Te ha tirado ya los tejos, Dexter?

—Todavía no. ¿Crees que lo va a hacer?

—Yo no he dicho eso, pero si te pide que te duches...

—¿Declino la invitación?

—No, burro. No dejes caer el jabón.

—¡Ja! —graznó Robert—. Esto es genial. Sabía que los dos ibais a congeniar.

Y como ahora él ya sabía que íbamos a congeniar, yo sabía lo que tenía que hacer exactamente en esa situación. Avancé y extendí la mano.

—De todos modos, encantado de conocerte, Renny.

Renny me miró un momento, y después estrechó mi mano, y mientras tanto me miró a los ojos, y el tiempo empezó a deslizarse muy lentamente..., y sólo por un segundo creí ver algo detrás del velo de sus ojos, algo oscuro y malvado, que me estaba mirando con los colmillos al descubierto. No podía estar absolutamente seguro. Fue sólo un breve destello, lo suficiente para que el Oscuro Pasajero silbara y empezara a desenroscarse. Pero me sobresaltó. Le solté la mano y retrocedí un paso, en busca de alguna confirmación en su rostro. No vi ninguna. Se limitó a mirarme, y después se volvió hacia Robert.

—Qué coño, ¿no es hora de ir a comer? ¿Tu querido Dexter conoce algún sitio donde hagan comida de verdad? ¿O todo es basura cubana? —Me miró—. No me vas a llevar a comer a un restaurante francés, ¿verdad, marica?

—Bien —dije, y admito que me sentía complacido por mi veloz y ágil recuperación de lo que hasta el momento había sido un encuentro muy desconcertante. Pero le dediqué mi mejor sonrisa falsa—. Si no puedes comer basura cubana, y no te gustan los maricas franceses, siempre quedan los chinos.

Renny me miró, y después cabeceó poco a poco.

—Lo primero inteligente que dices.

La tarde transcurrió con bastante placidez, teniendo en cuenta que la pasé con un bobo superficial y egocéntrico, y un cómico muy bocazas que tal vez cargara auestas con un Oscuro Pasajero. Por lo visto, Renny era famoso, pese al hecho de que yo nunca había oído hablar de él, y durante la comida tanto Robert como él fueron asediados por admiradores atontados en busca de autógrafos, fotos y algún leve destello del resplandor que proyectaban mis dos famosos alumnos. Los dos se lo tomaron con filosofía, si bien Renny arengó a sus admiradores con ruidosos y blasfemos insultos. Dio la impresión de que les gustaba, y Robert parecía divertirse mucho.

Y una vez más, como me había pasado con Jackie, descubrí que experimentaba una extraña sensación de gozo por ser uno de Ellos, uno de los Pocos, en el centro de atención de todos los mortales. Empecé a preguntarme si se me habría ido la olla en algún momento. Esto no era apropiado para Nuestro Oscuro Explorador: refocilarse en la atención, sonreír con aire de suficiencia a las turbas desde dentro del codiciado Círculo Interior, absorber la luz reflejada como si fuera una especie de tónico. Recibir miradas constantes, todos los ojos acechando cada uno de tus movimientos, y encima que eso te guste... era una fantasía imposible para la Cosa que era Yo. Era un estilo de vida que destrozaría todo cuanto yo era, todo cuanto representaba. Era impensable. Pero, por lo visto, me gustaba. Me gustaba mucho.

Pensaba en esto mientras observaba a Renny. Él sí que disfrutaba de la atención, pero yo había visto lo que había visto. ¿O no? En caso afirmativo, había descubierto una forma de vivir expuesto a la atención pública sin dejar de alimentar a la bestia. ¿Podría hacerlo yo también? Pensé en seguir a Jackie por todo el mundo, para de vez en cuando escabullirme en busca de una discreta relajación. Y tuve que preguntarme: ¿venderían cinta americana en Cannes?

Un trío de admiradoras sonrientes y risueñas nos interrumpió. Renny las insultó mientras Robert firmaba autógrafos, y después Renny firmó también, y las tres admiradoras se fueron casi sin tocar el suelo con los pies. Yo había logrado contener mis sentimientos heridos porque apenas me habían mirado, cuando fui consciente de que Robert estaba diciendo que el Personaje de Renny en el Programa, Crait, debería tener una sexualidad ambivalente.

—¿Por qué quieres que sea gay, gilipollas? —preguntó Renny—. ¿Quieres una cita?

—Gay no —insistió Robert—. Ambivalente.

—Ambi, y una mierda. ¿Quieres que me guste por detrás y por delante? ¿Por qué cojones?

—No, no, sólo ambi... Para que nadie sepa en ningún momento... si es hetero. O gay. O sea, puede que le veamos con alguna tía buena.

—Mejor así —asintió Renny.

—Y habrá una fiesta, y aparece vestido de Carmen Miranda. —Me miró, frunció el ceño y volvió a mirar a Renny—. O de Diana Ross, por ejemplo.

—Lo que tú digas, joder.

—Es tan auténtico, es... ¿No te das cuenta de lo potente que puede ser?

Con la palabra «auténtico» sumada a la referencia a Carmen Miranda, me di cuenta de lo que Robert estaba haciendo. Cuando había dicho que Renny y él eran como yo y Vince Masuoka, no había sido sólo para entablar conversación. Había afirmado un principio estético básico. Del mismo modo que había aprendido a copiar todos mis manierismos inconscientes, quería que Renny se convirtiera en Vince para la película. Con el fin de que el Arte, si eso era, imitara literalmente a la Vida.

Sacudí la cabeza y me desentendí de ellos; caramba con el Acto de Crear.

Después de como volvimos al laboratorio e impartí a Renny su cursillo exprés de forense, mientras Robert daba saltitos a mi alrededor y me interrumpía constantemente para enseñarme lo mucho que sabía ya. Para ser justo, Renny parecía mucho más inteligente que Robert. Se concentraba, hacía preguntas inteligentes y asimilaba con rapidez los puntos básicos, de tal forma que engañaría a la mejor cámara de televisión. Aun así, yo no podía sacudirme de encima la inquietud que me había asaltado al preguntarme si había visto en realidad Aquel Algo detrás de sus ojos, y en ese caso, qué haría él al respecto.

A la hora de irnos, yo estaba más que dispuesto a dedicarme a la vigilancia lujosa una vez más, y me dirigí a la madriguera de Deborah con una ridícula sensación de impaciencia para recoger a Jackie. Oí sus voces antes de verlas, pero cuando entré con un alegre «hola», ambas enmudecieron con brusquedad y me miraron muy serias.

—No era mi intención aguaros la fiesta —dije.

—Aquí no se celebra ninguna fiesta —replicó Deborah, y Jackie negó con la cabeza.

—Vaya, bien, pues... ¿Le has dado a Anderson la foto y el nombre de Patrick Bergmann?

—¡No! —exclamó Jackie muy contenta.

—¿Qué? ¿Por qué no?

—Órdenes del capitán Matthews —explicó Debs con solemnidad.

Parpadeé, y admito que sólo se me ocurrió hacer eso, salvo decir «pero», cosa que también hice.

—Pero...

—Lo sé, ¿vale? —dijo Jackie, con una levedad que se me antojó excesiva.

—De acuerdo. ¿Algún motivo concreto?

—Anderson le dio largas al detective Echeverría —dijo Debs—. De modo que su capitán llamó a Matthews y exigió una explicación, y ahora me la he



cargado yo.

—¿Tú? ¿Por qué?

—Por interferir en la investigación de Anderson. Cosa que ni siquiera ha empezado.

—Y por hacer venir a Echeverría desde Nueva York —añadió Jackie—. Por lo visto, viola el código no escrito.

—Alguien debería redactarlo —dijo.

—Por eso ahora —dijo Deborah, con un ademán irónico— gozaremos de carta blanca, pillaremos a ese psicópata chiflado y les daremos por el culo a todos. —Se encogió de hombros—. Mientras me castigan.

—¿Pan y agua en la trena?

—Peor. Me han notificado oficialmente que debo mantenerme alejada de la investigación de Anderson...

—Lo cual incluye —intervino Jackie, muy dicharachera— no proporcionarle más pistas, soplos o conjeturas capaces de interferir en su investigación.

—Vaya. Un castigo perfecto.

—Y he de continuar siendo asesora técnica de la película de Jackie durante toda la filmación —dijo Deborah, al tiempo que hacía una mueca. Me dedicó una sonrisa irónica—. Igual que tú.

—Oh —dijo, mientras me preguntaba si podría sobrevivir en compañía de Robert durante tanto tiempo. Supongo que mi cara delató lo que estaba pensando, porque Jackie resopló.

—Chicos —dijo—, no es tan horrible. O sea, la comida en el plató es excelente, y encima gratis.

—Genial —dijo Deborah—. Iré comiendo donuts mientras los cadáveres se amontonan alrededor de Anderson.

—Bien, siempre que haya donuts —le recordé.

Mi hermana meneó la cabeza.

—¿Y eso te basta para ser feliz?

—Eso... y la fiesta que tiene lugar en el laboratorio. Todo resulta muy festivo.

—¿Un laboratorio forense festivo? —preguntó Jackie, con la insinuación de una sonrisa en la comisura de su boca—. ¡Vaya!

—Ha llegado otro de los actores —dijo—. ¿Renny Boudreaux?

—Oh, Dios, es una caña —dijo Jackie, al tiempo que meneaba la cabeza. Miró a Deborah, quien enarcó una ceja—. Un cómico genial. O sea, es un capullo, pero muy divertido.

Deborah resopló.

—Un capullo divertido —dijo—. Increíble idea.

Las dos rieron como miembros de una fraternidad.

La limusina nos estaba esperando ante la puerta principal. Era el mismo conductor de la otra vez, y yo indiqué a Jackie que se acomodara en el asiento

trasero y me coloqué a su lado. Circulamos en silencio durante casi todo el rato. Ella miraba el tráfico por la ventanilla, y de vez en cuando me echaba un vistazo. Yo le devolvía la mirada, mientras me preguntaba en qué estaría pensando, pero ella no me facilitaba la menor pista, salvo por alguna ocasional y cansada sonrisa. No cabía duda de que estaba demasiado absorta en sus pensamientos para entablar conversación, así que la dejé pensar y me sumí en mis propias fantasías.

Justo antes de subir por la rampa que conducía a la autovía, un gran estruendo se oyó detrás de nuestro coche, y ambos pegamos un bote de varios centímetros. Miré por la ventanilla de atrás. Una moto había petardeado mientras corría por la línea blanca que separaba los coches más potentes. Le dediqué a Jackie una sonrisa tranquilizadora, y ella se sumió de nuevo en su silencio pensativo.

En el cruce con la autovía Dolphin, el tráfico avanzaba a paso de tortuga, porque todo el mundo estaba mirando un Jaguar de color marfil parado en la cuneta. Una espesa nube de humo surgía de una ventanilla, y había un hombretón al lado, que apostrofaba a voz en grito a una mujer delgada y muy elegante. Ella daba bocanadas a un puro gigantesco y daba la impresión de estar muy harta del hombre que le gritaba, pues las venas de su cuello se le veían claramente abultadas.

—Creo que me empieza a gustar Miami —dijo Jackie, mientras pasábamos junto al Jaguar y la pequeña obra teatral que se desarrollaba al lado.

—¿Más que Los Ángeles? —pregunté.

Hizo una mueca.

—A nadie le gusta Los Ángeles. Hemos de vivir allí, así de sencillo. Forma parte de nuestro pacto con el diablo.

Volvió a guardar silencio y se limitó a mirar por la ventanilla de la limusina, abismada en sus pensamientos, hasta que por fin frenamos ante el hotel.

El portero del sobrino avisgado nos abrió la puerta, y Jackie le recompensó con una sonrisa.

—Gracias, Benny —dijo—. ¿Va a trabajar hasta tarde?

Benny sonrió.

—Voy a hacer turno doble, señorita Forrest. La pasta me irá bien y, en cualquier caso, si quiere que le sea sincero, mientras esté usted aquí no me apetece volver a casa.

La sonrisa de Jackie se ensanchó todavía más y le dio una palmada en el brazo.

—Bien, no quiero que nadie más se ocupe de la puerta —dijo, y Benny dibujó una sonrisa tan ancha que, por un momento, pensé que se le iban a desencajar las mandíbulas. Sin embargo, no escuché chillidos de dolor a nuestra espalda cuando acompañé a Jackie hasta el ascensor, y cuando las puertas se cerraron, ella cerró los ojos y meneó la cabeza.

—¡Dios mío! —dijo—. ¿No te ha parecido una estupidez?

—¿Lo que has dicho tú o lo que ha dicho él? —pregunté, muy perplejo.

Ella se apoyó contra la pared del ascensor, con los ojos todavía cerrados.

—Es una especie de... ¿Cómo se dice? *Noblesse oblige*. —Abrió un ojo y lo apuntó en mi dirección—. Lo cual suena muy pretencioso, lo sé.

—Sólo un poco —dije en plan alentador.

—Sí, gracias. —Cerró el ojo de nuevo—. Qué demonios. Has de decir algo, y no es necesario que sea de Shakespeare para alegrar el día de alguien. —Exhaló un profundo suspiro—. Está relacionado con el trabajo. Y Benny parece un buen tipo. Tan... normal...

No dije nada. Al fin y al cabo, antes de contestar a un comentario hay que comprenderlo, y no era mi caso. No cabía duda de que Jackie estaba en clave filosófica, pero su comentario sobre la Normalidad de Benny no me daba pistas acerca de si la velada se decantaría hacia Aristóteles o hacia el existencialismo. Y como os dirán los mejores filósofos, el resto es silencio, de modo que no dije ni pío.

Entré con Jackie en la suite sin ningún estallido de Dialéctica Kantiana, y mientras nos acomodábamos en la terraza a la espera de nuestros mojitos, Kathy llamó a la puerta, pasó de largo de mí con una mirada altiva cuando la dejé entrar, se encaminó hacia Jackie con las manos llenas de papeles y su teléfono y vaso de Starbucks sempiternos.

Llegaron los mojitos. Kathy removió papeles y parloteó durante otros diez minutos, mientras Jackie cabeceaba, la interrumpía unas cuantas veces con preguntas directas, firmaba un par de papeles y asentía con gesto cansado ante el casi interminable flujo de detalles. Cuando la ayudante recogió por fin los papeles y el vaso de café, Jackie parecía agotada y algo triste. Me pregunté por qué. Había soportado la andanada de Kathy, que había sido una diatriba bastante agotadora procedente de una persona bastante desagradable, pero aun así me quedé sorprendido al ver lo mortal que parecía Jackie de repente. Levantó su mojito y bebió mientras yo despedía a Kathy y pasaba la cadena, al tiempo que reflexionaba sobre el precio de la fama. Todo se me había antojado muy atractivo, pero ahora empezaba a albergar dudas.

Jackie había dicho que renunciaba a todo por esto. ¿Valía la pena? O sea, no sólo tenía que aguantar a un coñazo como Kathy varias veces al día, lo que ya parecía una carga muy pesada, sino que además debía renunciar a todo lo demás que motivaba a la gente normal, las cosas que, según ella, deparaban felicidad: hogar, matrimonio, hijos... Todo cuanto yo había reunido como accesorios de mi disfraz. No me hacían feliz, por supuesto, pero es probable que yo no sea capaz de ser feliz. Momentos de una satisfacción muy gratificante, sí debía de tener, pero ¿eran el resultado de mi Feliz Vida Normal? No me venía a la mente ninguno de esos momentos. Nunca he echado un vistazo a una pila de colada y

sentido éxtasis, nunca he sonreído como un bendito cuando Astor apostrofaba a su madre y arrojaba zapatos al otro lado de la habitación. Para ser sincero, nunca he abrazado a mi hija Lily Anne y pensado: *Esto es el Paraíso...*

He tenido mis momentos, de acuerdo. Pero la mayoría daban la impresión de producirse cuando me encontraba con un compañero de juegos elegido con sumo cuidado, bien sujeto con cinta, mientras se retorció para alejarse de la música plateada del cuchillo; no es lo mismo que disfrutar de una plácida noche con la mujer y los críos. Tal vez ni siquiera era felicidad, pero a mí ya me iba bien.

En el aspecto más legal de las cosas, me encantaba formar parte del séquito de Jackie. Vivir en el regazo del lujo, admirado fuera donde fuera... Era vivir a lo grande, vivir como un rajá. Excepto, claro está, por la pequeña preocupación de saber que un asesino psicótico en estado salvaje podía llamar a la puerta en cualquier momento. Aparte de eso, no se me ocurría qué más podía pedir a ese estilo de vida.

Pero ¿era esto verdadera Felicidad? Probablemente no, de lo contrario yo no la sentiría.

¿La sentía Jackie? ¿Se sentía feliz con la vida de lujo ilimitado, admirada e incluso ensalzada allá donde iba? ¿Era tan maravilloso como parecía? ¿La complacía? No era problema mío, por supuesto, pero de repente se me antojó una pregunta cuya respuesta quería oír de sus labios.

Salí al balcón y descubrí a Jackie mirando la bahía, todavía con aspecto triste.

—¿Todo bien? —pregunté.

Ella asintió.

—Como nunca —contestó, y deseé que se mostrara más convincente cuando las cámaras empezaran a rodar.

Me senté en mi silla y di un sorbo al mojito. Tal vez el ron me soltó la lengua, pero a medida que disminuía mi bebida aumentaba el silencio, y por fin lo solté.

—¿Eres feliz?

—¿Yo? —Jackie me miró como si hubiera sugerido algo indecente. Meneó la cabeza y miró hacia la bahía de Biscayne, después levantó su mojito y bebió el resto, y no apartó en ningún momento los ojos de la bahía—. Pues claro que soy feliz. Tengo todo cuanto cualquiera podría desear. —Contempló su vaso vacío—. Salvo más mojitos. Pide una jarra llena, ¿vale? —Dejó el vaso sobre la mesa y se levantó—. He de ir al baño —comentó, y desapareció dejando tras de sí un tenue aroma a perfume.

Olfateé el rastro vaporoso y me retrepé en mi silla, con la sensación de ser un idiota. ¿Por qué se me ocurrían tales pensamientos, por qué formulaba unas preguntas tan estúpidas? Intenté recordar las señales de advertencia del apocalipsis. Estaba convencido de que no incluían hablar de filosofía con una estrella de la televisión, pero tal vez el Concilio de Nicea había borrado ésa de su

lista.

Llamé al servicio de habitaciones y pedí más mojititos. Llegaron justo cuando Jackie regresaba, y el camarero estuvo a punto de caerse por encima de la barandilla cuando intentó sujetar la bandeja y apartar la silla de Jackie al mismo tiempo. Ella se acomodó y le dedicó una cansada sonrisa, y el hombre salió dando saltitos por la puerta, sonriendo como si le acabaran de elegir presidente de la clase de quinto.

Pasé la cadena de la puerta cuando salió y volví al balcón. Jackie estaba derrumbada en su silla, y miraba hacia el agua con el borde del vaso apoyado sobre su labio inferior. Me senté, mientras me preguntaba por qué se había puesto de tan mal humor. Supongo que era la tensión de saber que la estaban acosando. Pero ¿y si fuera por mi culpa? ¿Y si algo que yo había dicho u hecho, o dejado de decir o hacer, la había disgustado? Eso sería desastroso. Destruiría por completo mi nueva vida como Capitán Séquito. Intenté pensar en qué habría podido ofenderla, y no obtuve nada. Mi comportamiento había sido ejemplar.

No obstante, no cabía duda de que algo le preocupaba. Tal vez era su nivel de azúcar en la sangre. No comía lo suficiente para mantener a un hámster con vida, y el infalible reloj biológico de Dexter le estaba informando de que era la hora de cenar.

Pero antes de que pudiera formular una educada sugerencia acerca de que lo mejor para restaurar su salud física y mental era comer algo, mi móvil empezó a sonar. Lo saqué y miré la pantalla. Era Rita.

—Oh —dije a Jackie—. Perdona.

Asintió sin levantar la vista y yo contesté al teléfono.

—Hola —dije, con tanto júbilo como logré fingir.

—Dijiste que llamarías —dijo Rita—. Y eso fue el lunes..., ¿y Deborah dice que es algo peligroso? Pero no sé muy bien a qué se refiere... ¿Tienes calcetines limpios?

—Sí, tengo calcetines —contesté, miré a Jackie y confié en que estuviera demasiado ocupada meditando para oírme.

—Siempre pierdes los calcetines. Y no te gusta nada que se ensucien. ¿Recuerdas aquella vez en Key West? Y allí eran el doble de caros.

—Bien, no estoy en Key West. Y tengo calcetines limpios.

La comisura de la boca de Jackie se puso a temblar, y aunque esperaba que sólo estuviera recordando un buen chiste, experimenté la clara y desagradable sensación de que estaba reprimiendo las carcajadas.

—¿Tienes idea de cuánto tardarás? Hay unas cajas muy pesadas guardadas en el garaje. Yo no puedo cargarlas. Pero han de... Oh, ¿ha vuelto la electricidad? Y la compañía de seguros dijo que la casa nueva tiene un valor de mercado mucho más elevado que... Astor, estoy hablando por teléfono. ¡Astor, por favor! ¿Sigues ahí, Dexter?

—Sigo aquí. ¿Cómo están los niños?

—A Lily Anne le está saliendo un diente. Está muy pesada, y yo ni siquiera puedo... ¿Qué? No, primero has de hacer los deberes. No. Porque sí —dijo. ¿A Astor otra vez? ¿O a Cody en esta ocasión? No había forma de saberlo, y descubrí que me daba igual. Toda la conversación estaba empezando a irritarme, y la forma en que Jackie estaba reprimiendo un ataque de risa no me ayudaba en nada. Me di la vuelta y bajé la voz.

—Siento no haber llamado —dije, intentando imprimir una nota terminante en mi voz—, pero intentaré llamar mañana, ¿de acuerdo?

—Mañana es la reunión de Cody con el profesor. A las tres, y dijiste... ¡Maldita sea, Astor, déjame hablar un momento!

Estaba convencido de que yo no había dicho nada por el estilo, pero recordaba haber dicho que asistiría a la reunión con el profesor de Cody.

—Intentaré ir, pero estoy muy ocupado.

—Bueno, lo prometiste. Y es importante para él, así que... Oh, señor, la niña. He de irme.

—De acuerdo. Adiós.

Cerré mi teléfono y me volví hacia Jackie. Me estaba mirando con una expresión muy extraña en la cara, en parte risueña y en parte... ¿qué? Algo más indefinible.

—¿Qué? —pregunté, pero ella se limitó a menear la cabeza y tomó otro sorbo de su bebida.

—Nada —dijo—. Sólo... nada. —Me miró por encima del borde del vaso, los ojos henchidos de una diversión líquida, entre otras cosas—. Tu mujer parece una persona muy simpática.

—Lo es.

—Y una buena cocinera, encima...

Asentí.

Ladeó la cabeza y me miró muy seria.

—De modo que vale la pena. Todo el lote —agitó la mano para indicar todo—. Esto del matrimonio. ¿Te va bien?

Me pareció una pregunta extraña, muy acorde con la pauta de la velada.

—Supongo.

—Supones —repitió, sin dejar de mirarme, se encogió de hombros y asintió—. No pareces muy entusiasmado.

—Bueno, quiero decir —dije, mientras intentaba pensar en una respuesta apropiada—, tiene sus altibajos.

—Ajá. ¿Cuáles son los altos?

—Oh, la, mmm... Nos vamos a mudar a una casa nueva. Tiene... Tiene piscina.

Hasta a mí me sonó patético, y Jackie dejó que la frase flotara unos segundos,

y el silencio consiguió que sonara más patética todavía.

—Ajá —dijo por fin—. La piscina que necesita una cubierta nueva.

—Exacto..., y tiene una cocina mucho más grande —solté. No sé por qué, pero pensé que debía decir algo.

—Claro. Así Rita podrá cocinar más.

—Sí, eso.

Cogí mi mojito, sobre todo porque estaba pisando un terreno muy resbaladizo y necesitaba la seguridad de tener algo que hacer con las manos.

—Ajá. —Bebió su mojito y me estudió con una ceja enarcada—. ¿Así que el matrimonio te depara felicidad?

—Es... Es... —dije con mi habitual elocuencia—. O sea, ya sabes.

—No, no sé. Nunca he estado casada. —Ladeó la cabeza y se encogió de hombros—. Pero no suena como si te resultara muy emocionante.

Y si bien debo admitir que yo estaba empezando a opinar lo mismo, pensé que no debía decirlo en voz alta.

—Aún no me has explicado cómo es Rita —dijo Jackie con el ceño fruncido.

—Oh. Bien, mmm... O sea, era muy atractiva cuando...

—¿Era muy atractiva? —interrumpió Jackie. Tomó un gran sorbo de su vaso. Vi que los músculos de su garganta se movían mientras tragaba—. Te arrancaría el corazón si dijeras eso de mí.

—Oh, pero es... —dije, y me pregunté cómo era posible que la conversación se me hubiera escapado de las manos—. O sea, yo nunca diría eso de ti...

Me miró un momento.

—Más te vale —dijo.

Engulló los últimos cinco centímetros de mojito y dejó el vaso sobre la mesa con un fuerte golpe.

—¿Qué hay de la cena?

Después de forcejear con la filosofía, la llamada telefónica de Rita y el despiadado interrogatorio de Jackie, era agradable saber que había algo real y gratificante a lo que aferrarse.

—Por supuesto —dije, con el máximo júbilo que fui capaz de simular dadas las circunstancias. Jackie me dedicó una sonrisa bastante cínica, y señaló el teléfono con un cabeceo.

Llamé para encargar.

A la mañana siguiente, estaba sentado en la terraza, acunando mi segunda taza de café, cuando Jackie salió y se sentó delante de mí.

—Buenos días —dijo muy alegre, al tiempo que echaba hacia atrás un mechón de pelo todavía mojado. Cogió la cafetera y se sirvió una taza—. Mmm... Perdona si anoche estuve un poco... —Agitó una mano—. No sé. No paro de pensar en... —Se encogió de hombros—. No sé qué hacer contigo.

Debí dirigirle una mirada reveladora de que su frase me resultaba muy extraña, porque enrojeció, desvió la vista y agitó una mano en el aire.

—Lo digo en serio. Nunca había tenido un guardaespaldas.

—Para ser sincero, yo tampoco lo había sido nunca.

—Exacto. —Bebió café—. Pero debido a verte todo el rato me olvido del motivo de tu presencia, y yo soy más bien... Ya sabes. No hay mucha gente con la que pueda confraternizar. —Compuso una expresión irónica—. Sobre todo hombres. —Me dedicó la sombra de una sonrisa—. Pero me siento muy... cómoda contigo.

Podría haberle dicho que no era una prueba demoledora de buen juicio, pero bebió su café y continuó.

—Me tratas como a un ser humano. No como si fuera una pieza rara de porcelana, la Segunda Venida o algo por el estilo, y eso es... ¿Sabes lo extraño que me resulta que me traten como a una persona... normal?

—Pues no. Pero creo que empiezo a hacerme una idea.

—Sucedecede muy pocas veces. O sea, sé que va incluido en el lote, y hay gente que le gusta.

—Sí —dijo, pensando en Robert—. Ya me he dado cuenta.

Jackie me miró, y después sonrió.

—Sí, le gusta, ¿verdad? —dijo, para demostrar que sabía en quién estaba pensando yo.

—Desde luego.

Ella se encogió de hombros y bebió más café.

—Bien, a mí no. O sea, es agradable que todo el mundo piense que eres maravilloso, pero a veces tengo ganas de sentirme... Ya sabes. —Levantó ambas manos, casi como si estuviera indicando medio *touchdown*, y enseguida volvió a dejarlas caer—. Estúpido, ¿eh?

—En absoluto —repuse cortésmente, tan sólo un poco perplejo.

—De modo que tenerte cerca, hablar como un par de personas normales, me... Empieza a relajarme, me siento normal, y es muy agradable.

Bebió de nuevo y miró la mesa.

—Y después me acuerdo de por qué estás aquí y... Oh, no sé. —Dio otro sorbo y dejó la taza sobre la mesa—. Supongo... que las cosas habrían podido ser



diferentes. Si... —Proyectó el labio inferior y expulsó el aliento—. Olvidalo —dijo, y volvió a levantar la taza—. Es una estupidez.

—En absoluto —repetí, y no era una estupidez. Incomprensible, sí, pero estúpido no.

—En cualquier caso —siguió, con una extraña sonrisa forzada—, un par de días más, y podrás volver a tu vida normal.

—Oh, pero... Quiero decir, no me importa.

Jackie enarcó una ceja y me miró por encima del borde de la taza.

—Vaya.

—Sí, de veras. —Indiqué con un ademán la suite, la terraza, la vista—. Todo esto es nuevo para mí. No suelo vivir así. —Desplegué mi mejor sonrisa—. O sea, esto es muy divertido.

Me miró durante un largo momento, y después resopló.

—Bien, estupendo. Me alegro de aportar un poco de diversión.

Jackie clavó la vista en su taza, y yo me pregunté qué habría dicho mal. No cabía duda de que había tocado alguna tecla sensible, y no era ése mi deseo. Siempre he considerado peligroso sumergirme en aguas conversacionales desconocidas, sobre todo relacionadas con sentimientos humanos, pero no quería que se sumiera de nuevo en su mal humor. Así que me esforcé al máximo.

—De veras, Jackie. Me estoy divirtiendo. Me gusta estar contigo. —Me miró sin cambiar de expresión—. Me gustas.

Me miró por encima del borde de la taza sin la menor expresión. Sus ojos escudriñaron mi cara de izquierda a derecha. Por fin, bebió café y sonrió.

—Bien, genial —dijo—. Estaba empezando a pensar que era sólo por el servicio de habitaciones.

—Para ser sincero, eso también es estupendo.

Jackie se rió, un sonido breve y musical, y su rostro perdió las arrugas de preocupación y recuperó la perfección.

—Muy bien.

Terminamos de desayunar entre ráfagas dispersas de conversación desenfadada y una breve interrupción de Kathy (más papeles y recordatorios de llamadas inminentes), y al cabo de nada estábamos en el vestíbulo con la esperanza de dar esquinazo a Benny, el portero, sin tener que escuchar cien páginas más de la historia de su vida.

—¡Hola, señorita Forrest! —gritó muy alegre cuando salimos del ascensor. No me hizo el menor caso, y si bien no pude culparle por preferir mirar a Jackie, me dolió el desaire de todos modos.

Ella, por supuesto, se lo tomó con filosofía. Le dedicó una gran sonrisa.

—¡Benny! —dijo—. ¿No duermes nunca?

—Ya dormiré cuando esté muerto, pero en este momento tengo en el hotel a la estrella más hermosa del mundo.

Jackie apoyó una mano sobre su brazo.

—Es usted un amor —dijo, y el hombre se ruborizó.

—No, escuche, se lo digo en serio.

—Bien, gracias —dijo ella, palmeó su brazo y trató de huir.

—Permítame que le abra la puerta —dijo Benny, al tiempo que corría para abrir la puerta e invitar a Jackie a pasar con una enorme sonrisa.

Ella me dirigió entonces una mirada inquisitiva.

—Espera aquí mientras echo un vistazo —dije, y ella asintió.

Atravesé la puerta principal y saludé a Benny con un cabeceo.

—Gracias, buen hombre —dije, pero creo que su sonrisa se había ensanchado demasiado y sus oídos se habían cerrado, porque siguió mirando a Jackie y no dio la impresión de oírme.

Sali y llevé a cabo mi pequeño ritual de seguridad. El Corniche continuaba aparcado ostentosamente delante, y nuestra nueva y rutilante limusina se hallaba detrás. Al lado del Corniche, parecía un borracho acucillado que mendigara unas monedas.

Pero el conductor era el mismo, y todo lo demás parecía en orden, de modo que volví dentro, arranqué a Jackie de las garras ansiosas de Benny, y la conduje hasta el asiento trasero de la limusina. Al igual que ayer, un pequeño grupo de curiosos se había congregado ante la puerta del hotel, y nos desearon buenos días a voz en grito. El coche ya estaba bajando por el camino de entrada, y mientras me abrochaba el cinturón de seguridad, y el conductor tomaba la carretera elevada que conducía a tierra firme, escuché el mismo petardeo de la noche anterior. Recordé haber oído una moto cuando se ponía en marcha ayer por la mañana, y me pregunté si estarían por todas partes. Tal vez había una convención de Harleys en la ciudad. O quizás el precio de la gasolina estaba obligando a más gente a abandonar sus todoterrenos y desplazarse sobre dos ruedas.

O tal vez era más que eso.

Sentí un seco roce de alas de murciélago internas cuando el Oscuro Pasajero se removió en su sueño y masculló: *Sólo es una casualidad cuando no prestas atención*, y pensé en ello.

¿Y si no era una casualidad? ¿Y si no había muchas motos, sino sólo una muy insistente, que nos estaba siguiendo?

Por supuesto, aunque eso fuera cierto, podía no ser otra cosa más que un paparazi obsesionado con tomar una foto de Jackie sin sujetador, o hurgándose la nariz, o bailando ebria en un club de South Beach. Esa gente se sentía atraída hacia las celebridades como polillas a una llama. Seguro que habría algunos al acecho, y eso debía ser todo: alguien en busca de la oportunidad de tomar una foto.

Por otra parte...

Poseo un sentido innato de la paranoia extremadamente sano, y Jackie, al fin

y al cabo, me estaba pagando para ejercerlo. Era muy posible que nuestro acosador hubiera decidido seguirnos en moto: era el vehículo ideal para deslizarse entre el tráfico con facilidad, y para escapar si te veían. Y tres encuentros con una moto me parecían un poco sospechosos.

Me giré en el asiento para mirar por la ventanilla de atrás, con la esperanza de divisar al motorista, pero el cinturón de seguridad se quedó fijo y estuvo a punto de estrangularme, y apenas pude girarme. Me dispuse a soltarlo, pero antes de que pudiera hacerlo el teléfono móvil de Jackie empezó a sonar.

—Mierda —dijo en tono perentorio—. Creo que es el *Times*. ¿Podrías ocuparte de eso, Dexter?

Contesté al teléfono. De hecho, era el *Times*, el de Los Ángeles. Jackie se puso al aparato, y cuando conseguí liberarme del cinturón homicida y me volví para mirar, no había nada que ver salvo el reluciente y enloquecido hatajo de furiosos y agobiados coches apretujados unos contra otros. Miré en todas direcciones un par de veces, pero no vi motos, y no oí más petardeos. De modo que, cuando aún no estábamos ni a mitad de camino de la jefatura, dejé de pensar en motos.

No existían verdaderas pausas para la meditación cuando empezábamos a trabajar. Entregué a Jackie a los cuidados de Deborah, y bajé al laboratorio y a la penosa tarea de cargar un día más con Robert.

Había supuesto que Renny estaría con él, pero lo encontré solo, con los pies apoyados en mi escritorio y la mirada clavada en un periódico doblado hacia atrás. Cuando entré, levantó la vista con una mirada sobresaltada y culpable en el rostro, y al instante dejó caer el periódico sobre el escritorio. Me detuve en el umbral, y él alzó la vista y se acordó de sonreír.

—¡Oh! ¡Hola! —dijo. Después bajó los pies al suelo con expresión culpable—. Quiero decir, ¡buenos días!

—¿Renny no viene hoy?

Se encogió de hombros.

—Vendrá más tarde. Nunca es puntual.

Se me antojó una costumbre muy rara en alguien de la farándula, y eso que me había criado en Miami, donde la hora cubana es un patrón universal, y aparecer antes de la hora convenida significa que sólo llegas con veinte minutos de retraso.

—¿Por qué? —pregunté.

Robert compuso una expresión como diciendo, ¿qué te esperabas?

—Es un humorista —dijo, como si eso lo explicara todo.

—Bien, espero que llegue a tiempo de ir a comer.

—Oh, seguro que no se perderá la comida. —Resopló—. Tampoco la va a pagar.

A mí ya me iba bien, siempre que Robert pagara. Y me alegraba de que Renny no estuviera presente, puesto que no podía decidir qué era. Robert y yo

dedicamos la hora y media siguiente a estudiar la cromatografía de gases, y después, tal como estaba pronosticado, entró Renny con la misma camiseta de Metálica, pero con unos pantalones cortos de madrás de cintura baja y descoloridos diferentes.

—Saludos —dijo, y apoyó parte de su trasero sobre la encimera del laboratorio.

—Hola —dijo Robert—. Deberías decir « ¿Qué passa? », o algo por el estilo, ¿no?

Renny lo miró con la cabeza ladeada, una ceja enarcada y la otra no.

—¿Vas a enseñarme a hablar como los negros, amigo? Maldita sea, genial. Siempre he querido aprender eso.

—¡Ja! —dijo Robert, un sonido muy artificial, incluso para él—. Vale. *Mea culpa*. ¡Eh! Echa un vistazo a esto, Ren. —Levantó la gráfica que habíamos estado mirando—. Cromografía de gases —dijo, y lo pronunció con sumo cuidado, aunque lo estaba diciendo mal.

—Ajá. Si quieres hacer una gráfica de mis gases, te lo vas a tener que currar.

Se cruzó de brazos, al parecer muy satisfecho consigo mismo, cosa que en mi opinión no estaba justificada, porque el chiste era malo. No obstante, nos miró a los dos con una expresión engreída, hasta que me dieron ganas de arrojarle un microscopio a la cabeza.

—¿Qué pasa, Renny? —preguntó al fin Robert.

El humorista nos dedicó una amplia sonrisa.

—Acabo de llegar de una reunión de producción. Para mi especial.

—¿Tu qué? ¿Cuándo has conseguido un especial?

Renny le miró y sacudió la cabeza como si le diera lástima.

—Bobby, Bobby, Bobby, ¿sólo lees el *Advocate*?

—Oh, venga, Ren...

—Porque salía en todas partes, Bobby.

—Oh, no, bueno. Creo que no lo vi.

—Sí, lo sé. No lo lees a menos que salga tu nombre.

—Eh, eh, sí, vale. Pero ¿cuándo se graba?

—El sábado por la noche —contestó Renny, con aspecto muy satisfecho.

—Sábado... ¿Este sábado por la noche?

—Ajá.

—¿Qué? —Robert parecía tan alarmado que me vi obligado a suponer que Grabación Especial era una especie de amenaza personal para él—. Quiero decir, eh, es genial, pero, o sea, no puedes marcharte o... Has de quedarte para la película, ¿verdad?

Renny le miró con expresión de superioridad, lo cual no era difícil, porque Robert, en la práctica, estaba hiperventilando.

—Bobby —dijo.

—Robert —dijo éste como un autómatas.

—Bobby, has estado esnifando ese analizador de pedos durante demasiado rato. ¿Es que no sabes una mierda de la farándula?

No le concedí excesivo mérito a Renny por alargar su broma sobre los gases a base de transformar la cromatografía de gases en análisis de pedos, pero Robert no pareció darse cuenta.

—Quiero decir, es fantástico para ti, claro —dijo, mientras se frotaba las manos sin darse cuenta—, pero hemos de empezar a rodar y... ¿Lo sabe la cadena?

Renny le enseñó una numerosa selección de dientes centelleantes.

—Sí —dijo—. Fue idea de ellos.

—¿Qué?

Renny dejó que sufriera un segundo más.

—Mi especial se emite en la Big Ticket Network. —Le apuntó con un dedo, sin dejar de sonreír—. La misma cadena de la película. ¿No lo sabías, Bobby?

Robert palideció.

—Mierda. Nos han dejado tirados.

Renny rió. Pese a que casi siempre estaba bromeando, era la primera vez que le oía hacer eso, y me alegré muchísimo de que se hubiera abstenido hasta el momento. Fue una carcajada aguda, pero nada alegre. Su sonido me inquietó un poco, y noté que el Pasajero se agitaba en señal de solidaridad.

Pero el tipo continuó riendo varios segundos más, al tiempo que daba palmadas, hasta que al final se apiadó de Robert.

—Oh, Bobby. Oh, Bert. Tío. Todo gira siempre en torno a ti, ¿verdad? —Rió de una forma más estentórea todavía, lo cual me puso de los nervios. Tampoco dio la impresión de aplacar a Robert—. Oh, tío. La vida del actor es una mierda, ¿eh? Todos acabamos mal de la olla.

—No me parece divertido. Porque, en fin, esta serie es muy... Me juego mucho con esto... —Frunció el ceño y sacudió la cabeza, y después miró a Renny con una tenue esperanza en la cara—. Quiero decir... ¿A qué te refieres?

—Me refiero a cuando debía hacer aquel especial en Vegas. —Exhibió los dientes de nuevo—. Pero después me adjudican este papel. Y el señor Eissen dice: «Vamos a rodarlo en Miami y lo utilizaremos para promocionar la serie». —Miró a Robert y enarcó una ceja—. Podría significar que mi papel es más grande. Sé que te gustan las partes grandes, Bo.

—Robert —dijo Robert.

Renny no le hizo caso.

—Así que... lo rodamos aquí, el sábado por la noche, con todo el reparto en el plató. Digo que estoy aquí, en Miami, para rodar el programa. Hago una broma sobre todos los cuerpos con los que hemos de trabajar. La cámara corta a Jackie riendo con su bonito culito blanco de... *moi*. —Alzó las manos con las palmas

hacia arriba—. Todo el mundo obtiene publicidad. Todo el mundo es feliz.

—¿Por qué Jackie? —preguntó Robert. Me alegró comprobar que ya había cambiado a su siguiente preocupación neurótica—. ¿Por qué la enfoca la cámara? O sea, yo sé reír mejor que ella.

Renny lo miró, meneó la cabeza y se volvió hacia mí.

—Me alegro de que estés presente, Dexter. Robert es demasiado fácil.

—No quisiera decepcionarte, pero ¿qué significa todo esto en cristiano? —Y como me estaba mirando de la misma forma que había mirado a Robert, añadí —: O en español, como prefieras.

Renny enlazó las manos y las contempló como si rezara. En broma, claro está.

—Señor —dijo en voz alta—, librame de los imbéciles. Por favor, Señor, ayúdame. —Me miró y me habló como lo haría a un niño—. Un especial, Dexter. Un especial de humor de una hora. Protagonizado por mí, porque a eso me dedico. Humor. Porque soy un humorista, alguien que se dedica al humor. Y la cadena va a rodar mi especial aquí, este sábado por la noche, y lo utilizará para promocionar la serie de Bobby, ¿vale?

—Espera, espera —dijo Robert, que parecía muy nervioso, pero algo esperanzado—. Así que utilizarán tu especial para promocionar la serie...

—Gracias, Dios mío —dijo Renny como un devoto.

—Así que no van a cancelar la serie...

—Todo se mantiene en pie, hermanos y hermanas, y Renny Boudreaux todavía más, porque es el mejor y os va a hacer reír hasta que os partáis el culo, porque la cosa está que arde y voy a matar.

Y cuando dijo «matar» me miró (y una vez más sentí el aleteo repentino de la llama oscura), y entonces Robert interrumpió, y la sensación se esfumó, y una vez más me quedé preguntándome si había visto algo.

—Sí, pero... —dijo. Frunció el ceño—. Oh, bien, eh, supongo... O sea, es genial, ya sabes. O sea, mientras ellos no... Escucha, un clavo saca otro clavo, ¿verdad?

—Exactoooo —dijo Renny. Me miró.

Como yo era nuevo en esto del mundo del espectáculo, no estaba muy seguro de qué se esperaba de mí.

—Felicidades —dije, y dio la impresión de que había acertado. Renny cabeceó en mi dirección, arrugó el entrecejo y miró a Robert de nuevo.

—Oh —dijo—. Casi me olvidaba. Vestuario quiere verte. Están en el hotel, suite dos mil cuatrocientos diecisiete.

—Vestuario —dijo Robert, algo alarmado de nuevo por algún motivo ignoto.

Renny le miró con expresión compasiva.

—Sí, ya sabes, vestuario. Significa que la mujer y sus dos amigos gays, te disfrazarán para esta mierda. Te acuerdas de vestuario, ¿verdad, Robert?

El le miró durante medio segundo, y después soltó de nuevo su peculiar risotada artificial.

—¡Ja ja! Si, vale. Bueno, pues, allá voy. —Se volvió y exhibió unos cuantos dientes en mi dirección—. Hasta luego, Dexter.

Emitió una especie de chasquido, acompañado de aquel gesto irritante de apuntarme con una pistola ficticia, y se fue.

Renny le siguió con la mirada y meneó la cabeza.

—Soy incapaz de decidir si ese hombre es un completo imbécil o sólo raro. —Se volvió hacia mí con el ceño fruncido—. Contigo es fácil. Sólo eres raro.

—Gracias.

—Pero así está bien. No me molesta. —Sonrió una vez más, y esa clase de sonrisa dio la impresión de enviar un diminuto estremecimiento de alarma a través de los tentáculos enroscados del adormilado Pasajero—. ¿Quieres venir a ver mi programa, Dexter?

Admito que me pilló por sorpresa. No tenía una respuesta preparada, salvo parpadear y tartamudear.

—Oh. Bueno, o sea, ¿es este sábado?

—Bien, has estado escuchando. Sabía que no eras un imbécil.

La verdad era que no quería ver su programa, ni este sábado ni ninguno. Pero, por supuesto, si Jackie iba a participar, tendría que acompañarla. De modo que asentí.

—Bien, mmm..., claro, será estupendo.

—Oh, no será estupendo, pero es posible que te haga reír un poco. Y a tu mujer. Tienes mujer, ¿verdad, Dexter? Porque sé que quieres que todo el mundo crea que eres normal y toda esa mierda.

Una vez más sentí una inquieta agitación en mi interior. El comentario de Renny era demasiado certero para ser inocente, pero todavía no era lo bastante definitivo para estar seguro. Mi única elección real era seguir jugando al Normal Raro..., de momento.

—Ah, sí. Tengo mujer.

—Ajá, estupendo. El señor Eissen quiere a los asesores técnicos en cámara.

—Me guiñó el ojo—. Ése eres tú. Y esa tía tan dura.

—Deborah. La sargento Morgan.

—Ajá. El señor Eissen dice que es como dar apoyo a nuestras tropas, sacar a los polis riendo. Y proporciona al programa Credibilidad Policial, y hasta demuestra a todo el mundo que puedo llevarme bien con los polis cuando me da la gana. Lo cual, para ser sincero...

Enarcó una ceja, como si yo debiera decir algo al respecto, pero no tenía ni idea de qué podía ser, de modo que me limité a asentir.

Renny se encogió de hombros.

—Tu jefe también participará. Quiere comprobar con sus propios ojos que

vas a aparecer, junto con tu esposa.

—Vaya, pues... Supongo que iremos.

—Os apuntaré en la lista.

—Gracias —dije. Y como parecía una respuesta poco adecuada por obligarte a aceptar dos entradas gratis para un programa, añadí—: ¿Te apetece un café?

—Sí —contestó. Se levantó del banco—. Por eso voy a buscar un Starbucks, y no a beber ese veneno que tomáis aquí. —Se encaminó hacia la puerta—. Hasta luego, tío.

Y de repente, me encontré solo de nuevo.



Me quedé inmóvil un momento en mi despejado espacio de trabajo y paseé la vista a mi alrededor con afecto. Tenía la impresión de que había pasado mucho tiempo desde que había estado aquí sin Robert inclinado sobre mi hombro e imitando hasta mis gestos más inconscientes, y ver el lugar sin él y sin Renny era casi como volver a casa después de un viaje largo y agotador. Dedicué unos minutos a ordenarlo, a poner las cosas en su sitio y no donde Robert las había trasladado porque le parecían mejor allí. Y después estuve quieto un momento, paseando la vista a mi alrededor con serena satisfacción, y me pregunté qué iba a hacer el resto de la mañana. Me habían asignado dos trabajos importantes: instruir a Robert y proteger a Jackie. Pero en aquel momento no podía ejercer ninguno de los dos. Robert y Renny se habían ido, y Jackie estaba con Deborah.

Por un momento me sentí desconcertado. ¿Qué debía hacer si no había nada que hacer? Me devané los sesos, y no me vino a la cabeza otra cosa que un recordatorio de que debía ir a una reunión con el profesor de Cody a las tres. Ahora eran las diez y veintidós, lo cual dejaba un amplio hueco en las actividades del día, y entretanto pensé que debía hacer algo positivo, potente, dinámico e inteligente, pero no se me ocurrió nada de ese estilo en aquel momento. Pero Dexter es famoso por su iniciativa, y sólo necesité unos segundos de reflexión para saber con exactitud qué debía hacer. Entré con paso viril en mi pequeño espacio, y con vibrante y masculina vitalidad me senté en la silla, me recliné en ella y respiré hondo. Aspiré por la nariz...

Y enseguida expulsé el aire por la boca, algo irritado. Porque delante de mí, sobre el escritorio, donde no tendría que haber nada salvo un pulcro papel secante, Robert había dejado su periódico. No me gusta que haya cosas amontonadas, sobre todo de otros, en mi espacio. Me incliné hacia delante para levantarlo, y vi que, debajo, sobre el papel secante, cuando debería estar en la parte posterior de mi escritorio, había una foto de Dexter y Familia.

Las Navidades pasadas, Rita había insistido en que todos fuéramos a un fotógrafo de verdad y posáramos para un verdadero Retrato de Familia. Había sido una verdadera odisea conseguir que todo el mundo se vistiera, se peinara, se restregara la cara y, lo más difícil de todo, compusiera una expresión lo bastante agradable para la cámara. Pero lo habíamos logrado, y aquí estaba el resultado: Rita y Astor a la izquierda, con Cody sentado delante de ellas, Dexter sosteniendo a la pequeña Lily Anne, y si Cody no estaba en realidad sonriendo, al menos no podías deducir que estaba pensando en clavar un cuchillo por la espalda al fotógrafo.

Había enmarcado la foto y la había colocado sobre mi escritorio, porque eso hacían los Humanos. Y Robert le había echado miradas furtivas..., hasta sentirse tan culpable que la había escondido debajo del periódico. De todas las cosas

auténticamente irritantes que había perpetrado, ésta era la que más me molestaba, y no sabía por qué. Pero me negué a permitir que estropeará mi oportunidad de reflexionar sobre algo inconcreto. Saqué brillo al marco plateado de la foto, eliminé imaginarias huellas dactilares del cristal y la dejé en su sitio, en la parte posterior de mi escritorio. Y entonces me recliné, respiré hondo, expulsé a Robert de mi mente y reflexioné.

Por supuesto, mi primer pensamiento estuvo dedicado a Robert, y fue un pensamiento bastante malhumorado. Siempre había dado por sentado que los actores, escritores, artistas y demás psicóticos limítrofes eran muy raros, pero él jugaba en su propia liga, y me irritaba mucho más de lo que debería. Por lo general, la gente no me molesta demasiado, puesto que, al fin y al cabo, es de carne y huesos, y sé muy bien lo frágil y transitoria que es. Pero algo de Robert se abría paso a través de mi habitual indiferencia hacia la especie humana, y se debía a algo más que a su estúpida imitación de mi comportamiento inconsciente. ¿De veras me pellizcaba así la nariz cuando leía informes del departamento?

Y en cualquier caso, ¿qué más me daba si lo hacía, y si Robert me imitaba? Si todos mis tics y muecas llegaban a la pequeña pantalla, ¿no era una forma de inmortalidad, todavía mejor para mí, de inmortalidad anónima? Pero ni siquiera esa idea logró que me cayera mejor, y me pregunté si mi desagrado por aquel hombre hundía sus raíces en la estética. Me habían enseñado a valorar la originalidad en el arte, y pensándolo bien, Robert intentaba crear arte a partir de la simple imitación. Introducción a la Historia del Arte, semestre de primavera en la Universidad de Miami, me había enseñado que eso no podía hacerse. El arte era crear algo nuevo, no imitar algo que ya existía. Lo que Robert intentaba hacer con tanto empeño era, de hecho, poco más que oficio. No hacía más que copiar mis tics y muecas, incluso hasta el punto de estudiar mi retrato de familia, una parte muy personal de mi disfraz, para investigar su personaje...

... lo cual era absurdo, porque su personaje era soltero. ¿Lo había hecho sólo para entretenerse? Pero, entonces, ¿a qué venía tanta intensidad? No... Tenía que ser otra cosa.

¿Era posible que sintiera un verdadero y absurdo deseo de formar una familia? Eso había dicho él, por supuesto, pero no me había resultado muy convincente. Y no obstante, no había otra explicación, a menos que estuviera dispuesto a creer que, pudiendo elegir entre las bellezas más glamurosas del mundo, mirara con anhelo a Rita. Con todo el debido respeto a Rita, eso me costaba todavía más creerlo.

Ni su personaje, ni Rita, ni los críos. No existía un motivo plausible de su fascinación por la foto. No había nada más que ver en la foto, salvo...

En algún lugar de las profundidades de la Sección de Análisis de Inteligencia del Departamento de Estudios Humanos de la Universidad de Dexter, una campanilla sonó suavemente, anunciando que había llegado un nuevo informe a

la bandeja de entrada, y aparqué mis reflexiones para echar un vistazo. De hecho, el informe afirmaba que había algo más en el retrato de familia: Yo. Dexter en persona.

Pero, por supuesto, no existía motivo concebible para que Robert mirara una foto mía. Por supuesto que no. Era un actor megamasculino, salvo que nunca se había casado, daba la impresión de evitar a las mujeres guapas, exhibía un peinado perfecto y unos zapatos fabulosos, insistía en Robert-no-Bob, y siempre iba muy atildado... ¡con Ropa de Marca! Había sido visto en más de una ocasión contemplando a Dexter con una expresión de anhelo abstracto, lo cual provocaba que el Pasajero emitiera un vacilante, inseguro y vago susurro de inquietud. El único hombre del que sabía a ciencia cierta que se disfrazaba de Carmen Miranda le adoraba. Y para colmo, Robert era, por el amor de Dios, un actor.

Dexter se enorgullece enormemente de poseer un cerebro que, por lo general, funciona bien, más o menos. Y por eso, en esas raras ocasiones en que funciona un poco más despacio de lo que me gustaría, he de hacer una pausa y preguntarme si debería comer más pescado. Porque no cabía duda de que había estado contemplando una larga lista de pistas muy sencillas, y no había atinado a ver la lógica conclusión.

Robert era gay.

Y probablemente, debido a su intenso estudio de Dexter en todo su encanto y gloria, había desarrollado un enamoramiento con su sujeto: *moi*.

Era de lo más razonable, por supuesto. Conocerme es amarme, y yo también estaba encantado de haberme conocido. Una lista de mis mejores cualidades ocuparía con facilidad casi la mitad de la parte delantera de una ficha de diez por quince. Si bien esa lista se interrumpe de manera drástica después de «bueno con un cuchillo». Pero tales rasgos de excelencia no significarían nada para un tipo tan tonto como Robert. Era un compendio de apariencias superficiales. Y a propósito, me han dicho en más de una ocasión que mi apariencia no es del todo horrible, para quienes gustan de ese tipo de cosas. Para mí no significaba nada, puesto que el único propósito de una buena apariencia es conseguir sexo, y a mí no me interesa en absoluto. Pero está claro que sí significaba algo para Robert. Incluso pudiendo elegir entre la mitad de Hollywood, se había fijado en Dexter.

Yo le gustaba. Le gustaba mucho.

Esto era demasiado, confirmaba mi baja opinión de la inteligencia de Robert. ¿Yo? ¿De veras? Era halagador, por supuesto, pero también imposible. ¿Cómo iba a trabajar con él, sabiendo que me miraba con ojos de cordero degollado, embobado, al tiempo que reprimía declaraciones de ese Amor Que No Osa Decir Su Nombre?

Debería hacerlo, de todos modos. Me habían dado órdenes, y a Robert también, y tendría que embobarse a su tiempo, y en su propio escritorio. Tiré el periódico a la papelera, sacudí una suciedad imaginaria del papel secante y

devolví la fotografía a su sitio. Me recliné para pensar, con la intención de expulsar a Robert de mis pensamientos, pero era difícil. Incluso sin su absurda devoción hacia mí, era una presencia extraña e inquietante, y después de una semana en su compañía me sentía descentrado. Y para ser justo, no era sólo por él. Toda la semana había sido rara, y no había tenido tiempo de reflexionar al respecto hasta ahora, y mientras me relajaba y dejaba que mi poderoso cerebro vagara a sus anchas, me descubrí pensando en Jackie.

Era una persona muy peculiar, también, a juzgar por mi limitada experiencia, y desde mi punto de vista todavía más peculiar, de una forma mucho más agradable que Robert, por supuesto, pero aun así... Parecía desdichada por ser una celebridad, aunque por lo que había podido ver se desenvolvía muy bien en el ambiente. Soñaba con la idea de una Vida Corriente, y sin embargo ponía en peligro su Existencia Extraordinaria para evitar alejarse de los focos, y se exponía al ataque de una bestia babeante sólo para conservar su papel en esta serie de televisión, todavía en ciernes. Se me antojaba innecesariamente complicado. ¿Por qué no relajarse y disfrutar del momento? Yo sí lo hacía.

Pero para mí todo terminaría, y pronto. ¿En qué cambiaría las cosas? Quizá todo se volvía empalagoso si era permanente: «La muerte es la madre de la belleza», como alguien había dicho<sup>[5]</sup>. Siempre había pensado que la frase significaba algo un poco diferente, pero entendía cómo podía aplicarse en este caso. Era muy probable que me gustara el estilo de vida de Jackie porque sabía muy bien que hasta la montaña rusa más emocionante se sale de la vía tarde o temprano, y nadie me había ofrecido ningún tipo de exención permanente de esta ley básica de la naturaleza. Mis vacaciones en el Valhala terminarían pronto, y sería expulsado del Paraíso al pozo del que había salido. Injusto e indeseable, pero inevitable. Por supuesto, siempre podía fugarme con Robert, pero la idea no me resultaba muy tentadora. Debería aceptar que mi bonito interludio había llegado a su fin.

Ay, bien. Un poeta muy grande de cuyo nombre no puedo acordarme lo había expresado a la perfección cuando dijo: «Coged las rosas mientras podáis»<sup>[6]</sup>. Durante unos cuantos días más todavía podría coger flores, y lo mejor sería disfrutar de esos momentos. Y como Dexter Ordenador no es otra cosa que meticuloso, una diminuta rueda giró con un chasquido ahogado y señaló el final del poema de las flores: un evocador recordatorio de que la rosa de hoy «mañana estará muerta». Ay, la Muerte: un adorable sentimiento, y me recordó que estaba cogiendo flores porque me pagaban para evitar que Jackie muriera a manos de un psicópata estúpido y brutal.

Una pena. Podría disfrutar de la actividad de coger flores mucho más si no tuviera que preocuparme por eso. Si tuviera unas cuantas horas libres para desprenderme de los harapos laborales y meterme en la piel resbaladiza de

Dexter el Demonio, podría solucionar el asunto y concentrarme en admirar la vista desde la terraza de Jackie. No tardaría mucho. Tenía pruebas más que suficientes de la culpabilidad de Patrick para cumplir el Código de Harry. Sólo tendría que localizarle y dejar que la Oscura Naturaleza siguiera su curso. Y no creo que fuera terriblemente difícil encontrar un objeto romo como Patrick Bergmann. Si tuviera tiempo...

En las profundidades de la Fortaleza Amurallada de Dexter, una diminuta figura entró en la torre y tocó una delicada campana de plata, y mientras su nota suave vibraba en el aire enrarecido y amargo, me enderecé en la silla y pensé: *Ajá*. Sé que suena pretencioso, incluso melodramático, pero es así; pensé: *Ajá*. Porque acababa de recordar que sí tenía tiempo. Contaba con un pequeño espacio de tres horas para obrar mi magia..., hasta mi cita de la tarde con el profesor de Cody.

Pero ¿serían suficientes tres horas? Detesto apresurar estas cosas, y se interponía un pequeño obstáculo en mi camino: no sabía dónde estaba Patrick. Aunque le localizara enseguida, dispondría de muy poco tiempo para liquidarle y desembarazarme de los restos. De hecho, lo mejor sería apuñalarle y arrojar el cuerpo en el escondrijo más a mano, sin demorarse en las partes buenas.

Y aunque parezca extraño, sólo pensar en ello me provocó un estremecimiento. Nunca había hecho algo con tanta frialdad, y no estaba seguro de poder hacerlo ahora. No me parecía correcto. Lo que hago normalmente (si «normal» es la palabra adecuada) es mucho más deliberado, incluso contemplativo. Se inicia de la forma habitual y procede con parsimonia según una serie de normas antiguas dictadas por un montón de práctica y, por supuesto, el Código de Harry. Y cuando terminaba, las había cumplido todas, y por tanto me había satisfecho a mí mismo, a Harry y a la Musa. Había que hacerlo De Aquella Manera, o no sentiría que lo había hecho bien.

Y estaba esa espantosa palabra anti-Dexter: «sentir». No me gobiernan mis sentimientos, sobre todo porque carezco de ellos. Soy un Monstruo equilibrado carente de sentimientos, y estoy muy contento de serlo, y sentimientos era lo que proporcionaba a mis Amigos del Recreo: sentimientos acerados e inmediatos. Si no podía proporcionárselos a Patrick, sería una acción incompleta, insatisfactoria, Dexter Interruptus.

Pero, por supuesto, eso daba igual. No estaba haciendo esto por mí, aparte de que conseguiría unos cuantos días libres de preocupaciones en el regazo del lujo. No, lo estaba haciendo por Jackie y, en cierto modo, por la raza humana considerada como un todo. Iba a eliminar una terrible mancha del rostro picado de viruelas de la humanidad, una amenaza para todos y cada uno. ¡Caramba, ésa sí que era buena! Tal vez podría convencer a la tropa de Lobatos de Cody de que me concedieran una medalla al mérito del Homicidio Altruista. Y si tenía que apresurar las cosas más de lo que prefería, bien, mala suerte. Esto no era un

recreo. Había que llevar a cabo un trabajo, y yo era el monstruo adecuado para la tarea.

Bien, pues: no habría tiempo para practicar ningún tipo de deporte con Patrick Bergmann. Le localizaría, le liquidaría y me desharía de él ipso facto..., y una vez más vacilé ante la idea. ¿Apresurarse así, a plena luz del día? Desagradable, incluso sucio. Se me antojaba casi como... Bien, como un asesinato.

De todas las ideas raras que se me podían ocurrir, ésa me pareció la más extravagante, pero ahí estaba. Dexter vacilaba en hacer lo que hace mejor, sólo porque sería un trabajo apresurado. ¿Estaría mi nueva vida de lujo devorando el núcleo duro y satisfecho del monstruo que habita en mí? ¿Me estaría convirtiendo en una solterona incapaz de llegar a los desenlaces más sencillos y mejor justificados? ¿Tan puritano era?

Me endilgué un severo sermón, me dije que debía espabilarme, comportarme como un hombre, ser íntegro, hacer lo que debía, y después de varios tópicos similares empecé a creer que podría hacerlo, pero la idea todavía me repelía.

¿Tiquismiquis? *Moi?*

Daba igual. Había que hacerlo, y lo haría. Y hoy tenía la oportunidad de hacerlo, y no vacilaría. Miré el reloj: las diez y veintiocho minutos. Tendría que marcharme a eso de las dos y cuarto para llegar al colegio de Cody a la reunión de las tres, y tendría que hacer acto de aparición en la reunión por aquello de cumplir el deber, atenerme a los cánones sociales y contar con una coartada de hierro. Pero si fuera a comer un poco antes, digamos a las doce y media, eso me concedería dos horas antes de la reunión, suponiendo que me decidiera a apresurar la comida. Me parecía un terrible sacrificio, pero me dije que lo hacía por un noble propósito, y siempre podía pedir algo estupendo aquella noche al servicio de habitaciones, cuando todo hubiera terminado.

Hágase así. Me tragaría mis tontas objeciones, y haría las cosas como es debido. Me volví hacia el ordenador para iniciar la búsqueda.

Más por costumbre que por otra cosa, eché un vistazo a la bandeja de entrada y descubrí el habitual surtido de elementos absurdos, improbables e inmorales. Pero también había una nota oficial de la Oficina del capitán Matthews, informándome de que mi presencia sería necesaria el sábado por la noche en el Gusman, y también se me ordenaba acudir con mi esposa, vestida de bonito, y reír cuando la cámara me enfocara. Descubrí que me estaba pellizcando la nariz, y dejé de hacerlo con cierta irritación.

De modo que Renny había dicho la verdad cuando me anunció que el capitán exigiría mi presencia, con el fin de promover la imagen positiva del departamento, sin duda. Bien, era otra carga menor en este interminable vía crucis, pero conseguiría soportarlo y sobrevivir. Entretanto, procuraría encargarme de que Patrick no lo hiciera.

Poseo cierta modesta competencia en el campo de encontrar cosas con un ordenador, y también cuento con recursos de los que no dispone la mayoría de la gente, cortesía de mi trabajo con los Mejores de Miami. Al cabo de pocos minutos había confirmado que Bergmann, Patrick M., de Laramie, Tennessee, era el orgulloso propietario de una Kawasaki Ninja 650 roja. Por lo tanto, no me había equivocado respecto a que una moto nos seguía. No había sido otro momento de «ajá». Las únicas noticias nuevas eran el modelo y el color, y ninguna me revelaba dónde podía encontrarse en aquel momento. Pero, una vez más, no se trataba de una persona complicada. Si no podía localizarle al cabo de una hora o así, debería pedir la baja de la Orden Internacional del Genio Modesto. No sabía dónde se alojaba: estupendo. Retroceder a partir de donde sabía que había estado.

No había estado siguiendo durante varios días, sin darse prisa, mientras averiguaba nuestra rutina. Tenía paciencia, la paciencia de un cazador de ciervos, y para él esto se parecía mucho a cazar un ciervo: aprende sus costumbres, aprende cómo piensan, y lo demás es fácil.

A estas alturas ya conocía nuestra rutina, sabía que de nueve a cinco Jackie estaba en la jefatura, inaccesible, o en una escena del crimen rodeada de agentes armados. Hasta un imbécil como Patrick sabía que contaba con escasas oportunidades de cazar a Jackie cuando estaba rodeada de policías. De modo que vigilaría, aprendería los rituales y esperaría a las horas de máxima vulnerabilidad.

Y por supuesto, era evidente que esos intervalos de vulnerabilidad existían. Las únicas dos veces que le había visto había sido en el hotel, por la mañana. No le había visto llegar de noche, pero estaba esperando por la mañana. Más o menos entre las seis de la tarde, cuando Jackie y yo regresábamos al hotel, y las siete y media de la mañana, cuando nos íbamos, él ocupaba su puesto al final del camino de entrada del hotel y esperaba.

¿Sería muy paciente? No mucho, probablemente. Esto era importante para él, más importante que cualquier otra cosa de su vida. Tan importante, de hecho, que había abandonado todo lo demás con el fin de llevarlo a cabo. Hacía cierto tiempo que seguía a Jackie, lo cual suele obrar un efecto negativo en los ingresos.

¿Ahorros? ¿Suficientes para un año o más en la carretera? No creía yo que Laramie, Tennessee, estuviera plagada de multimillonarios, y estaba convencido de que los recursos de Patrick Bergmann eran limitados. No se hospedaría en el Setai de South Beach, ni siquiera en el Sonesta del Grove. De hecho, cabía asumir que ni siquiera podía permitirse un hotelucho de mala muerte en Miami, sobre todo si había estado siguiendo a Jackie desde hacía tanto tiempo. Aun así, tenía que dormir, comer, etcétera. Cuando Jackie estaba rodeada de policías armados, y por tanto era intocable, ¿se dirigía a su escondrijo para prepararse un bocadillo de mantequilla de cacahuete y hacer la siesta? Tendría que hacerlo, pero ¿adónde

iría que fuera lo bastante barato?

La página de Facebook de Patrick demostraba que era un tipo acostumbrado a vivir al aire libre. ¿Intentaría hacer acampada? No podía saber por adelantado que las oportunidades de dormir bajo las estrellas son bastante limitadas en el seno de la ciudad de Miami. No hay campings, aparte de algunos aparcamientos para caravanas. ¿Dormiría en el banco de un parque? No era probable. En una ciudad que depende tanto del turismo, ese tipo de cosas se desalentaban vigorosamente. Pero la idea de acampar me parecía adecuada. Era barato y anónimo, y concordaba con lo que yo sabía de él. ¿Cómo se lo montaría?

Con la esperanza de obtener tan sólo una pequeña confirmación visual, me conecté con la web y fui de nuevo a su página de Facebook. Y allí encontré la solución...

Tal como he dicho, no soy adepto de Facebook. Se me antoja una especie de virus silencioso y sutil que se infiltra en todos los aspectos del tejido vital de la existencia cotidiana, hasta que es imposible pensar en cereales sin encontrar un anuncio de Raisin Bran en tu bandeja de entrada. Estoy seguro de que las incesantes conexiones intrusivas pueden resultar muy divertidas para algunas personas, pero para Dexter carecen de toda lógica.

Tampoco Patrick les encontraría la lógica, pero la Red era como su segundo hogar, de modo que busqué su página..., y me quedé medio minuto mirándola con incredulidad.

Tal como hemos observado antes, la gente cuelga cosas muy sorprendentes en su página de Facebook, casi como si estuvieran facilitando a la Red controlar sus vidas. De todos modos, deberían existir límites, ¿no? Sobre todo si uno se dedica a matar. ¿No debería mantener un discreto silencio, suponiendo que se halle en plena posesión de sus facultades mentales? Lo digo en serio, ¿es posible que haya alguien tan estúpido?

Por lo visto, ése era Patrick Bergmann. Así que me quedé mirando, en la convicción de que estaba sufriendo alucinaciones, porque en la realidad consensuada nada es jamás tan sencillo. Todavía estaba la foto de Patrick al lado de una especie de columna de cemento, con la bahía de Biscayne al fondo. Detrás de él, y al otro lado del agua, el perfil del centro de Miami se alzaba de una manera agresiva, y debajo de la foto ponía: «¡DE CAMPING EN MIAMI!»

Había esperado encontrar alguna leve pista, pero esto... Tuve que reprimir un momento irracional de afecto por el querido Facebook y recordar que, al fin y al cabo, yo era quien había pensado en buscar allí, basándome en mi análisis increíblemente preciso de la personalidad de Patrick. Y allí estaba, donde yo esperaba que estuviera.

Si me había sentido un poco reticente a eliminar a Patrick sin seguir el Buen Hacer de Dexter, esos tiernos sentimientos se desvanecieron. Alguien tan ingenuo



no se merecía otro día de malgastar un oxígeno que tal vez yo necesitara algún día. Era un evidente deber cívico eliminar ipso facto de la faz de la tierra a aquel idiota, antes de que tuviera la oportunidad de contaminar el acervo génico.

Estudí la foto. Por algún motivo pensé haber visto antes aquel lugar, y se debía a algo más que la familiaridad del perfil y el agua de Miami. Supongo que habría podido localizar el emplazamiento a base de triangular el ángulo de los rascacielos del fondo con el acimut del arco del sol pi veces o algo así, pero estaba seguro de haber visto antes aquel lugar, y casi seguro de que lo recordaría si continuaba mirándolo. Y por supuesto, al cabo de tan sólo unos pocos minutos de concentración zen lo conseguí.

Como ya he observado antes, no hay muchos lugares en Miami donde se fomenta la acampada. Pero existe uno donde se exige. Y esta foto había sido tomada en él, más allá de toda duda razonable.

La Ley de Miami posee su propia lógica (o falta de ella), y Patrick había aterrizado en uno de los ejemplos más preclaros. Se había aprobado un decreto que prohibía a los depredadores sexuales vivir a menos de setecientos cincuenta metros de cualquier cosa donde vivieran niños. Pero la junta de libertad condicional exigía a estos mismos pobres e ignorantes pedófilos que vivieran dentro de los límites de esa misma ciudad. Como setecientos cincuenta metros son, si lo piensas bien, una distancia relativamente larga, resultó que sólo había un lugar donde esa gente podía vivir cumpliendo ambos requisitos: bajo el paso elevado de Julia Tuttle, en una isla sedimentaria a mitad de camino entre Miami y Miami Beach.

Patrick estaba allí. No podía estar en otro sitio. De todos modos, Diligencia Debida es el apellido de Dexter, así que busqué en Google el lugar y miré algunas fotos: coincidían a la perfección. Patrick estaba acampado en la colonia de los depredadores sexuales, bajo un puente del paso elevado Julia Tuttle. Algo correoso se agitó en mi interior, y una nerviosa punzada de emoción subió a recibirlo.

Lo tenía.

Miami a mediodía. El sol brillaba con fuerza en el cielo, aunque no tanto en este otoño templado como unos meses atrás. De todos modos, el número de matrículas de coches procedentes del norte revelaba que hacía más calor aquí en esta época del año que en Nueva Jersey o Michigan. Resultaba muy extraño conducir entre los aletargados turistas en la tarde radiante, acunando contra el pecho mis deseadas sombras y susurrándoles quedas promesas de que, sí, íbamos a hacer lo que sólo nosotros sabemos hacer tan bien, aunque fuera de día y no de noche, aunque no contáramos con la banda sonora de una luna roja y plateada que flotara sobre nosotros, ni el tenue coro de dulce anticipación procedente de un cielo nocturno azul intenso. Aquí sólo se oye el ruido inusitado del dócil y satisfecho tráfico de la tarde en la autopista, ni siquiera el consuelo homicida de la hora punta, y no es la música adecuada, el compás es demasiado fácil, las armonías desafinadas o inexistentes. Todo es diferente, inquietante, erróneo, muy diferente a lo que estamos acostumbrados.

A mediodía y sin luna, abriéndonos paso entre familias de Ohio, parejas jubiladas de Iowa y hombres de negocios de Brasil, en lugar de acechar a la sombra de una noche hecha para las travesuras, todo parece tan impropio como si hubiéramos entrado en una iglesia y descubierto que todo el mundo iba desnudo.

Pero es lo que hay, estamos aquí y ahora, y esto es lo que debemos hacer, por más inadecuado, irreal y fuera de hora que nos parezca. ¿Cómo es posible? Bajo la luz del sol, ¿cómo puede ocurrir? ¿Cómo podemos surcar el resplandor de un día de playa perfecto para realizar lo que hacemos a la perfección en la oscuridad de la noche? Nunca ha existido un Dexter Diurno, y a los bebés de las sombras que salen con tanta felicidad a la oscuridad de la Noche del Placer no les hace ninguna gracia ir a jugar bajo el brillo de la luz y la brisa y las quemaduras provocadas por el sol en cuerpos pálidos y blancuzcos. No les hace ninguna gracia, ni tampoco al Oscuro Pasajero, ni a Dexter le complace la situación tal como es en este momento.

Pero esto es lo que hay, repito. Hemos de hacer de tripas corazón, y prepararnos en el breve tiempo de que disponemos. Y por eso nos abrimos paso entre el tráfico y tomamos Eight Street. *Calle Ocho*, hogar de *cafecitos* y *pastelitos* y, por tentadoras que sean estas cosas en circunstancias normales, esta vez hemos de pasar de largo y entrar en el aparcamiento de una tienda de artículos de piscina. Parpadeamos una vez más por culpa del sol indeseado y entramos en la tienda, donde compramos un pequeño *kit* de plástico para análisis de agua, pagamos en metálico, y después volvemos al aparcamiento, donde abrimos el maletero.

Del maletero sacamos una camisa blanca de manga corta, y nos cambiamos

junto al coche. Hay una delgada corbata negra de clip en el bolsillo, que también nos la ponemos. Por fin, y muy importante, sacamos una tablilla, y ahora nuestro disfraz está completo y estamos preparados. Ya no somos Dexter el Acosador Diurno. Nos hemos metamorfoseado como por arte de magia en Funcionario Anónimo.

Es un disfraz viejo, pero siempre eficaz. La gente ve una tablilla y una corbata, y ya no ve nada más. En este caso, seremos el Analista de Agua Oficial Anónimo, y mientras paseemos sin prisas a través del campamento de los depredadores, en busca de un *ninja* rojo o cualquier señal de nuestra presa, nos detendremos de vez en cuando para tomar muestras de agua y garabatear notas, convencidos de que una tablilla proporciona una invisibilidad mejor que la capa de Harry Potter.

En el coche desenvolvemos nuestro *kit* para análisis de agua y lo dejamos sobre la tablilla en el asiento del pasajero, y después nos vamos, salimos a la Ocho hacia el norte hasta la calle 36 NE, y después al paso elevado Julia Tuttle.

El tráfico es escaso según los estándares de Miami y avanzamos con facilidad por el paso elevado. Dejamos atrás la colonia de los depredadores, en busca de alguna señal de Patrick y, al no ver ninguna, aparcamos en el arcén unos cincuenta metros más adelante. Recogemos los utensilios necesarios para nuestro pequeña obra teatral, abrimos la puerta y salimos al aterrador brillo del sol de mediodía, tan inapropiado para nuestro propósito. Nos quedamos parados un momento y parpadeamos, con la esperanza de que vaya oscureciendo, o de que al menos podamos sentirnos un poco más a gusto con la incesante luz cegadora que nos asalta de una forma tan desagradable.

Pero no ocurre ninguna de ambas cosas. El sol cae sobre nosotros, y continuamos inquietos, y nos queda poquísimo tiempo. Así que respiramos hondo, sujetamos con firmeza la tablilla en la mano y retrocedemos en dirección al puente que protege a la colonia.

El sol parece más ardiente en el camino de regreso al puente, y sudamos a mares cuando nos desviamos de la carretera y entramos en la sombra que proporciona el puente; sudamos cuando deberíamos mantener un gélido control, sudamos a causa de la extrañeza de la situación tanto como por efecto del calor, observamos algo alarmados las grandes gotas calientes que resbalan sobre nuestra frente, recorren la nariz y caen sobre el hormigón. Estamos sudando, y es de día, y estamos rodeados de gente, y no debería ser así, y eso provoca que nuestros pasos parezcan demasiado largos cuando golpean el cemento con su torpe ritmo desacompasado y excesivo ruido. Pero seguimos adelante porque es necesario, dejamos atrás la primera tienda, donde un negro calvo de edad madura está levantando pesas con dos envases de leche de cinco litros llenos, al parecer, de agua. Tiene los brazos delgados, pero las venas se destacan cuando los sube y los baja. Nos mira y le saludamos con un cabeceo. Aparta la vista

enseguida, y avanzamos hacia el borde del agua, donde nos arrodillamos y llenamos de agua nuestro pequeño analizador de plástico. Lo alzamos al sol y lo examinamos un momento, y después tiramos el agua, nos ponemos en pie, escribimos en la tablilla y seguimos adelante.

Hasta la segunda tienda, silenciosa y desocupada, y después nos adentramos en la sombra que arroja el puente, y ver que la luz del día remite de intensidad permite que respiremos con algo más de facilidad. Está lejos de ser de noche, pero se está desplazando en la dirección correcta, y nos movemos con ella, nos ceñimos a las sombras y seguimos el borde del agua, y nos detenemos dos veces más para hacer el número del agua y la tablilla.

Nos encontramos ahora en el meollo del asunto y hacemos una pausa, paseamos la vista alrededor del campamento. Hay cobertizos hechos de cartón, y algunos de madera con tejado de hojalata, y otros no son más que hojas de plástico tensadas para formar una tienda, y algunas tiendas de verdad, todo ello mezclado como si hubiera sido recogido al azar y dejado caer sin el menor cuidado sobre el hormigón que hay debajo del puente.

A mi derecha, el hormigón se eleva al encuentro de la superficie de la carretera, y acurrucada en la intersección donde se encuentran la carretera y el hormigón, una mujer me mira desde un saco de dormir, sus ojos sin vida me siguen sin demostrar el menor interés. Atravesamos el campamento, en busca de algo que pueda llevar el nombre de nuestra cita exprés, Patrick, y por fin, al final del campamento, al borde del agua, lo encontramos.

Es una tienda de cúpula de aspecto muy agradable, algo estropeada y manchada, pero continúa siendo una pieza de excelente calidad perteneciente al equipo de un hombre acostumbrado a vivir a la intemperie. No hay moto roja aparcada al lado, ni la menor señal de Patrick, pero nos sentimos convencidos de que ésta es su tienda, porque está decorada como sólo Patrick podría hacerlo.

A cada lado del faldón cerrado con cremallera que hace las veces de puerta hay un envase de leche de cinco litros, del mismo tipo utilizado por el levantador de pesas calvo. También están llenos de agua, para mantenernos firmes en su lugar mientras sostienen su pesada carga.

Han clavado un palo en la boca de cada envase, en la punta de cada palo hay la cabeza de un gato.

Las cabezas han sido separadas del cuerpo con mucha destreza, y da la impresión de que las han cortado hace poco, y nos miran con idéntica expresión de horror boquiabierto.

Entre ambas, apoyado contra la puerta de la tienda, hay un tosco cartel escrito a mano. Dice: « ESTO PUDRIA PASSART A TI », y debajo, con letras más pequeñas: « ¡ALEJATE! »

La combinación de la mala ortografía y la pulcra escabechina de gatos es tan reveladora como una fotografía: ésta es la tienda de Patrick. Y sentimos por fin la

alegría estremecedora de la inminente maldad, y casi vemos la luz que nos rodea alejarse del penoso amarillo brillante del mediodía y adentrarse en el naranja, el rojo y...

Pero el rojo. Pero espera. ¿Dónde está la moto roja? No la vemos por ninguna parte y sabemos que ha de guardarla cerca. Incluso un palurdo como Patrick sabe que no puede dejarla sin vigilancia cerca de la carretera.

Paseamos la vista a nuestro alrededor. No se ve ningún sitio donde guardar una moto, y las felices sombras pierden su oscuridad y regresan a la suciedad diurna. No hay moto... A menos que esté en la tienda. Pero la tienda es pequeña, y el letrero de advertencia estaba apoyado contra la puerta de la tienda de una forma reveladora de que lo habían colocado allí por fuera, tal vez cuando se marchó, y no hay faldones pequeños ni arrugas en la lona que revelen movimiento alguno, ni siquiera una tenue y adormilada respiración, y vemos que otra gruesa gota de sudor resbala sobre nuestra nariz mientras regresamos a la luz del día y la decepción.

Patrick no está aquí.

En pleno día, en el único y breve margen de tiempo que nos concedía la oportunidad, Patrick se ha ido adonde no debería. Lo ha estropeado todo.

Reprimimos la malhumorada necesidad de propinar una buena patada a la tienda, y para asegurarnos por completo de que Patrick no está, la dejamos atrás y avanzamos hacia el agua, mientras prestamos oídos a cualquier ronquido o ruido procedente del interior de la tienda. No hay nada, ningún sonido, y pensamientos muy desdichados nos asaltan cuando nos arrodillamos y llevamos a cabo nuestra pantomima del análisis de agua una vez más.

Sólo para convencernos, nos levantamos y damos media vuelta demasiado deprisa, fingiendo que hemos dado un traspíe, y tropezamos por «accidente» con la tienda. No hay reacción desde el interior.

—¡Lo siento! —Decimos en voz alta y oficial, y esperamos una respuesta—. ¿Hola? ¿Hay alguien en casa?

No hay respuesta.

Es definitivo. Patrick no está ahí.

Y si bien deambulamos veinte minutos más, llevando a cabo tareas absurdas con la tablilla, él no vuelve, y al final hemos de admitir que quedarse más tiempo levantaría sospechas, y hemos de guardar nuestros juguetes y admitir la obvia y penosa verdad:

La hemos cagado.

Atravesamos el campamento, nos detenemos dos veces para garabatear palabrotas en la tablilla, subimos al paso elevado y caminamos hacia el coche cubiertos por una pátina de sudor cansada, amarga y muy desdichada. Nos esforzamos en convocar pensamientos positivos, imaginar algo capaz de transformar este desplazamiento desesperado en otra cosa que no sea una

pérdida absoluta de tiempo. Y luego, mientras nos abrimos paso entre el tráfico al final del paso elevado, un levisimo destello de optimismo se filtra a través del fango del malhumor, y suspiramos y lo aceptamos como nuestra mejor esperanza:

Al menos, ahora hay tiempo para comer.

Comí a toda prisa solo en un restaurante de la calle Ocho, un sitio nuevo, abierto hacía tan poco que la camarera todavía era cortés. Rematé la comida con un *cafecito*, y después volví despacio y pensativo a la oficina. Me pregunté adónde habría ido Patrick. Sabía que no podía cazar a Jackie a plena luz del día. Si se ceñía al horario que yo pensaba, ahora estaría durmiendo, y tendría que haber estado en su tienda sumido en un plácido reposo. Era posible, por supuesto, que se hubiera quedado sin cecina de búfalo y hubiera ido al súper a comprar más. Pero después de todos mis preparativos, y mis interminables vacilaciones acerca de proceder con prisas y a la luz del día, era extrañamente desmoralizante concluir la tarde sin exhibir otra cosa que una pequeña mancha en la camisa, obra de unos frijoles derramados.

Ahora tendría que pasarme otra hora con Robert y Renny fingiendo que era dócil y paciente, y después todavía me esperaba la reunión con el profesor de Cody. Esa reunión me había parecido una buena idea cuando era mi excusa para largarme, además de mi coartada. Ahora se me empezaba a antojar una tarea aburrida y fastidiosa, absurda e irritante, contemporizar con un profesor de escuela primaria que nunca podría comprender a Cody ni sus dificultades para integrarse. El profesor quería hablar de métodos para ayudarlo a adaptarse a su nuevo curso, así como de estrategias para llegar a integrarse, y sería incapaz de escuchar la verdad, ni siquiera la creería, aunque se la explicara con sencillas palabras rimadas de una sola sílaba, acompañadas de ilustraciones con lápices de colores. Ningún profesor de ninguna escuela del sistema de educación pública del condado de Dade comprendería jamás la sencilla verdad despojada de adornos.

Cody nunca se adaptaría, nunca sería feliz, nunca encajaría.

No era, y nunca lo sería, un niño sano y normal al que le gustaría jugar al béisbol y tomar el pelo a las chicas. A Cody le gustaban otras cosas que el sistema educativo nunca le proporcionaría, y su única oportunidad de adaptarse bien era aprender a conseguirlas, y a fingir que era humano, a vivir obedeciendo el Código de Harry, y todas aquellas otras cosas que debía aprender de otro monstruo: yo.

Las cosas que Cody quería, necesitaba, están mal vistas por la sociedad intolerante en la que vivimos, y nunca podríamos explicarlo, ni tan sólo una pequeña parte, nada de nada. De modo que nos reuniríamos con el profesor y vacilaríamos y bailaríamos e intercambiaríamos falsas sonrisas y grandiosos

tópicos y fingiríamos sentir esperanza por el brillante y resplandeciente futuro de un niño que crecería inevitablemente en el Oscuro Legado ya escrito con sangre en lugar de con tiza. Y sólo pensar en que debía ocultar la verdad a toda costa al profesor, y pasar tres cuartos de hora farfullando alegres y estúpidas palabras de moda tipo Nueva Era con alguien Muy Consciente, me dio ganas de estrellar mi coche contra el Buick lleno de señoras de Minnesota con el pelo azul que traqueteaba en la carretera a mi lado.

Pero todo formaba parte de mantener mi disfraz de Orgulloso Papá Dexter, y no había vuelta de hoja. Al menos, después de aquello me esperaba una buena velada: holgazanear en una tumbona con Jackie y comer fresas mientras el sol se ponía. Casi conseguiría que hubiera valido la pena la frustración e irritación del resto del día.

Y pensé de nuevo en cómo sería mi vida si pudiera vivir al estilo de Jackie a tiempo completo: se acabaron las reuniones con profesores, pintar la casa sobre un montículo de hormigas rojas, las pataletas, los berrinches y los pañales sucios. Nada, salvo eterna vigilancia en un decorado tachonado de joyas. Era una fantasía, por supuesto, nada más que una forma de calmar a la bestia enfurruñada después de un día de decepciones. Pero era una buena fantasía, y el hecho de que se demorara en mi interior bastó para pintar una sonrisa muy tenue en mi cara cuando regresé a la oficina.

La sonrisa, por diminuta que fuera, duró hasta que estaba a punto de llegar a mi silla, cuando me topé con Vince Masuoka, que salía a toda velocidad, mientras yo intentaba entrar. Colisionamos con violencia, y como soy más grande que él, rebotó contra mí y fue a parar contra el marco de la puerta.

—¡Ay, mi codo! —dijo, al tiempo que se enderezaba y se frotaba el brazo, que se había golpeado contra el marco—. ¡Han encontrado otro!

—¿Otro codo? Fantástico. Todo el mundo tiene dos.

—¡Otro cuerpo! —explicó Vince, mientras salía corriendo del laboratorio y se detenía sólo para gritar sin volverse—. ¡El follaojos! ¡Ha matado a otra chica!

Se alejó por el pasillo, y yo me quedé parado ante la puerta y le seguí con la mirada, y comprendí que ya sabía qué había estado haciendo Patrick aquella tarde en lugar de dormir en su tienda. Y aunque parecza extraño, tenía muchas ganas de ir a ver lo que había hecho.

Entré en el laboratorio. Robert y Renny estaban dentro, con aire vacilante y aspecto de no saber muy bien qué harían sus personajes cuando el follaojos atacara de nuevo, porque en realidad no deseaban que nadie se lo contara.

Yo se lo dije.

—Vámonos.

Ambos parpadearon como búhos inseguros.

—¿Nos vamos? —preguntó Robert. Renny se humedeció los labios.

—A la escena del crimen. Nada mejor para aprender sobre escenas del

crimen.

Ambos se miraron como si esperaran que al otro se le ocurriera una buena forma de sugerir que preferían ir a tomar un café, pero ninguno lo hizo, de modo que seguimos a Vince y salimos del edificio.



Esta vez habían arrojado el cuerpo en un contenedor de los muelles, en Coconut Grove, cerca del ayuntamiento, a casi un kilómetro del hotel Grove Isle, donde yo me alojaba con Jackie. Vi el perfil del rascacielos con mucha claridad cuando bajé del coche, alzado sobre el resplandor cegador del agua.

Ya habían extendido la cinta amarilla del perímetro de la escena del crimen, y había dos policías uniformados delante, que mantenían esa postura sólida y brutal que los policías de todas partes parecen adoptar de manera instintiva cuando se ponen el uniforme. Hasta Deborah había exhibido esa postura en los días en que iba de azul a trabajar. Sus ojos giraron hacia mí, y yo avancé mientras buscaba la identificación.

—Sí, eh, Dexter —dijo Renny a mi espalda, y me volví a mirarle. Robert nos adelantó a toda prisa, en dirección a los dos policías de la cinta amarilla. Como la última vez, se quedaría allí, bromeando con los policías, para no tener que ver el maravilloso horror del contenedor. Pero éste era el primer cadáver de Renny, por lo que yo sabía, y no sabía muy bien qué hacer, se humedecía los labios y observaba con anhelo la espalda de Robert mientras se alejaba.

—Robert dice que el último era horroroso —dijo.

—Bien, en realidad no llegó a verlo bien.

—Salió cagando leches y lanzando chillidos, ¿eh? —preguntó con el fantasma de una sonrisa en la cara.

—No llegó a chillar.

—Sí, vale. —Renny miró una vez más a Robert, y después hacia el contenedor—. Oye, en serio. ¿Será muy horrible?

Puede que no sea la mejor referencia de mi carácter, pero yo ardía en deseos de ver si el cuerpo era en verdad obra del idiota de Patrick, y si existía alguna diferencia, y ya me estaba cansando de escuchar las vacilaciones de Renny en lugar de ir a mirar la sorpresa del contenedor. O sea, mi prioridad no consistía en tranquilizarle.

—Oh, será espantoso. Ven, te lo enseñaré.

No se movió.

—¿De veras he de mirar esa mierda?

—Bien —dije, desgarrado entre mi deber de dar clases a Renny y mi creciente deseo de ver el prodigio que aguardaba—, deberías ver lo que hace Vince en la escena del crimen. O sea, es lo que hace tu personaje, ¿verdad?

Renny miró el contenedor y tragó saliva.

—Sí, vale. —Me dirigió una mirada intensa y distinguí una vez más el pequeño brillo de un Algo interior—. Pero si vomito, tú limpias.

Respiró hondo, y después avanzó con determinación en su paso y acero en su columna vertebral, y por suerte poca cosa en el estómago.

Lo seguí hasta que estuvo a tres metros del contenedor, y entonces paró en seco.

—Veo bien a Vince desde aquí—dijo.

Parecía absurdo llevarle la contraria, de modo que caminé hasta detenerme junto a Vince Masuoka, quien estaba acucillado a la sombra del contenedor.

—Llegas justo a tiempo —comentó Vince.

—¿De qué?

—Ahora empieza la diversión.

Movió la cabeza con brusquedad a un lado. Miré, y a unos doce metros de distancia vi al detective Anderson hablando con un hombre delgado de pelo cano con pantalones caqui, polo azul claro y zapatos náuticos. Incluso desde aquella distancia, el hombre del pelo cano parecía muy alterado.

—Anderson tiene un testigo —explicó Vince—. El viejo ha desembarcado de uno de los veleros grandes. Vio a alguien tirar una alfombra enrollada aquí y largarse en un kayak.

El kayak me dio que pensar. ¿Tendría Patrick un método nuevo, con sabor a Miami, para escapar? ¿O era posible que esta vez el culpable fuera otro? Mientras experimentaba un leve aleteo de incertidumbre y creciente interés, eché un vistazo al interior del contenedor, al corazón de la basura.

El cadáver de la chica yacía sobre un pedazo de alfombra marrón sucia, el tipo de alfombra raída y manchada que se ve en la basura de cualquier zona residencial, cuando alguien está llevando a cabo reformas. Estaba desenrollada en parte, lo suficiente para ver la parte superior de una superficie muy deteriorada, pero no lo suficiente para ocultar el resto del contenido.

Era casi todo basura; no había papel, cartón o envoltorios de plástico como la última vez. Este contenedor lo utilizaba gente procedente de las hileras de yates grandes amarrados en el muelle cercano, y cualquiera que utilizara el centro de limpieza de pescado próximo, y el olor que se elevaba del interior era suficiente para matar animales pequeños a diez pasos. Pero no desalentaba a la sólida nube de moscas que daban vueltas alrededor de los montones de restos mojados y podridos. Y, por supuesto, no afectaba en absoluto a la chica muerta posada desnuda sobre el pútrido montículo de porquería en descomposición.

Daba la impresión de que lo había pasado muy mal. Como la víctima anterior, ésta había sido mutilada, apuñalada, mordida y arañada con un abandono falto de disciplina pero frenético, una descontrolada impaciencia que había dejado muy pocos fragmentos de piel visible que no presentaran traumas.

El estado de la sangre alrededor de las heridas indicaba que había permanecido con vida durante la mayor parte de los cortes, tajos y puñetazos, todo un arsenal de ataques que habían dotado al cuerpo de la apariencia de haber pasado una semana en la Academia de Ataques Psicóticos.

Una vez más, habían arrancado de raíz un buen puñado de pelo dorado,

dejando al descubierto una sección rojo oscuro en carne viva de cuero cabelludo. Debajo del pelo, tan parecido en color y corte al de Jackie, no quedaba gran cosa reconocible de la cara que no hubiera sido surcado por uñas, dientes y la hoja de un cuchillo, pero algo en el perfil arañó mi memoria un segundo, hasta que lo descarté. Claro que me resultaba familiar: se parecía a Jackie, como todas las demás víctimas. Eso era lo importante para Patrick.

Miré un momento más, pero no vi nada que fuera útil, de modo que retrocedí y miré a Vince.

—¿Has encontrado algo? —pregunté, sin demasiada esperanza y, la verdad, sin demasiado interés. Sabía quién lo había hecho, y no podría estar más seguro ni que Patrick Bergmann hubiera firmado su obra.

—Sólo esto —contestó Vince. Alzó una pequeña bolsa de pruebas de plástico. Dentro vi el perfil de lo que parecía una pastilla de jabón pequeña, el tipo de pastilla de jabón que los hoteles dejan en el cuarto de baño para los huéspedes—. No querrás saber dónde lo encontré —añadió muy contento. Me acerqué para ver mejor, y a través del plástico distinguí el escudo y las palabras «HOTEL Y SPA GROVE ISLE» con letra florida.

Vince agitó la bolsa en plan juguetero.

—Tal vez ayudará a Anderson a descubrir quién es la víctima —dijo.

Abrí la boca para decir que no me parecía probable, que Anderson no lo descubriría ni que obraran en su poder declaraciones certificadas del asesino y de la víctima, y después cerré la boca, retrocedí un paso y no dije nada en absoluto.

Porque sabía quién era. Recordé por qué me había parecido familiar, y no era porque se pareciera a Jackie. Era porque la había visto, parada en un pasillo y ruborizada, sonriente, contenta por estar tan cerca de su heroína en la vida real, Jackie Forrest.

Agité las manijas de mi banco de memoria y lo recordé: se llamaba Amila, y era la doncella del hotel Grove Isle que había ido a limpiar el suelo de nuestra suite, y me dijo que se peinaba el pelo como Jackie Forrest, y eso le había causado la muerte...

Un algo indefinido cosquilleó mi espina dorsal, una leve brisa de inquietud, la cual me decía que alguien estaba observando, de modo que di media vuelta y miré al otro lado del muelle con sus dos filas de barcos, hacia el brillo cegador de la bahía.

A menos de cincuenta metros de distancia, al final del muelle, un pequeño punto amarillo oscilaba sobre el suave oleaje. Un remo se alzó mientras yo miraba, y se hundió en el agua dos veces para mantener el morro apuntado a nosotros: un remo de kayak de doble pala.

Al otro lado del kayak, como para subrayar esta patosa pista, se alzaba el hotel Grove Isle hacia el cielo resplandeciente de la tarde: el hotel donde Jackie y

y o nos alojábamos. El hotel donde Amila había trabajado hasta que Patrick puso punto final a su carrera.

El remo se hundió perezosamente de nuevo, y la embarcación giró un poco de costado para que no cupiera la menor duda de lo que era: un kayak. Era la embarcación perfecta para el estilo de vida al aire libre de Patrick. Eran ligeros y, por tanto, muy fáciles de robar, y sin duda sería más sencillo ocultar un cadáver en un kayak que en una moto. Un veloz desplazamiento de media milla por el agua, arrojar el cuerpo, y luego alejarse lo suficiente para poder observar la diversión.

Y la observaría, por supuesto. No sólo para ver la agitación provocada cuando su obra fuera descubierta; también estaría observando para ver quién aparecía, porque Jackie había hecho acto de aparición la última vez, y querría saber si también acudía en esta ocasión. Sin ni siquiera pensar en ello, sabía lo importante que era para él que Jackie mirara, y viera, y comprendiera que habría podido ser ella, que pronto sería ella, y supiera que él la estaba mirando, a la espera de actuar de nuevo, con ella...

Pero hacer esto era de una arrogancia desmedida. Se había arriesgado mucho al arrojar el cuerpo, a plena luz del día, desde una pequeña embarcación. Y yo estaba convencido de que no era porque se estuviera volviendo más osado. Este asesinato se había producido demasiado poco tiempo después del último, lo cual rompía la pauta y revelaba la primera fisura en la armadura de Patrick. Porque mientras se iba acercando más y más a Jackie, mientras vigilaba el hotel durante todas las horas de la noche, a la espera de una oportunidad (a la espera siquiera de entreverla), su frustración había ido en aumento, le reconcomía, le había afectado hasta tal punto que su satisfacción por la víctima anterior había durado tan sólo unos despreciables días. Pronto, estos sustitutos no serían suficientes para él. Tenía que apoderarse de Jackie, pero no podía llegar a ella, y por eso vigilaba y esperaba, y la frustración aumentaba a cada día que pasaba, de forma que el día anterior se repetía, sin ninguna buena oportunidad...

Patrick se estaba impacientando. Estaba perdiendo su capacidad de esperar el momento oportuno, y sentía la presión del tiempo que corría inexorable, y lo único que sacaba en limpio era una cuenta bancaria cada vez más menguada. Al asesinar a la doncella intentaba llevar la situación a un clímax, nos retaba a verle tan de cerca, nos desafiaba a hacer algo, a intentar detenerle, a impedir que hiciera lo que se proponía.

Y aunque pareciera extraño, durante aquellos dos o tres segundos en que estuve mirando a Patrick en su kayak, mientras seguía todas aquellas ideas que desfilaban por mi cerebro, descubrí otro pequeño pensamiento acechando, que surgió a la luz del día con el alegre chasquido de una burbuja rosa de chicle, y ese pensamiento decía así:

*Muy bien, Patrick. Acepto el desafío.*

Durante un momento no estuve muy seguro de a qué me refería, y parpadeé, desvié la vista del resplandor de la bahía y miré hacia el muelle, hacia la cinta amarilla del perímetro, donde Robert estaba charlando con los dos policías uniformados. Ninguna señal todavía de Deborah y Jackie, pero así era mejor. Miré al otro lado del perímetro, a la creciente multitud de mirones y las calles bulliciosas de Coconut Grove. El Grove, la feliz meca de los ricos y ociosos de Miami, con sus *boutiques* caras, sus tiendas pintorescas y los restaurantes de lujo. El Grove, donde Dexter había vivido tanto tiempo antes de casarse, y donde incluso ahora Dexter guardaba su barca de pesca a sólo un kilómetro y medio de este mismo lugar...

Ah. La barca de pesca. A eso debía referirme.

Consulté mi reloj. Eran las dos menos cuarto, faltaba una hora y escasos minutos para la reunión con el profesor de Cody. Miré de nuevo a Patrick, que oscilaba con insolencia a bordo de su kayak robado, y esa visión activó un interruptor en la siniestra maquinaria del oscuro cerebro de Dexter. Una ruedecilla se engranó y movió una palanca que inclinó una placa metálica sobre un fulcro que golpeó una brillante bola metálica, la cual rodó por el conducto y cayó en la cesta de «salida», y yo la recogí, la alcé en mi mano y oí que susurraba: *Hay tiempo de sobra*.

Y lo había.

Guardaba mi barca detrás de una casa particular del canal, justo al sur del corazón del bullicioso centro de Coconut Grove. La casa estaba en una calle tranquila, y la pareja de ancianos que la ocupaba vivía en Nueva Jersey la mayor parte del año, y sólo se desplazaban a esta casa durante los meses más fríos del invierno. Aceptaban muy complacidos mi modesto alquiler, y a mí también me complacía pagarles menos de la cuota habitual de amarre. Encima de tener un chollo, también tenía un lugar relativamente privado para guardar la barca, que de vez en cuando se convertía en un objeto muy preciado, teniendo en cuenta que, en ocasiones, subía Determinados Artículos en la barca y los cargaba para entregarlos a las profundidades salobres, y era mejor que nadie me viera hacerlo.

Y en aquel brillante y, de repente, ajetreado día, valía el doble de lo que pagaba por ella, porque este muelle se encontraba a sólo diez minutos en coche del aromático contenedor donde Amila yacía en desaliñado reposo.

Ni siquiera recuerdo qué inconsistentes excusas di mientras me alejaba a toda prisa de la escena y subía al coche. Creo que aduje que prefería marcharme antes a la reunión con el profesor de mi hijo porque tenía miedo del tráfico. No estuve a la altura de mi intelecto, pero tenía prisa, y nadie pareció caer en la cuenta de que era un poco absurdo.

En cualquier caso, en cuanto dejé atrás el enloquecedor embotellamiento de tráfico del centro del Grove, a los diez minutos ya me encontraba a bordo de mi barco y saliendo del canal, a bastante más velocidad de la permitida en estas zonas. Pero como había tomado la decisión de hacer eso y hacerlo ahora, me había asaltado una especie de impaciencia, y rechinaba los dientes al pensar que no llegaría a tiempo, que Patrick se me escaparía, y perdería mi segunda y quizás última oportunidad de arreglar las cosas a mi manera inimitable.

Y por eso salí a toda prisa del canal, lo cual me granjeó la mirada iracunda de un anciano descamisado parado en la orilla cuando pasé a diez nudos, y una imprecación por si no me había enterado cuando llegué a la desembocadura del canal y puse la barca a toda velocidad.

Por agua, era una línea recta hasta el lado opuesto de la cuenca de Dinner Key, donde deseaba con todas mis fuerzas que Patrick estuviera esperando y vigilando, y recorrí la distancia en la mitad de tiempo que me hubiera costado ir en coche. Había varios tramos peligrosos de aguas poco profundas, pero los atravesé a toda velocidad, indiferente a la posibilidad de tocar fondo y perder una pala de la hélice, y habría corrido todavía más de haber podido. No podía sacudirme de encima la preocupación de que Patrick ya se hubiera ido cuando yo llegara, y me pasé todo el trayecto rechinando los dientes.

Habían transcurrido poco más de veinte minutos desde que salí corriendo del

muelle hasta que rodeé la primera isla de la barrera y me adentré en el puerto deportivo, un tiempo notable. Pero no fue el haber batido un récord lo que dibujó una sonrisa en mi corazón y puso una canción en mis labios, sino la visión del pequeño kayak amarillo, todavía oscilando en su sitio. Reduje la velocidad dentro del puerto deportivo. Sabedor de que él seguía allí, y a no tenía prisa, y no quería atraer la atención de nadie en la orilla ni, el cielo no lo permitiera, de la Patrulla Marina, conocida como los AquaNazis por quienes hemos sido detenidos y abordados por estos diligentes agentes marítimos de la ley.

Y mientras miraba a Patrick sentado tan ricamente en su kayak, contemplando con suma atención todo el alboroto causado por su tosca obra, se me ocurrió la idea de que ni siquiera había pensado en cómo iba a hacerlo. Me había marchado a toda prisa de la escena del crimen y navegado de igual manera, sin tener la menor idea de qué haría cuando llegara aquí, y ahora que por fin estaba cerca de mi objetivo no sabía qué hacer, de modo que respiré hondo para centrarme y estudié el asunto desde diversos ángulos. Era un día muy luminoso, y el sol brillaría tanto sobre los malvados como sobre los justos, y no estaba seguro de en qué bando me encontraba yo ahora, pero en cualquier caso estaba demasiado bien iluminado.

Cualquiera que me viera desde la orilla clavarle un cuchillo a Patrick no albergaría la menor duda sobre mi afiliación, y había muchos posibles curiosos: gente en los barcos amarrados en el muelle, más gente apelotonada ante la cinta amarilla del perímetro, y peor todavía, una manada entera de agentes de la ley. Cualquiera de ellos podía alzar la vista en el momento más inoportuno y presenciar la muy visible violencia de la bien merecida eliminación de Patrick.

Paseé la vista a mi alrededor. Delante de mí, al otro lado de Patrick, estaba la última isla de la barrera que señalaba el fin de la zona portuaria de Dinner Key. En la orilla, al otro lado, y por lo tanto invisible desde aquí, había un parque. ¿Habría descubierto Patrick un lugar tranquilo donde esconder su moto? Ahora estaría casi desierto, sobre todo teniendo en cuenta el alboroto de los muelles cercanos.

A mi derecha, la bahía de Biscayne se extendía hacia la lejanía, hasta Turkey Point, por un lado, y Elliot Key, por el otro. Había algunas barcas dispersas por la inmensa extensión de agua, pero ninguna lo bastante cerca para observar mis actividades.

¿Y cuáles iban a ser? Cada vez me encontraba más cerca de Patrick y todavía no se me había ocurrido nada, ninguna forma de hacer lo que era necesario. Paseé la vista a mi alrededor en busca de inspiración, y después volví a mirar a Patrick flotando en el agua, tan pagado de sí mismo y feliz, lo cual consiguió que sintiera una punzada de profunda irritación. Esto era por su culpa. Tantas molestias por culpa de aquel salvaje ignorante. El aficionado de pacotilla, descerebrado cabeza de chorlito, flotando allí sin la menor preocupación,

mientras que otros se veían obligados a correr de un lado a otro como locos e improvisar una forma de limpiar sus chapuceros desastres. Era demasiado, demasiado irritante, y exhalé un agudo y tembloroso suspiro...

Y, al inhalar, sentí que la brillante luz de aquella tarde bañada de sol descendía por el espectro hasta un violeta frío y mortal, sentí que las preocupaciones y los nervios se calmaban y hundían en las sombras florecientes, y poco a poco, satisfecho, sentí que todas las cosas rutinarias e inquietantes iban a parar al cubo de la basura, y toda la maravillosa y firme disposición de la calma gélida del Oscuro Pasajero se alzaba de las Profundidades de Dexter y ocupaba su lugar para tomar el control de aquel día soleado y oscuro...

Y estamos preparados.

Y sabemos lo que debemos hacer, y cómo hacerlo, y sabemos que saldrá bien.

Así que empezamos.

Avanzamos sin prisas hacia el mentecato babeante del kayak, una mano sobre el acelerador, sintiendo el ronroneo de la potencia a punto, y el rugido de respuesta de la potencia mucho mayor que acecha justo bajo la superficie de la sonrisa de feliz marinero que hemos pintado en nuestra cara. *Más cerca...*

Pero no lo bastante cerca, todavía no. Aún no ha reparado en nosotros, no nos mira, no desvía la vista. No hace más que holgazanear en su barca de plástico amarillo, con la vista clavada en el muelle, como si no existiera otra cosa en el mundo y fuera imposible que un Algo mortífero y escurridizo se deslizara hacia él con una alegría tan glacial.

Mira distraído, concentrado en el muelle, desde donde un zumbido gozoso flota hacia nosotros, un goce que no debería existir en presencia del horror chapucero del contenedor, un goce que debería ser tan sólo nuestra silenciosa recompensa en esta medianoche soleada, y un leve destello de su mirada nos revela que Jackie ha llegado y la multitud ha olvidado por qué se ha congregado y sólo puede pensar en su dorada presencia, y mi incauto compañero de juegos no es diferente, igual de inconsciente que su kayak de que nos encontramos a tan sólo unos latidos de corazón de caer sobre su amodorramiento perezoso y llevárnoslo muy lejos del sol brillante y caliente, hacia la oscura y fría eternidad...

*Más cerca...*

Y levanta la vista al fin. Algún ruidito del motor le alerta de que estamos tan cerca, y se vuelve para mirarnos, y es la cara de Facebook, con su sonrisa de satisfacción secreta de «mira-lo-que-he-hecho», y mira sin ver sólo un momento, y después se vuelve para concentrarse de nuevo en la mujer de pelo dorado del muelle, absorto una vez más en sus pensamientos ansiosos, sin tener ni la más remota idea de que Algo mucho más ansioso ha llegado para devorarlo.

*Más cerca...*



Y nos mira otra vez, y en esta ocasión estamos demasiado cerca para ser tan sólo tráfico de paso, y su frente se arruga, un fruncimiento de ceño que da paso poco a poco a la alarma. ¿Reconoce el rostro que llevamos? ¿Nos reconoce y se da cuenta por fin de que hemos venido a por él, de que hemos venido a poner fin a su patosa diversión y a dar por concluidas sus chapuzas y liquidarle de una vez por todas?

Tal vez sí. Se pone en pie de un brinco, agarra el remo como si pudiera salvarle de lo que se avecina, de lo que pronto ocurrirá, de lo que ha de ocurrirle, y hunde las palas del remo en el agua con mucha fuerza, izquierda, izquierda, izquierda y derecha, y aleja la embarcación presa de un pánico creciente que es muy gratificante de contemplar. ¿Qué imagina que se avecina? ¿Detención? ¿Encarcelamiento? ¿La poderosa Mano de la Justicia? ¿Esposas de acero y una severa lectura de sus derechos, y después una larga y lenta espera en una serie de pequeñas habitaciones malolientes con barrotes de hierro en puertas y ventanas?

¿Remaría con más vigor si supiera que no habrá habitación con barrotes, ni esposas, ni detención? Que la única justicia que le aguarda es la definitiva, la del Tribunal Supremo del Dolor, y sus derechos se limitan a uno solo: tiene derecho a despojarse de su envoltorio mortal y precipitarse en la Oscura Eternidad, y no hay apelación, ni libertad condicional, ni forma de salir.

Da igual que reme a toda velocidad, porque ya estamos sobre él. Estamos con él, muy satisfechos de tomarlo con calma y verle hundir y sacar los remos del agua con tanta ansia. Izquierda, derecha, izquierda, derecha, cada vez más deprisa. Para él es una carrera hacia la salvación a una velocidad de vértigo... para un kayak.

No para nuestro fueraborda.

Para nosotros, con una mano sobre el acelerador, es un pasatiempo, jugar con el ratón antes de sacar las garras, y nos quedamos con él, cada vez más cerca...

Ahora está procediendo muy bien, hunde las palas de los remos en el agua con un excelente ritmo rápido, y nos mira y ve que sonreímos con calma, acortando distancias sin prisas, y cada vez más, y se esfuerza, la verdad es que se esfuerza, en transformar su pequeña embarcación amarilla en un prodigio de velocidad. La mandíbula apretada, las venas abultadas en su rostro y brazos, se esfuerza tanto, con tanta valentía, como si el mero esfuerzo sincero pudiera imponerse a las leyes de la naturaleza, y estamos tan impresionados por sus vigorosos intentos que casi nos detenemos para aplaudir.

Pero ahora ha de rodear la última isla de la barrera, y se desvía hacia el parque de la orilla y su posible vía de escape, y casi puede saborearlo ya, la emoción de escapar, de saltar sobre el malecón y alcanzar la libertad, su huida ganada a pulso de un extraño y perezoso perseguidor que aún le pisa los talones,

lento y sonriente, y tal vez se abre un pequeño espacio en su pánico donde empieza a preguntarse por qué.

¿Por qué nos acercamos con tanta lentitud? ¿Por qué no nos abalanzamos, gritamos o disparamos? ¿Por qué nos limitamos a sonreír, y a sonreír, y a ser malos, y nos vamos acercando con tanta parsimonia?

¿Por qué, en realidad? Todavía no lo sabe, no puede ni aspirar a saberlo, pero es muy sencillo. Demasiado sencillo para este tontolaba.

Sonreímos porque somos felices.

Y somos felices porque hemos esperado a que hiciera exactamente lo que ha hecho, y lo ha hecho en nuestro honor, como si hubiera estudiado su papel en el Oscuro Libreto, y ha hecho todas las cosas bien y el momento ha llegado.

Ahora, cuando ha huido por fin al otro lado de la isleta; ahora, cuando está lejos por fin del puerto deportivo, invisible como queríamos para las filas de yates, protegido por la isla de ser visto, oculto del muelle con su multitud de policías y mirones, y todavía a casi un kilómetro de la orilla. Ahora, cuando todo es Tan Perfecto como puede serlo, y toda nuestra gozosa y reluciente disposición está encarada y pulida y dispuesta a saltar en este momento perfecto...

*Ahora.*

Y nuestras manos se flexionan sobre el acelerador, y el gruñido de nuestra felicidad se alza al mismo tiempo que el rugido creciente del motor, y nuestro barco salta hacia delante, no demasiado deprisa, pero lo bastante rápido, más rápido que cualquier kayak, por presa del pánico que esté su marinero.

Y sólo tiene tiempo para un grito estrangulado y asustado de queja, un abrupto chillido agudo de protesta por el hecho de que esto pueda pasarle a él, y entonces ya ha sucedido. Nuestro barco golpea el costado del kayak, con fuerza, con toda la fuerza de nuestro peso y superior velocidad, y toda la malvada necesidad que sujeta el volante y continúa sonriendo, una sonrisa aún más amplia ahora, con verdadero placer por las cosas deliciosas que le están sucediendo por fin al ignorante palurdo del kayak, que las tiene bien merecidas.

Pero no está en el kayak, ahora no, ya no. Ahora está en el agua y agita los brazos, en busca de algo que flote, o algo que sea lógico, y no hay nada de ello a lo que aferrarse. El kayak ya está alejándose, fuera de su alcance y volcado, y la orilla está todavía más lejos, y sólo se ve un pequeño barco de pesca con un risueño capitán a bordo. De modo que se debate en el agua, tose y chapotea, y grita: « ¿Qué demonios hace? », y describimos un lento círculo a su alrededor y nos interponemos entre él y la orilla.

— ¡Lo sentimos! — gritamos, con perfecta hipocresía—. ¡No le hemos visto!

Y chapotea un poco más, pero después calma su épica lucha, porque es absurdo que le hayamos embestido a propósito, y está en el agua bajo la luz del sol, y en cualquier caso sonreímos, decimos que lo lamentamos y no hay escapatoria. De modo que flota en el agua mientras nos acercamos, nos mira con

suspiciacia y resentimiento, y vuelve a gritar.

—¡Gilipollas! —chilla, con un pronunciado acento de Tennessee en sus palabras—. ¡Claro que me ha visto!

—¡Lo sentimos! —repetimos, y sacamos el bichero de debajo de la borda, donde está sujeto en sus abrazaderas, y lo levantamos—. ¡Cójase a esto! ¡Le sacaremos!

Parpadea y mira el bichero mientras se acerca a su cara.

—¿Por qué habla en plural?

Es Nosotros, por supuesto, los Oscuros Nosotros, los Nosotros casi invisibles, pero tan fuertes y astutos, los de la sonrisa interior en sombras, la feliz sonrisa malvada que surge del núcleo frío e invade la máscara de alegre estupidez que llevamos para esconder los dientes afilados..., pero no le contamos esto. No le revelamos que se halla en inferioridad numérica sólo por esta sonrisa, tan alegre y tan real. No decimos otra cosa que «¡Agarre el bichero!», y añadimos un jovial «¡Ay!» cuando el bichero golpea su sien sin querer queriendo. Un pequeño y cuidadoso golpe, propinado para parecer un accidente y perfectamente calculado para atontarle lo suficiente, de manera que durante un momento de debilidad y asfixia todo se oscurece para él y respira agua.

—¡Lo sentimos! —gritamos, mientras farfulla con los ojos desorbitados de pánico—. ¡Coja el bichero! —chillamos, con más urgencia aterrada en nuestra voz mientras nos alejamos del punto donde agita los brazos en las profundidades insondables que pronto serán su hogar.

Y se lanza hacia el bichero, una descontrolada y gratificante oleada de pánico que le eleva del agua justo lo suficiente para que pueda aferrar con ambas manos frenéticas el asta del bichero.

—¡Estupendo! —gritamos con jubiloso alivio, porque ahora ya es nuestro. Hemos pescado a nuestro pez, clavado la lengüeta inexorable en la carne blanda del tontorrón, y así le acercamos al costado del barco. E izamos a nuestra presa para que pueda apoyar las dos manos sobre la borda y soltar el bichero, y dejamos caer el bichero sobre la cubierta y, en apariencia, le ofrecemos nuestra mano izquierda para ayudarle a subir a bordo.

Sólo la mano izquierda, pero la coge y le subimos un poco más. Y todavía ignorante, mareado y empapado, cuelga con la mitad del cuerpo fuera del agua y la otra dentro, en este perfecto, maravilloso, apresurado e improvisado momento, ya medio muerto.

Sujeta nuestra mano izquierda, en equilibrio entre el todo y la nada, y le sujetamos con nuestros rostros muy cercanos. Sólo nuestra mano izquierda, y busca la mano derecha para que le levantemos del todo, y no la ve, y nos mira con una expresión confusa teñida de ira, alarma y desesperación.

—¿Qué...? —dice.

Y el momento ha llegado, el momento que estábamos esperando, planificado

con excesiva precipitación, y vacilamos porque algo falla. No hemos demostrado su culpabilidad, carecemos de la seguridad dictada por Harry, y no hemos planificado, y por un momento nos quedamos paralizados, oscilando en un inseguro barco en el mar de la duda.

Y Patrick se da cuenta también, y se da cuenta de que lo que está sucediendo no es lo que él había pensado, y con la cara tan cerca de las nuestras vemos que está haciendo acopio de fuerzas con un propósito determinado, algún salto o brinco repentino, y como siempre, en el último momento, sabemos con exactitud lo que debemos hacer.

—Jackie Forrest —decimos.

Y funciona, siempre sale bien. Patrick se queda petrificado. Por un momento se olvida de respirar, y es una pena, porque el número de sus inspiraciones está limitado, y es muy pequeño. Y nos mira, tan cerca de nosotros, y escudriñamos sus ojos, escudriñamos y sentimos una sincera y cariñosa estima por este lardo salvaje. Porque siempre necesitamos la Prueba de Harry para ganarnos estos momentos de asombro y felicidad, y en esta ocasión sólo contamos con esa prueba, y Patrick ha venido en nuestro rescate.

Le miramos, y la mirada que asoma a sus ojos brillantes y estúpidos es todo cuanto necesitamos. Sólo con las cuatro sílabas de ese nombre, Jackie Forrest, todo lo que ha hecho y planeado hacer se lee en sus ojos, un desfile de imágenes de culpabilidad equivalente a una confesión de veinte páginas. Él lo hizo, no cabe la menor duda; esa mirada no podría mentir. Es él, sin asomo de duda, y sin esperar las lógicas negativas levantamos la mano derecha, la mano que ha esperado oculta pacientemente, y clavamos el cuchillo que estaba al acecho de este preciso momento, clavamos la hoja una vez y en el punto exacto, y Patrick se queda tieso, lanza una exclamación ahogada y nos mira mientras siente el cuchillo penetrar, y de repente comprende lo que está sucediendo. Y contemplamos la belleza lenta y frágil de ese momento mientras destella en las diminutas pantallas de sus ojos azul claro: el momento de indignado rechazo de que esto pudiera suceder a su especial ypreciado yo, después el brillante florecimiento de la agonía terminal cuando sabe que sí, puede, y después, sí, ha sucedido, cuando el cuidadoso latido del reloj biológico hace tictac una vez más, y de súbito, algo impensable, se detiene...

Y entonces, el momento más prodigioso de todos, cuando esa idea se disuelve para siempre, esa idea y todas las demás se disuelven con todos los rastros de lo que era Él. Se alejan en un remolino de aguas oscuras, lejos del pequeño y absurdo pedazo de carne y propósito que era Patrick, en la oleada de noche vacía carente de pensamientos que no tiene fin, lejos de todo cuanto pensó, fue o quiso ser, lejos de la diminuta orilla brillante que era la vida, hacia el remolino veloz e interminable de Nunca Jamás.

Y nosotros miramos y nos maravillamos cuando ese destello final se apaga

en la oscura distancia y la misma película de vacuidad cubre los ojos. Y la cosa que estamos sujetando, la cosa que era Patrick, asesino de mujeres, provisto de una rutilante e ilimitada energía, esa cosa ya no es más que un envoltorio vacío, un feo contenedor que se pudrirá y disolverá más deprisa que cartón barato bajo la lluvia, y mientras miramos esos ojos que se vacían de vida nos sentimos muy conmovidos, como siempre: conmovidos, transportados, aupados en ese momento destellante y rápido, para luego caer de nuevo, extenuados, vacíos de todo cuanto importa, y lo más cerca de la felicidad que nos es posible.

Misión cumplida. Lo hemos hecho y ha terminado.

Y ahora los colores del día trepan hacia el extremo más brillante del espectro, como es debido, y la dura y oscura hoja del acto se funde con la entrañable y cansada satisfacción de un trabajo bien hecho, y subo la cosa desmañada y vacía por encima de la borda y la deposito sobre la cubierta. La dejo tirada allí y tomo los controles del barco, para luego alejarme sin prisas de la orilla en la tarde repentinamente demasiado luminosa y demasiado vacía.

Pasó otra media hora antes de que tuviera a Patrick a buen recaudo en la fosa profunda más cercana, con un ancla de buen tamaño atada a sus piernas. Siempre llevo un ancla de más. Son muy prácticas en determinadas situaciones náuticas. Me gusta comprarlas de rebajas siempre que puedo, porque nunca sabes cuándo vas a necesitar una de más, para prestar ayuda a un marinero en apuros u ocultar un cuerpo recién asesinado. Era una buena ancla Danforth bastante pesada, y confiaba en que le retendría en el fondo hasta que los cangrejos lo hubieran devorado hasta los huesos. Y si conseguía asomar a la superficie, sería en un momento del futuro en que Dexter estaría muy lejos y resultaría completamente inocente, y jamás podrían seguir el rastro del ancla, ni relacionarme con un cuerpo irreconocible devorado por los peces, al cual, al fin y al cabo, nunca me habían presentado de manera oficial.

Y es posible que no me sintiera muy complacido con mi extraño interludio soleado. Se había ejecutado demasiado deprisa, con una herramienta terriblemente torpe, y peor todavía, se había ejecutado sin llevar a cabo ninguno de mis Importantísimos Rituales, pero se había hecho, y Jackie estaba a salvo, y ahora me sentía libre para cosechar la recompensa de mis diligentes esfuerzos. Podría refocilarme en el lujo sin problemas, disfrutando de mojitos, turnedos y puestas de sol sobre la bahía, sin la menor preocupación. Patrick se había ido para no volver.

Y no me preocupaba que alguien descubriera su cuerpo. Jamás podrían relacionarme con él, y todo eran rosas y arcos iris en Dexterville. Estaba tan absorto en mi arrebol de absoluta satisfacción que no me preocupé de nada en absoluto, de hecho, hasta que regresé al muelle por el canal, muy despacio en esta ocasión, lo cual me granjeó un cabeceo malhumorado del anciano descamisado. No fue hasta que hube amarrado el barco y empecé a cruzar el césped en dirección a mi coche cuando consulté mi reloj, y entonces, por fin, empecé a preocuparme.

El horario señalaba las tres, y el minuterero las once, y sólo necesité un momento de brillante trabajo detectivesco para darme cuenta de que eran las tres menos cinco, y de que iba a llegar tarde a mi coartada.

Corrí hacia mi coche y bajé por la pequeña calle de una forma que ningún anciano descamisado digno aprobaría jamás. Por suerte, no había nadie en la calle que me viera, y al cabo de pocos minutos estaba en la Main Highway, llegué a Douglas y doblé a la izquierda por la Dixie Highway.

El tráfico no era espeso, pero tardé otros veinte minutos en llegar al colegio y aparcar. Procedí lo más deprisa posible sin correr, crucé la acera y entré en la oficina principal, donde firmé en el registro de visitas, me puse una pegatina de «VISITANTE» en la camisa y seguí el pasillo hasta la clase de Cody.

El profesor de Cody del curso actual era una mujer de edad madura siempre risueña llamada señora Hornberger. Estaba sentada a su escritorio cuando entré, con Cody y Rita sentados delante de ella, como dos niños malos convocados antes de clase. Los tres alzaron la vista cuando entré. Cody estuvo a punto de sonreír, la señora Hornberger enarcó una ceja inquisitiva, y Rita, sin ni siquiera respirar, abrió fuego de inmediato.

—Oh, Dexter, por el amor de... Pasan ya veinte minutos, y ni siquiera has llamado... La verdad, esto es...

—Lamento el retraso —contesté. Nadie me ofreció una silla, así que arrastré un pupitre hasta Cody y me apretéjé a su lado—. ¿Es muy horrible? —le susurré, y él se encogió de hombros.

—Vale —dijo en voz baja.

Por supuesto, habría dicho exactamente lo mismo si la profesora les hubiera prendido fuego a ambos. Debía admitir que Cody tenía un pequeño problema en la parcela de comunicación. Los traumas causados por su padre biológico, un miserable drogata que le propinaba palizas a él y a Astor hasta que le metieron por fin en la cárcel, habían prácticamente enmudecido a Cody. Lo que el salvajismo de su padre había causado a Astor no estaba tan claro, a menos que el malhumor sempiterno sea inducido por traumas.

Pero las palizas de Papá Bio habían expulsado a Cody para siempre del mundo de la luz solar, para arrojarle al frío crepúsculo donde moran los depredadores. Le habían convertido en mi verdadero heredero, el Príncipe Coronado de la Oscuridad de Dexter, que aguardaba con ansia mi adiestramiento para ocupar el lugar que le correspondía por derecho en el Trono de Sombras. Estaba convencido de que la reunión de hoy no tocaría esa parte de su educación.

—Señor Morgan —dijo muy seria la señora Hornberger. Todos los ojos se volvieron automáticamente hacia ella, y hasta Rita dejó de hablar. La profesora nos miró de hito en hito para asegurarse de que le prestábamos atención. Después, la sonrisa regresó a su cara, y todo el mundo volvió a respirar—. Estábamos hablando de las... dificultades conceptuales de Cody... con la socialización.

—Oh —dije, y como no sabía qué más decir, añadí—: Sí, por supuesto.

La mujer asintió en señal de aprobación.

Y después nos pusimos en busca de Llegar a un Acuerdo Significativo en un Contexto de Alcanzar Objetivos Sociales y Educativos Apropriados y Simétricos, parando de vez en cuando para manosear todas las palabras Nueva Era-Buen Rollito jamás acuñadas. Fue tan torturante como temía, y mucho peor para Cody. Sólo era capaz de comprender una palabra de cada cuatro, y se removía y se estrujaba las manos, y movía las piernas atrás y adelante, y al cabo de tan sólo diez minutos había elevado el arte de moverse nerviosamente a nuevas y mareantes alturas.

Rita seguía cada palabra que brotaba de los labios de la señora Hornberger con concentración jadeante, el entrecejo fruncido de preocupación. La interrumpía cada tanto con alguna de sus frases fragmentadas, rematadas con un signo de interrogación. La señora Hornberger asentía como si de veras la entendiera, y sacaba otro tópico del arsenal, y Rita asentía muy seria y volvía a transformar su rostro en una máscara de preocupación.

Vi cómo su cara se convertía en una máscara arrugada, y me asombré una vez más de lo vieja que parecía Rita de repente. Las arrugas de preocupación en su frente parecían permanentes, acompañadas de otras alrededor de la boca. Además, su piel había perdido color y daba la impresión de estar dando paso a un mapa en relieve, pálido y encorvado, de algún desierto. ¿Se debía sólo a su preocupación por Cody, o había envejecido tanto como aparentaba? Éramos de la misma edad. ¿Significaba eso que yo también estaba envejeciendo? No lo notaba cuando me miraba en el espejo, al menos yo. Tal vez estaba ciego a cómo era en realidad, y yo también estaba empezando a arrugarme y perder color. Esperaba que no. Todavía me quedaban muchas cosas importantes por hacer, y no quería tener el aspecto de una pasa pálida ambulante mientras las hacía.

Son extraños los caminos que toma la mente cuando sufre el asalto de tópicos solemnes e innecesarios. Estoy convencido de que habría debido sentir más compasión por Rita, más empatía con Cody, y más admiración por el maravilloso dominio de la señora Hornberger de la inanidad educativa multisilábica. Pero no era así. Lo único que sentía era una irritación absoluta por estar sometido al Suplicio de la Jerga, y una leve repugnancia por el salto de Rita a la ancianidad visible..., y una tenue alarma al pensar que yo también podía estar sumiéndome en la senectud.

Cuando ya había transcurrido media hora, había perdido hasta el último ápice de la satisfacción que hacía tan poco había alegrado mi vida, y estaba empezando a removerme casi tanto como Cody. Pero tuvieron que pasar quince minutos más hasta que la señora Hornberger llegó a su conclusión triunfal: los Objetivos Sociales han de Integrarse en un Plan Confeccionado a la Medida de Cada Individuo para el Aprendizaje Cooperativo, con Pleno Compromiso con la Consecución Plena del Objetivo en Casa y en el Colegio, a Niveles Individuales e Institucionales... Por fin, pude salir dando traspies del aula, aferrando mi frente febril, ansioso, sorprendente pero intensamente, por tomarme un mojito bien frío con Jackie.

Caminé con Rita y Cody hasta el coche, donde nos detuvimos para permitir que ella acabara una frase. Y entonces, me miró con las mismas arrugas de preocupación y dijo:

—Dexter, ¿de veras estás...? Porque, o sea, no lo sé.

—Por completo —dije. Aunque parecía sorprendente, la había entendido, o



al menos eso pensaba—. Y volveré a casa dentro de unos días, con suficiente dinero para una cubierta de piscina nueva.

Y mientras lo decía, experimenté cierta desazón: ¿de veras sólo serían unos días más?

—Bien, pero es que... Yo sólo... —Agitó ambas manos en señal de impotencia—. Sería muy amable por tu parte... ¿Ni siquiera puedes decirme qué estás haciendo?

Abrí la boca para decir que no, que no podía..., y entonces recordé que sí podía, que estaba obligado a decírselo, en cierto modo: órdenes del capitán.

—Mmm... —dije, sin saber muy bien por dónde empezar.

De repente, me sentí como un crío a punto de pedir permiso para comer una galleta después de atizárselas todas excepto una, y no supe por qué. Carecía de motivos para sentirme culpable o inquieto. Había hecho exactamente lo que debía, y por el motivo más noble de todos: una cubierta para la piscina. De modo que deseché la sensación, pensando que debía ser la resaca causada por la diatriba de la señora Hornberger, y me lancé al vacío.

—Están rodando un programa de televisión en la ciudad —dije, y Rita se iluminó como una tarta de cumpleaños y se quedó sin aliento.

—¡Oh! —exclamó—. Sí, ¿salía en los diarios? Y decían que Jackie Forrest... ¿Sabías que tiene treinta y tres años? No creo que los aparente, pero se habrá hecho montones de... ¡Y Robert Chase! Es tan guapo, pero no ha hecho casi nada desde... ¿Es eso lo que tú...? Oh, Dios mío, Dexter, ¿le ha pasado algo horrible a Robert Chase?

—Todavía no —contesté, y me esforcé por disimular el pesar de mi voz—. Pero la cuestión es que el capitán Matthews me ha nombrado asesor técnico del programa. Ya sabes, enseñar a Robert lo que hago.

—Oh. ¡Dios mío! Has llegado a conocer... Dexter, no puedo creerlo... O sea, ¡es tan asombroso!

—Sólo es trabajo —aduje, y admito que estaba un poco irritado al verla tan emocionada por la simple idea de Robert Chase—. En cualquier caso —continué, con la esperanza de terminar mis explicaciones sin otro de sus ataques verbales frenéticos—, hay otro tipo en el reparto, un cómico, ¿Renny Boudreaux?

—Sí, es muy bueno —dijo Rita muy seria—. Utiliza algunas palabras que... ¿También le has conocido?

—Sí, y está grabando un especial de sábado noche. Y el capitán quiere que vaya.

—¿Quiere que vayas? Eso es... ¿Y por qué no ibas a hacerlo? Porque...

—Cree que es muy bueno para la imagen del departamento. Para que estrellas y policías salgan juntos. Así que tengo dos entradas...

—¡Ohdiosmío, ohdiosmío, ohdiosmío! ¿De veras? ¡Oh, Dexter, oh, Dios mío! Esto es asombroso... ¡Pero no voy a conseguir una canguro a tiempo!

Fueron necesarios cinco minutos más para calmar a Rita lo suficiente para llegar a un acuerdo coherente de encontrarse conmigo a las siete y media del sábado por la noche en el vestíbulo del Gusman, y descubrí que cada vez tenía más ganas de atizarme un mojito. Era muy raro. Nunca he sido bebedor, y estaba convencido de que no me había convertido en uno de la noche a la mañana, y mucho menos en uno de esos a quienes les entran los tembleques a medida que se acercan las cinco de la tarde sin la dosis habitual. Pero casi podía saborear la bebida fría resbalando sobre mi lengua y garganta abajo, casi veía a Jackie mirándome por encima del borde de su copa cubierta de condensación, sus grandes ojos violeta brillantes de buen humor por algo que yo no había dicho todavía, y me sentí cada vez más irritado con los balbuceos emitidos a velocidad supersónica de Rita.

Y no paraba de emitirlos: farfullaba con reverencia acerca de Jackie, llegó a reírse de Robert, y dedicó varios cumplidos inconexos a Renny por lo inteligente que parecía, aunque utilizaba un lenguaje muy grosero. Y después se sumergió en un frenesí paralizado por completo porque no tenía nada para ponerse (aunque yo sabía a ciencia cierta que su ropero estaba atestado), ¡y cómo podía esperar yo que fuera a aparecer en la misma sala con alguien como Jackie Forrest...!

No tenía ni idea de que Rita supiera algo sobre estrellas de televisión, y mucho menos de que estuviera tan interesada que iba a quedarse impresionada hasta el punto de sumirse en una incoherencia infantil ante la idea de conocer a Robert Chase y de ver a Jackie Forrest con un vestido de noche. O sea, yo me sentaba en el sofá al lado de Rita cada noche, y veíamos la televisión juntos, pero verla transformarse en una especie de adoradora de héroes porque iba a ver el programa de Renny, y porque iba a respirar el mismo aire que Robert Chase... Era una faceta de ella que nunca había sospechado, y no estaba muy seguro de qué hacer al respecto.

Pero, por suerte, hasta Rita necesita respirar de vez en cuando, y cuando por fin calló para hacerlo, me impuse con celeridad y firmeza.

—He de volver, Rita. ¿Estarás allí el sábado?

—Pues claro que estaré... O sea, tendré que encontrar un vestido en algún sitio, y no tengo ni idea... ¿Tal vez la hija de Nancy, Terri? Pero está en una banda de marcha, así que no sé...

—No has de ponerte nada elegante. Ni siquiera pienso llevar corbata.

—¡Dexter, voy a salir en la tele! ¡Con Jackie Forrest! Pues claro que he de llevar algo... Oh, si quieres que te diga la verdad, no tengo ni idea... ¿Tal vez me entrará todavía aquello de Key West? Ya sabes, lo que dijiste que parecía un camisón.

—Perfectamente. Nos encontraremos en el vestíbulo a las siete y media.

—Sí, por supuesto. Pero la verdad es que no sé...

Me incliné y le di un beso en la mejilla.

—Adiós —dije—. Hasta el sábado.

Rita me besó a su vez, y yo di media vuelta para marcharme por fin.

—Dexter —me llamó ella, y yo suspiré y me volví.

Abrió la boca para decir algo, pero no lo dijo. Durante un largo momento no dijo nada en absoluto, se limitó a mirarme, y yo me pregunté qué habría estropeado su frenesí. Estaba a punto de decir algo, cuando ella habló al fin.

—Es que... ¿Tienes ropa limpia?

—Calcetines y ropa interior.

—¿Y una camisa decente para llevar al evento?

—Sí —contesté, muy confuso por el cambio de paradigma—. Una bonita guayabera.

Rita asintió, sin dejar de mirarme fijamente.

—Porque es sólo... —Agitó una mano, como un pajarito con el ala rota, y después paseó la vista entre Cody y yo—. Te echo de menos. Todos.

—Yo también —dijo Cody con su voz ronca y demasiado queda.

Miré parpadeando a los dos, con una sorpresa que bordeaba la conmoción. No sólo porque la idea de mi colada hubiera conducido a Rita a decir que me echaba de menos. Consideraba sobrecogedor que me echara de menos. ¿Y Cody también? ¿Por qué? Sé muy bien lo que soy (aunque, por suerte, parece que los demás no), y lo que soy no es gran cosa, a menos que vayamos a conceder medallas a la vivisección inspirada. Así que oír que todos me echaban de menos... ¿Qué querían decir? ¿Por qué alguien me iba a echar de menos? Lo único que hacía era ir a casa a cenar, sentarme en el sofá una o dos horas, y acostarme. ¿Por qué alguien iba a echar de menos eso?

Era un maravilloso enigma del comportamiento humano, del tipo que me había dejado perplejo toda la vida, y en circunstancias normales me habría divertido reflexionar al respecto durante un rato. Pero Rita me estaba mirando expectante, y años de estudiar las reacciones de la gente, sobre todo dramas diurnos, me había enseñado a reconocer una pista cuando la oía. Así que dediqué a Rita una sonrisa sintética.

—Yo también te echo de menos, pero sólo serán unos días más. Y —añadí, cuando su rostro siguió registrando la misma expresión preocupada— necesitamos el dinero.

Tardó unos momentos, pero asintió por fin.

—Bien, sí —dijo—. Pero es que... Ya sabes. —Yo no sabía, y ella no me lo dijo. Se encogió de hombros—. De acuerdo, pues. —Recorrió los tres pasos que nos separaban, se acercó, y yo le di un breve beso en la mejilla. Miré a Cody, que nos estaba observando con su habitual estoicismo.

—Relájate —le dije—. No voy a besarte.

—Gracias —dijo.

—Nos veremos dentro de un par de días. Recuerda Visualizar tus Patrones de

## Procedimiento.

Cody hizo una mueca horrible y negó con la cabeza.

—Puaj —dijo, y debo admitir que estábamos completamente de acuerdo.

Di media vuelta de nuevo y Rita me llamó.

—Dexter... Llama alguna... O sea, ¿si no es pedir demasiado?

—De acuerdo —contesté, mientras veía el mojito flotar delante de mí en el aire—. Llamaré.

Pasaban de las cuatro. El tráfico empezaba a ir más despacio con el inicio de la hora punta, y las hileras continuadas de los coches estaban comenzando a apretarse, se iban coagulando en ruidosos y airados grupos, y a formar una costra inmóvil sobre las autopistas. Tardé casi una hora en abrirme paso entre los atascos y llegar a mi oficina, y durante el trayecto tuve tiempo de sobra para reflexionar sobre lo que había sido, al fin y al cabo, un día muy completo. Si bien la entrevista con la profesora había destrozado la sensación de bienestar posterior a mi encuentro con Patrick, no sentía ni preocupaciones ni arrepentimientos. Nadie le echaría de menos, y había sido mucho más rápido de lo que se merecía.

La limusina de Jackie estaba esperando ante la jefatura, con el motor en marcha, cuando llegué por fin. El conductor estaba apoyado contra el guardabarros de delante, fumando un cigarrillo, y me saludó con la mano cuando me acerqué. Caminé hacia el coche, y la ventanilla trasera descendió.

Jackie me miró con una sonrisa tímida, pero que consiguió darme la sensación de que todo iba a ir bien.

—Hola, marinero —dijo—. ¿Te llevo? —La sonrisa se ensanchó un poco más—. Creo que es la hora del mojito.

Yo también opinaba lo mismo. Subí al coche.

El sábado por la mañana Jackie durmió hasta tarde. Yo suelo levantarme temprano, y en cualquier caso es difícil amodorrarse en la cama medio dormido cuando estás en el sofá de un hotel de lujo. Así que me levanté a las siete, y estaba sentado en la terraza con el desayuno a las siete y cuarto. El sol salió puntual, como todos los días de la semana, pero intenté atacar el desayuno con más lentitud, en honor del fin de semana.

A lo lejos, un tropel de barcos surcaba el agua, en dirección sur hacia los Cayos, o al este hacia Bimini, la Corriente del Golfo, o aún más lejos. Un catamarán a motor de buen tamaño pasó a toda velocidad sobre el punto donde había abandonado a Patrick, levantando un gran arco de agua en su estela. Me pregunté si causaría suficientes turbulencias para liberarle de su ancla. Tal vez emergería a la superficie como un corcho de pesadilla, y oscilaría detrás del catamarán hasta llegar a las Bahamas.

No era probable. Y si lo hacía, dudaba de que el gran crucero redujera la velocidad, sobre todo porque les estaban esperando marlines y peces vela.

Bebí mi zumo de naranja recién exprimido. Estaba muy bueno, al igual que los gofres belgas. Y el beicon estaba en su punto: crujiente sin estar seco. Y la fruta acompañante era excelente, tal vez la mejor que había tomado en mi vida, salvo en el desayuno de ayer. Y de anteayer. No sabía como la fruta normal que la gente compra en los supermercados, que siempre parece aguada, como si le hubieran inyectado agua para que parezca más grande y colorida. Ésta tenía sabor de verdad. Sabía como siempre has pensado que ha de saber la fruta, pero nunca sucede.

Bebí. Era maravilloso estar en mi lugar, al menos de momento. Me pregunté si alguna vez te acostumbrabas a este tipo de vida y te hastiaba lo suficiente para llamar al camarero y devolverlo todo si un gajo de pera presentaba algún defecto. Pensé que yo no lo haría, pero ¿quién sabe? Vivir de esta manera cambiaba a la gente, y tal vez acabaría convirtiéndome en un imbécil egoísta, como Robert, por ejemplo. Era imposible que hubiera sido así desde el principio, porque sus padres le habrían estrangulado en la cuna.

Por lo tanto, yo también cambiaría después de un par de años de vivir en un ático. Por supuesto, nunca lo sabríamos. Esto iba a terminar pronto, demasiado pronto, y yo volvería al mundo de las peras sin sabor y las manzanas aguadas. Triste, deprimente e inevitable, pero ¿por qué permitir que el futuro arruinara el presente? De momento, la vida era estupenda. Estaba vivo, y Patrick no, y todavía me quedaban dos lonchas de beicon y casi toda la fruta.

A las siete y cuarenta y un minutos había comido el último gajo de un melón perfectamente maduro, y tras apartar el plato volví a llenar la taza de café. Me había esforzado, pero no podía intentar alargar más el desayuno sin entrar en

cámara lenta. Así que bebí mi café y me quedé sentado bajo el sol esperando a Jackie. Pese al café, la cantidad de comida y el sol sobre mi cara consiguieron que me sintiera un poco dormido, perezoso, como un gran lagarto bien alimentado sobre una roca.

A las ocho y media estaba saturado de café y me sentía muy impaciente. No tenía motivos para estar impaciente. Al fin y al cabo, era sábado, y sabía que ninguna urgencia iba a exigir mi presencia. Aun así, me ponía nervioso estar sentado sin hacer nada. Supongo que puede parecer excesivo quejarse de no tener nada que hacer, salvo estar sentado en la terraza de un ático y beber café. Hay sinsos peores, en definitiva: yo he sido el responsable de muchos de ellos. Pero la verdad era que me sentía ignorado, incluso desairado, y quería que Jackie saltara de la cama y viniera corriendo hacia mí para protegerla: doble estupidez, porque sabía muy bien que no había nada de qué protegerla.

Pero eran las ocho y cuarenta y dos minutos cuando hizo acto de aparición por fin, y no lo hizo corriendo sino dando tumbos. Se dejó caer pesadamente sobre la silla de delante, como si se hubiera caído del tejado, y me miró durante varios segundos antes de recordar cómo se hablaba.

—Buenos días —dijo, con una voz a medio camino entre un graznido y un chirrido. Carraspeó, cerró los ojos y osciló un poco—. Café —añadió, y si un gruñido puede sonar al mismo tiempo autoritario y quejumbroso, ella lo consiguió. La miré. Su rostro tenía un aspecto hinchado, arrugado, y tenía el pelo desordenado y revuelto.

Abrió un ojo lloroso.

—Por favor —graznó.

Cogí la cafetera y cerré el ojo. Llené una taza y la dejé delante de ella, y como no se movió, me incliné, cogí su mano y la apoyé sobre el asa de la taza. Todavía sin abrir los ojos, vació la taza y la extendió hacia mí.

—Más —rezongó.

Volvi a llenar su taza. Bebió ésta mucho más despacio, y hacia la mitad su rostro empezó a recuperar su forma normal, y después abrió los ojos. Eran violeta otra vez, y casi todo el rojo se había desvanecido. Terminó la taza, se la volvió a llenar sin mi ayuda y bebió poco a poco.

—Lo siento —dijo al cabo de unos minutos. Su voz era todavía un poco rasposa, y carraspeó—. Esta noche no he podido dormir —explicó, con una voz casi humana—. Así que me tomé unos chupitos de ron. —Se encogió de hombros—. Vale, unos cuantos. De todos modos, no funcionó. Así que me tomé un par de somníferos. —Jackie cerró los ojos y meneó la cabeza poco a poco—. Tío, eso sí que funcionó, tío. Creo que estuve a punto de marcarme un Marilyn.

—¿Un qué?

—Monroe —dijo, con una sonrisa casi invisible—. Ya sabes, diosa de la pantalla toma sobredosis fatal. Oh, mi cabeza.

—¿Quieres una aspirina?

—He tomado cuatro o cinco. Me harán efecto dentro de un momento. —  
Frunció los labios y exhaló un profundo suspiro—. Es ese tipo. El acosador.  
Patrickno-sé-qué.

—Bergmann —dijo solícito.

—Sí. No paro de pensar, está ahí, tal vez observándome en este mismo momento, tal vez entre de tapadillo en el hotel y empiece a manipular la cerradura de mi puerta...

Durante medio momento, jugueteé con la idea de decirle que Patrick no iba a entrar de tapadillo en ningún sitio, salvo en la descomposición. Y en un mundo racional, ¿por qué no hacerlo? ¿Qué persona racional podría oponerse a la eliminación de un brutal asesino que hacía cosas horribles a seres humanos, y disfrutaba con ello? Pero al reflexionar con serenidad, se me ocurrió que, si se lo contaba, Jackie tal vez se daría cuenta de que también se trataba de una descripción adecuada de mí, de modo que quizá no sería una buena idea decírselo. Y, al fin y al cabo, la carne en descomposición no era un tema de conversación muy apropiado en la mesa del desayuno. De modo que me decanté por tranquilizarla de una forma pedestre.

—Hay una cadena en la puerta. Y un Dexter armado y mortífero en el sofá.

Volví a carraspear.

—Lo sé, pero es de noche y está oscuro. Todo parece más grande y malvado en la oscuridad.

Tenia razón, por supuesto, pero me limité a asentir, y ella continuó.

—Y después empecé a pensar en lo que habías dicho, en que se dejaría caer desde el tejado con una cuerda de tender, y juro que le oí arañando la ventana. Me levanté de un salto, miré y... —Sacudió la cabeza y sonrió con tristeza—. Qué tontería, ¿verdad?

—Bien...

—Sí, gracias, no hace falta que me des la razón. —Suspiró, y después miró la bandeja que había sobre la mesa con su tapa de plata—. ¿Eso es el desayuno?

—Lo que tomas cada mañana.

Jackie levantó la tapa de plata y contempló la escasa comida del plato. Cerró los ojos, dejó caer la tapa y se alejó de ella.

—Creo que esta mañana necesito algo más sustancioso —dijo, y se levantó—. Voy a pedir huevos.

—El beicon es muy bueno.

El desayuno de Jackie llegó con tanta celeridad como si lo hubieran preparado en el pasillo de nuestra habitación, y se lanzó sobre él como si no hubiera comido en una semana, cosa que no había hecho, por lo que yo sabía. Los raquíticos bocados que solía tomar no contaban, en mi opinión, y me produjo un extraño alivio verla comer algo que podía calificarse de comida. Todavía

mejor, dejó dos lonjas de beicon en el plato. Parecían terriblemente solitarias, de modo que les proporcioné de inmediato un buen hogar.

Y como el camarero nos había dejado una cafetera nueva, ambos rellenamos nuestras tazas, y después, casi al unísono, bebimos y nos reclinamos en la silla.

—Mejor —dijo Jackie—. Muchísimo mejor.

Cierto. Parecía casi superhumana una vez más. Su rostro había recobrado el color y la forma. Los pómulos habían emergido de la niebla, y sus ojos se veían claros, brillantes y muy violetas una vez más.

Durante un minuto o dos nos limitamos a sorber nuestro café en un agradable silencio. Yo no sentía la menor presión por decir cosas inteligentes e interesantes, ni al parecer Jackie. El sonido del teléfono, que reclamaba nuestra atención, nos sacudió por fin de nuestra modorra. Ella se puso en pie de un salto.

—Mierda —masculló, y atravesó la puerta corredera para contestar.

Regresó un momento después con el ceño fruncido.

—Kathy —dijo—. Quieren verme en vestuario. Nos encontraremos con ella allí.

—Pero si es sábado. Quiero decir, ¿la gente no se toma el día libre?

Jackie negó con la cabeza, con una sonrisa sugerente de que tenía muchas cosas que aprender.

—Empezamos el rodaje el lunes por la mañana, Dexter. La gente de vestuario y maquillaje tiene toneladas de cosas de última hora que hacer, y nos necesitan allí para eso.

—Oh —dije, y con un esfuerzo me puse mi gorra de guardaespaldas—. ¿La limusina estará abajo para llevarnos?

Ella asintió y se sentó para coger la taza.

—Frenará delante dentro de diez minutos. —Vació la taza y la dejó sobre la mesa—. Será mejor que me prepare. —Pero antes de que pudiera ponerse en pie, su móvil gorjeó. Sacudió la cabeza—. Nunca se acaba. —Lo recogió y miró la pantalla—. Oh —exclamó sorprendida—. Es tu hermana.

Tocó la pantalla y se llevó el teléfono al oído.

—Buenos días, sargento. No, ya he desayunado. —Me miró divertida—. Por supuesto. Hasta se ha terminado el mío... Lo sé, debe tener un metabolismo muy acelerado, porque...

Siempre es agradable que la gente hable de ti, pero a juzgar por las sonrisas de suficiencia que Jackie enviaba en mi dirección, tal vez no fuera la conversación más halagadora. Pero aparte de lanzar un alarido y arrebatarse el teléfono, no podía hacer otra cosa que aguantar, y fue lo que hice, y la cháchara cambió al parecer a otro tema enseguida.

—Vaya —dijo Jackie—. ¿En tu día libre? Lo sé, por eso hemos intentado evitar... No... No, he de ir a hacer unas pruebas... Unas pruebas de vestuario.



Para el piloto... ¿Sabías que empezamos a rodar el lunes? Ah, estupendo, porque...

Me miró de nuevo, esta vez con algo más en sus ojos: ¿desafío? ¿Especulación? No estaba seguro. Su lengua asomó entre los labios, y su boca se torció como si intentara reprimir un impulso travieso sin lograrlo.

—Claro, ¿por qué no? Es una gran idea. Les encantará... Bien, no me importa... No, es un poco bruja, pero creo que no hay problema... Me aseguraré de que todo salga bien... Claro, será genial. Adiós. —Tocó la pantalla de nuevo y dejó el teléfono—. Tu hermana —dijo de manera innecesaria.

—Lo sé. ¿Cómo estoy?

Pero Jackie ya se estaba alejando a toda prisa.

—He de prepararme —gritó sin volverse, y entonces desapareció, en dirección a los oscuros misterios del maquillaje, el pelo y todo lo demás que hacen las mujeres cuando Se Preparan.

Diez minutos después, el portero llamó a la habitación para decirme que el coche había llegado, y sólo dos o tres minutos más tarde estábamos en el ascensor para bajar al vestíbulo. Benny, el portero, se había tomado por fin un día libre, y su sustituto nos esperaba junto a la puerta. Miró a Jackie con visible tensión, mezclada con admiración.

Aunque no era necesario, repetí mi rutina de salir y pasear la vista a mi alrededor. Todo parecía correcto. No se veía ni rastro de ningún acosador empapado de agua e incrustado de percebes. El Corniche todavía parecía caro.

El conductor de la limusina era el mismo hombre, que parecía un poco sorprendido. Abrí la puerta delantera y asomé la cabeza.

—¿No tiene fiesta los fines de semana?

—No si he de llevar a Jackie Forrest —contestó. Me guiñó el ojo—. Además, cobro el doble.

Como currante, me alegré mucho por él. Cerré la puerta y fui a buscar a Jackie. Me pregunté si yo también cobraría el doble. Se me ocurrió que en ningún momento habíamos hablado del precio de mis servicios, y me pregunté cómo podría sacar el tema a colación sin parecer un mercenario. Era un mercenario, por supuesto, más que eso, con Patrick metido en su tumba de agua, ahora era técnicamente un asesino a sueldo, que me parecía lo más mercenario que alguien puede ser. No había pensado en eso antes, y ahora lo hice. Se me antojaba inimaginable que hubiera matado por dinero. No lo había hecho a propósito; había matado a Patrick para relajarme durante unos días y disfrutar de la vida de Acompañante de Celebridad.

Eso me parecía todavía peor, por supuesto: había matado por el servicio de habitaciones. Era un ser horrible y despreciable. Me pregunté si debería sentirme mezquino e impresentable, o quizá sólo hastiado e insensible. ¿Podría caer más bajo? Ya era indiferente al sufrimiento de mis víctimas, de modo que no podía

tratar de que eso encajara con una versión más nueva y fría de mí mismo, si es que existía.

No pensaba ser diferente, pero siempre eres el último en enterarte de que has cambiado a peor. Tal vez mi nuevo yo era ya un monstruo de egoísmo e indiferencia. ¿Qué vendría a continuación? ¿Perdería los modales en la mesa, dejaría de dar propina en los restaurantes? Pero durante el breve trayecto de regreso al vestíbulo del hotel, no conseguí recabar ningún detalle sobre cómo esta cosa nueva me haría actuar, de manera que decidí no preocuparme al respecto, y volví a preguntarme cómo podría llamar la atención de Jackie sobre el estipendio de Dexter.

Cuando conseguí acomodarla en el asiento trasero de la limusina, no se me había ocurrido nada que no pareciera controvertido o grosero. De manera que aparqué el tema de momento y me dispuse a disfrutar del trayecto.

Atravesamos la ciudad con escaso tráfico, casi siempre absortos en nuestros pensamientos. Varias veces sorprendí a Jackie mirándome con lo que podría calificarse de mirada de suficiencia secreta, y si bien es agradable ser el objetivo de la felicidad ajena, a mí no me proporcionaba ninguna alegría su regocijo apenas reprimido, sobre todo porque no tenía ni idea de cuál era la causa.

El equipo técnico, así como los miembros del reparto menos importantes, se alojaban en el Hyatt Regency del centro. El sábado por la mañana tardamos poco en llegar, y entramos en el corto camino de entrada circular que nos dejó delante del hotel tan sólo un cuarto de hora después. Bajé una vez más y repetí mi papel de eterno vigilante, mirando a mi alrededor en busca de algún Patrick al acecho. No vi ni rastro de él, lo cual era una mala noticia para los amantes de los zombis, y me volví para ayudar a Jackie a bajar.

Vestuario tenía una suite en el piso veinticuatro, y entramos en un ascensor ocupado por tres ejecutivos, con sus trajes grises y maletines de rigor, lo cual se me antojó una pasada en un sábado por la mañana. Tal vez se celebraría una reunión de la junta directiva en su iglesia. La puerta se cerró, y uno de ellos lanzó una mirada cargada de importancia en nuestra dirección. Apartó la vista con altivez, y después volvió a mirar.

—¡Oh, Dios mío, Jackie Forrest! —soltó, y los otros dos pegaron un bote y también nos miraron boquiabiertos.

Jackie sonrió con elegancia e interpretó su papel, el *noblesse oblige* del que había hablado. Casi me dieron ganas de que hubieran sido grosera con ellos, puesto que me vi obligado a sujetar la puerta del ascensor durante un minuto mientras firmaba uno de los maletines con un rotulador. Se oyeron campanillas lejanas, lo cual indicaba que alguien más deseaba el ascensor, y la puerta no paraba de golpearme mientras intentaba cerrarse y responder a la llamada.

Pero, por fin, Jackie se deshizo de su público adorador y salió al piso veinticuatro, y mientras las puertas se cerraban oí que el cazador de autógrafos

decía muy nervioso a los demás:

—¡Madre mía!, menudo pedazo de...

Por suerte, las puertas se cerraron y ahogaron la última palabra, y mientras yo me preguntaba de qué era Jackie un menudo pedazo, corrimos por el pasillo hasta la suite donde Vestuario había acampado.

Entrar en la suite fue como encontrarte en una colmena un momento después de que alguien la hubiera golpeado con un palo. En el ojo del huracán, una mujer alta de edad indeterminada se erguía con aire autoritario junto a un maniquí. Robert estaba aparcado inmóvil delante de ella, vestido con una espantosa camisa hawaiana, mientras la mujer se la ceñía y empezaba a abrochar los botones. Daba la impresión de que Robert tenía miedo de moverse, y entonces me fijé en la mujer con más detenimiento para ver qué podía inspirar tal temor.

Tenía el pelo negro, vetado de un gris que tal vez fuera teñido, y llevaba gafas grandes de montura negra que se curvaban en los costados y brillaban de diamantes falsos. Su rostro albergaba una expresión de perenne malevolencia, los labios fruncidos y los ojos entornados, como si desaprobara de manera automática todo y supiera muy bien qué hacer para solucionarlo y lograr que lo lamentaras.

Una cinta métrica colgaba alrededor de su cuello, y estaba chillando a alguien llamado Freddy que trajera de una puta vez la puta pistola de pegamento termofusible antes de que se endureciera, joder. Y un joven diminuto, probablemente Freddy, huyó de ella aterrorizado, supuse que para ir a buscar la puta pistola de pegamento termofusible.

Junto al ventanal, en un sofá bajo y en varias sillas acompañantes, un grupo de hombres y mujeres estaban sentados juntos, conversando. En una mesita auxiliar contigua había una cafetera de cromo grande y algunas cajas de pasteles.

Otro joven delgaducho llegó corriendo en dirección contraria, los brazos cargados con uniformes azules de la policía. Eché un vistazo a una manga que colgaba suelta: ponía «POLICÍA DE MIAMI». Me pregunté de dónde habrían sacado las placas, puesto que había convivido con la policía de Miami durante toda mi vida y nunca había visto unas como aquéllas.

—Cierra la boca —dijo Jackie, y caí en la cuenta de que había estado contemplando boquiabierto la melé—. Si Sylvia distingue algún punto débil, todo habrá terminado.

Cerré la boca y Jackie apoyó la mano en mi codo para dirigirnos hacia la salvación. Pero antes de que pudiera dar un paso más, la puerta de la suite se abrió de repente, y yo me volví a mirar. Y por desgracia para la imagen de mí mismo volví a quedarme boquiabierto.

Porque parados en el umbral estaban Cody y Astor. Detrás, un carrito de bebé con dos pasajeros apareció a la vista, y mi mandíbula se descolgó todavía

más cuando reconocí a los dos pasajeros: mi hija, Lily Anne, y el hijo de Debs, Nicholas.

—¡Papu! —chilló Lily Anne, extendiendo los brazos hacia mí para que la levantara, y Nicholas se puso a dar saltitos debido a la emoción del momento.

Y por supuesto, justo detrás de ellos, con una sonrisa de suficiencia y al mando del cochecito, estaba la Sargento Hermana Deborah.

—Hola, Dexter —dijo Astor—. Este lugar parece de locos. ¿Tienen donuts?

—Tía Deborah dijo —me explicó en voz baja Cody.

—¿Qué, qué, el qué? —pregunté, como un descerebrado.

—Muévete, Dex —dijo Deborah—. Y cierra la boca.

¿Habéis notado alguna vez que, de tanto en tanto, da la impresión de que el mundo entero es una conspiración designada para que quedes como un idiota? Y si eres un ser razonable, con ciertos conocimientos de lógica, te dices que es simple paranoia. Te convences de que son imaginaciones tuyas y continuas adelante. Pero entonces, ocurre algo que te impele a pensar que no se trata de una idea tan improbable, a fin de cuentas.

No cabía duda de que era uno de esos momentos. Delante de mí, Debs estaba sonriendo con suficiencia. Cody y Astor me rodearon para entrar en la suite, alzaron la vista y también me dedicaron una sonrisa de suficiencia. Y cuando me volví a mirar a Jackie, distinguí en su rostro la sonrisa de suficiencia más antipática de todas.

—¿Qué, mmm... —dije, y me sentí muy dichoso de no tartamudear—, está pasando aquí?

—Dexter, has conseguido trabajo en una película —dijo Astor, en un tono algo venenoso, aunque no tanto como el que utilizaba con Rita en los últimos tiempos—. Con estrellas... —Miró a Jackie, y después a Robert—. Y no nos dijiste nada, ni nos trajiste aquí, ni nada por el estilo. —Me dirigió una mirada fría y malhumorada—. Sabes que voy a ser actriz, y se supone que has de ocuparte de nosotros, y ayudarnos a aprender cosas y hacer cosas guays, y ni siquiera nos dijiste nada.

—Tendrías que habérmelo dicho —dijo Cody en voz baja, y eso me hirió más que el desprecio de Astor.

—Sí, pero el colegio es... y en cualquier caso...

Lamentablemente, ya me había puesto a tartamudear.

—Es sábado —dijo Cody.

—Te estás comportando como un gilipollas —dijo Astor. Y antes de que pudiera preguntar dónde había aprendido aquella palabra, Deborah empujó el cochecito a través de la puerta y se paró a mi lado.

—Rita me llamó y preguntó si podría cuidar de los críos —me informó—. Una especie de crisis espantosa en el trabajo relacionada con el euro y los precios de los bienes raíces en Alemania. Cosa que sabrías si la hubieras llamado.

—Sí, pero... O sea, en sábado...

—Eres un verdadero gilipollas —dijo Debs, al tiempo que sacudía la cabeza.

Miré a Jackie. Ella sonrió y asintió.

—Lo eres —dijo muy contenta.

Todos me miraban con cierto desprecio e ironía. Daba la impresión de que hasta los dos niños pequeños habían aprendido la mirada, y ya esperaba que Lily Anne gritara, « ¡Gilipollas, papu! » Por suerte para mí, no lo hizo, y yo llevé a cabo un valeroso esfuerzo por recoger los restos de mi dignidad.

—Bien —dije—, estoy muy contento de veros a todos.

Podría haber continuado mi rastrero y servil discurso, pero Astor había clavado la vista en Jackie.

—¿Eres actriz? —preguntó, casi con timidez, algo muy raro en ella.

Jackie la miró y enarcó una ceja.

—Sí.

—¿Eres famosa?

Jackie le dedicó una sonrisa cortés.

—Creo que es una cuestión de opiniones.

Astor la miró un momento más, frunció el ceño, me miró y preguntó a Jackie:

—¿Por qué estás con Dexter?

Ella me miró en busca de ayuda, pero yo no podía auxiliarla. La punta de su lengua asomó entre sus labios y respiró hondo.

—Dexter me... está ayudando con... un problema.

Astor meneó la cabeza.

—¿En qué clase de problema podría ayudarte? —preguntó, y aquel antiguo tono sarcástico regresó a su voz. Hasta lanzó una risita disimulada—. ¿Tienes problemas con las salpicaduras de sangre?

—No, claro que no.

—Eso es lo único que Dexter sabe hacer —dijo Astor—. Salvo... —Se reprimió justo a tiempo, me miró, se quedó boquiabierta y giró en redondo hacia Jackie—. Oh, mierda. Tenéis un lío. —Volvió a mirarme—. ¡Dexter está practicando el sexo con una actriz famosa! ¡Qué guay!

Jackie se ruborizó, y mi hermana, Debs, siempre diligente, soltó un bufido risueño.

—¿Qué? ¡No! —dije—. Astor, eso es ridículo.

—Bien, entonces, ¿qué? ¿Por qué estás con ella?

Vacilé, y Jackie tampoco dijo nada. Debs enarcó una ceja y se encogió de hombros, lo cual no fue muy útil. Por lo visto, todo giraba en torno a mí, de modo que intenté ser diplomático.

—Es una especie de secreto —dije.

—Los líos siempre son secretos —repuso Astor. Me pregunté si alguien se daría cuenta si la arrojaba por la ventana.

—Astor, no es un lío —dije, y después respiré hondo y me tiré de cabeza al hoyo—. Ha recibido algunas cartas aterradoras. Yo sólo estoy... procurando que no le pase nada malo.

El rostro de la niña se iluminó y sonrió a Jackie.

—¿Te acecha un psicópata? ¡Caramba! ¡Vaya si eres famosa!

Jackie se volvió hacia mí con una expresión consternada.

—Astor, por favor, es un secreto —dije.

—¿Por qué? Si alguien me acosara, querría que todo el mundo se enterara.

—Jackie podría perder su empleo —comentó Deborah.

La niña frunció el ceño y meneó la cabeza.

—¿Por qué? No es culpa de ella.

—Es complicado —insistí—. Haz el favor de no decirlo a nadie.

Me miró como si estuviera calculando qué podría obtener de mí a cambio de su silencio, y yo estaba a punto de prometerle un poni nuevo, cuando el destino me sonrió por una vez. Al final de la suite, cerca de un corto pasillo, alguien se puso a chillar presa de la ira y todo el mundo se volvió a mirar.

Renny estaba sujetando a Kathy, la ayudante de Jackie, por las muñecas. Ella se debatía, y le gritaba con furia que la soltara o se lo contaría a todo el mundo. Él dijo algo perentorio en voz baja, y Kathy se liberó las manos y le abofeteó.

—¡Te lo dije la última vez! —gritó—. Juro por Dios que... —Entonces, uno de los jóvenes flacuchos de Sylvia se interpuso valientemente entre ambos e intentó calmarlos. Kathy retrocedió y dirigió a Renny una última mirada—. ¡Lo digo en serio, capullo! —Dio media vuelta y se dirigió hacia Jackie. Por primera vez, no iba cargada con papeles, y ni siquiera sujetaba su teléfono habitual con una mano y el vaso de Starbucks con la otra. Me fulminó con la mirada y se plantó ante su jefa—. Sylvia dijo que no podía esperarte más y que iba a empezar con Robert...

—De acuerdo, Kathy, no pasa nada —dijo Jackie en tono conciliador—. ¿Te encuentras bien?

La ayudante se subió las gafas con un dedo rechoncho.

—Estoy bien. Pero el pedazo de mierda de Renny...

—Vale, se acabó —dijo Jackie, tomó a Kathy del brazo y la condujo hacia el sofá, en el lado opuesto de la habitación donde se encontraba Renny. Éste la estaba mirando con una extraña combinación de ira y júbilo. Después se volvió y se dio cuenta de que yo le estaba mirando, y cuando nuestros ojos se encontraron, oí un tenue silbido de un Algo enroscado en mi interior y el lejano sonido de unas alas correosas al extenderse y agitarse inquietas, casi a punto de alzarse y salir al encuentro de la cosa que nos estaba mirando desde el Algo sibilante de Renny...

Y entonces el actor humorista dio media vuelta y el Pasajero bostezó y prosiguió su perezosa siesta, y yo me pregunté una vez más si había distinguido alguna amenaza en los ojos de Renny. ¿Hacia qué le conducía, en caso de que fuera así? ¿Y qué había hecho a Kathy? Daba la impresión de que la mujer se sentía tan furiosa con él como se había sentido conmigo. ¿Acaso él también la había obligado a mear en el suelo?

Pero antes de que pudiera hacer algo más que esbozar las preguntas, Astor habló de nuevo.

—Oh, oh —dijo, y su voz era reverente y queda—. Ése es el tipo de la serie

que le gustaba a mamá. Siempre la están reponiendo. ¿Cómo se llama...?

Me volví para ver de qué hablaba. Por desgracia, estaba mirando a Robert.

—¿Te refieres a Robert? —pregunté—. ¿A mamá le gusta la serie antigua de Robert?

—Robert Chase —dijo Astor entusiasmada. Miró al actor con ansiedad y se humedeció los labios—. Le he visto en la tele como cien veces.

Había un tono de anhelo en su voz que yo nunca había percibido, y me di cuenta, por ridículo que me pareciera, de que Astor estaba fascinada por una estrella..., y nada menos que por Robert, por el amor de Dios.

De todos modos, como padrastro tenía mis obligaciones, como ella ya me había recordado, y estaba dispuesto a hacer casi cualquier cosa con tal de borrar de su mente el pequeño secreto de Jackie, de modo que reprimí el suspiro de cansancio que estaba intentando escapar y lo sustituí por alegres palabras paternas.

—¿Quieres que te presente? —pregunté. Y Astor me dirigió una mirada que me llevó a pensar en la posibilidad de que tal vez pudiera reconciliarme con ella.

—Jolín, sí.

—Astor —advirtió Debs.

—Quiero decir, sí, por favor, Dexter —se corrigió, con una expresión absolutamente artificial de inocencia angelical en la cara—. Tengo muchas ganas de conocerle.

—Yo también —dijo Cody, que se negaba con tozudez a quedar relegado a un segundo plano.

—Bien —repliqué, pensando en el Robert al que había llegado a conocer tan bien—, espero que no os llevéis una decepción.

Astor resopló y sacudió la cabeza.

—Dexter, es una estrella —observó, con voz teñida de compasión por mi estupidez—. ¿Cómo puede decepcionar?

Se me ocurrieron una docena de maneras, todas basadas en mi conocimiento de Robert, pero lo mejor sería que él en persona se encargara de destrozar sus sueños.

—Vale. Vamos.

—¿Le conoces? —preguntó Astor—. ¿De veras le conoces?

—Oh, sí, le conozco. Venid.

Me encaminé hacia donde Robert estaba forcejeando con su repugnante camisa hawaiana. Daba la impresión de que era unas cuantas tallas más pequeña, y no podía abrocharse todos los botones.

—No he engordado ni un gramo —estaba diciendo a la arpía—. Ni un gramo en quince años. No es mi talla. O se encogió cuando la lavaste.

—Yo no encojo la ropa —gruñó la mujer.

—Bien, pues alguien lo hizo. ¡Mira esto! —Robert abrió la camisa y exhibió



su pecho desnudo. Era liso y sin pelo, como si se depilara, pero cabe decir que también era esbelto y bien musculado—. ¡Aquí no hay grasa, ni un gramo!

La mujer (¿Sylvia?) se acercó a Robert y dio un tirón a la camisa. Tampoco consiguió cerrarla. Lanzó un silbido, y después le arrancó la camisa.

—¡Teddy! —rugió, y el joven que había cargado con los uniformes se acercó a toda prisa.

—Sylvia, las insignias de los brazos se están desprendiendo, y no tenemos suficiente pegamento caliente para...

Ella arrojó la camisa de Robert al pobre muchacho, y éste la atrapó con la cara.

—Coge esto —bramó la mujer—. Ve a buscar una igual, dos tallas más grande.

—No sé si hay más con este dibujo —se lamentó Teddy, al tiempo que se quitaba la camisa de la cara—. El hombre dijo que...

Sylvia cerró los ojos.

—Vete —dijo en voz baja, pero en la que se intuía una terrible amenaza, y el joven huyó con la camisa.

—¡Eh, Dexter! —dijo Robert. Volvió los ojos hacia los niños—. Mira lo que tenemos aquí, ¿eh?

Astor me miró con renovado respeto.

—Sí que le conoces —dijo—. ¡Conoces a Robert Chase!

—Pues claro que me conoce —contestó él muy contento—. Me ha estado dando clases de forense toda la semana. Para mi nueva serie. —Avanzó un paso hacia los niños y extendió la mano a Cody—. ¿Cómo estás, colega? —preguntó.

—Hola —dijo el niño, mientras le miraba con solemnidad, y después estrechó poco a poco su mano.

Robert se volvió hacia Astor y extendió la mano.

—¿Y tú cómo te llamas, preciosa?

Ella enrojeció. Fue un espectáculo asombroso, algo que yo no había visto nunca durante todos los largos años que la conocía. Se ruborizó y extendió la mano hacia Robert como si fuera a coger las joyas de la corona.

—Astor —dijo, con voz tan tenue que habría podido ser la de Cody.

—Astor —repitió Robert, sonriente—. Un bonito nombre para una bonita chica. —Le sonrió, sujetó su mano unos cuantos segundos de más y se volvió hacia mí—. Dexter, santo cielo, dijiste que tenías hijos, pero no me dijiste que tu hija era una supermodelo.

La cara de Astor enrojeció todavía más, pero Cody frunció el ceño. No cabía duda de que se sentía algo excluido.

—Bien, ¿qué tenemos aquí? —sonó la voz chillona y aterradora de Sylvia, la arpía de vestuario. Me volví, dispuesto a desenvainar una espada y clavársela antes de que se comiera a mis hijos, pero en cambio descubrí que estaba

sonriendo.

—Son los hijos de Dexter —la informó Robert—. Ya sabes, mi asesor técnico.

—¡Vaya, son guapísimos! —exclamó entusiasmada. Su rostro se abrió en lo que debía querer ser una sonrisa cariñosa. Era difícil decidirlo, puesto que resultaba claro que la cara de Sylvia no estaba hecha para esas cosas. Pero sonrió y miró a Cody y Astor con afecto maternal, y yo no habría podido sentirme más asombrado ni que hubiera visto un presupuesto federal equilibrado.

Se arrodilló entre los niños con aquella misma sonrisa cariñosa de aspecto falso en la cara.

—Hola, hombrecito —dijo a Cody. Apoyó una mano sobre su hombro—. Oh, Dios... Eres muy fuerte. ¿Juegas a fútbol americano?

Él se estaba esforzando por no parecer complacido.

—Fútbol —dijo con su voz demasiado queda.

—Un deporte maravilloso —ronroneó Sylvia—. ¿Cómo te llamas?

—Cody —respondió. Estaba claramente dividido entre el resentimiento por ser tratado como un idiota y el placer de que alguien le prestara tanta atención, pero daba la impresión de que el placer estaba ganando.

—Yo me llamo Sylvia. Soy la responsable de toda la ropa que los actores utilizan en el piloto.

Cody asintió.

—Trajes.

La mujer dio una palmada de alegría.

—¡Exacto! ¡Así que también eres inteligente!

Por supuesto, a Astor no le hacía ninguna gracia que la excluyeran. Puso los ojos en blanco.

—Oh, hermano.

Sylvia la miró.

—¿Y tú cómo te llamas, querida?

—Me llamo Astor. Voy a ser actriz.

—Bien, todas las niñas pequeñas dicen lo mismo.

Astor emitió un sonido que se parecía mucho al silbido de Sylvia.

—Tengo casi doce años.

—Podría serlo —dijo Robert, mientras se colocaba al lado de Astor—. O sea, tiene el físico adecuado, sin duda.

Y la niña le dirigió una mirada de adoración todavía más intensa, si ello era posible.

—Bien, Dex —dijo Robert—, estupendos chicos, y me alegro de que los hayas traído, pero ¿qué estás haciendo aquí en un sábado? Y con ella... —Cabeceó en dirección a Jackie, y aunque nunca había visto que un cabeceo expresara desprecio, lo logró. Al fin y al cabo, era un actor—. Quiero decir...

Enarcó una ceja, y no había duda de que estaba esperando una explicación

razonable.

—Oh, bien —dije, a la espera de que se me ocurriera algo brillante.

—¿Es verdad que Dexter ha estado trabajando con usted toda la semana, señor Chase? —preguntó Astor.

—Robert —dijo él, con una sonrisa que puso al descubierto más dientes centelleantes de los que tiene un humano normal—. Llámame Robert.

—Robert —dijo Astor, y el sonido le gustó.

—Así que quieres ser actriz —Indicó con un cabeceo al otro lado de la habitación—. He de ir a por mi camisa. ¿Quieres ver cómo es el camerino de un actor?

—Claro, Robert —dijo ella, aunque no logró sonar tan madura como creía. Me miró con fría indiferencia—. Vuelvo enseguida.

—Sólo será un momento, Dex —me dijo Robert, exhibiendo todavía demasiados dientes—. ¿De acuerdo?

—Mmm... —dije, con la vaga idea de que la situación se me estaba escapando de las manos, pero antes de que pudiera verbalizar alguna objeción, Astor puso los ojos en blanco.

—No pasa nada —dijo—. Vamos, Robert. —Me dedicó su mejor sonrisa de adulta—. Robert y yo volveremos enseguida, Dexter.

Le cogió de la mano y los dos se encaminaron hacia el pequeño vestíbulo que había al fondo de la suite, donde había tres puertas, probablemente los dormitorios y cuarto de baño.

Robert me miró. Su rostro estaba iluminado de una forma que nunca había visto, y recordé que estaba encaprichado de mí. Tal vez pensaba que me complacería verle prestar atención a mi dulce e inocente hijita. Bien, pues no, y pronto descubriría lo dulce e inocente que era Astor. En cuanto se librara de su adoración y empezara a actuar como era en realidad, ya veríamos si le hacía tanta gracia. Le saludé con la mano. Él me devolvió el saludo y desaparecieron juntos por la puerta del fondo, y cuando me volví, vi que Jackie venía corriendo hacia mí.

—¿Qué ha dicho? —preguntó en voz baja, pero perentoria—. ¿Ha preguntado por qué estás aquí conmigo?

—Bien, la verdad es...

—Maldita sea. ¿Qué le has dicho?

—Nos distrajimos. No le dije nada.

—Bien, lo volveré a preguntar. Hemos de pensar en algo. Es el único tipo que no ha de saber lo de... Patrick —Se mordió el labio, con aspecto muy preocupado—. Robert es... Nada le gustaría más que esparcir la noticia de que me persigue un psicópata para que me despidieran...

Hizo una mueca y miró alrededor para ver si alguien la había oído, pero no había nadie cerca. Cody estaba con Sylvia, clavando agujas en el maniquí. No

había nadie más cerca.

—Maldita sea, no sé. Podríamos decir... —Enmudeció, con el ceño fruncido, y paseó la vista en torno a ella—. Ya lo tengo —dijo, cuando la inspiración y el alivio se pintaron en su cara—. ¿Dónde está Kathy?

Una puerta se cerró de golpe, y la ayudante salió corriendo del vestíbulo por donde Astor y Robert habían desaparecido. Jackie levantó la mano para hacerle una seña, pero ella no la vio. Salió por la puerta de la suite y desapareció.

—¿Qué demonios...? —dijo Jackie.

—Tal vez se ha quedado sin café —sugerí, pero ella se limitó a mirarme, y después desvió la vista hacia la puerta por la que Kathy se había ido, con el ceño fruncido, y entonces Robert y Astor se acercaron trotando hacia nosotros. Él se estaba abotonando la camisa, y parecía aturullado. Me pregunté qué le habría dicho Astor. Como sabía muy bien, era capaz de decir cosas muy sorprendentes. A juzgar por la expresión de Robert, ésta habría sido delirante.

Al igual que Cody, Astor estaba apeada para siempre de lo Normal. A Cody le gustaba matar cosas, y con la guía adecuada, de mayor sería como yo, un monstruo bien adaptado. Pero Astor... No lo sabía. Las chicas eran diferentes, si bien la forma que adoptaría su diferencia no estaba clara. Por lo que yo sabía sobre el tema, estaba en la edad en que pronto lo descubriríamos.

Como yo, y como su hermano, era incapaz de sentir empatía con los demás. No tenía emociones, a menos que contáramos su abrumador malhumor. Había llevado a cabo algunas investigaciones, sólo para estar preparado, y lo más probable era que Astor eligiera alguna carrera que le permitiera manipular a la gente a su antojo, para después llegar a lo más alto haciendo lo que fuera preciso, sin importarle las consecuencias para los demás. Aprendería a obligar a la gente a hacer lo que ella quisiera, a veces sólo porque podía hacerlo, para verla sufrir.

Por lo demás, ignoraba de qué iba a ser capaz algún día. No había demostrado ningún interés en nada, aparte de la ropa y hacer sufrir a los chicos, lo cual era casi normal para una chica de su edad. Casi siempre parecía encolerizada, y gran parte de su cólera se expresaba de manera verbal. A veces, decía y hacía cosas que podían ser muy sorprendentes para los que no estaban preparados. A juzgar por la expresión de Robert, tuve que pensar que lo había hecho con él.

—Eso es... ¿Lo ves? Sólo hemos estado un minuto o así... ¿Adónde ha ido tu ayudante? —dijo Robert, con aspecto perplejo mientras paseaba la vista a su alrededor. Astor estaba a su lado con una especie de sonrisita de superioridad en la cara.

—¿Tú no tienes ayudante, Bob? —preguntó Jackie con excesiva dulzura.

Robert frunció el ceño.

—Hemos de trabajar juntos, así que...

—Robert quiere enseñarme la sala de maquillaje, pero dice que antes te lo he

de preguntar a ti —explicó Astor—. ¿Puedo ir a verla? Por favor, Dexter.

—Siguiendo el pasillo —se apresuró a decir Robert. Como yo no contesté, continuó: ¡Oye! No me dijiste... ¿Cómo es que has venido? Con los niños y... —Lanzó una mirada a Jackie, y después continuó a trompicones—. Ya sabes. ¿En sábado?

—Dexter va a obtener un menos-de-cinco —dijo Jackie—. Le dije que le enseñaría dónde está vestuario. —Sonrió a Robert, una sonrisa poco alegre—. ¿Te vale así, Robert? —dijo, como si pusiera su nombre entre comillas.

—¿Qué es un menos-de-cinco? —preguntó Astor.

—Bien —dijo Robert, con la vista clavada en Jackie y los dientes al descubierto—, no puede actuar peor que algunos profesionales.

—Justo lo que yo pensaba —contestó con dulzura ella, al tiempo que también exhibía su dentadura—. Desde luego, es casi mejor que... algunos actores.

—Miau —dijo Sylvia, mientras se interponía entre ambos—. ¿Aún seguís en ello? ¿Después de tantos años?

—Algunas cosas son eternas —repuso él—. Como el herpes.

—A Robert le cuesta mucho olvidar las cosas —dijo Jackie jovial—. Y además, era una cosa muy pequeña.

Él se tiñó de un rojo intenso y cerró los puños.

—Supongo que tú eres la experta.

—Bien —repuso Jackie, con la misma dulzura recubierta de acidez—, tú no eres un experto, desde luego.

Robert abrió la boca para decir algo demoledor, pero no llegó a tener la oportunidad. Sylvia le cogió del brazo.

—Basta ya, los dos —dijo—. Has de ir a probarte los pantalones.

—Iba a enseñarme la sala de maquillaje —protestó Astor.

—El trabajo es lo primero —dijo Sylvia—. Vamos, Bob.

—Robert —replicó él automáticamente. Sonrió a Astor—. Sólo serán dos minutos.

Sylvia le tiró del brazo, y con una última mirada asesina a Jackie, Robert permitió que se lo llevaran a rastras.

Astor le siguió con la mirada, con un mohín exagerado, y después, tras mirarme de soslayo para ver si iba a detenerla, les siguió.

Miré a Jackie, con la esperanza de obtener alguna pista sobre lo que estaba pasando. Esto había sido algo más que las pullas habituales entre Robert y ella. Se deducía del veneno, del mismo modo que de las palabras, que habían compartido alguna historia, y también que había sido desagradable. Pero ella se limitó a mirar la espalda del actor, y cuando desapareció por fin en uno de los dormitorios de la suite, se volvió hacia mí.

—Bien, ahora hemos de conseguirte un menos-de-cinco.

—¿Es una especie de esmoquin?

Jackie sonrió y me palmeó la mejilla, y si bien era una declaración transparente de que yo era un patán adorable, el tacto de su mano me gustó mucho, de modo que me concentré en lo de «adorable» y me olvidé del resto.

—Tienes tanto que aprender —dijo—. Y tan poco tiempo.

Dejó su mano apoyada sobre mi mejilla un momento, y percibí el leve aroma a perfume que ascendía desde su muñeca. Después dejó caer la mano.

—Como Kathy se ha ido, tendré que hacerlo sola —dijo—. Pero el director me debe un favor. Así que...

Sonrió, y después, del mismo modo que Astor se había llevado a Robert, tomó mi mano y me sacó al pasillo.

Mi madre adoptiva, Doris, solía decir que se aprende algo nuevo cada día. Siempre lo había considerado una sutil amenaza, pero en este caso lo que aprendí de Jackie fue inofensivo y deliciosamente inútil. Resultó que yo había estado pensando en « más cuatros », y eso no era un esmoquin, sino una especie de indumentaria de golf de los Tres Chiflados. Un « menos cinco », en realidad, era un papel, llamado así porque el actor en cuestión (y en este caso era de lo más discutible) tenía que recitar menos de cinco líneas. No conseguí deducir por qué el número era tan importante; algo que ver con los sindicatos, me parece. Cuanto más aprendía sobre el negocio del espectáculo, más me parecía que casi todo giraba acerca de uno u otro sindicato.

En cualquier caso, conceder un papel con diálogo a un especialista forense sin experiencia en la interpretación (al menos, no delante de una cámara) no le parecía muy complicado al director, Victor Torrano. Se limitó a suspirar.

—De acuerdo —dijo—, qué demonios, genial, deja de hacerme ojitos.

Me alivió saber que no se refería a mí, sino a Jackie.

Victor se volvió y me repasó de pies a cabeza.

—Mmm... Vale, tengo algunos papeles que iba a dar a actores de la ciudad. Mmm..., no eres lo bastante varonil para hacer de poli. Ni tienes pinta de malvado para hacer de traficante de drogas... —Escudriñó mi cara y entornó los ojos—. Oh, lo siento, ¿cómo te llamas?

—Dexter Morgan —contesté, con la esperanza de que todo fuera así de fácil.

—Dexter, de acuerdo. ¿Sabes algo de forense?

No pude disimular una sonrisa.

—De hecho...

Y mira por dónde, dijo la palabra, y Dexter ya era actor.

Jackie me condujo de vuelta a la madriguera de Sylvia, con una nota de Victor aferrada en mi mano, anunciando que estaba contratado para toda la temporada, o al menos para un episodio, Ben Webster, escena cuarenta y nueve, y debía ir vestido de la forma adecuada.

—Ben Webster —dije a Jackie cuando nos alejamos de Victor—. ¿No era un dramaturgo de la era isabelina?

Ella palmeó mi mano.

—Creo que no —contestó—. No estarás nervioso, ¿verdad?

—Oh, no. En absoluto.

Volvió hacia mí aquellos enormes ojos violeta y me dedicó una sonrisa torcida.

—Todo saldrá bien —añadió—. No te preocupes.

De hecho, no estaba nada preocupado por interpretar. Al fin y al cabo, he estado interpretando toda mi vida, en el papel de un ser humano y un tipo muy

agradable, dos cosas que, desde luego, no soy. Y como nunca me han metido en la cárcel ni me han matado a tiros, debo decir que mi trabajo ha de ser muy bueno.

Volvimos a la sala de vestuario y vimos que Cody estaba ayudando a Sylvia a aplicar la cinta métrica al brazo de Renny, quien estaba sin camisa, y debo decir que no era una visión inspiradora. No era gordo, pero no estaba en la forma física de Robert. Sus músculos se veían redondeados y blandos, el cuerpo de un hombre más interesado en comer que en hacer ejercicio.

—¿Señorita Forrest? —dijo una voz musical junto a mí, y uno de los ayudantes de Sylvia se materializó a su lado.

—¿Sí?

El ayudante sonrió.

—Hola, soy Freddy. Por cierto, me encanta su trabajo, y Sylvia quiere que se pruebe el vestido azul. Para la escena del funeral.

Jackie asintió.

—Y todo cuanto Sylvia quiere...

—Lo consigue —terminó Freddy—. Créame, lo sé, trabajo con ella un montón. En cualquier caso... —Sonrió y movió la mano en dirección al pequeño vestíbulo—. ¿Me acompaña?

Jackie se volvió hacia mí.

—Tal vez tardemos un rato... ¿Hay café junto al sofá?

Sonrió y se alejó con Freddy.

Me acerqué a Cody. Levantó la vista y asintió, lo cual era el equivalente de una sonrisa de oreja a oreja.

—Dexter —dijo Renny—. Sabía que aparecerías en cuanto me quitara la camisa. —Hizo una flexión, o lo intentó. No había mucho con lo que trabajar—. ¿Qué opinas?

—Estate quieto —dijo con brusquedad Sylvia, al tiempo que le daba una palmada en los brazos para que los pusiera como antes.

—Creo que deberías volver a ponerte la camisa —dijo.

—Lo sé, la tentación es demasiado grande, ¿verdad? Siempre me pasa lo mismo.

Dejé que se marcara el tanto.

—¿Cómo va Cody? —pregunté a Sylvia—. ¿Habla por los codos?

La mujer me miró, y después amonestó a Renny.

—Levanta el brazo. El brazo izquierdo. —Continuó midiendo mientras hablaba—. Cody es un chico maravilloso y me está ayudando mucho. —De nuevo dirigió a mi hijo aquella sonrisa espantosa y forzada—. Pero no ha pronunciado más de tres palabras.

—Si ha pronunciado tres, es buena señal. Debe usted caerle bien.

Cody alzó la vista sin expresión.



—¿Dónde está tu hermana?—le pregunté.

Movió la cabeza en dirección a la puerta principal de la suite.

—Robert —dijo, y resumió varios párrafos de desaprobación en esa única palabra.

Por ningún motivo lógico, miré hacia la puerta. No habló, y ni siquiera se abrió. Había estado con Jackie y Victor unos diez minutos. No entendía cómo podía dedicar tanto tiempo a mirar el maquillaje, pero yo no era una niña de once años, por supuesto, ni un actor gay envejecido. Aunque, pensándolo bien, tenía un trozo de papel en la mano, que ponía que yo era un actor ahora. Me pregunté si me sentiría interesado automáticamente por el maquillaje, o por Robert. Aún no había sucedido.

En cualquier caso, si Astor podía dedicar tanto tiempo a examinar el colorete y la sombra de ojos, estaba claro que se había pasado de rosca en sus fantasías sobre convertirse en actriz. No me parecía negativo. Cuando el episodio se hubiera rodado, no tendría muchas oportunidades de echar un vistazo al mundo glamuroso del espectáculo, a menos que, por supuesto, yo estuviera tan increíblemente conmovedor en mi cameo que me catapultara a la carrera de actor. Podía suceder, pero no me parecía el desenlace más probable.

En cualquier caso, Astor podía mirar y soñar de momento, y yo aprovecharme de uno de los beneficios adicionales de la profesión. Así que me acerqué a la cafetera, cogí un donut y me serví una taza.

De alguna manera conseguí sobrevivir a la tarde, y al final recogimos a Astor y Cody y los enviamos a casa con su tía Deborah. Había sido una prueba de fuego, empeorada por las miradas burlonas que me dirigía Jackie cuando me sorprendía en mi papel de Papaño Dexter. Yo no lo consideraba tan divertido, y me sentí aliviado y feliz cuando Debs se los llevó por fin, y Jackie y yo regresamos al hotel para una comida tardía, y después prepararnos para el espectáculo de Renny de aquella noche.

Se esperaba de Jackie que hiciera algo más que sentarse entre el público y reír para la cámara. La cadena pensaba dedicar unos cuantos minutos a Detrás de las Cámaras con las Estrellas, y ella formaba parte del plan. Le habían dicho que apareciera un poco antes para eso, de modo que llegamos al Gusman a las siete y cinco. El Gusman es en realidad el Centro Gusman para las Artes Interpretativas y, para no ser demasiado quisquilloso, el teatro es, en realidad, una sala de cine mudo restaurada de la década de 1920, el Olympia. La marquesina de la fachada del edificio dice: «OLYMPIA», y esta noche, bajo las grandes letras brillantes: «¡SÓLO ESTA NOCHE! ¡RENNY BOUDREAUX!»

Había una gran multitud congregada en la acera. Un mar tumultuoso de rostros se volvió expectante hacia la limusina cuando frenó delante del teatro.

Extendí la mano hacia la manija, y Jackie agarró mi brazo.

—Estoy asustada —dijo—. Ha salido en los periódicos que vendría aquí esta noche, y él podría... Podría estar entre la multitud, esperándome.

—No creo —repliqué, y para ser sincero, estaba mucho más seguro de lo que aparentaba—. Pero si está, no permitiré que llegue hasta ti.

Me miró, saltando de mi ojo izquierdo al derecho, como si pensara que iba a encontrar seguridad en uno de ellos, pero sin saber en cuál. Experimenté la inquietante sensación de que habría debido decir algo más tranquilizador, de modo que recordé una frase de una película antigua y la miré.

—Antes tendrá que pasar por encima de mi cadáver.

Jackie me miró unos segundos más, y después, de repente, se inclinó hacia delante y me besó en los labios.

—Te creo —dijo.

Mi boca se llenó del sabor de su pintalabios, y mi cerebro se quedó confuso y sorprendido. No pude pensar durante lo que se me antojó mucho rato, y cuando por fin se me ocurrió un pensamiento coherente, lo único que salió fue: «Yo, mmm..., voy a bajar. Para inspeccionar...» Y entonces me puse en movimiento como un desmañado robot adolescente, abrí la puerta con torpeza y bajé a la calle.

La muchedumbre había estado observando el coche y contenido el aliento, y se oyó un gran suspiro de indiferencia cuando salí. Me hirió, por supuesto, pero, al fin y al cabo, todavía no habían visto mi cameo. Me pregunté si habrían visto a Jackie besarme. Miré hacia el coche. El tintado de las ventanillas era demasiado oscuro para ver a su través. Eso lo explicaba. Si la hubieran visto besarme, habrían prorrumpido en vítores.

Llevé a cabo el tonto espectáculo de inspeccionar la zona en busca de alguna señal de Patrick. No descubrí ninguna: ni algas, ni cangrejos, ni marcas de una cadena de ancla, de manera que regresé al coche y abrí la puerta.

—Todo despejado —anuncié, y Jackie extendió la mano y se deslizó sobre el asiento.

—Tienes pintalabios en la boca —dijo en voz baja, y sonrió.

Me sequé la boca con la manga y le di la mano para ayudarla a bajar del coche. Se produjo una pausa de dos segundos, durante la cual logramos avanzar un paso entero en dirección a la puerta principal antes de que alguien gritara «¡Jackie Forrest!», y después tuve motivos de sobra para protegerla. La multitud se abalanzó sobre nosotros, con el ruido de una colmena en plena efervescencia sexual. Docenas de cámaras destellaron ante mi cara, y por un momento no vi otra cosa que puntos de luz púrpura. Parpadeé, y recuperé la vista justo a tiempo de agacharme cuando un aluvión de manos se extendió hacia nosotros, aferrando programas para conseguir su autógrafo y agitándose como aves salvajes, y gritos de «¡Jackie! ¡Jackie!» asaltaron nuestros oídos con todos los acentos posibles,

desde cubano a haitiano pasando por el de los patanes del sur.

Jackie llevó a cabo la notable hazaña de dirigir una amplia sonrisa a la multitud y no hacerle el menor caso al mismo tiempo, agachó la cabeza y avanzó aferrada a mi brazo como si yo fuera el último pedazo de una orilla a punto de disolverse, y la única cosa que le impidiera ser arrastrada hacia la muerte. Intenté protegerla lo máximo posible sin dejar de avanzar, pero era imposible cubrirla por completo, y sólo pude confiar en que no estuviera recibiendo el mismo tipo de paliza accidental e indiferente que me estaban propinando sus enloquecidos admiradores.

Conseguimos llegar a la puerta del teatro a través del bosque viviente de brazos, y cuando la densidad de la muchedumbre fue disminuyendo y quedó atrás por fin, vi con claridad a tres acomodadores que sujetaban la puerta sonrientes.

—Gracias por su ayuda —les dije. Ni siquiera me miraron. Toda su atención estaba concentrada en conseguir que Jackie cruzara la puerta sin herirse de gravedad con un gozne.

Una vez que estuvimos sanos y salvos en el interior, los acomodadores se irguieron y sonrieron con orgullo, como si acabaran de salvar a Jackie de una muerte segura. Me dieron ganas de entrechocar sus cabezas. Lo único que habían hecho era sonreír con suficiencia mientras la masa intentaba despedazarnos, y ahora tenía un desgarró en mi guayabera nueva. Pero Jackie les dedicó un cabeceo y dijo:

—Gracias.

Me dio el brazo y yo la conduje al interior del teatro.

Tardamos un momento en recobrarlos del amor salvaje de la muchedumbre, y mientras atravesábamos el adornado vestíbulo y entrábamos en el Olympia en sí, descubrí un segundo agujero en mi camisa, tres arañazos en los brazos y, como mínimo, dos puntos en mis costillas tan tiernos que sin duda se habrían convertido en moratones a la mañana siguiente. Y no obstante, aunque pareciera improbable, había sido jubiloso. Descubrí que me gustaba la frenética atención de una multitud de desconocidos. Sabía que apenas me habían visto, que toda su atención había estado concentrada en Jackie, pero era genial. Era todavía más embriagador saber que el centro de toda esa adoración estaba conmigo; de hecho, me había besado, y las masas nunca podrían obtener eso de ella. Pero además de ese placer teñido de engreimiento, descubrí que debía deshacerme de una creciente amargura por el hecho de que esto tenía que acabar, y pronto.

Miré el perfil de Jackie. Incluso después de los golpes y tirones de la multitud, su pelo exhibía un orden perfecto, y continuaba siendo la Diosa que la plebe necesitaba, una Diosa que me había besado, y todavía no entendía por qué.

Giró la cabeza hacia mí y clavó sus ojos violeta en los míos.

—¿Qué? —preguntó.

—Oh —respondí, de repente avergonzado, sin saber muy bien por qué—. Nada. Ya sabes.

Jackie sonrió.

—No sé. ¿Me lo vas a contar?

—No es nada, de veras. Es que... la multitud. Y tú... —Quería, decir: *Me besaste*, pero lo que salió de mi boca fue—: Tienes un aspecto tan... perfecto.

—Ya era hora de que te dieras cuenta —murmuró, y cuando entramos en el teatro alzó la vista—. ¡Oh, mira eso! ¡Es hermoso!

Paró en seco y miró hacia arriba, pero mis ojos se sentían atraídos por la curva de su cuello, y la contemplé durante un largo momento antes de mirar al techo.

Supongo que el techo del Olympia es muy bonito, pero ya lo había visto antes, y había leído en la prensa demasiadas veces que es precioso, maravilloso, un tesoro de gloria restaurada, etcétera. No es el tipo de cosas que me conmueve. Pero Jackie necesitaba unos momentos para asimilar los remolinos dorados y el falso cielo nocturno, y yo me quedé callado mientras ella lo miraba con ojos desorbitados.

—Caramba —dijo por fin—. Le da mil vueltas al Teatro Chino de Los Ángeles.

En la tercera fila, Deborah se volvió hacia nosotros y se puso en pie. Pero antes de que llegara, un joven elegante llegó desde el vestíbulo y corrió hacia nosotros. Le observé con detenimiento, no fuera que se tratara de un francotirador o un zombi, pero se limitó a sonreír.

—¿Señorita Forrest? —preguntó.

Jackie arrancó la mirada del techo llamativo, y el joven le dedicó una gran sonrisa.

—Hola, soy Radym Reitman —dijo—. El señor Eissen quiere que vuelva al camerino de Renny. Están grabando el material previo al espectáculo.

—Por supuesto —dijo ella, y Deborah se reunió con nosotros.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó, mientras echaba un vistazo al desgarrón de la pechera de la camisa.

—El público adorador. Supongo que alguien me reconoció.

Mi hermana resopló y prestó atención a Jackie.

—No te han hecho ni una marca —observó.

—Mucha práctica.

—He de reunirme con Rita en el vestíbulo —dije a Deborah—. ¿Puedes quedarte con Jackie?

—Claro.

Reitman carraspeó. Debs le dedicó una buena Mirada de Poli, y el hombre guardó silencio y se removió inquieto.

—Oh —dijo Jackie—. He de ir un momento a los camerinos, ¿vale?

—Claro, pero he traído un par de cervezas. —Deborah señaló el asiento que ocupaba cuando entramos—. Deja que las coja antes.

—Ah, bien, gracias —dijo Jackie, y con una última sonrisa y una palmada en el brazo para mí, siguió a Debs y Reitman hacia la parte delantera del teatro.

Vi que recogían sus cervezas y después seguían al joven por una puerta lateral. Cuando se fueron, miré el escenario. No tenía nada de extraordinario, salvo por el telón de fondo de un paisaje urbano nocturno. Encima colgaba un letrero brillante y cubierto de lentejuelas, de unos dos metros y medio de alto, que rezaba: «RENNY». Delante, cerca del borde del escenario, había un taburete con una botella de agua, y un micrófono inalámbrico sobre un pedestal. Ni adornos, ni trucos. Todo quedaba en manos de Renny.

Consulté mi reloj. Por un milagro, la multitud no me lo había arrancado del brazo ni hecho pedazos, y todavía funcionaba. Eran las siete y veintiocho minutos. Debía encontrarme con Rita en el vestíbulo a las siete y media, de modo que subí por el pasillo y entré en el vestíbulo.

A tenor de las pasadas actuaciones de Rita, estaba seguro de que tendría que esperar unos quince o veinte minutos. Ella vivía en Tiempo Cubano, aunque fuera una anglosajona rubia. Jamás había llegado menos de veinte minutos tarde durante todo el tiempo que la conocía.

Pero no había tenido en cuenta su obsesión infantil con todas las cosas de Hollywood, y cuando examiné el vestíbulo, paré en seco, estupefacto por lo que estaba viendo. Era Rita, que ya había llegado y paseaba de un lado a otro nerviosa mientras me esperaba. Llegó al fondo del vestíbulo y dio media vuelta, y aquella especie de *négligé* finísima que llevaba remolineó a su alrededor. Aun desde aquella distancia distinguí las arrugas de preocupación en su cara, y se estaba masajeando frenéticamente el dorso de la mano izquierda con la derecha. Entonces, me vio. Su rostro se iluminó y atravesó corriendo el vestíbulo.

—Dexter, Dios mío. ¿Creo que acabo de ver a Andy Garcia? Y han dicho que el alcalde... ¿Es ésa tu camisa? —Apoyó la palma de la mano sobre la guayabera y la acarició, como si pudiera transformarla en algo más aceptable —. Oh, Dexter, hay un agujero justo delante. ¿De veras vas a llevar esto?

Se mordió el labio inferior con aspecto preocupado.

Reprimí el impulso de decirle que no, que no era mi camisa. Era de Andy Garcia, y estábamos a punto de intercambiar nuestras ropas justo allí, en pleno vestíbulo.

—No pasa nada —dije en cambio—. No es un baile oficial. Es un monólogo.

—Sí, lo sé, pero es un agujero. Y otro en la espalda y... ¿qué tienes en la manga?

Frotó algo con el ceño fruncido, y me di cuenta de que era el lápiz de labios del beso de Jackie que me había limpiado con la manga.

—Oh, me lo hizo alguien de la muchedumbre —dije, con toda la indiferencia

que fui capaz de reunir.

Rita meneó la cabeza y, por suerte para mí, no pareció enterarse de lo endeble que era mi respuesta.

—Toda la camisa está... Estás hecho un desastre, Dexter..., y ni siquiera hace juego con lo que yo... O sea, ahora parezco una especie de... ¿Cuánto tiempo falta para...? Si pudiera cambiarme...

—Estás estupenda —dije, aunque en verdad, comparado su conjunto con lo que Jackie vestía, su atavío era brutalmente exagerado.

Rita pasó las manos sobre la parte delantera de su vestido, para alisar arrugas inexistentes.

—Sí, bien, estupenda —dijo, y meneó la cabeza vacilante—. Quiero decir, eso es... Tendrías que haberme dicho que esto era... ¿Qué lleva la gente?

Sé un montón sobre muchas cosas, pero admitiré de buen grado que la alta costura no es una de ellas, y no creía que el vestíbulo del Gusman fuera el lugar adecuado para aprender. De manera que adopté mi actitud más autoritaria, apoyé una mano sobre su brazo y la empujé con suavidad.

—Vamos dentro —ordené—. Lo verás con tus propios ojos.

Rita plantó ambos pies en la alfombra y no se movió, con una expresión de alarma pintada en la cara.

—¿Todo el mundo? Dios mío, creo que no puedo...

Tiré un poco más fuerte.

—Vamos. Te presentaré a Robert Chase.

Si pensaba que Astor había exagerado con Robert, era sólo porque aún no había visto la reacción de su madre. Rita se tiñó de un rojo vivo y empezó a temblar, y por primera vez le costó emitir una palabra.

—Ro, Ro, y o... —tartamudeó—. ¿Es...? ¿Tú...? ¿Rob... Robert Chase está aquí? ¿Y tú...?

Contemplé su actuación con irritación. Desde que conocía a Robert no había revelado nada indicador de que mereciera ser tratado con un mínimo de respeto, y aquí estaba Rita, sumida en un trance reverente ante la sola idea de estar en su presencia. Y yo estaba muy seguro de haberle dicho que Robert acudiría al evento, de modo que no había excusas para sumirse en el coma babeante que amenazaba con estropear la alfombra del Gusman. ¿Estaría menos nerviosa si le decía que Robert era gay?

Por el lado positivo, en su actual estado debilitado no estaba en condiciones de oponer mucha resistencia. Tiré una vez más de su brazo, y ella avanzó dando un traspies.

—Ven —dije—. Los milagros aguardan en el interior.

Y atravesamos el vestíbulo y entramos en el teatro.

Me habían dado un par de asientos a sólo dos filas del escenario, en la sección central y al lado del pasillo. Fuera idea de la cadena o del capitán Matthews, yo

tenía que sentarme al lado de Robert. Supongo que lo habían dispuesto de esa manera para que las cámaras enfocaran a las estrellas sentadas muy felices junto a los Policías Verdaderos. Fuera cual fuera el motivo, uno de los resultados era que presentarle a Rita a Robert era casi inevitable, pero cuando bajamos por el pasillo hacia el escenario, él no estaba a la vista. Fue en el momento en que nos acercamos a nuestra fila cuando salió de la puerta por la que habían desaparecido Jackie y Debs, y se encaminó hacia nosotros, sonriente mientras saludaba a la multitud.

Mi ingenua idea había sido llevar a cabo una sencilla presentación cuando nos sentáramos, y después dejar que la vida continuara. Pero, una vez más, no había contado con la abyecta reverencia de la adoración de Rita por Robert. En cuanto lo vio paró en seco, palideció y se puso a temblar de nuevo.

—Oh, no —dijo, lo cual me pareció muy raro, si tantas ganas tenía de conocerle—. Oh, Dios mío, es él, es él... —Se puso a dar saltitos—. ¡Oh, Dios mío, oh, Dios mío, oh, Dios!

Y similares evocaciones de una deidad que, por lo que yo sabía de lo poco que la conocía, no tenía nada que ver con Robert.

Vi a mi alrededor cabezas que se volvían hacia nosotros, algunas risueñas y otras curiosas. Es verdad que me había gustado la atención reflejada de la muchedumbre cuando adoraba a Jackie, pero esto era muy diferente: olfateaba regocijo, condescendencia e incluso desprecio en las numerosas miradas dirigidas en nuestra dirección, y eso no me gustaba. Empujé a Rita hacia delante una vez más y obedeció, con pasitos erráticos. Llegamos por fin a nuestros asientos, pero no quiso sentarse. Se quedó parada con una risita tonta, la mirada clavada en Robert, hasta que me di cuenta de que si no hacía algo nos quedaríamos de pie en el pasillo toda la noche.

Así que entré en el pasillo y le saludé, y él se acercó a nosotros sonriente.

—Robert —dijo—. Te presento a mi esposa, Rita.

Él extendió la mano.

—¡Hola, fenomenal! ¡Encantado de conocerte!

Ella permaneció inmóvil con la cara petrificada en una máscara atontada y contemplativa. Confié en que no fuera a babear.

Después de una pausa desmañada, Robert estrechó su mano.

—Caramba, ya veo a quién ha salido Astor —dijo, mientras sacudía la mano flácida de mi mujer—. Tienes unos hijos increíbles, Rita.

Ella habló por fin.

—Oh, ajajá. Oh, Dios mío, no puedo creer... Soy una gran admiradora de... ¡Oh, Dios, eres tú de verdad!

—Bien, creo que sí —dijo Robert con una simpática sonrisa. Intentó soltarse de Rita, pero ella, a pesar de que antes no había sido capaz de extender la mano hacia él, ahora aferraba la mano de Robert en una presa mortal, desesperada y

sudorosa—. Mmm...

Él me miró.

—Rita —dije—, creo que a Robert le gustaría recuperar su mano.

—Oh, Dios mío —exclamó ella, retiró la mano y retrocedió un paso, para aterrizar firmemente sobre los dedos de mis pies—. Lo siento muchísimo, muchísimo. Es que...

—Ah, no te preocupes —dijo Robert—. Ha sido fantástico conocerte, Rita.

Sonrió, pasó ante nosotros y se hundió agradecido en su asiento.

Rita miró un largo momento más, pese a que yo le había hundido los dedos en la espalda, y al final pregunté:

—¿Nos sentamos ya?

—¡Oh! —Pegó un bote como si le hubieran aplicado una corriente eléctrica—. Pero no puedo... Tú te sientas a su lado. Sólo es... ¡Dios mío, no podría!

—De acuerdo —dije, y me senté al lado de Robert. Un momento después, ella recordó cómo sentarse, y se dejó caer como un saco en el asiento de al lado.

Vi a Rita removerse nerviosa durante unos minutos. Algo más serena, miró a Robert, y empezó a ruborizarse y removerse de nuevo. Intenté no hacer caso, pero sus espasmos de adoración sacudían mi asiento. Miré a mi izquierda, donde Jackie y Deborah se sentarían. Aún no habían vuelto. Debían estar bebiendo cerveza y codeándose con otras celebridades en el camerino de Renny. Ojalá no se quitara la camisa.

Mi asiento tembló y miré a Rita. Su pierna izquierda estaba subiendo y bajando espasmódicamente, en un tic nervioso y quizás inconsciente. Me pregunté si recobraría la normalidad cuando empezara el espectáculo. Renny tendría que emplearse a fondo para apartar su mente del hecho de que estaba sentada tan cerca de Robert el Dios. Confié en que nos hiciera partir de risa. Pero ¿qué le había dicho a Robert, que él no hacía comedia, sino comentario social? ¿Podría mostrarse lo bastante divertido para detener las convulsiones de Rita? ¿Podía ser divertido alguien con un Pasajero? O sea, soy famoso por mi ingenio cáustico, pero sería incapaz de mantener un teatro entero pendiente de mis palabras.

En cualquier caso, una cadena de televisión real creía en Renny lo suficiente para otorgarle este especial. Por supuesto, esa misma cadena había contratado a Robert para un papel estelar, pero también a Jackie, de modo que calculé que existía un cincuenta por ciento de probabilidades. ¿Quién sabe? Podría pasar cualquier cosa. Hasta era posible que me hiciera reír. No lo creía así, pero cosas más raras han pasado, y muchas a mí. Al fin y al cabo, estaba casado, tenía hijos y todo el mundo pensaba que era maravilloso.

El equipo de sonido emitió un estallido de música chillona. Un joven de aspecto jovial salió al escenario y enchufó el micrófono del atril. «¡Holaaaaa..., Miami!», gritó con alegre voz profunda, como de sirena de



niebla, y por algún motivo la multitud prorrumpió en vítores entusiastas.

Continuó diciendo que aquella noche iban a filmar, cosa que yo ya sabía, y nos pidió que desconectáramos los móviles, no tomáramos fotos con flash y nos acordáramos de reír mucho. Dijo una o dos cosas más que, en teoría, debían ser divertidas, y después gritó: « ¡Bieeeeeen! ¡Que disfruten del espectáculo!» Volvió a dejar el micrófono en el atril y salió del escenario entre frenéticos aplausos.

Un momento después, las luces se apagaron, el ruido de la multitud se convirtió en un susurro, y el presentador dijo:

—Damas y caballeros... ¡El señor Renny ... Boudreaux!

Renny dejó que los aplausos aumentaran de tono, y más, y luego un poco más, hasta que el público se puso en pie, chilló, pataleó, y el viejo teatro empezó a temblar. Después avanzó tres pasos por el escenario y se detuvo, y miró al público con evidente desaprobación. Los vítores aumentaron de intensidad. Renny sacudió la cabeza y caminó hacia el micrófono mientras las risas se multiplicaban y se mezclaban con los vítores. Levantó el micrófono de su soporte, se volvió y miró al público.

Más risas, más vítores. Renny continuaba con el ceño fruncido. Y en el momento exacto en que el ruido de la masa empezó a disminuir, gritó:

—¿Qué cojones os pasa, tíos?

Y de nuevo se formó un desenfrenado y tumultuoso mar de alegría.

Una vez más, y en el momento perfecto, dijo:

—Yo os diré lo que pasa: ¡sois estúpidos!

Aunque parezca extraño, esto provocó más carcajadas, lo cual pareció enloquecer a Renny.

—¡Hablo en serio! —chilló, y las carcajadas fueron más estruendosas, hasta que el cómico levantó una mano y, cuando el ruido amainó, añadió—: ¡Sentaos de una puta vez!

Me di cuenta algo sorprendido de que yo estaba de pie como todos los demás, y cuando me senté, todo el mundo lo hizo también. Renny esperó a que se hiciera el silencio, y entonces empezó a hablar. Habló del piloto que estábamos rodando, presentó a Robert y después a Jackie, y cuando ella se levantó para agradecer los aplausos, vi que Deborah paseaba una mirada alerta alrededor de la sala, estilo guardaespaldas. Recordé que yo también debía preocuparme de proteger a Jackie, así que me volví y fingí buscar la menor señal de problemas. No había ninguna, por supuesto. Jackie se sentó sana y salva, y Renny sacó una hoja de papel arrugada del bolsillo. La miró ceñudo, y después levantó la vista.

—Se supone que debo dar las gracias a los polis de Miami. —Sacudió la cabeza—. ¿Os parece sensato eso? ¿Yo, dándole las gracias a la bofia? Pero Big Ticket ha dicho, por favor, y me pagan por esta mierda, así que... Gracias, polis. —Miró el papel arrugado—. Eh, capitán Matthews, ¿está usted aquí? —El capitán se levantó con una sonrisa modesta y varonil en la cara, y saludó a la multitud para corresponder a los corteses aplausos—. Sí, sólo le he preguntado si estaba aquí, capitán. No dije que se levantara y me robara el puto protagonismo. —Sonrió por primera vez—. Oye, eso está bien, es la primera vez que puedo decir «puto» a un poli, y encima capitán. ¡Oiga, capitán Matthews! ¡Joder joder joder joder joder joder joder!

Renny esperó a que los aplausos se calmaran, y después empezó a hablar de Miami: el tráfico de Miami, la comida de Miami, la diversidad del personal, y de

vez en cuando, tras recibir una gran risotada por alguna monstruosa observación cínica, hacía una pausa, miraba al público y gritaba: « ¡Hablo en serio! » Por lo visto, era su eslogan, las palabras que le habían hecho famoso, como el « ¡Perdón! » de Steve Martin, y cada vez que las pronunciaba, la mitad de la multitud coreaba: « ¡Hablo en serio! »

Y hablaba muy en serio. Sólo que con gracia. Hablaba de temas serios y conseguía que la gente pensara en ellos de una forma nueva, una forma provocativa y divertida a la vez.

Atacó a la política de una forma que podía calificarse de carnívora, lo cual dio paso a la educación pública.

—Recortáis el financiamiento de las escuelas públicas. ¡Os lleváis el dinero de la educación de vuestros malditos críos, y luego os quejáis porque todos los médicos son de la India! ¿Preferís tener un médico norteamericano que estudió en vuestras escuelas públicas, y ahora es tan estúpido que cree que *Moby Dick* es una enfermedad social?

» Y después decís ¡eh! Podemos arreglar las escuelas... ¡con una lotería! ¡Y todo el dinero irá a parar a las escuelas públicas! Y luego entran a saco los cabilderos, y parte del dinero va a parar a las escuelas. Y luego irrumpen los políticos, y de pronto, una parte de los beneficios va a parar a las escuelas. Y lo que habéis hecho ya no es una cuestión de financiación: habéis convertido la educación de vuestros críos en una lotería. Y ya sabéis cómo funciona eso, ¿verdad? Uno de cada diez millones es un ganador, todos los demás a tomar por saco.

» ¡Hablo en serio!

» ¿Y quién recibe la mayor parte de los billetes perdedores? Sí, exacto, el negro. La misma mierda de siempre. Todos pensáis, oh, las cosas han cambiado ahora que hemos elegido a un presidente negro, pero ahora todavía es más difícil que la leche ser negro en Estados Unidos. Sobre todo porque odio el puto baloncesto...

» Pero podría ser peor. Podría ser gay. —Escudriñó al público—. Levantad la mano: ¿cuántos maricones tenemos aquí esta noche? —Lo creáis o no, algunas manos se levantaron, pero Renny negó con la cabeza—. Venga, hombre, sé que hay más. Lo delatan vuestros zapatos. —Meneó la cabeza de nuevo y esperó a que las risas se calmaran—. Sí, ser gay hoy, vaya mierda... Quiero decir, el resto de vosotros... Dejadles en paz, ¿vale? Creéis que es asqueroso, vale. No tenéis por qué mirar. Pero la verdad... ¿Qué os importa con quién folla el prójimo? Y si tanto les gusta follar que quieren casarse entre sí, ¿qué mierda os importa a vosotros? —Compuso una expresión solemne y dijo con voz relamida —: Oh, pero, Renny, lo dice la Biblia. —Resopló y sacudió la cabeza—. Mierda, sí, lo dice la Biblia. Lo he consultado. ¿Alguno de vosotros lo ha hecho, cabronazos? No creo. Bien, pues yo o sí. Sí, lo dice la Biblia. Está allí, al lado de que

no puedes hacerte un corte de pelo circular ni comer gambas. Y desde aquí veo bastantes cortes de pelo circulares. ¿Y cuántos de vosotros que odiáis a los maricones coméis gambas? Porque si creéis que Dios quiere que os meéis sobre los gays, tenéis que dejar de comer cóctel de gambas, vivales... ¡Hablo en serio!

Un par de filas detrás de mí, una voz estentórea gritó: « ¡Maricón!» Renny miró al hombre y sonrió.

—Qué bonito. ¿Veis lo que pasa cuando le dais una cerveza a un hombre que tiene la polla pequeña?

La multitud rió, pero el espectador no había terminado.

—¡Eres un maricón! —gritó, en voz todavía más alta.

Y Renny sonrió.

—Si estás convencido de que soy maricón, por qué no me chupas la polla, y si me gusta... Maldita sea, tenías razón. Y si no me gusta... Al menos has tenido un poco de acción esta noche.

La multitud le dedicó una encendida ovación, y el espectador que había interrumpido se hundió en su asiento mientras Renny continuaba. Supongo que no fue un diálogo notable, poco más que la rutina que ocurre cada noche que un cómico aparece ante una multitud. Pero para mí fue muy memorable, no por la elevada calidad del brillante ingenio, sino por algo muy diferente.

Porque cuando los ojos de Renny se movieron hacia mí para concentrarse en el espectador, noté que se me erizaba el vello de la nuca, y en el interior del Castillo Dexter se disparó una alarma cuando Mi Pasajero se puso en Máxima Alerta y empezó a lanzarme advertencias.

Y mientras Renny se concentraba en el espectador y le aplastaba, vi la Cosa detrás de sus ojos, la Cosa que creía haber visto, y ahora no me cabía la menor duda, ninguna en absoluto. Por encima del ruido de la muchedumbre oí el rugido sibilante de la enorme Cosa Oscura que se alzaba triunfal de las sombras ocultas tras la sonrisa de Renny. Y vi que se desenroscaba y desplegaba en toda su gran y sombría longitud, y extendía su garra afilada hacia el espectador, expuesto para que todo el mundo lo viera, y aunque nadie más lo veía, yo lo vi y lo supe.

Un Pasajero. No cabía duda.

No sé cómo o por qué, pero siempre lo reconozco cuando lo veo. Siempre lo he hecho. Y ahora no albergaba ninguna duda: Renny tenía un Oscuro Pasajero, igual que yo.

Él continuó con su espectáculo, y estoy seguro de que el resto fue igual de divertido y estuvo pletórico de salvaje perspicacia, pero no me di cuenta. Estaba absorto en un tren de pensamientos que me llevaba muy lejos, y si Renny se hubiera prendido fuego, no me habría dado ni cuenta.

Al principio, sólo pensé en el hecho de que era un monstruo, como yo. Pero eso me condujo a pensamientos mucho más elevados, y mucho más pertinentes. Porque Renny tenía un Pasajero. No sé cómo lo cuidaba y alimentaba, pero

tenía uno. Y si era capaz de sobrevivir, incluso de triunfar en Hollywood..., ¿por qué no podía yo?

Lo plasmé en mi imaginación: Dexter holgazaneando junto a la piscina en Bel Air, contemplando las sombras cada vez más profundas, mientras el sol se hundía en el océano Pacífico y una lenta y gorda luna empezaba a ascender poco a poco en el cielo, y Dexter siente que la vieja emoción de la Noche Feliz empieza a apoderarse de él, y se levanta de la tumbona junto a la piscina y con su habitual cuidado entra en la casa grande y espaciosa sobre sus pies de depredador y busca su bolsa de juguetes siempre preparada y a la noche sale, oscura y acogedora, aunque el sol se ponga, en lugar de ascender, en el mar.

Podría funcionar. No existían motivos en contra. Y no podía sacudirme de encima la idea de que sería mucho más feliz en la Costa Oeste, en un país de nuevas oportunidades, un panorama nuevo de oscuridad inexplorada.

Pero por supuesto... No me habían invitado. Y no tenía motivos para pensar que lo harían. Jackie tenía su propia vida en California, con sus amigos, rutinas y medidas de seguridad, y aparte de un fugaz beso, no me había dado la menor indicación de que yo fuera a formar parte de esa vida. Si me atenía a la lógica, debía admitir que lo más probable era que, cuando el piloto terminara de rodarse aquí, me daría las gracias, me abrazaría y regresaría a la Costa Oeste, dejando atrás a Dexter como un ocasional recuerdo agradable.

Y por más que yo deseara mucho más que eso, no podía lograr que sucediera, y ni siquiera podía definir ese « más ».

De modo que, mientras la representación de Renny se dirigía hacia su, sin duda, hilarante conclusión, fue un Dexter algo descorazonado quien recobró el sentido, malhumorado, y cayó en la cuenta de que todo el mundo a su alrededor se estaba poniendo en pie y aplaudía a rabiar. Y como el Primer Principio del Código de Harry es encajar, Dexter también se levantó y aplaudió.

Rita se puso en pie a mi lado y aplaudió con fanático entusiasmo. Tenía las mejillas algo ruborizadas y una gran sonrisa pintada en la cara, una sonrisa como yo no había visto nunca, alegría y emoción mezcladas con entusiasmo. Parecía estática, como si acabara de echar un vistazo a un mundo de belleza mágica. Estoy seguro de que el espectáculo había sido agradable, pero ella parecía transportada a otra dimensión. Yo me había sentado a su lado en el sofá y visto la televisión cada noche durante años, y nunca llegué a sospechar que el mundo del espectáculo y sus ciudadanos fueran tan importantes y fascinantes para ella. Me resultaba imposible imaginar que alguien con un CI de tres dígitos se sintiera cautivado hasta tal punto, pero, por supuesto, conocía a Robert y Renny mucho mejor que ella.

Y cuando los aplausos enmudecieron por fin, todavía continuaba con la vista clavada en el escenario, como si estuviera contemplando un punto donde acabara de suceder un milagro. No fue hasta que Robert me dio una palmadita en el

hombro y dijo «Dexter, hemos de irnos», cuando ella dejó de sonreír por fin al escenario vacío y se recuperó del *shock*.

—Oh —dijo—. Oh, Dios... Dexter, el señor Chase es... Enmudeció de repente, parpadeó y se ruborizó.

—Robert —dijo él, como era de esperar, y sonrió—. ¿Puedo llamarte...?

—Rita —le dije.

—Rita. ¡Eso es! Bien, oye, Rita, éste es un gran tipo. —Me dio una palmada en el hombro para demostrar la elevada opinión que tenía de mí—. Será mejor que lo conserves. —Le guiñó un ojo y apoyó una mano sobre su brazo—. Si le dejas salir con esos tipos de Hollywood, es probable que te lo roben.

Rita enrojeció todavía más.

—Gracias, señor, mmm..., quiero decir, Robert, y o... Oh.

Introdujo los nudillos de su mano derecha en la boca, como si hubiera dicho algo espantoso y quisiera castigar a sus dientes.

Él no pareció darse cuenta. Le dio un apretón en el brazo.

—Ha sido un placer. Me alegro mucho de haberte conocido, Rita. —Le dio otro apretón en el brazo y me miró. Y entonces, con irritante inevitabilidad, me disparó con los dedos de nuevo—. Nos vemos el lunes, colega.

Subió por el pasillo. Rita le siguió con la mirada, los nudillos todavía metidos en la boca.

—Oh, Dios mío —dijo.

Paseé la vista a mi alrededor. Jackie estaba de pie junto a su asiento con Debs, pero me estaba mirando a mí, y de repente me sentí muy cansado de la cháchara reverencial de Rita acerca de Robert.

—Vamos —dije—. Te acompañaré a tu coche.

Y ante mi absoluta sorpresa, me rodeó entre sus brazos y me dio un abrazo oso, acompañado de una serie de besos húmedos en la cara.

—Oh, Dexter, gracias —dijo—. Esto ha sido la más asombrosa... Ver a Robert Chase, y hablar con él... —dijo en mi oído, y me plantó otro beso húmedo—. Y Renny Boudreaux ha estado maravilloso. Bueno, el lenguaje es un poco grosero, pero en serio... Gracias. Muchísimas gracias por esto.

Me pareció una exageración. Las entradas no me habían costado nada, y me habían ordenado hacer acto de aparición con Rita.

—De nada —me limité a decir, y me liberé de su abrazo—. ¿Dónde has aparcado?

—Oh. ¿A un par de manzanas de distancia...?

—De acuerdo —dije, y traté de guiarla. Pero por lo visto aún no había terminado.

—Yo... lo decía en serio. Gracias, Dexter. Ha sido, bien, como un sueño.

Hubo más, y yo seguí asintiendo y sonriendo, y al final agotó el repertorio y subimos por el pasillo en dirección al vestíbulo y salimos por la puerta al fin a la

brillante noche de Miami.

La acompañé hasta el aparcamiento, escuché su resumen del espectáculo, la repetición de las mejores líneas de Renny, todo lo cual ya había escuchado. Pero me las repitió con mucho placer, y al final desconecté por completo hasta que llegamos al coche.

—Buenas noches —dije, y le abrí la puerta del coche. Se inclinó hacia delante y me besó en la mejilla de nuevo.

—Muchísimas gracias, Dexter. Ha sido maravilloso... ¿Cuándo volverás a casa?

—Faltan unos días —repuse, y me esforcé por disimular el pesar de mi voz.

—De acuerdo. Bien...

Empecé a pensar que se quedaría ante la puerta abierta del coche hasta que la fulminara un rayo. Así que le di un beso en la mejilla.

—Buenas noches —dije—. Hasta pronto.

Retrocedí un paso para concederle espacio suficiente y cerrar la puerta del coche, con ella dentro. Parpadeó un momento, y después sonrió.

—Buenas noches, Dexter.

Ocupó el asiento delantero, puso en marcha el coche y se alejó. Yo volví en busca de Jackie, pensando que por fin iba a divertirme.

Todo terminaría muy pronto.

Desperté por la noche al oír unas sirenas. Se hallaban a unos cuantos kilómetros de distancia, con su aullido perentorio y monótono cada vez más agudo, pero ese sonido se estaba acercando, y sin ni siquiera pensar en ello supe qué significaba y adónde se dirigían: aquí, a este hotel, porque había aparecido otro cadáver, lo cual significaba...

*Patrick, pensé. Lo ha vuelto a hacer.* Y en mi cerebro medio dormido vi su rostro entusiasta mientras se desprendía de las cadenas con las que le había envuelto tan cuidadosamente, y horrorizado, medio despierto, vi que lenta y felizmente empezaba a nadar hacia el hotel, hacia mí, su rostro podrido fijo en una sonrisa muerta...

La imagen era demasiado cercana y demasiado real, así que mis ojos se abrieron de golpe. *Imposible*, me dije. Pero en la habitación a oscuras, con las sirenas ululando y el sueño todavía pegoteado a mi cerebro, no parecía imposible. *Está muerto*, me dije, *absoluta y totalmente muerto*. Y lo sabía con total certidumbre, pero también sabía que las sirenas se acercaban, y que venían aquí.

Paseé la vista alrededor de la habitación en tinieblas y traté de concentrarme en cosas reales: una silla, una mesa, una ventana. Los fantasmas empezaron a regresar a los sueños, y respiré hondo..., y entonces, un nuevo pensamiento llegó en tromba, tan inquietante como la primera pesadilla:

*¿Y si había matado a la persona equivocada?*

¿Y si no era más que un inocente Scout Águila aficionado a navegar en kayak, que por casualidad se parecía a una foto borrosa de Facebook? Y yo le había apuñalado, ahogado y enviado como comida a los cangrejos, convencido de que era Patrick, y ahora el verdadero Patrick estaba aquí, en este momento, en este hotel, y acababa de asesinar a alguien, y hasta cabía la posibilidad de que estuviera subiendo a este piso, a esta habitación...

Ahora sí que estaba despierto. Salté del sofá y me quedé de pie un momento, parpadeando como un imbécil, y después cogí la Glock y atravesé la habitación en dirección a la puerta de la habitación de Jackie. Me detuve un momento, por si oía algún sonido, y cuando apliqué el oído a la puerta, se abrió de repente y estuve a punto de caer.

Jackie estaba parada en el umbral, con los ojos desorbitados, una mano sobre el pomo y otra en la garganta. Llevaba un sencillo camión de algodón que le llegaba hasta medio muslo, y por lo que fuera, en ella parecía más atractivo que cualquier cosa creada jamás por Frederick's of Hollywood<sup>[7]</sup>. Me quedé boquiabierto un momento, antes de que su voz me devolviera al mundo real.

—He oído las sirenas —dijo—. Pensé... —Bajó la vista y vio la pistola en mis manos, y sus ojos se desorbitaron todavía más—. Oh.

—Yo también lo pensé —contesté, y ella asintió.



Durante medio minuto nos quedamos así, escuchando las sirenas que se iban acercando cada vez más. No cabía la menor duda en mi mente de que se dirigían hacia aquí, de modo que ambos contuvimos el aliento cuando oímos la nota estridente descender por la escala y parar justo debajo de nosotros, en el patio del hotel. Abrí la puerta de la terraza. Salí y miré abajo. Dos coches patrulla habían aparcado en ángulos irregulares, como lo hacen los policías que tienen prisa. Tenían las puertas abiertas y las luces destellantes se reflejaban en la fachada del hotel, y mientras miraba, más coches frenaron detrás de ellos, coches del parque de automóviles llenos de detectives. Volví adentro, me quedé al lado de Jackie y vimos las luces destellar a través de la puerta abierta de la terraza, hasta que Jackie se acordó por fin de respirar.

—Oh —dijo—. Mierda.

—Si.

Respiraba de manera entrecortada.

—No será... Quiero decir, no sabemos... Mierda.

Aun siendo incompletas las frases, seguí su lógica sin problemas. Y si bien deseaba tranquilizarla, decirle que no era eso, que no podía serlo, la imagen medio soñada no me abandonaba, y permanecí inmóvil y sentí que el sudor se trasladaba desde mi mano a la culata de la Glock.

Jackie sacudió la cabeza, para luego atravesar a toda prisa la habitación y sentarse en el sofá, inclinada hacia delante, las rodillas juntas, con las manos apoyadas sobre el almohadón que había al lado. La seguí y me senté a su lado. No había gran cosa que decir, al parecer. Recordé que empuñaba todavía la Glock, así que puse el seguro.

Aún continuábamos sentados así cinco minutos después, cuando sonó el teléfono de la habitación. Descolgué y contesté.

—¿Sí?

—¿Qué narices está pasando? —dijo una voz. Reconocí a mi hermana, Deborah, y sonaba muy tensa—. ¿Os encontráis bien?

—Estamos bien, Debs —contesté, en el tono más tranquilizador posible—. ¿Estás en el hotel?

Ella exhaló aire, casi como si estuviera expulsando el humo de un cigarrillo.

—Estoy abajo, en el vestíbulo.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, aunque era innecesario. Estaba convencido de saber lo que había pasado. Lo único que no sabía era a quién.

—Hay una mujer muerta ahí arriba, un piso por debajo del vuestro —dijo Debs, y su voz sonó muy áspera—. Está destrozada, pero lleva un permiso de conducir a nombre de Katherine Podrowski. ¿Te dice algo?

—¿Podrowski? —dije, y detrás de mí oí que Jackie lanzaba una exclamación ahogada, y después emitía un lloriqueo.

—¿Kathy...? —dijo.

—Un camarero del servicio de habitaciones vio salir sangre por debajo de la puerta. Utilizó una llave maestra, echó un vistazo y aún continúa llorando. Parece que nuestro chico ha vuelto a hacer de las suyas.

—Pero... —dije, y por suerte para mí, callé antes de decir algo más.

—¿Es Kathy? —preguntó Jackie, en un susurro ronco y aterrado.

—La han abierto en canal, destripado, y le falta un ojo —prosiguió Deborah, de una forma algo despiadada, pensé, y muy áspera, decididamente.

—¿Qué ojo? —pregunté.

Mi hermana emitió un silbido largo y alto.

—Voy a subir —dijo, y colgó el teléfono.

Yo también colgué y volví a sentarme al lado de Jackie.

—Es Kathy —confirmé.

—Oh, santo Dios. —Se rodeó el cuerpo con los brazos, se puso a temblar, y después a llorar—. Oh, Dios mío. —Lloró y se meció durante unos momentos, con los brazos apretados contra ella. Después inhaló una larga y entrecortada bocanada de aire, y se inclinó sobre las rodillas—. Oh, Dios mío, oh, mierda. Es culpa mía. Todo es culpa mía.

Se cubrió la cara con las manos y, al cabo de un momento, sus hombros empezaron a temblar de nuevo.

Como ya he dicho, no entiendo casi ningún comportamiento humano, pero más o menos sé lo que hay que hacer en determinadas situaciones, y cuando una mujer se tapa la cara con las manos y llora, cualquier hombre sentado a su lado ha de prestarle consuelo y apoyo. Así que hice eso, pasar un brazo alrededor de Jackie y palmea su hombro suavemente con la mano.

—No es culpa tuya —dije, lo cual era evidente—. Tú no pediste un acosador psicópata.

Ella lloraba a moco tendido, la primera cosa desagradable que le veía hacer.

—Tendría que habérselo dicho a los de la cadena. Tendría... Soy una egoísta, y ahora Kathy está muerta.

—No podías saber de ninguna manera que haría esto. No es culpa tuya.

Tal vez no fuera de lo más halagador para mí, pero me sentía muy orgulloso de la forma en que iba encontrando cosas apropiadas que decirle. Al fin y al cabo, casi toda mi potencia cerebral estaba dedicada a intentar imaginar quién había matado a Kathy, puesto que yo estaba convencido de que no era Patrick.

—Sí. Es culpa mía —insistió—. De no haber estado tan preocupada por mi estúpida carrera... ¡Ahora Kathy ha muerto por esa estúpida serie de televisión que ni siquiera me gusta!

Sus hombros se estremecieron con más violencia, y después emitió un gemido, y luego sorbió por la nariz, se volvió hacia mí y apoyó la cabeza sobre mi pecho, y en ese momento fui muy consciente de que su camisón era delgadísimo, y yo aún estaba vestido para dormir, es decir, con el pecho al aire y

un par de bóxers viejos. Mi otro brazo la rodeó de una forma automática y la abracé, mientras sentía que sus lágrimas y otras cosas resbalaban sobre mi costado, y me pregunté por qué no me importaba.

Porque no me importaba. De hecho, me lo estaba pasando bastante bien. Dejé de darle palmaditas y empecé a masajearle el hombro, de una forma que esperaba resultara tan tranquilizadora para ella como para mí. Su piel era tibia, seca y muy suave, y aún conseguí percibir un rastro de su perfume, y empecé a imaginar toda clase de cosas inimaginables que no se correspondían con el estado de ánimo inducido por un asesinato reciente.

Por suerte para nosotros, unos golpes autoritarios resonaron en la puerta de la suite, y yo me despegué de Jackie y fui a abrir.

—¿Quién es? —pregunté de forma bastante innecesaria.

—¿Quién narices crees que es? —rugió alguien que sólo podía ser Deborah—. ¡Abre la puta puerta!

Abrí la puta puerta y mi hermana entró como una tromba en la habitación. Se detuvo cuando vio a Jackie derrumbada en el sofá, con los ojos enrojecidos y la nariz llena de mocos, y debo admitir que no estaba muy guapa. Debs se volvió hacia mí, y por primera vez dio la impresión de reparar en que mi atuendo era bastante informal. Sacudió la cabeza, sin duda echando humo por la vida en general y con ganas de quemar algo. Como de costumbre, ese algo era yo.

—Bonitas bragas —dijo, mirando fijamente mis bóxers—. ¿Piensas cazar a ese tipo así?

Tenia muchas ganas de decirle a Deborah que no iba a cazar a aquel tipo, a menos que me pusiera una botella de buceo, pero no podía. Ella sabe lo que soy, y a su manera limitada casi lo aprueba, pero Jackie no, y no podía saberlo, y eso habría dado lugar a una conversación muy desmañada. Y aún estaba cerrando la boca cuando aquella tenue y mezquina incertidumbre me asaltó de nuevo, la idea ridícula e ilógica de que tal vez había matado a la persona equivocada.

—¿Da la impresión de que es el mismo asesino? —me limité a preguntar.

Deborah me fulminó con la mirada.

—¿Cuántos frikis como ése crees que andan sueltos por ahí? —preguntó, y añadió, al cabo de un momento muy incómodo—: Aún no he visto el cuerpo, pero parece el mismo.

—Oh —dije, con un pequeño destello de esperanza. Jackie sorbió ruidosamente por la nariz, y me acordé de por qué—. ¿Tenéis una identificación positiva?

—La foto del permiso de conducir coincide. Es ella, no cabe duda. Kathy Podrowski. —Miró a Jackie y añadió, también innecesariamente—: Tu ayudante.

Jackie emitió un sonido a medio camino entre un gemido y unas arcadas, y Deborah se volvió hacia mí.

—Ambos sabemos lo que esto significa —dijo—. Y ambos sabemos lo que

hemos de hacer al respecto.

—Sí. Has de decirle al agente que se halla al mando lo que hemos estado ocultando.

—Exacto —bramó mi hermana.

—Bien... ¿Quién está al mando?

El rostro de Deborah expresó una ira mucho mayor todavía, lo cual no dejó de impresionarme.

—Anderson —escupió.

Parpadeé.

—Pero eso es...

Ella sacudió la cabeza con amargura.

—Esta semana, dos tiroteos desde un coche, más una decapitación ritual, y el rollo canibal en el Grove. Así que Anderson entra en los turnos de nuevo, porque estoy ocupada encargándome de esta chorrada de un psicópata, y cuando el capitán Matthews lo descubra, tendré suerte si sólo me envía a Aplicación del Código y... ¡Mierda, Dexter!

Se oyó un sonido gutural procedente del sofá, y ambos nos volvimos hacia Jackie. Estaba sentada muy tiesa, las rodillas juntas, con una mano en la garganta. Tenía los ojos enrojecidos, pero había dejado de sorber por la nariz y no cabía duda de que estaba intentando controlar sus emociones.

—Si eso pudiera perjudicar a tu carrera... —dijo vacilante.

—Ni lo digas —replicó Deborah.

Jackie pareció perpleja, y después sorprendida. Sacudió la cabeza.

—Oh, no —dijo—. Era que... Iba a decir que puedo confesarles que fue por culpa mía. Y lo es, porque te ordenaron hacer lo que yo te pidiera y... —Levantó una mano, y después la dejó caer en el sofá a su lado—. No quiero que hagan daño a nadie más —terminó con voz débil. Sostuvo la mirada furiosa de Deborah sin parpadear un momento, y después desvió la vista—. Es culpa mía.

Parecía tan pequeña y vulnerable que me dieron ganas de matar cosas por ella.

No parecía que Deborah sintiera lo mismo.

—Da igual lo que les digas. Soy una agente y se supone que sé más de estas cosas. —Miró a Jackie, pero ésta no levantó la vista, y al cabo de un momento mi hermana se ablandó un poco—. No es culpa tuya. Soy yo quien... Entiendo más de estas cosas, pero de todos modos lo hice. —Se enderezó como si se estuviera preparando para plantarse ante un pelotón de fusilamiento..., y así era, hablando desde un punto de vista administrativo—. La cagué. Yo era la responsable, así que yo me como el marrón.

Respiró hondo y dio media vuelta en dirección a la puerta con un paso marcial tan preciso que casi oí las notas del «Colonel Bogey».

—Deborah —dije. Me miró sombría con una mano en el pomo, y no se me

ocurrió decir nada capaz de mejorar la situación—. Mmm... Buenas noches...

Debs me miró sin expresión durante lo que me pareció mucho tiempo. Después sacudió la cabeza, abrió la puerta y se fue.

Pasé la cadena de la puerta y el pestillo de seguridad. Me quedé un momento pensando en el significado de la muerte de Kathy. Ya fuera porque la conversación con Deborah hubiera enviado un chute de adrenalina a mi cerebro, o porque me hubiera despertado del todo, empecé a entrever pequeñas y preocupantes inconsistencias. Si alguien era capaz de entrar en la habitación de Kathy, ¿no sería igual de fácil entrar aquí, en nuestra habitación? Y algo todavía más básico: ¿por qué Kathy? No era rubia, no era joven, y no era atractiva. No habían arrojado su cuerpo en un lugar público, y Debs había dicho que la sangre salía por debajo de la puerta, lo cual no encajaba con el método de los demás asesinos. Por supuesto, era posible que Patrick hubiera procedido con prisas, más de las que prefería, pero...

Pero: de ninguna manera. Era imposible, y deseché el pensamiento con firmeza. No era Patrick, no podía ser él. Yo le había matado, y seguro que no me había equivocado de hombre; estaba muerto y bien muerto, medio devorado ya por la voraz vida marina. Y por popular que fuera la idea en televisión en este momento, me negaba a creer que hubiera regresado de entre los muertos. No era Patrick.

Entonces, ¿quién era?

¿Quién había matado a Kathy, y por qué?

¿Y qué iba a hacer al respecto, llegado el caso? Al fin y al cabo, no era mi problema. Kathy me odiaba, y no tenía motivos para lamentar su muerte. Por más desagradable que hubiera sido, no tenía nada que ver conmigo, y no existían motivos para seguir pensando en ello.

Jackie estaba disgustada, por supuesto, pero ya encontraría una nueva ayudante. Debería estar más preocupada por perder el papel que la había llevado a Miami. Deborah tendría que informar sobre la amenaza de un acosador. Aunque le revelara a mi hermana que el acosador ya no existía, no se lo podía contar a otro detective.

Así que Debs debía tener razón: estaba metida en un buen lío. Hasta qué punto dependía de un montón de cosas, por ejemplo, cómo lo enfocara cuando le contara a Matthews lo sucedido. Existían diversas posibilidades: subrayar con mucho tacto que se había limitado a cumplir órdenes, colaborado con la producción, y que había proporcionado al detective Anderson la información relevante, pero que él había estado muy ocupado echando a perder la investigación. Deborah podía salir airosa del empeño. Habría que hacerlo con mucha sutileza, por supuesto, pero aun así...

Y cuando la palabra «sutileza» pasó por mi mente, exhalé un suspiro. Mi hermana era tan sutil como una excavadora. Ni siquiera tendría ni idea de cómo

proceder. Yo podría escribirle un guión, pero jamás podría interpretarlo tal como estaba escrito. Conocía bien a mi hermana, y aunque era una policía excelente, carecía de dotes políticas. Nunca había sabido adaptarse al juego, y no iba a empezar a estas alturas. Además, ya estaba sumida en un frenesí masoquista y estaba ansiosa por llevarse el castigo, porque era Lo Correcto, como si eso significara algo.

No. Tal como estaba el patio, la suerte de Debs estaba echada. Y cuando eso sucediera, Dexter padecería las consecuencias. Se suponía que yo debía saber cuál era el límite con tanta claridad como ella, y sin duda lo había cruzado. No estaba claro cuál sería mi castigo (Aplicación del Código carecía de departamento forense), pero sería algo desagradable. Suspensión de empleo, y también de sueldo, probablemente..., justo cuando más necesitaba el dinero.

—Dexter —dijo Jackie en voz baja, y yo me volví a mirarla. Por un momento, absorto en mis desagradables pensamientos, había olvidado que estaba conmigo—. ¿Qué os pasará a Deborah y a ti?

Sacudí la cabeza.

—Demasiado pronto para decirlo.

—¿Podría ser grave?

—Es posible —contesté, y ella se miró las rodillas. Eran unas rodillas muy bonitas, pero no se me ocurrió ningún motivo poderoso para que se las mirara. La observé, pero no hizo nada más interesante, y al cabo de un momento un gigantesco bostezo se apoderó de mí y me di cuenta de que estaba muy cansado. Al fin y al cabo, era noche cerrada, y pretender estar eternamente vigilante requiere un montón de energía. De pronto, no deseé nada más en el mundo que acostarme y dormir, y Jackie estaba sentada en mi cama, lo cual provocaría que estirarme y tratar de dormir fuera algo difícil, o al menos incómodo. Había imaginado ya una forma educada de pedirle que abandonara el sofá para poder tenderme y dormir, cuando soltó de repente, sin dejar de mirarse las rodillas:

—Él volverá, ¿verdad?

Al principio no supe a qué se refería, y por tanto no supe muy bien qué decir. Al cabo de unos segundos de perplejo silencio, alzó la vista al fin.

—El asesino, Patrick —dijo—. Volverá y lo intentará de nuevo.

—Oh, no lo sé.

—Lo hará. Sé que lo hará. Y la próxima vez...

Jackie se estremeció, pero no dijo nada más, de manera que inicié mis comentarios preparados sobre el tema del dormir.

—En cualquier caso, mañana será un día largo. —Me acerqué al sofá y me quedé frente a ella, mientras contemplaba con anhelo mi lugar de reposo—. Deberíamos intentar dormir un poco.

Ella se puso en pie con brusquedad, y al intentar apartarme estuve a punto de caer sobre la mesita auxiliar. Asió mi brazo y me enderezó, pero cuando me

incorporé no me soltó, sino que se acercó más y me miró, y sus ojos color violeta eran enormes e inmensos.

—Volverá —dijo—. Sé que lo hará. —Inhaló una profunda y entrecortada bocanada de aire—. Ahora mismo podría estar en este hotel.

Estaba mucho más cerca de mí de lo necesario para decirme eso, pero no me quejé. Me limité a tragar saliva, y le contesté con una boca que, de súbito, estaba muy seca por algún motivo misterioso.

—Bien, es posible —dije, y ella consiguió descubrir una forma de acercarse aún más.

—No quiero estar sola —dijo—. Esta noche no. Estoy ... asustada.

Alzó la cara hacia la mía con sus ojos enormes y desorbitados, y experimenté la sensación de precipitarme a un mar violeta infinito.

No dormí mucho aquella noche, pero no me importó. Resultó que no estaba tan cansado como pensaba.

Desperté por la noche y, durante casi un minuto, estuve amodorrado, con los ojos cerrados, sin saber dónde estaba. No me pareció preocupante por algún motivo. Una sábana suave y fragante me cubría de cintura hacia abajo, y una sensación de entumecimiento casi extático cubría el resto de mí, y acostado entre el sueño y la vigilia me pregunté cómo habría llegado dondequiera que estuviera y por qué me sentía tan de maravilla.

Y entonces algo crujió a mi lado y mis ojos se abrieron de par en par al detectar el sonido. Me volví a la izquierda y miré.

Jackie Forrest, la estrella de la televisión, adorada por millones y perseguida por traficantes de armas griegos, estaba acostada a mi lado, desnuda. Su cabello dorado estaba desordenado y desparramado sobre la almohada, con una mano cerrada junto a la cara. La sábana estaba bajada a medias. Vi la pequeña nube de pecas que corría sobre sus hombros, descendía por el pecho y sobre sus senos, sus asombrosos, perfectos senos.

Nunca había comprendido la obsesión masculina con este rasgo femenino. Al fin y al cabo, los pechos no son más que un artículo de equipamiento funcional, incluso utilitario. En su origen, eran una herramienta de supervivencia necesaria para criar una camada sana, que había caído en cierta obsolescencia debido a los biberones y la leche maternizada actual, y sumirse en trance ante su sola visión siempre me había parecido la cumbre de la estupidez humana.

Pero mientras examinaba los pechos de Jackie Forrest, comprendí esa locura por primera vez. Sus pechos eran algo al margen de la humanidad. Se alzaban solos en un planeta de avatares, objetos hermosos, perfectos, icónicos, que encarnaban todo cuanto el pecho femenino ideal debería ser, algo como nunca había visto antes, de modo que sólo podía mirarlos y maravillarme. De modo que ésta era la explicación de tanto frenesí...

No lo pude evitar. Extendí una mano y toqué el seno más cercano. El tacto era suave, increíblemente aterciopelado, e invitaba a un examen más detenido y minucioso. Lo cubrí con la mano y fui recompensado con una sensación de satisfacción que jamás había experimentado, ni creído posible. El pezón rosado perfecto se frotó contra la palma de mi mano, y se puso duro, y eso también fue increíblemente asombroso y satisfactorio.

Jackie se movió apenas, una leve oscilación de caderas y hombros, y un párpado aleteó. Aparté mi mano, y después, todavía sin saber muy bien qué estaba haciendo ni por qué, moví la boca hacia su pecho y lo froté con mis labios.

Ella se removió de nuevo, y después su mano resbaló con suavidad sobre mi mejilla y alrededor del cuello, y yo me incorporé para mirar su cara.

Sus ojos estaban entreabiertos, su lengua se deslizó sobre su labio inferior, y luego su boca se curvó en una sonrisa adormilada.



—¿Otra vez...? —preguntó en un susurro ronco. Extendió la mano y movió mi cara hacia la de ella, y repetimos.

En algún lugar muy lejano, en una niebla de felicidad perfecta, un zumbido irritante empezó a abrirse camino entre la nube de euforia etérea donde Dexter flotaba sin soñar. Intenté expulsarlo y volver a mi nube, pero el sonido aumentó de intensidad, más insistente, y la nube comenzó a desintegrarse, y jalones de felicidad en estado puro se fundieron con el entumecimiento insípido y granuloso de la conciencia que regresaba. Oí un crujido a mi lado, abrí un ojo mientras Jackie le daba una palmada al despertador, y después saltó de la cama y corrió al cuarto de baño.

La seguí con la mirada, atontado por la falta de sueño, pero lo bastante despierto como para maravillarme de lo que había sucedido. Estaba tendido en la cama de una Estrella Real, y había pasado la noche haciendo cosas improbables con ella, cosas que jamás antes había pensado hacer, pero las había hecho con mucha naturalidad con Jackie. Y pensé de nuevo en las masas que la seguían con adoración entregada, y que cualquiera de la turba habría dado todo cuanto poseía para estar en mi lugar en este momento o, en cualquier caso, unas horas antes. Pero sólo había un Dexter, y ése era yo, y había pasado la noche en la cama con Jackie Forrest.

Oí que el agua corría en el cuarto de baño, y ella empezó a ducharse. Me estiré y permanecí inmóvil un momento, muy complacido conmigo mismo. Había hecho algo notable, y me sentía muy bien al respecto. Pero además me di cuenta de que también estaba hambriento, cosa que no habría debido sorprenderme. Al fin y al cabo, había quemado unas cuantas calorías aquella noche, y mi cuerpo nunca era tímido a la hora de pedir una recarga.

Salté de la cama y paseé la vista a mi alrededor medio dormido, en busca de mis calzoncillos. Estaba convencido de que habían entrado en la habitación, pero no sabía hasta dónde. Los encontré por fin al pie de la cama, debajo del cubrecama arrugado. Me los puse y salí a la sala de estar, emplazamiento de mi antigua cama, el elegante sofá de piel. Una visión muy agradable, un lugar estupendo para tenderse, pero no era el sitio ideal para dormir, y me habría encantado cambiarlo por un motivo mucho más insignificante. Pero trasladarse del sofá a la cama de Jackie era el mejor de todos los mundos posibles.

Pero mientras me sorprendía sumiéndome en un lodazal de huera autocongratulación, un desagradable pensamiento aterrizó a mi lado. ¿Por qué debía dar por sentado que el cambio significaba algo? Jackie estaba disgustada anoche, asustada, desesperadamente necesitada de consuelo y compañía. Eso no significaba que sintiera lo mismo esta noche, o la noche siguiente, o en el futuro. Ignoro casi todo de los asuntos sexuales y emocionales de los humanos, pero

sabía lo suficiente para estar seguro de que nada en esa parcela es seguro. Todo el mundo es diferente, todo el mundo alberga expectativas diferentes, y no hay dos seres humanos que hayan tenido la misma experiencia, aunque la vivan juntos. Por lo que yo sé, es algo así como si dos personas hablaran idiomas distintos utilizando las mismas palabras; todo suena igual, pero las palabras tienen significados diferentes en cada idioma. Para una persona, amor significa sexo, y para otra significa para siempre: dos significados que no tienen nada que ver, y sin embargo la palabra se pronuncia igual.

Por tanto, ¿qué significaba realmente lo sucedido horas antes?

¿Para mí? Me lo había pasado mejor que nunca sin utilizar cinta americana, y tenía muchas ganas de convertirlo en la Nueva Normalidad, aunque no tenía ni idea de qué opinaba Jackie. Había actuado como si se lo pasara bien, pero al fin y al cabo se ganaba la vida así, actuando. Tal vez había decidido intercambiar unas horas de esfuerzo físico indecoroso por la protección extra de tener a alguien a su lado, una «mantita» en caso de que Patrick apareciera. Era mucho más lógico pensar así, y no que Dexter estaba destinado a ser su único amor. Al fin y al cabo, era una belleza de fama mundial, ¿y qué era yo? Nada, un simple analista forense que destacaba como experto en la vivisección humana. No tenía derecho a asumir que habría más de una noche, ninguna razón lógica para suponer que una noche de abrazos sudorosos sería el primer paso hacia un futuro nuevo y brillante.

Me quedé de pie junto al sofá a la luz tibia del sol que entraba por las ventanas, y sentí que me deshinchaba. Todo terminaría demasiado pronto, y ahora tendría muchas cosas más que lamentar, aparte de la excelente carta del servicio de habitaciones.

Por otra parte, la carta era excelente, y deshinchado o no, seguía hambriento. Descolgué el teléfono y pedí el desayuno.

Había terminado de desayunar, y estaba a mitad de mi segunda taza de café, cuando Jackie salió por fin a la terraza. Vaciló apenas medio segundo, y después se agachó y me dio un beso antes de sentarse.

—Buenos días —dijo.

—Eso parece —repliqué con cautela—. ¿Cómo...? Mmm... —añadí, y me oí tartamudear en el incómodo silencio.

—¿Qué?

—Bien. Iba a preguntarte cómo habías dormido..., pero de repente me pareció una pregunta estúpida, porque...

—Sí.

—Así que... ¿te apetece un poco de café?

—Muchísimo.

Le serví una taza, y ella la levantó y sostuvo frente a su boca con ambas manos, sopló para enfriarlo, y luego bebió. Cuando casi la había vaciado, bajó la

taza y respiró hondo. Después expulsó el aire poco a poco de manera audible, y fijó la vista en su regazo.

—Yo no... —empezó, y luego se mordió el labio y alzó la vista—. Me siento fatal.

No se me ocurrió ninguna forma de tomar su comentario como un cumplido, y eso debió plasmarse en mi cara, porque Jackie pareció sorprenderse un poco y se apresuró a añadir:

—Por Kathy. Por su muerte.

—Ah —dije, con cierto alivio egoísta. Había estado tan absorto en mis tortuosos pensamientos que me había olvidado del asesinato de su ayudante. Muy frívolo, sin duda, pero nunca me las he dado de persona compasiva.

—Es culpa mía. Mi egoísmo provocó su asesinato. Y después nosotros... Me siento tan mal por lo que hice...

Tuve ganas de decirle que no debería, puesto que lo había hecho muy bien, pero esta vez sabía que estaba hablando de Kathy. Eran necesarias algunas palabras de consuelo, y me di cuenta sorprendido de que deseaba tranquilizarla.

—Jackie, no fue por tu culpa. Si hay un culpable, soy yo.

Me miró sorprendida.

—¿Tú?

Asentí.

—Se supone que yo soy el experto. Y no tenía ni idea de que iba a atacar a Kathy. Tú no podías saberlo.

Jackie bebió café y frunció el ceño.

—Tal vez, pero...

—De hecho, esto es tan contrario a la pauta de Patrick que no me sorprendería en absoluto averiguar que no ha sido él.

No añadí que me habría sorprendido todavía más averiguar que sí lo era.

—¿Quieres decir que otra persona mató a Kathy? Pero ¿por qué?

—No lo sé.

Jackie arrugó el entrecejo y bajó la vista, para luego negar con la cabeza.

—No —añadió por fin—. ¿Quién más podría...? No. Es una locura.

—Eso es justo lo que quiero decir. Los ciudadanos cuerdos y estables no hacen esas cosas.

Y aquí debo señalar que hablaba con cierta experiencia del asunto.

Ella meditó sobre mis palabras, bebió café, exhaló un suspiro y volvió a negar con la cabeza.

—No. Sé que estás intentando que me sienta mejor, pero... No me lo creo.

Miré a Jackie, chapoteando en su desdicha innecesaria, y en uno de los momentos más extraños hasta entonces, me di cuenta de que deseaba verla sonreír, reír, sentir el sol y el viento en la cara y conocer la verdadera felicidad, o al menos deseaba verla terminar su café sin estallar en lágrimas.

—¿Y si te demuestro que fue otra persona? —pregunté, y dio la impresión de sorprenderse.

—¿Cómo?

Sonreí, y fue casi una sonrisa de verdad.

—Yo me dedico a eso. Con toda modestia, debo admitir que soy muy bueno en lo mío.

—Y en otras cosas también —replicó, pero cayó en la cuenta de sus palabras frívolas y compuso una expresión de culpabilidad. Desvió la vista y frunció el ceño.

—Sólo te pido que me dejes echar un vistazo a los informes y hablar con Vince antes de decidir que ya no mereces seguir viviendo.

Un largo momento después, me miró, y si no había esperanza real en su cara, al menos ya no parecía hundida en la desdicha.

—De acuerdo. —Tomó otro sorbo de café, seguido de un profundo suspiro, y dejó que una expresión de determinación se pintara en su cara—. Genial. —Dejó la taza sobre la mesa y extendió la mano hacia los dos platos tapados de la bandeja, pero luego vaciló—. ¿Cuál es el mío?

—Los dos. —Ella enarcó una ceja—. Bien, no estaba seguro... O sea, pedí tu escuálido desayuno de costumbre —dije, mientras daba unos golpecitos sobre una de las tapas de plata—, pero pensé... En cualquier caso, hay una tortilla y un poco de beicon, por si deseabas algo más, porque, mmm... —terminé sin convicción, en el mejor estilo de Rita.

—¿Porque esta noche se me ha despertado cierto apetito?

—Bien... Sí, supongo que sí.

Ella sonrió.

—Pues sí, pero empezamos a trabajar ante las cámaras mañana, así que...

Se encogió de hombros y levantó la tapa de la tostada y el zumo de pomelo. Dejó a un lado la tapa y levantó una tostada, le dio un mordisco y bebió el zumo.

Eché un vistazo a la otra tapa, la de la tortilla, y ya fuera porque tenía hambre o porque necesitaba hacer algo, la levanté.

—Si estás segura... o sea, está muy bueno.

Jackie bebió su zumo.

—Estoy segura.

Me comí la tortilla.

Cuando terminé, serví más café en la taza de Jackie, y después en la mía. Bebimos, y el silencio creció, y me pregunté si debería empezar a farfullar, sólo para interrumpirlo.

—Escucha —dijo ella finalmente. La miré atento—. Esta noche...

Bebió de nuevo, y después desvió la vista.

—Ha sido muy agradable.

—Muy agradable. Quiero decir, «agradable» no me parece adecuado.

Me miró de nuevo y me dedicó una breve sonrisa.

—Me alegro de que pienses así, pero... —Meneó la cabeza y se miró los pies—. Siempre hay un pero, ¿verdad?

—Yo no, mmm... ¿Siempre?

Jackie alzó la vista y dibujó una especie de sonrisa triste.

—Sí, siempre. O sea, en el momento es: «Yupi, gracias. Dios mío, otra vez...», pero las cosas son diferentes a la luz del día...

Debía tener razón, y durante un breve instante me dieron ganas de probarlo a la luz del día para saber si era muy diferente, pero daba la impresión de que Jackie no compartía mi estado de ánimo. Exhaló un profundo suspiro y desvió la vista otra vez.

—Esta noche estaba asustada. Estaba convencida de que se encontraba en el hotel, y de que vendría a por mí y... —Hizo una brusca pausa y parpadeó—. No es que... —Parecía muy incómoda—. Quiero decir... Era algo que tenía muchas ganas de hacer. Contigo. —Contempló sus rodillas—. Tienes esta... No sé. Hay algo en ti que... —Frunció los labios y sacudió dos veces la cabeza—. No sé. Pareces un hombre normal, seguro y... y... ¿sólido? ¿Corriente? No, quizá confortable. —Sacudió la cabeza de nuevo—. Y al mismo tiempo tengo la sensación de que eres como aquellos chicos malos que me gustaban antes, con una navaja en el bolsillo o algo por el estilo, y la combinación es tan...

Me miró, y se pasó la lengua sobre el labio inferior. Suspiró y bajó la vista de nuevo.

—Me gustas mucho, Dexter. Te lo digo en serio. Pero... vivimos en mundos diferentes, y tú lo sabes. Volveré a Los Ángeles y tú volverás con tu mujer.

—No tengo por qué hacerlo —repuse, y salió de mi boca antes de saber lo que estaba diciendo.

Me miró muy seria, y yo sostuve su mirada. Después negó con la cabeza.

—Tienes hijos y... No compliquemos las cosas, ¿vale?

—No es tan complicado.

Jackie sonrió con cierta tristeza.

—Sí. Siempre lo es.

—Ya sé que no soy un traficante de armas griego, pero...

Ella pareció sorprenderse.

—¡Oh! Oh, no, no es eso. —Movié la mano por encima de los restos del desayuno y cogió la mía—. Ya tengo más dinero del que puedo gastar, y si esta serie dura lo suficiente para pasar a redifusión, será mi dinero QTD.

—¿Tu qué?

Ella sonrió.

—Dinero QTD. Suficiente dinero para decir «Que te den» a cualquiera o cualquier cosa que no me guste, sin tener que preocuparme por las consecuencias. —Apretó mi mano, y después la retiró—. En cualquier caso, ése

no es el problema.

—¿Cuál es el problema?

Emitió un suspiro muy profundo y miró hacia el agua. Contemplé su perfil. Era un perfil estupendo, aunque lo estropeó un poco cuando volvió a fruncir el ceño, inmersa en sus profundos y desdichados pensamientos acerca de... ¿qué? No sería yo, seguro.

—Fui egoísta —dijo por fin—. Y eso provocó la muerte de Kathy.

—Jackie, eso es...

—No, déjame decirlo. —Arrugó todavía más el entrecejo—. Hay tanta gente concentrada sólo en ella misma, en sus deseos, y que no piensa en cómo afecta a los demás. Sobre todo en mi profesión.

—No sólo en tu profesión —dije, pensando en que era una descripción muy buena de la vida normal.

—Siempre he detestado eso. Intento... —Agitó una mano en dirección al agua—. Existe esa sensación de... poder... derivada de ser famoso. Y he visto cómo convierte a la gente en...

—¿Gilipollas? —sugerí, pensando en Robert.

—Ajá, vale —dijo, sin dejar de mirar hacia la bahía—. Yo no quiero eso. —Me miró muy seria—. No quiero ser una de esas personas.

—No creo que lo seas.

—Lo seré, si intento separarte de tu familia.

Miré a Jackie, a sus ojos de un violeta intenso, situados en una cara perfecta, suave, levemente pecosa, y por primera vez me di cuenta de que estábamos hablando precisamente de eso: de que me apartara de mi familia. De Dexter, que abandonaba a Rita y a los críos para partir en pos de puestas de sol empapadas de mojitos y una vida de felicidad sin parangón. De Jackie y Dexter, por los siglos de los siglos, o como mínimo, por los siglos de los siglos durante unas semanas.

Yo quería eso. Había probado una pizca del mundo de Jackie, y de Jackie, y me gustaba. Me gustaba todo: el remolino de multitudes adoradoras dondequiera que fuéramos, el zumbido gratificante de la adoración de todo el mundo que nos veía, el servicio de habitaciones y las limusinas y las entrevistas telefónicas y la sensación de ser tan importante, que hasta cada eructo e hipido de nuestra vida era significativo: me gustaba. Me gustaba la sensación de estar con Jackie, en su mundo..., y en su cama. Y me gustaba ella. Era lo que más deseaba de todo ello.

Y pensé en lo que eso significaba: abandonar mi rutina laboral cotidiana de atravesar a paso de tortuga un tráfico violento dos veces al día, en un coche antiguo y baqueteado, de repetir las descerebradas rutinas y las cansadas bromas de mi trabajo, hundido hasta las rodillas en carnicerías y crueldad. ¿Y para qué? Para llevar a casa un salario exiguo, que desaparecía de inmediato en el vacío codicioso y continuado de mi vida familiar, con sus hipotecas, ortodoncias y

nuevos zapatos y comestibles. Y el incesante y agotador trabajo de lidiar con los niños y sus constantes problemas, siempre arrojados a la cara con el mismo lloriqueo egoísta y exigente; y el alboroto de cada mañana a la hora de buscar calcetines y deberes y el otro zapato cuando se preparaban para ir al colegio, seguido de más gritos, peleas y retumbar de puertas, y después una representación más o menos igual a la hora de acostarse; los pañales y las discusiones y tejanos nuevos y reuniones con profesores, y peleas a grito pelado en todo momento. Y pensé en Rita, con sus perpetuas frases interrumpidas y la manía de darle vueltas a todo, y las arrugas que se iban grabando en su cara a medida que iba envejeciendo, algo que habría debido tardar diez años más, como mínimo, y la sensación de que siempre deseaba algo que yo no podía darle, que jamás podría identificar. ¿Sería capaz de abandonar todo esto por la simple perfección?

Creía que sí.

Miré a Jackie. Estaba todavía estudiando mi rostro, y sus ojos estaban medio empapados de humedad.

—Jackie —dije.

—No puedo, Dexter. No puedo.

Me levanté y me senté a su lado en la tumbona.

—Yo sí —dije, y la besé. Se reprimió por un momento, y después también me besó.

Y resultó que las cosas no eran tan diferentes a la luz del día. Ni siquiera en la terraza...

Nuestra inesperada siesta en la tumbona dio paso a una cabezada sorpresa, y después a un sobresaltado despertar, que condujo a una segunda ducha, y que duró muchísimo más de lo debido, y que terminó en la cama de Jackie otra vez. Y todo el día transcurrió en una niebla perezosa de estúpidas bromas y amodorramiento entre las sábanas, y antes de que me diera cuenta, era de noche.

Y la mañana siguiente, lunes, llegó con excesiva rapidez y nos pilló a ambos en un estado semicomatoso, perdidos en un sueño tan profundo que no oímos el teléfono de la habitación hasta que sonó por tercera vez. Me levanté a tientas de la cama y lo descolgué, para averiguar que el conductor de la limusina estaba echando chispas y exigía nuestra inmediata materialización en su coche, de lo contrario llegaríamos tarde al plató y las fuerzas de la oscuridad caerían sobre su vehículo.

Me cepillé a toda prisa el pelo y los dientes, y Jackie recompuso su pelo y maquillaje, y muy pocos minutos después estábamos conteniendo el aliento en el asiento trasero del vehículo, camino del trabajo.

No hablamos más sobre el futuro, pero estaba grabado a fuego en mi mente. Me parecía el colmo de la ironía que, aunque jamás había deseado cargar con una mujer, salvo como parte de mi disfraz, ahora estaba encadenado a dos. Era una situación peculiar para mí, casi surrealista. Nunca habría adivinado que, además de mis otros defectos, fuera un sátiro, un libertino, un donjuán, que deambulaba por la vida con una sonrisa priápica, seguido por ansiosas hordas de hermosas féminas. Era un granuja, y eso me hacía estúpidamente feliz. Era como vivir en una absurda fantasía adolescente: saltar de la cama con mi diosa florero y subir a la limusina. De camino a un esforzado día en el plató, comida con mi agente, sortear una o dos entrevistas, siempre con una pausa entre una y otra actividad para permitir que las turbas de mujeres adoradoras disfrutaran de la gloria de mi radiante sexapil. Dexter Dionisiaco, el sorprendente dios del amor.

Mi estado de ánimo efervescente, y el silencio de Jackie que lo acompañaba, duraron hasta el plató que la productora había alquilado para el primer día de rodaje. Se hallaba a unas manzanas del río, en el borde norte de la zona de Little Havana, y pese a los esfuerzos de nuestro conductor, llegamos diez minutos tarde.

—¡Mierda! —dijo Jackie, mientras atravesábamos la puerta y entrábamos en el aparcamiento—. Detesto llegar tarde. Siempre parece que la diva ha querido dar la nota.

—Tenemos una excusa estupenda —dije.

Ella sonrió y apretó mi mano.

—Sí, pero no la puedo explicar al director.



—¿Quieres que se lo diga yo?

—No volvamos a hacerlo. —La miré con una ceja enarcada y ella rió—. La última parte, quiero decir.

El coche frenó ante las grandes persianas metálicas, y cuando alcé la vista observé que el conductor nos estaba mirando con interés por el retrovisor. Nuestros ojos se encontraron, y me guiñó el ojo.

—Ya hemos llegado, señorita Forrest —dijo.

—Gracias.

Jackie extendió la mano hacia la manija de la puerta, pero el conductor ya había bajado y se la abrió.

—Me encargaron comunicarle que todo el mundo estará reunido en la sala de conferencias —dijo cuando yo bajé. Indicó con un cabeceo la pequeña puerta metálica que había junto a la persiana—. Al final del pasillo, a la derecha.

—¿Todo el mundo? ¿O sólo los actores?

El conductor meneó la cabeza.

—No lo sé, señorita. Me dijeron todo el mundo. No me dijeron qué significaba eso.

Jackie se mordió el labio y frunció el ceño, y después se estremeció un poco.

—Gracias —dijo al conductor, y le recompensó con una leve sonrisa.

El hombre inclinó la cabeza apenas.

—Está incluido en el servicio —contestó.

Atravesamos la puerta que el conductor había indicado y entramos en un largo pasillo, pintado de un color verde claro muy irritante. Pasamos ante dos puertas a la derecha que daban al plató. A la izquierda, las paredes estaban decoradas con manchas de pintura, grasa y lo que confié en que fuera mantequilla de cacahuete. A mitad de camino pasamos ante un gran tablón de anuncios engalanado con anuncios, folletos, advertencias de la OSHA<sup>[8]</sup> e importantes normas de seguridad. Justo después empezamos a oír el murmullo de conversaciones procedentes del final del pasillo. Jackie caminó más despacio y me miró.

—Sabes lo que esto significa, ¿verdad? —preguntó en voz baja y preocupada.

—¿Todos los donuts de mermelada se habrán terminado?

Su sonrisa fue un poco mecánica.

—Aquí se acaba todo. Aquí es donde cuentan a todo el mundo lo de Patrick. Y después me presentan a mi sustituta. —Se mordisqueó el labio inferior—. Oh, mierda. No puedo hacer esto. Con Rob no... Todo el mundo mirando y disfrutando en secreto.

Estoy seguro de que había empezado a decir «Robert», y se reprimió después de una sílaba detestable, de modo que experimenté una oleada de compasión. Una de las pocas características del comportamiento humano que comprendo es la natural reticencia a permitir que tus enemigos te vean

humillado. Y como Jackie estaba conmigo ahora, y el enemigo era una espinita tan irritante como Robert, yo también la experimenté. Pero tampoco veía la forma de evitarla.

De modo que rodeé la espalda de Jackie con el brazo y la apreté contra mí.

—No pueden sustituirte —dije.

Ella sacudió la cabeza.

—No sé cómo podrán evitarlo. El seguro...

—Les haré una oferta que no podrán rechazar —dije con los carrillos hinchados. No era una imitación muy buena, y ella no le dedicó una sonrisa estupenda, pero, al menos, era una sonrisa.

—Gracias, don Vito —dijo. Se soltó de mí, se puso derecha y exhibió una sonrisa leve y confiada—. Terminemos de una vez.

Se dirigió hacia la puerta del final del pasillo. Yo la seguí, mientras me preguntaba si estaba en lo cierto. ¿La iban a despedir? Y en tal caso, ¿qué sería de mí? Tal vez podría convencerla de que todavía necesitaba mi clase especial de protección, pero ¿y si decidía huir? ¿Volver a Los Ángeles, o volar a algún sitio todavía más lejano, donde el hipotético Patrick no pudiera encontrarla? ¿Me invitaría a seguirla a Sumatra, Dubái, Brisbane, o donde fuera? Eso esperaba, pero no había forma de saberlo con seguridad.

Antes de tomar una decisión, Jackie llegó a la puerta de la sala de conferencias. Se detuvo para serenarse, y después atravesó la puerta, seguida de Dexter como la cola de su cometa.

Robert, Renny y varias personas más que no reconocí ya estaban sentados a una larga mesa de roble que ocupaba el centro de la sala. Otro grupo de gente se hallaba de pie al final, donde una cafetera descansaba junto a varias cajas de pastelería muy prometedoras.

Jackie consiguió enmudecer los cánticos de sirena de los donuts y se encaminó sin vacilar a la mesa, de modo que la seguí. « ¡Hola, Dexter! », gritó Robert desde su asiento en el lado opuesto. Renny cabeceó a su lado. Yo saludé con la mano, y me reuní con Jackie en el asiento lo más alejado de Robert que pudo pescar sin salir de la sala de conferencias. Por suerte para mí, había una silla vacía a su lado, así que me senté.

Jackie se puso a charlar de inmediato con la mujer de su derecha, en un esfuerzo aparente por dejar bien claro que estaba segura de sí misma, alegre y en absoluto control de un universo perfecto. Paseé la vista alrededor de la sala y estudié a la gente congregada. El grupo que estaba junto a la cafetera parecía la gente más técnica. Vestía ropa gastada e informal, decorada en ocasiones con abrazaderas, rollos de cinta y otras herramientas misteriosas.

El grupo de la mesa debía estar constituido por los actores. No iban tan bien vestidos como los currantes, pero su suciedad era calculada y parecía cara. Sus frecuentes sonrisas revelaban dientes perfectos, y todos intercambiaban miradas

furtivas, como para asegurarse de que ninguno se deslizaba detrás de ellos con un machete. No vi a Deborah, y no supe decidir si eso era bueno o malo.

Un momento después, entró detrás del señor Eissen y el capitán Matthews, y entonces lo supe: era malo. Su rostro había adoptado su máscara más rígida, impenetrable y policial, la que demostraba su sumisión a la disciplina y el deber, y que jamás había experimentado sentimientos en toda su vida. Pero como la conocía tan bien, deduje que detrás de aquella máscara estaba furiosa, y cuando el detective Anderson se materializó con una sonrisa de suficiencia, comprendí por qué. Se trataba de un pelotón de fusilamiento público, y las únicas preguntas reales eran cuántas balas y de qué calibre.

Eissen se dirigió sin vacilar a la cabecera de la mesa, seguido del capitán Matthews, quien lanzó una sola mirada anhelante a los donuts para demostrarnos que aún era tan sólo un policía. Debs iba un paso detrás de él, con Anderson en la retaguardia. Clavó los ojos en Jackie con una especie de expresión lasciva de superioridad en la cara.

Eissen se sentó en la única silla vacía. Matthews buscó otra y no vio ninguna, pero su mirada se posó en Deborah y frunció el ceño, antes de colocarse junto al ejecutivo de la Big Ticket Network, en una postura reveladora de que prefería quedarse de pie.

—Gracias por su puntualidad —dijo Eissen en voz baja, y la sala se sumió en un silencio tan veloz y completo que me pregunté si me habría vuelto sordo—. Sé que todos están ansiosos por ponerse a trabajar... —Dibujó una sonrisa muy tenue, para demostrar que podían tomarlo como una broma, pero nadie rió—. Por lo tanto, procuraré ser breve. —Miró a Matthews, y después recorrió con la vista la longitud de la mesa hasta llegar a Jackie, y noté que ella se ponía un poco tensa—. Se me ha informado de que tenemos... un problema —dijo, e hizo una pausa para desviar la vista de Jackie y pasearla alrededor de la sala antes de continuar—. La señorita Forrest ha recibido cierto número de amenazas creíbles contra su vida.

Ni siquiera la presencia de Eissen pudo impedir los inmediatos murmullos de asombro y consternación que recorrieron la sala, y esperó a que enmudecieran, con sus fríos ojos azules clavados en Jackie. Ella se limitó a sonreír, relajada y despreocupada por fuera, y mi opinión sobre su capacidad interpretativa subió dos puntos.

—En circunstancias normales —prosiguió Eissen, y un silencio de muerte se hizo de nuevo en la sala—, retrasaríamos la producción y sustituiríamos a la señorita Forrest por otra actriz. —Sonrió, un fruncimiento de labios todavía más tenue y desprovisto de humor, que me dieron ganas de ir armado—. Por su propio bien, claro está, así como para proteger la considerable inversión de Big Ticket Network en tiempo y dinero.

Cabeceó en dirección a Jackie, y ella le devolvió el gesto con una sonrisa

falsa mucho mejor que la de Eissen.

—Sin embargo —siguió el hombre, y sentí por debajo de la mesa que Jackie asía mi mano—, en este caso hemos tomado la decisión de adoptar lo que esperamos sea... una alternativa productiva. —Arrugó un poco el entrecejo, como si no le convenciera el adjetivo elegido—. Eso implica ciertos riesgos, pero después de consultar con el capitán Matthews —movió la cabeza a un lado, y Matthews carraspeó y asintió— y con el detective de este caso... —Anderson hizo un breve movimiento, como para avanzar y decir su nombre, pero Eissen continuó, y Anderson se quedó quieto y continuó mirando furtiva y codiciosamente a Jackie—, creo que estos riesgos pueden ser minimizados. —Abrió las manos como para abarcar toda la sala—. Todo el reparto y el equipo técnico están aquí, en unos exteriores relativamente caros, y eso representa mucho dinero. Por lo tanto, he decidido —cerró los ojos y exhibió de nuevo su sonrisa leve—, tras consultar con la cadena, por supuesto —abrió los ojos otra vez—, que seguiremos adelante tal como estaba previsto. Con... la señorita Forrest.

Jackie apretó mi mano con tanta fuerza que estuvo a punto de romperme los huesos, y una vez más un susurro de sorpresa recorrió la sala. Eissen esperó a que se calmara, y después continuó.

—Admito que he sido influido por mi personal de publicidad, que está... entusiasmado... por el tipo de alboroto que esta situación creará. —Cabeceó dos veces—. Una serie sobre una mujer policía que persigue asesinos, rodada mientras un asesino real la persigue a ella. —Una vez más, sus labios se movieron hasta crear una tenue sonrisa—. Espero que no llegue la sangre al río.

Nadie rió de aquella gélida demostración de ingenio. Tal vez no había llegado en el momento preciso.

—En cualquier caso —continuó Eissen—, esto generará casi sin la menor duda una publicidad estupenda.

—Y si me matan —intervino Jackie—, la publicidad será todavía mejor.

Eissen clavó su mirada asesina en ella, pero la explosión de carcajadas de casi todos los presentes en la sala le obligaron a dibujar de nuevo su espantosa sonrisita.

—Exacto —dijo, y cosechó también su pequeña ración de aplausos—. Todos confiamos en que no será ése el caso, por supuesto.

—Por supuesto —coreó alguien cercano a la cafetera. Eissen no hizo caso y prosiguió.

—Todos han firmado un acuerdo de confidencialidad. Nuestros abogados me aseguran... —hizo una pausa para dejarnos sentir a todos el peso de aquella palabra— que es de aplicación en esta situación. Si hablan de esto con alguien... Bien, sigan mi consejo y no lo hagan.

Paseé la vista alrededor de la sala. Me dio la impresión de que nadie pensaba que Eissen estuviera bromeando.

—El capitán Matthews me ha asegurado que su gente es capaz de proporcionar seguridad suficiente para minimizar el riesgo. Para todos nosotros. Y yo les pido que multipliquen las precauciones. Esto es un plató cerrado. Si ven a alguien ajeno a las dependencias, u observan algo raro, díganse a un policía. Habrá muchos por aquí.

Miró a Matthews, y el capitán asintió.

—De acuerdo —dijo Eissen—. Vamos a rodar el piloto. —Hizo un vago ademán con la mano—. ¿Capitán?

Matthews carraspeó y dio un paso adelante, mientras nos miraba con solemnidad y muy serio.

—Quiero tranquilizarles a todos ustedes. Tenemos esta situación bajo control, y la investigación está avanzando de una forma muy..., ejem, satisfactoria. —Arrugó todavía más el entrecejo—. O sea, estamos convencidos de que no existe peligro significativo que no pueda ser, ah... —Miró a Anderson, quien seguía de pie en su sitio e intentaba infructuosamente componer una expresión seria y competente—. El responsable de la investigación me ha asegurado que se producirá en breve una detención. —El tono de Matthews logró que Anderson se pusiera todavía más tieso. Se removió un poco, y el capitán hizo una pausa para emitir varios potentes carraspeos, un truco para que Anderson cayera en la cuenta de que se trataba de una amenaza, y tal vez para disimular su vergüenza por haber soltado un Tópico Policial tan espantoso. «Se producirá en breve una detención» es una frase antigua que significa, en traducción libre: «No tenemos ni una pista», y Matthews la había utilizado en público para dejar muy claro que, si no se materializaba una detención, sería culpa de Anderson.

—Así que... les pido a todos que, ejem, estén ojo avizor, como ha dicho el señor Eissen. —Sonrió al ejecutivo de la cadena, quien no pareció darse cuenta—. No hay nada de qué preocuparse, de veras, si todos toman algunas precauciones. Hablen con un agente si ven algo que parezca... peligroso. —Frunció el ceño, como si hubiera percibido la contradicción de sus palabras, cosa que no me parecía probable. Después se volvió y miró un momento a Deborah, antes de carraspear de nuevo—. La sargento Morgan —dijo en tono ominoso, y después se volvió hacia la sala— está familiarizada con la apariencia del sospechoso. —Fulminó con la mirada a Debs antes de continuar—. Ella estará en el plató durante el tiempo que se prolongue el rodaje. Todo el tiempo.

Deborah no se movió ni un milímetro, pero irradiaba una airada desdicha tan pronunciada que la sentí en mi asiento, en mitad de la mesa. Matthews la miró durante un momento más, y después se volvió y dedicó a la sala una pequeña y espasmódica sonrisa.

—Bien, quiero asegurarles que hemos concedido a este asunto la máxima atención. Y quiero repetir de nuevo lo felices que nos sentimos de tenerles aquí, en Miami. Y espero que todos ustedes saboreen la auténtica Miami y... —Hizo

una pausa y paseó la vista a su alrededor, como si se hubiera dado cuenta de lo que deseaba que les pasara y se preguntara dónde podría guardar los cuerpos—South Beach. La vida nocturna. Y las playas. —Cabeceó en dirección a la sala y le dedicó una sonrisa viril y confiada—. Espero que se diviertan.

Y mientras, al parecer, se preguntaba si tenía algo más que decir, Eissen dio una palmada con cada mano sobre la mesa.

—Muy bien. Gracias, capitán. Y agentes. —Asintió y paseó la vista por la sala—. Todos hemos venido aquí a trabajar. Vamos a ello.

Recorrió los rostros de los presentes con la mirada, tal vez para ver si alguien se negaba y se declaraba en huelga, y como nadie lo hizo cabeceó, se levantó y salió a paso ligero de la sala.

Victor Torrano, el director, se levantó de su asiento cercano a la cabecera de la mesa.

—Muy bien, tíos —gritó para imponerse al murmullo de las conversaciones—. Ya vamos con dos horas de retraso y aún no hemos empezado a rodar. Salgamos de aquí y pongamos manos a la obra. —Uno de los técnicos gritó: « ¡Buuu! », y Victor sacudió la cabeza—. Cierra el pico, Harvey. Y recuerda que éste es un estado en que existe el derecho al trabajo.

La gente se puso a reír y empezó a desfilar hacia la puerta.

Victor también avanzó hacia la puerta, lo cual reveló una tensa escena detrás de la silla donde Eissen había estado sentado. El capitán Matthews estaba hablando en voz baja pero firme con Deborah, y ella no parecía nada complacida por haber recabado toda su atención. Anderson se encontraba detrás de ellos, y su cabeza giraba de un lado a otro como si estuviera presenciando un partido de tenis. Yo no necesitaba leer los labios para saber que Debs estaba recibiendo una reprimenda, y Anderson estaba encantado.

—Gracias a Dios —murmuró Jackie a mi lado—. Oh, gracias a Dios...

Me volví hacia ella. Todavía mostraba al mundo una sonrisa despreocupada y segura, pero su voz temblaba un poco, y su mano aferró la mía de nuevo por debajo de la mesa. Aspiró una profunda y algo entrecortada bocanada de aire, la expulsó y dijo a continuación:

—Estoy viva.

—Y yo me alegro mucho de ello.

Apretó mi mano, y después la soltó y se puso en pie.

—Vamos a localizar mi camerino.

La seguí por un pasillo que se ramificaba a la derecha. La primera puerta ante la que pasamos estaba entreabierta. Eché un vistazo al interior: los dos lados de la habitación estaban cubiertos de espejos bien iluminados, y un mostrador recorría toda su longitud a la altura de la cintura, con una docena de sillas debajo. Contra la pared del fondo había apoyado un colgador lleno de uniformes de policía, trajes, camisas y pantalones, con una ordenada hilera de zapatos en el

suelo. Un trozo de cinta estaba pegado en la puerta a la altura del ojo. Ponía « HOMBRES» .

—Aquí es donde te vestirás —indicó Jackie—. Con los demás tíos de los papeles pequeños.

—¿Papeles pequeños?

Sonrió y me dio una palmada en el hombro.

—No me refiero al papel que importa.

La siguiente puerta daba acceso a una habitación casi idéntica, pero esta vez con el letrero « MUJERES» .

—Aquí no puedes entrar —dijo Jackie, mientras fruncía el ceño en una expresión amenazadora—. Está llena de señoras ligeras de cascos.

—Sí, oh, Poderosa.

La siguiente puerta estaba cerrada, pero con el letrero « RENNY BOUDREAUX» . A continuación se hallaba la de « ROBERT CHASE» , y justo cuando pasábamos por delante la puerta se abrió y apareció Robert en el umbral, parpadeando. Sus ojos se desviaron hacia Jackie, y después hacia mí, donde se demoraron unos segundos. Se quedó petrificado.

—Oh —dijo con una extraña expresión en el rostro. ¿Sorpresa? ¿Culpabilidad? Después retrocedió y cerró la puerta.

Jackie sacudió la cabeza.

—Puto chiflado —masculló, y después nos paramos por fin delante de la puerta con la etiqueta « JACKIE FOREST» . Estuvo un minuto contemplando su nombre, y después meneó la cabeza—. Al menos, casi lo han escrito bien. —Miró hacia el pasillo—. Pero siempre me ponen la última, bien lejos. —Hizo una mueca—. Y encima al lado de Bob.

—Robert —dije automáticamente, y ella resopló.

—Entra —me invitó, y abrió la puerta.

En muchos sentidos, el camerino de Jackie era una copia más pequeña del de hombres y mujeres. Pero había una sola silla, delante de un espejo más pequeño. Tenía una mesa al lado, sobre la que descansaban un enorme ramo de flores frescas, una cesta de fruta y una caja grande y chillona de bombones muy caros. Debajo de la mesa había una pequeña nevera, y un sofá de aspecto mullido contra la pared de enfrente. Al fondo de la habitación, una puerta entreabierta revelaba un cuarto de baño con su ducha.

—Bien —dije—, de modo que así es cómo vive el uno por ciento.

—Insuficiente. Pero ya te acostumbrarás.

Antes de que pudiera acomodarme en el sofá con la caja de bombones, alguien llamó a la puerta con los nudillos y, un momento después, se abrió y entró el detective Anderson. Iba cargado con una caja grande de cartón, y exhibía una sonrisa de suficiencia de lo más irritante.

—Hola, señorita Forrest —dijo.

Jackie enarcó una ceja y compuso su sonrisa más diminuta.

—¿Sí?

Él dejó la caja sobre el tocador y extendió la mano.

—Detective Anderson —dijo, y sonrió a Jackie como si fuera una jarra de miel y él un oso muerto de hambre.

Ella vaciló, y después le estrechó la mano.

—Ah, sí. Creo que su nombre me suena.

—Sí, escuche —dijo él sin soltar su mano—, he traído algunas cosas de su... ¿ayudante? La señorita Podrowski...

La diminuta sonrisa abandonó la cara de Jackie, y liberó la mano de la garra del detective.

—Sí —dijo.

Anderson trasladó su peso de un pie al otro, vacilante, y después indicó la caja de cartón con un cabeceo.

—Yo, mmm... He traído sus efectos personales. De su habitación. —Moviò la caja con un dedo—. Maletín, bolso, ordenador portátil. Lo hemos examinado todo y, bueno..., confiaba en que quisiera echarle un vistazo. Por si repara en algo que hayamos podido pasar por alto.

Yo no dije nada, pero no pude reprimir la idea de que la lista de lo que Anderson habría pasado por alto sería muy larga. Jackie frunció el ceño y desvió la vista hacia mí.

—Podría ser útil —dije.

Miró a Anderson.

—De acuerdo. Echaré un vistazo.

—Gracias, señorita Forrest. Sé que está muy ocupada, pero le agradecería que lo hiciera lo antes posible.

—Echaré un vistazo —repitió ella.

Anderson se humedeció los labios y volvió a cambiar su peso de un pie al otro.

—Y... —una curiosa sonrisa iluminó su cara— quería asegurárselo en persona. Voy a detener a ese tipo, y usted no tiene nada de qué preocuparse.

—Gracias, agente —contestó Jackie. Se dispuso a dar media vuelta, una clara despedida, pero Anderson le tocó el hombro. Ella le miró, y el hombre continuó implacable.

—Y, mmm..., bien, si se siente, ya sabe, ¿preocupada? Quiero que me considere como una mantita. Disponible por completo, las veinticuatro horas del día.

Extendió una tarjeta, cabeceó y sonrió como si acabara de decir algo maravilloso.

Jackie le miró con una expresión muy seria y pensativa en el rostro, y lo examinó de pies a cabeza antes de mirarle a los ojos. Durante unos segundos no



dijo nada, y Anderson pareció muy incómodo, trasladó su peso de un pie al otro y empezó a ruborizarse.

—Una mantita —dijo ella impávida—. Gracias. —Le dedicó una sonrisa maligna—. Pero ya tengo una mantita caliente y agradable.

Se inclinó hacia mí y apoyó una mano sobre mi nuca, que masajé a continuación.

—He de ir a vestuario —continuó—. ¿Puedes acompañarme, Dexter?

Y me dedicó una sonrisa muy cálida, capaz de chamuscar las cejas de Anderson.

—Será un placer —contesté. Jackie tocó mi mejilla y dio media vuelta. Miré a Anderson. Tenía la cara moteada y la boca abierta, y siguió con la mirada a Jackie hasta que yo empecé a seguirla, lo cual le obligó a retroceder—. Perdón. He de quedarme con la señorita Forrest. —Me miró y yo sonreí—. Soy su mantita.

Él me dedicó una mirada preñada de odio tan puro que me dieron ganas de quedarme un poco más para admirarlo, pero, al fin y al cabo, el trabajo de una mantita nunca termina.

—Adiós —dije, y seguí a Jackie por el pasillo.

Alcancé a Jackie a mitad del pasillo, no con la facilidad que habría debido, porque estaba prácticamente huyendo de Anderson.

—Mierda —dijo, cuando me puse al fin a su lado—. No puedo enfrentarme a las cosas de Kathy, tan pronto no. —Sacudió la cabeza—. Y ese odioso capullo de Anderson...

—Odioso capullo —repetí, y me quedé impresionado por su colorida, pero precisa descripción—. Hablas muy bien.

Pero, por algún motivo, mi sincera alabanza no mejoró su estado de ánimo. Se mordió el labio, y después volvió a sacudir la cabeza.

—No puedo... Si miro las cosas de Kathy ahora, me derrumbaré, y no puedo plantarme delante de las cámaras con aspecto de haber llorado. —Vaciló, y después me miró—. ¿Es...? ¿Podría haber algo importante entre sus cosas?

—¿Con Anderson al mando? El asesino podría estar escondido en el maletín de Kathy sin que él se hubiera dado cuenta.

Jackie se detuvo. Estábamos en el cruce del pasillo, donde la bifurcación principal conducía al plató.

—¿Podría pedirte...? ¿Te importaría echar un vistazo a sus cosas, Dexter?

—Yo no la conocía de nada.

Jackie suspiró.

—Lo sé. Es que... Ya me cuesta bastante no ponerme a llorar cada vez que pienso en Kathy, y... —Apoyó una mano sobre mi brazo y parpadeó para reprimir las lágrimas—. Por favor. ¿Querrás hacerlo?

Tal como me estaba mirando, con aquellos maravillosos ojos violeta que empezaban a henchirse de lágrimas, habría hecho malabarismos con sierras mecánicas en llamas con tal de hacerla feliz.

—Claro —dije—. Echaré un vistazo.

Jackie sonrió.

—Gracias. —Respiró hondo, sorbió por la nariz y se enderezó—. Ahora he de ir a buscar a Sylvia. —Se acercó a mí y apoyó la frente contra la mía con suavidad—. Gracias. Hasta luego.

Y se alejó por el pasillo.

La seguí con la mirada un momento. Nunca me había dado cuenta de lo divertido que podía ser mirar a alguien andar. Jackie era muy buena en eso, no sólo porque no se caía ni se empotraba contra las paredes, aunque eso también era cierto. Había algo en su forma de poner un pie delante del otro que me hacía pensar en la sensación de despertar al lado de su cuerpo desnudo. No era lógico, pero era cierto. Así que la seguí con la mirada hasta que desapareció por una puerta opuesta al plató.

Di media vuelta y me encaminé hacia su camerino. No vi a Anderson, lo

cual me pareció extraño. No nos había adelantado. Habría podido salir por la puerta del otro lado de este pasillo, pero un letrero que había encima anunciaba con toda claridad que sonaría una alarma si abrían la puerta, y yo no había oído ninguna alarma. Lo cual parecía significar que continuaba en el camerino, y eso sí que era muy raro.

La puerta estaba entreabierta, y eché un vistazo. Anderson se hallaba en el interior. Estaba al fondo, ante el perchero del que colgaban los vestidos de Jackie. Se había acercado la manga de uno de ellos a la nariz, y al parecer se dedicaba a olfatearla. No sabía por qué estaba haciendo eso, pero me dieron ganas de romperle una silla en la cara. De todos modos, un poco de buen humor es casi siempre un planteamiento mejor, así que reprimí las ansias y entré en la habitación.

—¿Busca una pista? —pregunté risueño, y se volvió con brusquedad, prácticamente arrojando la manga lejos de su cara—. Porque me han dicho que no tiene ni una.

—No tengo... Sólo estaba... ¿Qué quieres decir?

—He dicho que no tiene ni una pista. Todo el mundo lo sabe.

Su frente se arrugó, y es probable que hubiera podido contar hasta cinco o seis cuando se dio cuenta de que le había insultado.

—Escucha, campeón —dijo—. Estoy al mando de una investigación de homicidio...

—¿Oliendo la ropa de Jackie? ¿El sospechoso es una axila?

Anderson enrojeció y tartamudeó, hasta que quedó muy claro para ambos que no iba a salir nada coherente de su boca. Buscó a su alrededor una vía de escape y no vio nada, salvo el retrete. Así que carraspeó, masculló algo que no pude oír y pasó junto a mí, no sin antes fulminarme con la mirada desde la puerta para luego desaparecer.

Cerré la puerta y fui a mirar la caja con las cosas de Kathy. Saqué el maletín y lo dejé en el suelo. Dudaba de que hubiera algo significativo sepultado entre sus medias y la ropa interior, y aunque las manchas de orina hubieran desaparecido, prefería no tener que mirar su ropa interior. El bolso era un objeto más probable donde encontrar algo, así que arrojé su contenido sobre la mesa de maquillaje y lo examiné. Había el desorden habitual de llaves, un paquete de pañuelos de papel, lápiz de labios, un espejito, tres bolígrafos y un puñado de sujetapapeles. Un fajo de billetes de un dólar, envueltos alrededor de un resguardo del servicio de aparcamiento del hotel. Dos tampones en un estuche de plástico rosa chillón. Un paquete grande de chicle sin azúcar con sabor a canela. Un billetero con varias tarjetas de crédito, el permiso de conducir, unas cuantas tarjetas de visita, cuarenta y tres dólares en metálico, tres resguardos de talones.

Miré el montón de basura inútil con el ceño fruncido. Faltaba algo. No soy un experto en el contenido de los bolsos de las mujeres, pero algo atormentaba mis

meninges y susurraba que faltaba algo.

Miré en la caja, levanté el estuche de nailon negro del ordenador portátil y abrí la cerradura. No había nada dentro, salvo el ordenador, con su ubicuo logo Apple a medio comer. Miré en los bolsillos con cerradura de velcro: un cable, un *flash drive* en un bolsillo y nada más..., y todavía la vocecita continuaba repitiendo que debería haber algo más. Así que abrí la maleta y, tal como temía, encontré sólo ropa interior, medias, ropa, un traje de baño abolsado y un par de sandalias.

Cerré la maleta y la dejé en el suelo, y cuando me incorporé supe lo que faltaba: su teléfono. El omnipresente e importantísimo teléfono de Kathy, en el que guardaba todos sus contactos y citas. Su accesorio indispensable, lo único que no abandonaba jamás. El teléfono debería estar allí, en el bolso o suelto, y no estaba.

Era posible que siguiera en el laboratorio, por supuesto, tal vez porque estaba empapado de sangre y no podía ser entregado al mundo. También era posible que alguien (probablemente Vince, en mi ausencia) estuviera investigando la lista de llamadas, el calendario, etcétera, en busca de alguna pista de la identidad del asesino.

Y también era posible que el asesino se lo hubiera quedado. No como recuerdo, lo cual era fácil de comprender (al menos para mí), sino porque tenía prisa para escapar del lugar de los hechos y quería asegurarse de que ningún aviso o nota del teléfono pudiera delatarle. No hay tiempo de mirar, así que agarras el trasto y te desvaneces en la noche. Eso era lo que yo habría hecho: ponerme a salvo y deshacerme del teléfono después, arrojándolo desde un puente o a un canal.

Era lógico, y estaba seguro de que tenía razón. Si el teléfono de Kathy no se encontraba en poder de la policía, lo tenía el asesino.

Cosa fácil de comprobar, por supuesto. Sólo tenía que preguntar, pero no al agente al mando de la investigación, por supuesto. Era Anderson, y estaba bastante seguro de que no querría decirme nada en absoluto, a menos que fuera «Estás detenido». Pero una rápida llamada a Vince debería bastar para aclarar las cosas.

Saqué el teléfono del bolsillo y me senté en la silla delante del espejo. Oí seis tonos, y entonces Vince dijo, con su voz de Charlie Chan:

—Hung Fat Noodle Company.

—*Cat lo mein* para llevar, por favor.

—Eso depende, Pequeño Saltamontes. ¿Hasta dónde te lo quieres llevar?

—Pregunta rápida. Podrowski. La víctima de anoche en el Grove Isle.  
¿Tienes aún su teléfono?

—Respuesta rápida. No.

—¿Lo encontraron en la escena?

—Ya van dos preguntas. Pero la misma respuesta: no.

—Ajá. Si no te parece demasiado trillado.

—¿Por qué «ájá»?

—Porque Kathy, la víctima, nunca iba sin su teléfono. De modo que si no sabes dónde está...

—Ujú. El asesino lo cogió.

—¿Ujú?

—Claro. Porque tú has dicho «ájá». Imagino que se lo habrás dicho a Anderson.

—Supongo que es una broma.

—¡Ja! —dijo Vince, con su terrible risa falsa, mucho peor que la mía.

—¿Parece el mismo asesino?

—Bien —repuso Vince con cautela—, no soy el detective Anderson, por supuesto...

—Gracias a Dios.

—Pero no lo parece. El ojo había desaparecido, y por supuesto Anderson se aferró a eso y dijo *quot erat demonstrandum*.

—¿Dijo eso?

—Palabras a tal efecto. Menos sílabas. En cualquier caso, estaba seguro de que era el mismo. Pero la cuestión es que el cadáver estaba hecho un cristo. Once puñaladas, incluidas dos que le rebanaron la arteria carótida.

—Oh, Dios —dije, al pensar en las enormes y espantosas gotas de sangre húmeda y pegajosa.

—Sí, la verdad. Y todavía peor: había vómito por todas partes. Como si hubiera echado un vistazo a su obra y devuelto la comida. Odio trabajar con vómitos.

—Alegra el ánimo. Dentro de pocas horas volverás a trabajar con cabezas cortadas y materia fecal.

—Algo fascinante, la materia fecal —dijo en tono pensativo—. Está dentro de todos nosotros.

—En algunos más que en otros. Gracias, Vince.

—¡Oye! —dijo, antes de que yo pudiera desconectar—. ¿Estás en el plató? ¿Con Robert?

—Está por ahí. Se supone que soy asesor técnico. Además —añadí, como si darle importancia—, me han dado un pequeño papel con diálogo.

—Oh, Dios mío. ¿Vas a salir en la película?

Tapé el teléfono con la mano y cambié la voz.

—¡Cinco minutos, señor Morgan! —Hablé con mi voz normal—. Me llaman. He de colgar, Vince. Saluda de mi parte a todos los subordinados.

—¡Espera, Dexter! ¿Robert está...?

Desconecté y me levanté.

Me encaminé por el pasillo hasta vestuario. Jackie continuaba conferenciando con Sylvia, de pie con los brazos extendidos mientras la mujer hacía marcas en su camisa con un trozo de tiza, y sus dos ayudantes corrían de un lado a otro: uno iba cargado con una plancha, el otro con botas de goma.

Cerré la puerta y miré a mi alrededor. No tenía nada que hacer hasta dentro de unos quince o veinte minutos, de modo que satisfacía mi curiosidad y fui a echar un vistazo al plató. Nunca había visto uno, y si esto iba a ser parte de mi nueva vida como Dexter Demóstenes, pensé que debía ir a examinar su aspecto.

Atravesé la pesada puerta metálica y entré en la sala. Era del tamaño y forma de un hangar de aviones, con el techo alto y el suelo de cemento. Salvo por algunas zonas iluminadas, estaba a oscuras. No había ventanas, ni cualquier otra cosa que dejara entrar la luz, y pesadas cortinas negras colgaban de las paredes.

Los técnicos entraban y salían de los charcos de luz como hormigas en una colmena que alguien hubiera golpeado con un palo. Iban en grupos de dos y tres, llevaban a cabo sus tareas místicas, pegaban cinta en el suelo formando pautas precisas y absurdas, movían de un lado a otro soportes de luz, desenrollaban cables gruesos, dos o tres atados juntos, y cargaban con elementos decorativos diversos: una ventana, una puerta contra incendios roja, una silla giratoria.

Me adentré unos pasos en la oscuridad y estuve a punto de ser decapitado por tres personas cargadas con lo que parecía la pared del fondo de la oficina del capitán Matthews.

—Eh, abre los ojos —gritó alegremente una joven nervuda de pelo rubio corto, con un martillo colgando de la cadera. Pasó a toda prisa con los otros dos técnicos, esquivando con facilidad las luces, más elementos escénicos y otros trabajadores.

Me detuve y dejé que mis ojos se adaptaran a la oscuridad antes de volver a atravesar con calma la sala, atento a más elementos escénicos letales. En el centro de la sala, iluminado por un grupo de focos y rodeado de cámaras, había un muro y me acerqué para verlo más de cerca. Rodeé a dos hombres que agitaban grandes cuadrados de plástico transparente de colores delante de una luz de pie, y me asomé por el borde del muro. Cuando apareció el otro lado, me detuve y miré.

Estaba mirando lo que parecía el interior de un apartamento de Miami Beach. Una puerta de cristal corredera daba acceso a una terraza, donde la copa de una palmera oscilaba frente a un reluciente tramo azul verdoso de la bahía de Biscayne. De entrada, me desorientó muchísimo, y de hecho retrocedí y miré el otro lado de la pared, sólo para asegurarme de que era únicamente bidimensional. Por suerte para mí, lo era.

Me acerqué unos pasos más y miré de nuevo. La escena todavía me parecía real, salvo porque, mientras miraba, un hombre pelirrojo y rechoncho abrió la

puerta de cristal y salió a la falsa terraza para detenerse, en apariencia en el aire, delante de la palmera, y empezó a manosear las hojas. Era una ilusión espeluznante. Si la palmera fuera real, una figura gigantesca pelirroja estaría flotando en el aire al lado de sus hojas.

Admiré la vista surrealista hasta que alguien me dio unos golpecitos en el hombro. Me volví y vi a un hombre barbudo, de unos cuarenta y cinco años, con tres rollos de cinta americana colgando del cinturón.

—Hemos de enfocar las luces —explicó—. ¿Puede retroceder hasta allí?

Movió la mano hacia el fondo de la sala y pasó de largo, mientras soltaba una larga ristra de cinta de uno de los rollos.

—Por supuesto —dije a su espalda, y tomé nota mental de probar pronto este dispensador de cinta lo antes posible.

Caminé con cautela hacia la zona que el señor Cinta Adhesiva había indicado, y descubrí que había sido una sabia maniobra. Encajada en una esquina, oculta en la semipenumbra, descubrí una mesa larga que crujía bajo el peso de una notable variedad de alimentos. Había *bagels*, queso crema, tomate y cebolla a rodajas finas... ¡y salmón ahumado de verdad! Había incluso un cuenco grande lleno de M&M, y una bandeja con tres clases de quesos, una gigantesca bandeja con yogures, bananas, manzanas, naranjas y revuelto de frutos secos. Y al final de la mesa, al lado de una cafetera grande, había una pila de ocho cajas de pasteles de Muñequita Bakery, mi pastelería favorita.

Acababa de apoderarme de un *pastelito* de guayaba y un donut de mermelada, acurrucado en las sombras al borde del plató, cuando sentí que una presencia hostil echaba humo detrás de mí, y me volví preparado para matarla con el *pastelito*. Pero contuve mi rabia cuando vi que sólo era la querida y recién degradada Deborah, con el rostro lo bastante tenso como para cascar nueces.

—Buenos días, queridísima hermana. ¿No es maravilloso estar en el corazón de Hollywood?

—Vete a tomar por el culo.

—Tal vez un poco más tarde —le prometí—. Después de terminar mi *pastelito*. —No dijo nada, sino que siguió contemplando el plató mientras rechinaba los dientes, con fuerza suficiente para que yo oyera sus muelas al hacerse añicos—. ¿Te apetece un donut? —pregunté, con la esperanza de aplacarla un poco.

No funcionó. Antes de que pudiera tan sólo parpadear, lanzó un puño contra mí, que aterrizó sobre mi brazo con tal fuerza que estuve a punto de dejar caer mi donut de mermelada.

—Ay. ¿Prefieres un *bagle*?

—Prefiero darle una patada en los huevos a Anderson y volver al trabajo de policía de verdad —dijo con los dientes apretados.

—Oh. De modo que no salió bien lo de contarle al capitán lo de Patrick

—Me hizo un culo nuevo —dijo, y apretó los dientes con más fuerza—. Mientras Anderson miraba. Con esa mirada de suficiencia todo el puto rato, mientras el capitán me decía lo idiota que era.

—Uf. Pero ¿no te suspendió?

—A punto estuvo el muy desgraciado. Pero imaginó que, si me suspendía, iría a por el asesino a mi bola.

Asentí y le di un mordisco a la guayaba. Por lo que sabía de Deborah, eso era exactamente lo que habría hecho. Era una deducción muy astuta, y mi opinión del capitán Matthews mejoró un poco.

—Ordenó que me quedara en el plató. De modo que no puedo hacer otra cosa que estar presente y hacer de canguro. Mientras Anderson fastidia el caso y se parte el culo riéndose de mí.

—Oh, no sólo está fastidiando el caso. Le dijo a Jackie que quiere ser su mantita, las veinticuatro horas de los siete días de la semana.

Ella resopló.

—¿Le ha dicho eso? ¿A Jackie?

—Sí.

—¿Qué dijo ella?

Sonreí debido al recuerdo, lo más cercano a una sonrisa verdadera que jamás había conseguido.

—Le dijo que ya tenía una.

Y di un mordisco muy satisfecho, hasta introducir el último tercio del *pastelito* en mi boca.

Deborah me miró, una mirada dura y escrutadora, y yo me pregunté si estaba masticando con la boca abierta sin darme cuenta. Me llevé una mano a la mejilla: no. Engullí el pastel y la miré.

—¿Qué? —pregunté.

—Hijo de puta —dijo, y ahora su ira estaba concentrada en mí y yo no sabía por qué.

—¿Qué he hecho?

—¡Te la has follado! ¡Te has follado a Jackie Forrest!

Miré a Deborah estupefacto, mientras intentaba recordar si había dicho algo que le hubiera dado la pista. No, pero estaba claro que lo sabía. Tal vez exista eso de la Intuición Femenina de la que siempre hemos oído hablar. Porque mi hermana lo sabía, y no había duda de que estaba muy disgustada por ello.

—Deborah —dije, mientras intentaba con desesperación decir algo que lo explicara todo, la calmara, tal vez incluso cambiara de tema. Pero no se me ocurrió nada. Me quedé con la boca abierta, mientras mi hermana me lanzaba miradas fulminantes capaces de mellar el guardabarros de un Buick.

—Estúpido pedazo de mierda. ¿Tienes idea de lo que has hecho?

No era una pregunta bien meditada: tenía una idea muy precisa de lo que



había hecho. Lo había hecho más de una vez, y tenía la idea de que me gustaría hacerlo otra vez, pero ésa no parecía ser la misma idea de Debs.

—Mujer y tres hijos —rugió—, y has de hacer esto. Meterte en la puta cama con Jackie Chupapollas Forrest.

—Sí, pero, Deborah —dije, aunque daba igual que no tuviera nada más que decir, porque ella prosiguió sin esperar a mi contribución.

—Lo juro por Dios: sé que todos los hombres piensan con la polla, pero pensaba que tú eras diferente. —Me dio golpecitos en el pecho con su potente dedo—. Y entonces llega Jackie y te vuelves tan estúpido como cualquier otro capullo descerebrado, y vas y te la follas.

—Ella contribuyó —dije, y hasta a mí me pareció horrible.

—¡Por el amor de Dios, Dexter! —gritó en voz tan alta que algunos técnicos empezaron a levantar la vista y a mirar hacia nosotros.

—Deborah, aquí no podemos gritar. ¿Podemos hablar de esto más tarde?

—No va a haber más tarde. Creo que nunca más querré hablar contigo.

Y me propinó un empujón en el pecho con ambas manos, con fuerza suficiente para hacerme retroceder un paso. Después dio media vuelta y se alejó hacia el fondo del plató, abriéndose paso entre la gente atareada y casi derribando dos luces diferentes.

La seguí con la mirada, mientras me preguntaba si había hablado en serio. ¿No volver a dirigirme la palabra nunca más? ¿A mí, su único hermano? ¿Era eso posible? Nunca había pensado en esa posibilidad. No había pensado ni por medio minuto que lo que hiciera con Jackie pudiera afectar de tal forma a mi relación con Debs. Era mi hermana. ¿No era algo para siempre? Siguió siendo mi hermana incluso cuando descubrió mi malvada y verdadera personalidad. Tal como yo entendía las cosas, lo que yo hacía en mis Noches Especiales se consideraba mucho más inaceptable desde el punto de vista social que lo que había hecho con Jackie.

Y, no obstante, Deborah se había dejado llevar por la ira, tal vez de una manera permanente, sólo porque yo había violado unos cuantos votos matrimoniales, simples palabras rituales, musitadas en un rito absurdo delante de una deidad hipotética... Y ahora, ¿no volvería a dirigirme la palabra?

He dicho muchas veces que no comprendo el comportamiento humano, pero siempre había dedicado a Debs el cumplido de excluirla de la mera humanidad. Ella estaba por encima de la idiotez rutinaria de la masa, con un pie en las cumbres del Olimpo que yo ocupaba. Y, sin embargo, reaccionaba con la estupidez y la deficiencia de un adicto a los *reality shows*. ¿No volver a dirigirme la palabra sólo porque había hecho algo humano por una vez? Imposible.

Miré hacia el otro lado del plató, donde se encontraba dándome la espalda. Incluso desde esa distancia percibí la tirantez colérica de sus hombros, y no se relajó ni miró hacia mí. Daba la impresión de que estaba lo bastante enfadada

como para cumplir su amenaza, pero ¿por qué? ¿Por qué una indiscreción tan nimia provocaba una reacción tan desmesurada? ¿De qué forma afectaba a Deborah mi idilio con Jackie?

¿Y por qué la idea de una Vida Sin Debs me hacía sentir tan vacío?

Por desgracia, Deborah no se calmó. Me evitó durante los dos días siguientes, lo cual le supuso bastante trabajo, puesto que los dos pasábamos doce horas cada día en el mismo plató. Era un espacio relativamente pequeño, y las zonas donde nos estaba permitido deambular eran más pequeñas todavía, pero no obstante logró descubrir una forma de evitar en todo momento que mi ofensiva sombra cayera sobre la de ella, tan virtuosa. Yo había pensado que unas cuantas horas de reflexión la tranquilizarían y le recordarian que yo era su único pariente vivo, pero eso no ocurrió. Y cuando intentaba hablar con ella, se alejaba sin ni siquiera mirarme. Si me encaminaba hacia ella desde el lado opuesto de la sala, huía lo más lejos posible sin tener que abandonar el edificio.

Y al cabo de cierto tiempo, el comportamiento de mi exhermana empezó a cabrearme. ¿Quién era ella para juzgarme, y por qué me importaba tanto? ¿Quería expulsarme de su vida? Bien, considerame expulsado. No significaba ninguna pérdida para mí. En realidad, no existía ninguna relación familiar entre nosotros, no compartíamos la misma sangre, que es lo que más cuenta. Habíamos crecido en la misma casa, pero no conocía ninguna ley que declarara lazo indisoluble compartir la misma vivienda. ¿Qué más daba si no volvía a dirigirme la palabra? Hablar está sobrevalorado, una pérdida de tiempo y energía cuando había cosas más importantes que hacer, como degustar los *pastelitos* en la mesa de la comida.

En cualquier caso, ya había abandonado el mundo diminuto y moralmente constreñido, en el que se aprendía a base de palos, de Deborah y entrado en uno nuevo y mejor. Ahora estaba volando en la órbita perfumada de Jackie, con flores frescas y chocolatinas sobre las almohadas, y me gustaba muchísimo más de lo que me había gustado servir de saco de boxeo de Deborah.

¿Debs no quería saber nada más de mí? Pues vale. Un vínculo conflictivo e irritante menos con una vida que ardía en deseos de dejar atrás.

Además, tenía trabajo que hacer. Actuaba en tres escenas como Ben Webster, Mago de la Ciencia Forense, y en dos de ellas tenía diálogo. No mucho, por supuesto, pero lo bastante importante para estar incluido en el guión, y yo pensaba que debía dar lo mejor de mí. Así que me entregué al brutal trabajo de recordar las veintidós palabras que debía declamar delante de la cámara, y para ser justo, sólo recordarlas no era suficiente. Tenía que pronunciarlas en el momento justo, y en el orden correcto, de una forma convincente e interesante. Interpretar es mucho más difícil de lo que la gente piensa, y dediqué muchas horas a investigar la forma más adecuada de decir: « Han llegado los resultados del laboratorio ». Descubrí once inflexiones diferentes antes de decidir cuál era mejor.

Dos largos días en el plató, y dos noches más con Jackie, noches que se me

antojaron demasiado cortas. Ahora, nuestras horas ociosas de beber mojitos y contemplar la puesta de sol eran un recuerdo lejano. Después de doce horas en el plató, ella estaba tan cansada que, cuando volvíamos al hotel, se trataba de una breve cena, un breve pero intenso período de estudiar el guión del día siguiente, y después una ducha. Por supuesto, la ducha era compartida, y duraba un poco más de lo acostumbrado. Pero después corríamos directos a la cama para unas cuantas horas de precioso sueño, interrumpido de vez en cuando por actividades que no incluían dormir.

No hay vida que carezca de enigmas, y mi nueva existencia no era la excepción. Daba la impresión de que Robert me evitaba. Tal vez le había partido su dulce corazoncito, y tal vez se había contagiado de Deborah. Pero no cabía la menor duda, al igual que mi hermana, había huido de mi sombra. Se habían acabado las invitaciones a comer, las preguntas tontas sobre huellas dactilares. No estaba disponible ni era posible abordarle, y pasaba el tiempo en su camerino, « estudiando el guión », o fuera del plató, desaparecido no se sabía dónde.

Incluso Renny hablaba conmigo de vez en cuando, y me arrancaba con destreza algunos cumplidos acerca de su espectáculo del sábado por la noche. Pero Robert era escurridizo. Si me cruzaba con él en un pasillo, cabeceaba y pasaba de largo a toda prisa antes de que pudiera dirigirle la palabra, y si me veía cogiendo una taza de café, me dedicaba un veloz y alegre hola, y luego se alejaba corriendo mientras revolvía el brebaje. Me daba igual no hablar con él, pero era un poco molesto que fuera decisión de él, lo cual me llevó a preguntarme si debía cambiar de enjuague bucal. Pero Jackie no se había quejado, y desde luego sabría mucho mejor que Robert si yo padecía el Síndrome del Aliento Fétido.

Se me ocurrió que tal vez Robert me estaba evitando debido a su animosidad hacia Jackie, y a que era muy evidente que yo estaba con ella ahora. De hecho, la última vez que me había hablado fue en el cuarto de vestuario del hotel, cuando me vio llegar con ella. Y entonces habían aparecido mis hijos, y cada uno se había ido por su lado, y por supuesto no me lo podía echar en cara, apuntar un dedo colérico hacia mí y acusarme de ser hetero. Daba igual. No me arrepentía de cómo habían ido las cosas, aunque era probable que Robert sí.

Fueran cuales fueran sus motivos, se mantenía alejado, lo cual dificultaba mucho darle asesoría técnica. Pero conseguí contener mi consternación y, al mismo tiempo, disfrutar de mi ración de *pastelitos*.

Y por algún motivo, esos dos días transcurrieron sin ningún progreso en la detención del asesino de Kathy. Parecía imposible, al menos para Anderson, pero no estaba más cerca de cazar a su presa que el día en que nació. Todavía estaba convencido de que el asesinato de Kathy había sido obra del mismo asesino, por lo cual era difícil que descubriera alguna pista. Me habría complacido sobremanera conducirlo hasta Patrick, sobre todo si podía dejarles juntos bajo las

aguas, pero eso era contrario a las normas, por supuesto: Ser un Odioso Capullo no convertía a Anderson en candidato a mi Atención Especial. Además, Patrick no había matado a Kathy. Y como yo no estaba realmente interesado en descubrir quién lo había hecho, dejé que Anderson diera vueltas en su insípida e ignorante niebla. No me caía bien Kathy, y no era trabajo mío llevar a su asesino ante la justicia. Y en cualquier caso, estaba demasiado ocupado practicando mis líneas y rodando mis dos primeras escenas.

Dio la impresión de que mi interpretación era bien recibida por todos. En cualquier caso, nadie se quejó, y cuando terminé la primera escena, aquella en la que le decía a Jackie «Han llegado los resultados del laboratorio», me dio un abrazo.

—¿Sabes decir Emmy? —preguntó sonriente.

—¿Dan uno al mejor friki de reparto?

—Ahora, por fuerza.

Pese a la tensión que me producía esperar mi premio, los dos días con sus noches transcurrieron muy deprisa. Y entonces nos cayó encima el tercer día de rodaje.

El miércoles fue el primer día en que salimos del plató para rodar en las calles calurosas y malvadas de Miami. Fuimos a rodar al centro, a pocas manzanas de Biscayne Boulevard, en una calle lateral que bordeaba un gran aparcamiento. Era también mi gran escena, aquella en que yo, en el papel de Ben Webster, me desprendía de mi envoltorio mortal, y Jackie, la encallecida detective Amber Wayne, juraba vengarse sobre mi cadáver ya frío.

Las calles estaban acordonadas en varias manzanas a la redonda, y policías uniformados mantenían un perímetro que impedía el paso más férreo que en una escena del crimen. Dentro del aparcamiento, habían dispuesto un puñado de grandes remolques con aire acondicionado. Uno era para todos los miembros del reparto masculino, otro para las mujeres, y un tercero, para mi sorpresa y placer, dedicado por entero a la comodidad y el bienestar individuales de la señorita Jackie Forrest, lo cual significaba también la comodidad de Dexter. Era un acomodo temporal estupendo, aunque Jackie me aseguró que se trataba de una práctica normal, una de las ventajas adicionales tangibles de ser una Estrella. Se daba por entendido que los verdaderos artistas necesitaban privacidad en proporción directa a su salario y al orden que ocupaban en los títulos de crédito. Pero como nuevo juguete sexual de Jackie, se me invitaba a disfrutar de una cierta privacidad a su lado, y no permití que ninguna noción anticuada sobre la solidaridad con los compañeros de trabajo me impidiera aprovechar el lujoso y fresco remolque, y me arrellané en el sofá con una taza de café y traté de no sentirme mal por todos los demás secundarios que estaban amontonados juntos en un solo remolque. Conseguí sobrevivir al aplastante sentido de culpa, y a eso de las diez y media de la mañana me llamaron por fin.

Un joven de piel muy oscura y muy nervioso de acento haitiano me condujo al punto de la calle donde debía morir. Habría podido encontrarlo yo solito sin dificultades, puesto que estaba rodeado de gente, camionetas y camiones (uno con un generador de grandes dimensiones), además de cámaras, luces y un toldo a franjas azules y blancas bajo el cual un hombre al que reconocí como Victor, el director, estaba sentado con otras personas en sillas altas de respaldo de lona, delante de grandes monitores de pantalla plana. Victor no levantó la vista cuando pasamos. Parecía muy ocupado dando instrucciones a sus acompañantes. Miré si sujetaba un megáfono o una coctelera (cualquier cosa que hablara de las tradiciones consagradas de Hollywood), pero sólo vi *walkie-talkies* y un enorme vaso de papel con café de algún restaurante cercano en cada mano.

Mi joven guía dejó atrás el centro de mando, mientras me explicaba sin aliento que estaba estudiando comunicaciones en el Miami-Dade Community College, y su tío Hercules conducía una camioneta con decorados para el piloto, y había conseguido para su sobrino, Fabian, este fantástico trabajo de ayudante de producción, que no estaba muy bien pagado, pero era una fantástica experiencia, ¿querría desviarme un momento?

Me desvié. Fabian me condujo hasta una camioneta blanca abierta por los lados, donde un hombre grande con la cabeza afeitada y un trabajado bigote estaba sentado en el parachoques. Se levantó cuando nos acercamos.

—¿Es él, Fabian? ¡Brillante! —gritó.

Incluso sin el «brillante», su acento atestiguaba que era inglés. Extendió la mano, bastantes centímetros más alto que yo o Fabian.

—Hola, colega —dijo—. Me llamo Dickie Arkin. He de cubrirté de sangre por completo.

Estreché su mano y Fabian desapareció a medio trote. Y mientras Fabian el Haitiano me entregaba a Dickie el Inglés, tuve que preguntarme: ¿estaba viendo un buen ejemplo de empleos norteamericanos robados por extranjeros?

Pero Dickie no me concedió tiempo para meditar sobre paradigmas socioeconómicos. Me tomó por el codo y me guió hacia la puerta lateral de la furgoneta.

—Quítate la camisa —dijo, y asomó la cabeza entre las puertas dobles.

—Acabo de ponérmela.

—Y ahora te la tendrás que quitar. He de colocarte los cables, ¿no?

—Oh. ¿De veras?

Dio media vuelta con un arnés de alambre provisto de cuatro pequeños tubos rojos que colgaban de él.

—Sí. No puedes morir bien sin tus estopines.

—¿Estopines?

Levantó el extraño arnés y lo sacudió.

—Esto es un estopín. Cuatro de esos cabronazos. —Los extendió hacia mí—.

Que no puedo colocarte en el cuerpo si no te quitas la camisa.

—Vale, pues —dije, y me quité la camisa de Ben Webster. Me sentí un poco extraño cuando me quedé semidesnudo en plena calle. Pero tendría que acostumbrarme a esas cosas. Ahora era un actor, y mi cuerpo era mi lienzo, medio desnudo o no. En cualquier caso, Dickie no le dedicó el menor pensamiento. Se puso a trabajar, mientras silbaba alegremente y me explicaba lo de los estopines mientras me los colocaba.

—No es más que un pequeño petardo. Con un detonador. —Indicó la camioneta con un cabeceo. Intenté ver lo que señalaba, pero era demasiado grande y no me dejaba ver—. Tengo una cajita negra. Le doy al botón, ¡y pum! Levanta los brazos.

Alcé los brazos mientras Dickie colocaba el arnés alrededor de mi espalda, y después cogía cuatro bolsas pequeñas, cada una de ellas llena de lo que se parecía alarmantemente a la sangre. Mi rostro debió revelar cierto asco, porque Dickie sacudió la cabeza.

—Es sangre falsa, muchacho. Libre de sida, garantizado.

—Vale. ¿Ensucia... mucho?

—No te preocupes. Tú no tendrás que limpiarla.

Tenía razón, por supuesto, y eso me consoló un poco, pero la verdad es que no me gusta la sangre, y la idea de llevarla pegada a la piel era algo repulsiva. Pero reprimí esta sensación con férrea profesionalidad y dejé que Dickie hiciera su trabajo. Colocó una bolsa encima de cada tubo rojo.

—El estopin explota —explicó—. Eso revienta la bolsa de sangre, y da la impresión de que te han disparado. Barato y encantador. Ya está —dijo, y retrocedió un paso—. Perfecto. ¿Puedes moverte?

Levanté y bajé los brazos, me volví a un lado y a otro, y después di unos saltitos.

—Sí —dije—. ¿Qué..., qué se siente?

—Notarás un pequeño chispazo, y en ese momento caes muerto, ¿de acuerdo?

—¿Qué es «pequeño»?

Me guiñó un ojo.

—No te matará, jefe. Hay cosas peores.

No era mucho consuelo, pero por lo visto era lo único que iba a obtener de Dickie. Llevó a cabo unos pequeños ajustes, retrocedió de nuevo y me miró satisfecho.

—Te sienta como un traje. Te pones la camisa, y ya te puedes ir.

Me puse la camisa. Me sentía un poco incómodo con los fuegos artificiales de Dickie sujetos debajo, pero él me aseguró que no se notaban, y en un abrir y cerrar de ojos me dirigí hacia la calle para Encontrar Mi Marca. Marca no era una persona: era un pedazo de cinta adhesiva pegado al suelo que indicaba dónde

debías colocarte para que las cámaras te pudieran enfocar. Había aprendido todo sobre las marcas mientras rodaba mi primera escena, y me sentí muy profesional cuando le pregunté a Martha, la ayudante del director, dónde estaba la mía. Me condujo hasta un punto de la acera, a escasa distancia de donde un paso elevado cruzaba la calle.

—El coche pasa por allí —dijo la mujer, al tiempo que señalaba la calle—. Disparan, y tú caes aquí. —Me enseñó la segunda marca, la mitad en la alcantarilla y la mitad en la acera—. Tu cabeza se mueve hacia allí —dijo, y cabeceó en dirección al paso elevado—. Intenta no moverte demasiado una vez hayas caído. —Palmeó mi brazo—. Continuidad —dijo, y luego se alejó al trote, mientras hablaba en voz alta por su *walkie-talkie*.

Hacer arte filmico es mucho más difícil de lo que la gente cree. Cualquiera podría pensar que algo tan simple como filmar a los malos matando a Dexter es algo muy sencillo. Al fin y al cabo, pensad en todas las maravillosas películas que cada día grabamos con nuestros móviles. Pero el cine de verdad, como el que estábamos haciendo nosotros, es mucho más difícil. Hay muchas acciones de escasa importancia que se deben coordinar a la perfección, luces y reflectores que hay que mover, jirafas que subir y bajar, y varios accesos de gritos rituales que el director dedica a la gente. Y después, por fin, cuando todo está preparado, un avión cruza el cielo y arruina el sonido, y has de volver a empezar.

En el esquema superior de las cosas, mi muerte era un simple *plot point*, un detalle pequeño e insignificante en la historia más grande e importante de la hermosa pero encallecida detective Amber Wayne. Aun así, fueron necesarios siete intentos diferentes antes de que todo saliera a completa satisfacción del director, Victor. Resulta tedioso, y difícil, aparentar sorpresa y conmoción cuando sucede lo mismo siete veces seguidas. Pero todo formaba parte de mi nuevo arte, y si algún día iba ascendiendo hasta papeles más largos, siete tomas se multiplicarían por muchas más, exponencialmente más si era una película para el cine y no para la televisión. Jackie me había dicho que en una película para el cine con un presupuesto respetable, ciento cincuenta tomas no era algo raro.

De modo que me sometí con paciencia al simple acto de mirar sorprendido un coche que pasaba, una y otra vez, hasta que Victor se quedó contento, y después tuve que aguantar la prueba de que me dispararan tres veces. Estoy seguro de que habrían sido más de no ser por el hecho de que cada vez que los estopines detonaban y las bolsas de sangre estallaban, mi camisa quedaba hecha unos zorros, y sólo tenían tres camisas iguales. De modo que después de la tercera vez repetí la rutina del arnés con Dickie, y después representé la Muerte del Cisne de Dexter, y me desplomé con elegancia sobre la alcantarilla.

—Vale —gritó Victor—, eso tendrá que bastar. Traed a Jackie. Tú sigue en tu sitio, Derrick



—Dexter —dije, y me sentí incómodo como Robert cuando le llamaban «Rob». Victor no respondió. Sin duda tenía que dar muchas órdenes importantes.

Me quedé en mi sitio. Nadie me preguntó si estaba cómodo, y la verdad era que no lo estaba. El sol quemaba para ser un día de otoño, y el pavimento era duro. Pero no me parecía muy profesional pedir una almohada o un parasol, así que me quedé tendido, abismado en mis oscuros pensamientos. Me pregunté cuándo llegaría Jackie, y me pregunté cuántas tomas necesitaríamos. Me pregunté si nuestro público sería capaz de distinguir un vínculo especial entre ella y yo en esta nuestra gran escena juntos. Había leído que la «química» entre los actores dotaba de una calidad especial a su trabajo, y nosotros teníamos una química indudable. Tal vez se trasladaría a la pantalla. Yo estaba muerto, por supuesto, y eso limitaba mis acciones químicas. Tal vez no eran ni el momento ni el lugar indicados para pensar en mi Emmy.

Y me pregunté si habría más escenas juntos en el futuro. ¿Existía un futuro, en realidad, para Dexter y Jackie? No habíamos vuelto a hablar de ello desde que yo había cambiado de tema de una forma tan agradable en la tumbona de la terraza de su suite. ¿Era un mero idilio, producto de trabajar juntos, los riesgos del oficio del que suelen hablar los tabloides? ¿O era algo más que eso, algo duradero, un nuevo comienzo en un escenario nuevo por completo?

Tal como estaban las cosas en este momento, no echaría mucho de menos mi antigua vida. Mi hermana, Deborah, había terminado conmigo para siempre, al parecer, mi vida doméstica se había convertido en una enojosa rueda de molino alrededor de mi cuello, y mi trabajo consistía en tareas repetitivas aprendidas de memoria. No tenía amigos de verdad; aparte de mi barco, no había nada que me atara a mi vida en Miami. Por supuesto, estaba el Dexter Nocturno, Dexter el Diablo, que enviaba a los Malos a su justo final con una hoja afilada y una sonrisa efusiva. Pero mi otro yo era portátil, y por lo que había oído acerca de la industria del cine, estaba convencido de que habría muchos Compañeros de Juegos dignos de mis atenciones en Los Ángeles, o donde quiera que fuera. Como la naturaleza humana es como es, estaba seguro de encontrar entretenimiento de calidad en todas partes de este cansado globo.

Existía un detalle diminuto, tal vez importante: Jackie todavía no me había invitado a acompañarla cuando se marchara, y yo no tenía ni idea de si entraba en sus planes de futuro, más allá de esta noche y del hotel. Nunca he sido muy bueno a la hora de descifrar a los humanos, sobre todo a los humanos de sexo femenino. Justo cuando estoy seguro de que sé exactamente lo que están pensando, dicen o hacen algo tan sorprendente e indignante que me quedo pasmado, y me doy cuenta una vez más de que no soy el único que anda por ahí con una absoluta mentira escrita en la cara.

Pensaba que le gustaba a Jackie, y quizá más que eso. En caso contrario, me había ofrecido una imitación de lo más convincente. Pero no lo sabía, y no sabía

cómo averiguarlo, a menos que le soltara a bocajarro la torpe pregunta. Y si la respuesta era no, ¿qué haría entonces? ¿Podría limitarme a estrechar su mano y alejarme para siempre, volver a ser el Soso y Aburrido Dexter?

En la cercana distancia oí el golpe de la puerta de un remolque, y después Martha vino a mi encuentro.

—Ya viene ella —dijo, y después se inclinó sobre mí y añadió en tono acusador—: Te has movido. —Ajustó mi brazo izquierdo, después el derecho—. Así. —Movié mi cabeza unos centímetros a la derecha—. Y así... Vale, bien.

Desapareció, y un momento después Jackie estaba a mi lado.

—Pareces muy natural —dijo con una leve sonrisa.

—Es mucho más duro de lo que parece. Y también el pavimento.

—Bien, vamos a ver si podemos liquidarlo en una toma.

Entonces Victor se puso a chillar directrices, la gente de las luces empezó a mover los reflectores, y el hombre de sonido se acercó, sujetando un palo largo con un micrófono en el extremo sobre la cabeza de Jackie.

Ella desvió la vista, y la vi sufrir la extraña transformación que siempre experimentaba cuando las cámaras la enfocaban. Su rostro adquiría una expresión más fría, más dura, y sus arrugas daban la impresión de experimentar un cambio sutil, hasta que ya no era Jackie.

Empezó la primera toma..., y de repente se interrumpió por motivos que no pude dilucidar antes de que Jackie empezara a hablar. Se acabó lo de liquidarla en una.

La toma dos fue mejor. Jackie consiguió llegar a la parte en que veía mi cuerpo acribillado y gritaba: « ¡Ben! ¡Oh, Dios, Ben! », y entonces una moto pasó a toda pastilla por una calle cercana y Victor gritó: « ¡Corten! »

Toma tres, y Jackie llegó hasta el momento en que estaba arrodillada junto a mi cuerpo y decía con los dientes apretados: « ¡Mataré al hijo de puta que ha hecho esto! ¡Lo juro! » Pero en lugar de dirigir una mirada vengativa hacia la distancia, se volvió hacia el director y dijo:

—¡Maldita sea, Victor, cae una sombra sobre mi cara todo el rato!

Y así continuó la cosa. Lejos de liquidar la escena en una sola toma, aún intentábamos liquidarla después de once. Eran sólo unas pocas palabras y un par de acciones sencillas, pero cada una exigía docenas de ínfimos ajustes, y cada ajuste exigía varios minutos, y el tiempo no se detiene, ni siquiera para el director. Los nervios empezaron a aflorar, hasta los de Jackie. Había averiguado que era una persona diferente durante las horas de trabajo: exigente, impaciente y, de vez en cuando, como ahora, irritable. No era una diva, en mi opinión, pero sabía lo que quería con mucha exactitud, y no era tímida a la hora de exigirlo.

La gente de las luces se desplazaba de un lado a otro y movía cosas, el hombre del sonido se acercaba y alejaba, y una o dos veces gritó frases misteriosas en dirección a Victor, Jackie se fue cabreando cada vez más, y todo

el rato el Pobre Dexter Muerto yacía inmóvil en el implacable e incómodo pavimento, mientras se preguntaba cuándo acabaría aquel tormento, y si quedaría tiempo para ir a comer. Y por fin, demostrando una vez más que el sol sale para malos y buenos, oí a Victor chillar:

—¡Bien, maldita sea! —Se oyó un rumor perentorio de voces tranquilizadoras —. Mierda. Muy bien, tíos: ¡hora de comer!

Volví con Jackie a su remolque. Caminaba deprisa, con la cabeza gacha, claramente preocupada, y no hice nada por interrumpir su concentración. No habló hasta que estuvimos instalados cómodamente en el sofá, en el frescor y silencio del remolque. Alguien había tenido la previsión de dejar la comida sobre la mesa, y yo eché un vistazo.

Es posible que parezca una paradoja, pero aunque todo lo demás se mueve con mucha lentitud en un plató, los chismes viajan más rápido que la luz. El segundo día había observado que la gente que hasta aquel momento había pasado de mí era ahora cortés y amistosa. Cada vez que iba a tomar café o a comer un *pastelito*, alguien cercano alababa a Jackie, para que yo lo oyera. Añadido a las miradas irónicas y las bromitas, daba la impresión de que todo el mundo sabía que Jackie y Dexter eran pareja. Y por lo tanto, como la cosa más natural del mundo, habían dejado dos preciosas fiambreras en el remolque. Para Él y para Ella.

Abrí una de ellas: un estupendo y grueso bocadillo de embutido, queso, lechuga y tomate. Bolsa de patatas fritas, encurtidos, bolsa de plástico con una galleta de chocolate grande.

Miré a Jackie. Estaba sentada en el sofá, el guión a su lado, los brazos cruzados, una expresión distraída en la cara.

—¿Quieres comer algo?

Levantó la vista como si me viera por primera vez.

—¿Qué? Oh, claro, por qué no.

Frunció el ceño y volvió a clavar la vista en el mismo punto de la pared del remolque, mientras sus labios se removían.

Cogí una fiambrera y la dejé a su lado.

—¿Bebida? Hay soda, té helado, Perrier...

—Me da igual —dijo con bastante brusquedad, en mi opinión.

Saqué una Perrier de la pequeña nevera del remolque, la abrí y se la di. Ella no la vio, ni tampoco me vio a mí.

—¿Jackie?

—Por los clavos de Cristo, ¿qué...? Oh, gracias.

Cogió la botella, pero no hizo nada con ella.

Mi teléfono sonó. Lo había dejado en el pequeño dormitorio, sobre el tocador, y fui a por él. Con las prisas tropecé con algo que tendría que haber visto, la caja grande con las posesiones de Kathy. La habían dejado en el remolque con nosotros, y ahora ocupaba el espacio estrecho entre la cama y el tocador. Jackie aún no había reunido fuerzas para echar un vistazo, pero la guardaba cerca por si le daba un infortunado acceso de conciencia. La rodeé y miré mi teléfono.

La pantalla estaba iluminada con la identificación de quien llamaba: Rita.

Vacilante, intenté decidir si tenía algo que decirle en este momento. Miré a Jackie, quien seguía con el ceño fruncido, la vista clavada en el frente, y moviendo los labios como si estuviera conversando sin verbalizar sus pensamientos con un amigo invisible. Miré el teléfono, todavía indeciso, y dejó de sonar. Un momento después emitió un pitido, la señal de que Rita había dejado un mensaje de voz.

Levanté el teléfono y vi que había doce llamadas de Rita sin contestar, cada una con un mensaje de voz.

Supongo que habría debido llamar, o al menos tendría que haber escuchado los mensajes, pero no me apetecía hacerlo. No quería ser absorbido por ningún remolino que diera vueltas alrededor de mi antigua vida. No tenía paciencia para discutir sobre el color del reborde de la piscina de la nueva casa, o sobre por qué la falda de Astor era demasiado corta. Estas cosas ya no me parecían parte de mí o de quien era yo, y no albergaba el menor deseo sutil de volver a ellas, ni ninguna sensación de obligación. De hecho, carezco de sentido del deber. Nunca lo he tenido, salvo conmigo mismo. En los viejos tiempos, habría llamado a Rita porque había descubierto que era el tipo de pequeños detalles que la hacían feliz, y la necesitaba para alimentar mi farsa de ser una persona normal. Era una parte importante de mi camuflaje. La gente veía a un hombre casado con tres hijos, y por lo tanto no les parecía el monstruo que soy en realidad.

Pero ¿ahora? No albergaba ningún interés por la nota de Cody en una prueba de lectura, ni por la opinión de Rita sobre mi colada. Sentí una punzada muy leve cuando pensé en Lily Anne, la única conexión biológica directa con el futuro, la única tentativa de mi ADN de aspirar a la inmortalidad. Pero al fin y al cabo, pasara lo que pasara, seguro que tendría derecho a verla de vez en cuando, y en el ínterin, una niña pequeña necesitaba sobre todo a su madre, mucho más que a un padre con tendencia a trocear y trincar a quien se pusiera bajo su cuchillo.

De modo que dejé el teléfono y miré a Jackie. Tenía todavía la vista clavada en la lejanía, el entrecejo arrugado, pero al menos había dejado de mover los labios.

Volví al sofá y la miré. Por lo visto, no reparó en mí, y no se movió. Me senté a su lado.

—¿Pasa algo? —pregunté.

Me miró, sin dejar de fruncir el entrecejo.

—¿Qué? Oh, no, es... Escucha, si te dijera «Eres un inmundo pedazo de mierda», ¿qué dirías tú?

—Yo no... Yo... —tartamudeé—. O sea, ¿me lo vas a decir?

Jackie pareció sorprenderse, y después lanzó una pequeña carcajada.

—Oh, no. A ti no, es..., es una línea de diálogo. Es algo que Tonio me dice en la siguiente escena.

Tonio era uno de los malos de nuestro emocionante pequeño drama, del cual

sospechaba Jackie (Amber Wayne) que me había disparado.

—Oh —dije, y admito que sentí un gran alivio—. ¿Así que no piensas que soy un inmundo pedazo de mierda?

Estaba dando palos de ciego, casi con descaro, pero ¿por qué no?

—Dexter, no seas tonto. —Me acercó a ella—. Creo que eres lo más opuesto que hay a un pedazo de mierda.

—¿Pero sí inmundo?

Pese a la larga mañana de trabajo, Jackie olía muy bien.

Se acurrucó contra mi cuello.

—Todo lo contrario —murmuró. Entonces me mordió.

Pagué un bote.

—Ay.

La miré, y aunque todavía me estaba mirando, sin aquella expresión malhumorada, parecía muy seria.

—La pregunta es: ¿qué vamos a hacer al respecto?

Ya estaba todo dicho.

—Bien —dije, mientras intentaba avanzar con cautela—, ¿qué te gustaría hacer a ti?

Algo pasó por su cara. ¿Consternación? ¿Irritación? No supe decidirlo. Entonces resopló y sacudió la cabeza.

—Una de las cosas que más me gustan de ti es que no eres como los demás tíos que he conocido. Pero eso tiene una desventaja.

—¿A qué te refieres?

—Dexter, te toca hablar a ti. Se supone que debes decir que quieres huir conmigo; que no puedes vivir sin mí; que me necesitas como el aire que respiras...

—Todo eso —dije, muy incómodo—. Pero yo no... O sea, quería saber. Bien, lo que piensas tú.

Volvió a sacudir la cabeza.

—Yo soy la chica; tú, el chico. —Me dio un golpecito con el dedo para que comprendiera cuál de los dos era yo—. Se supone que tú has de decirme lo que piensas, tonto. Convénceme. ¿Es que no sabes nada de las mujeres?

—Creo que no. ¿Hay algún libro...?

Me dio un puñetazo en el brazo, ni de lejos tan fuerte como los de Deborah. Cuando me los daba, debería decir. De todos modos, me masajé la parte dolorida.

—Capullo —dijo Jackie—. Sigues sin decir nada.

—Bien —dije, con una horrible sensación de incomodidad—. Yo, mmm... Supongo... —Ella me estaba mirando fijamente, con aquellos enormes ojos violeta clavados en mí. Respiré hondo—. Supongo que yo... Te necesito como el aire que respiro. Y... ¿quieres fugarte conmigo?

Jackie continuó mirándome durante lo que se me antojó un momento muy largo. Y después, por fin, sonrió, extendió las manos y las enlazó sobre mi nuca.

—Mejor —ronroneó—. Mucho mejor.

Y acercó mi cara a la de ella.

Nos llamaron para volver al trabajo cuarenta minutos más tarde. Resultó que tuve que comerme el bocadillo camino del plató.

Transcurrieron otras dos horas hasta que estuve lo bastante bien muerto para contentar a Victor. Habíamos movido los focos ocho veces, las cámaras tres, y cambiado una de las líneas de diálogo de Jackie para que encajara mejor con la excelente imitación de Deborah que estaba llevando a cabo. Cuando me liberaron de mi estado de cadáver, una pierna se me había dormido, tenía dolor de cabeza, dolor de espalda y dolor de cuello a causa de haber estado tendido sobre el pavimento en tan incómoda contorsión durante tanto tiempo, y también debo decir que estaba hasta el gorro de llevar una camisa empapada en sangre, ya fuera falsa o no. En conjunto, era suficiente para replantearme la decisión de convertirme en actor de la pantalla galardonado. De todos modos, todo gran arte exige un precio, y hoy era el día en que Dexter debía recibir la paga.

No fue sin reticencia que abandoné mi puesto delante de la cámara. Me incorporé y estiré, y traté de que mi pierna recuperara la sensibilidad, mientras Jackie conferenciaba con Victor. Cuando pude caminar de nuevo sin recordar a Long John Silver, ya estaban preparando una serie de primeros planos de Jackie cuando reaccionaba a las cosas que no estaban sucediendo. Por fascinante que sea esta especie de psicosis autoinducida, ya tuve bastante al cabo de cinco minutos, de modo que me despedí con pesar de la hipnótica atracción de las cámaras y volví al remolque para cambiarme de ropa y relajarme.

Oí sonar mi teléfono cuando subía los tres peldaños que conducían a la puerta del remolque, y no hacía falta ser ingeniero astronáutico para saber que era Rita de nuevo. Atravesé la sala de estar/comedor y me acerqué al tocador, y eché un vistazo a la pantalla: sí, en efecto. Era Rita, y había llamado siete veces más mientras yo yacía muerto en la calle. Esa mujer estaba obsesionada conmigo, y ni siquiera era una estrella todavía.

Dejé el teléfono y me encaminé a la cocina para tomar una soda..., y me detuve. Diecinueve llamadas telefónicas me parecían un exceso, incluso para Rita, a menos que estuviera llamando por algo muy importante. La única pregunta real era: ¿importante para quién? Al principio, había sospechado que Deborah le había contado todo a Rita en un arrebato de Odio a Dexter, y Rita llamaba para gritarme tópicos acerca de la depravación más absoluta. Era una conversación que podía entablar muy bien sin mí, y lo prefería así.

Y si Rita había ganado la lotería, maravilloso; amortiguaría el golpe de

empezar una nueva existencia sin Dexter.

Pero, por otra parte, si estaba llamando para informar de alguna calamidad...

No podía ser algo lo bastante drástico para necesitar una ambulancia o una intervención de la policía, de lo contrario me habría enterado por algún policía del plató, por Vince, o quizás incluso por Deborah. Y eso dejaba...

¿Qué?

Es cierto que no soy en verdad humano, y carezco de los sentimientos descabellados e ilógicos de esa raza salvaje e irritable. Pero, por fortuna, comparto uno o dos de los defectos humanos, y uno de ellos es la curiosidad. Diecinueve llamadas telefónicas para informar de algo increíblemente significativo, pero ni demasiado bueno ni demasiado malo. Era una auténtica adivinanza, y a mí no me gustan las adivinanzas. Significan una afrenta para mi autoestima ganada a pulso y bien lubricada, y cuanto más imposibles parecen más las detesto, y sin embargo todavía me siento obligado a encontrar la respuesta.

Así que al fin, después de varios minutos de conjeturas infructuosas, cuando ya había llegado a la fase de rechinar los dientes, me rendí, levanté el móvil y llamé a Rita.

—Oh, Dexter, gracias a Dios —dijo, en lugar del más tradicional «hola», y su voz me comunicó enseguida que podía descartar la opción de Haber Ganado la Lotería—. Te he estado llamando y llamando y... Oh, Dios mío, ¿dónde te has metido? No sé qué hacer, porque... ¿Por qué no has contestado?

En el caso actual, no contestaba porque era incapaz de encajar una sola sílaba entre los espacios que separaban las palabras de Rita. Pero ésa no era la cuestión.

—Lo siento, pero estoy trabajando con la gente de la televisión.

—Televisión —dijo irritada—. Dexter, sólo es un piloto..., y tú no llamas, ni contestas... ¡y yo me voy a volver loca!

No daba la impresión de que faltara mucho, pero quería saber qué pasaba.

—Bien, lo siento, pero hemos estado trabajando hasta muy tarde, y ahora tengo un papel con diálogo, Rita. O sea, de actor.

—Sí, lo sé. Astor dijo que tú... ¡Pero es eso!

—¿Qué?

—¡Astor! —lloriqueó—. No sé dónde está, ni siquiera ha... Oh, Dios, tendría que haberle permitido tener móvil.

Conocía lo bastante bien a Rita y sus pautas conversacionales para saber que, al fin, nos estábamos acercando a la respuesta. Nuestro problema estaba relacionado con Astor, pero ¿era posible que fuera debido a su carencia de teléfono móvil?

—Cálmate, Rita. ¿Qué pasa con Astor?

—¿Que me calme? Cuando he buscado por todas partes y te he llamado... ¡Dexter, no tengo ni idea de dónde está!



—¿Ha desaparecido? ¿Astor ha desaparecido?

—Sí, por supuesto, eso es lo que he intentado... Dexter, ¿qué vamos a hacer?

—¿Se quedó después de clase?

—¡No fue a clase! —bramó Rita, como si estuviera cansada de repetirme lo mismo—. ¡Ni siquiera llegó al colegio por la mañana! Y después el colegio llamó para decirme que estaba ausente y era ese horrible mensaje grabado y no pude ponerme en contacto con nadie de la administración y no ha ido a ningún sitio que yo conozca porque ninguno de sus amigos saben nada; oh, Dexter, ¡ha desaparecido!

Fue una frase notable, pronunciada a alta velocidad y a pleno volumen sin respirar ni una sola vez, y dediqué un momento a admirarla antes de asimilar su significado.

—Rita, ¿estás diciendo que está desaparecida desde esta mañana?

—Y anoche la sorprendí. ¡Salió a hurtadillas de casa! Y no volvió hasta... Oí la puerta, de lo contrario no sabría... ¡Y ahora está desaparecida por completo!

—¿Anoche? —dije, intentando aferrarme a un ínfimo fragmento de lógica flotante—. ¿Se escapó de casa, pero volvió y esta mañana fue a la escuela?

—La dejé delante del colegio como siempre, y a Cody, y después llevé a Lily Anne a la guardería. Y cuando llegué al trabajo, llamó el colegio y... Dexter, voy a perder la razón. ¡No sé qué hacer! —aulló, cosa que tomé por un sí—. Por favor, has de... ¡No sé qué hacer!

—De acuerdo —dije, y como no podía hacer nada más, añadí—: Voy hacia allí.

—¡Date prisa! —dijo, y desconecté.

Y tras decir que iba de camino, me di cuenta de que había dicho la verdad. Era preciso: no podía hacer otra cosa. Si bien me había separado mentalmente de Rita y su camada, y pese al hecho de que no me siento obligado a llevar a cabo ninguna de las penosas tareas de la paternidad humana, no creía poder hacer otra cosa. Me dije que sólo deseaba lograr que la ruptura no se viera ensombrecida por el sentimiento de culpa, acusaciones, recriminaciones y cualquier otra cosa susceptible de sabotear una huida limpia, y hasta cierto punto era cierto. Pero también me descubrí preguntándome qué pensaría Jackie de mí si hacía caso omiso de este tipo de deber.

Y por fin, si quería ser sincero del todo, y raras veces lo soy, debía admitir que me sentía, en cierto modo, propietario de Astor. Si había desaparecido, existían bastantes probabilidades de que algún depredador la hubiera secuestrado, y si eso era cierto, me la había robado a mí, no sólo a otro depredador, mucho más elevado en la cadena alimentaria, sino a mí. Que alguien violara mi territorio y se llevara una cosa que me pertenecía era intolerable, y ya me sentía cada vez más frío, airado y ansioso por intercambiar unas cuantas palabras con ese ser nocivo. Cazar niños, mis niños, no sólo era mucho más que despreciable;

era una afrenta personal. Me habían robado algo mío. Lo recuperaría y le ayudaría a darse cuenta de lo errado de sus costumbres.

De modo que no me lo pensé mucho más. Guardé el teléfono en el bolsillo y me dirigí hacia donde Jackie estaba rodando sus cambios.

Por suerte para mí, había terminado cuando llegué, y volvía al remolque para descansar.

—¡Hola! —dijo cuando me vio—. Pensaba que estarías enterrado en una taza de café y un *brioche* con pasas.

—Ha pasado algo. Astor ha desaparecido.

—¿Astor? ¿Tu hija?

—La hija de Rita. —Por algún motivo, la distinción me pareció importante—. He de ir a buscarla.

—Oh, Dios mío, es evidente.

—Estoy seguro de que no será nada —dije, aunque no estaba nada seguro.

—Vete. —Frunció el ceño y le dio un tirón a mi camisa—. ¿No deberías cambiarte antes?

Bajé la vista y vi que todavía llevaba mi camisa ensangrentada de Ben Webster. Sería mejor no ir por ahí en una misión de rescate con aspecto de ser la víctima.

—Oh. Creo que tienes razón.

Volví al remolque con Jackie y empecé a cambiarme. Ella se sentó en el sofá y me miró.

—¿Has de rodar alguna escena más? —le pregunté.

—Dentro de un rato. Y después la gran escena. El horror definitivo.

—¿A qué te refieres? —pregunté, mientras me ponía los pantalones—. Yo ya he muerto. ¿Qué puede ser peor?

Ella compuso una expresión consternada, y hasta se estremeció.

—Una escena de amor con Robert.

—Oh. —Me senté a su lado en el sofá para ponerme los zapatos—. ¿Serás capaz?

—Ya me las ingeniaré —dijo, y se estremeció de nuevo—. Pero quiere ensayar los diálogos conmigo y... debería hacerlo. Es una gran escena. —Suspiró, y después sacudió la cabeza—. O podría revisar las cosas de Kathy, tal como prometí al detective Anderson. Lo estoy aplazando y aplazando, y la verdad es que no quiero pensar en ella cuando la... —Desvió la vista hacia el dormitorio, donde la caja estaba al lado de la cama—. De repente, la idea de tener que besar a Robert consigue que resulte soportable.

—Bien, pues —dije, y me levanté—. Deberías hacer eso.

—Sí —repuso Jackie, sin dejar de mirar la caja. Después sufrió otro estremecimiento y se levantó—. Fíjate en mí, menuda actriz, tan egoísta. —Me rodeó entre sus brazos—. Tu hija ha desaparecido. —Me abrazó y apoyó la

cabeza sobre mi pecho, y después me miró, y aquellos maravillosos ojos violeta se humedecieron de repente—. Ve a buscarla, Dexter. Y deprisa. Y... —Me dedicó una larga y escrutadora mirada, y no cabía duda de que deseaba añadir algo más, pero al cabo de un prolongado momento sepultó la cabeza en mi pecho —. Y después vuelve conmigo.

Empecé a decir que por supuesto, pero entonces levantó la cabeza, sus labios cubrieron los míos, y no pareció importante decir algo. Y, demasiado deprisa, Jackie se apartó de mí.

—Vete. Antes de que te arrastre a la otra habitación. —Se inclinó y me dio un beso en la mejilla, y después sacó el ordenador portátil de la caja que contenía las cosas de Kathy y lo enchufó al lado de la cama—. Mierda —la oí murmurar—. Detesto hacer esto...

Yo tampoco estaba demasiado contento con la situación actual, pero salí por la puerta. Y casi cuando ya estaba demasiado lejos, oí que la puerta del remolque se abría con estrépito y la voz de Jackie.

—¡Robert! —Y después, más bajo—. Hijo de puta...

Sin duda habría decidido que prefería repasar los diálogos con Robert que examinar las cosas de Kathy. En cualquier caso, las alternativas no eran fáciles, pero a mí también me esperaba un mal rato.

Había dejado mi coche en el aparcamiento del trabajo, puesto que había ido con Jackie en la limusina, pero encontré a un policía que iba en esa dirección y me llevó. Iba escuchando por la radio un programa de entrevistas conservador. El anfitrión estaba haciendo unas declaraciones muy interesantes sobre el presidente. No suelo prestar mucha atención a la política, pero a juzgar por lo que decía el hombre, me vi obligado a creer que, en algún momento del pasado reciente, las leyes concernientes a la sedición habían cambiado.

Sin embargo, el policía que conducía cabeceaba y murmuraba palabras de aprobación, de modo que yo guardé silencio, agradecido de no tener que entablar conversación, y al cabo de doce minutos escasos subía a mi coche y me dirigía a casa.

A esta hora del día, una tarde a mediados de semana, fue un trayecto sencillo llegar a mi tranquilo barrio de South Miami. El tráfico era fluido, y pronto me encontré en la I-95 y continué recto hacia la Dixie Highway sin problemas, y al cabo de veinte minutos frené delante de casa (mi excasa) y aparqué el coche. Me quedé sentado un momento, contemplando la casa. Había sido mi hogar durante varios años, y todavía era el hogar de varias cosas que me importaban. Mi caja de palisandro tan especial, por ejemplo: el relicario cuidadosamente oculto de mi creciente colección de *memento mori*. Todos y cada uno de mis Compañeros de Juegos estaban allí, representados por una sola gota de sangre seca en un pequeño portaobjetos de cristal. Patrick no, por supuesto, y eso era una pena, pero había sido un trabajo bastante precipitado. Aunque todos los demás recuerdos felices, cincuenta y siete, todavía vivían en mi caja. ¿Me la llevaría conmigo? Era preciso, por supuesto. Dejarla aquí era impensable, y también deshacerme de ella. Pero ¿podría mi hermosa y única colección llevar a cabo la transición a una vida de ascenso meteórico? ¿Podría encontrar un nuevo lugar seguro para ella en mi nueva y desconocida vida?

Esa caja y sus portaobjetos eran importantes para mí, pero teniendo en cuenta las circunstancias era estúpido preocuparse por ello. Tenía que encontrar a Astor, dondequiera que estuviera, y si había sido raptada por algún depredador, tal como yo sospechaba, pronto habría un nuevo portaobjetos en la caja.

La puerta principal se abrió y Rita se acercó corriendo al coche cuando bajé.

—Oh, Dexter, gracias a Dios que estás aquí. ¡Vámonos, deprisa! —dijo, y extendió la mano hacia la manija del pasajero.

—¿Adónde?

Rita alejó la mano del coche como si se hubiera quemado.

—¡Oh! No tengo... No sé, sólo parece... O sea, pensaba que si podíamos... Oh, no...

Dio la vuelta al coche y se apretujó contra mí, apoyó la cabeza en mi pecho y sorbió por la nariz, justo donde Jackie había apoyado su cabeza unos minutos antes.

La despegué de mí y la sacudí con delicadeza.

—Rita, ¿hay que ir a algún sitio? ¿Has tenido noticias de Astor?

—No, por supuesto que no, no, pero, Dexter, ¿qué hemos de hacer?

—En primer lugar, calmarnos. —No pensaba que Rita fuera a aceptar la sugerencia con entusiasmo, y acerté. Volvió a sorber por la nariz y gimió, mientras daba saltitos como una niña que tiene ganas de ir al baño—. De acuerdo —dije, y la tomé del codo—. Vamos dentro.

La conduje al interior de la casa, sin hacer caso de sus incoherentes protestas, y nos sentamos en el sofá.

—Bien. ¿Cuándo fue la última vez que supiste de ella?

—Oh, Dios, Dexter, hablas como un... Quiero decir, es Astor, por el amor de Dios, y tú sólo...

—Sí —la interrumpí—. Poniéndote histérica no vas a encontrarla.

—Oh. Supongo que tienes razón, pero...

—Cuándo —dije, de forma muy deliberada—. ¿Cuándo fue la última vez que supiste de ella?

—Yo no... Es... Como ya te dije, esta mañana la dejé en el colegio. En el mismo sitio de siempre, y después llamaron para decir...

—De acuerdo. Pero la dejaste delante del colegio.

—Sí. Y después... O sea, Cody estaba muy gruñón, y tenía que cambiar a Lily Anne, así que... me marché.

Sólo tardé un momento en comprender a qué se refería. De una forma extraña, me resultó decepcionante. Había convocado a mi Otro Yo, dispuesto a buscar y destruir a cualquier perverso caradura que hubiera secuestrado a Astor, y como siempre, me sentí un poco disminuido cuando tuve que despedirme de aquella alegría glacial.

—No la han secuestrado. Se fue sola.

—¿Qué?! —exclamó Rita, horrorizada—. ¡Eso es una estupidez, Dexter! Ella nunca...

—Sí —afirmé—. Hay un policía en el colegio todas las mañanas, y cientos de padres, y conductores de autobuses y profesores, y todos vigilan con cuidado. Nadie podría raptarla allí sin ser visto. De modo que nadie lo hizo. Se fue por su propio pie.

Rita me miró con aquellos grandes ojos redondos y la boca abierta.

—Pero... ¿por qué? ¿Adónde pudo ir?

—Casi a cualquier sitio. Caminar hasta el Metrorraíl, no está lejos, y después... ¿Llevaba dinero encima?

—Su asignación. Y... —Rita se mordió el labio—. Creo que cogió dinero de mi bolso. Cuarenta dólares.

—Bien, podemos descartar Singapur. —Cuarenta dólares y la asignación de Astor (tal vez unos diez o veinte dólares más, si no se los había gastado) no la llevarían muy lejos—. ¿Te dijo algo? ¿Mencionó a un amigo nuevo, alguien que conociera en Internet? ¿Alguna pista?

—Oh, no. Yo nunca le permitiría... Ya sabes cómo es. No hace amigos con facilidad y... No dijo nada.

—Vale —dije, y me puse en pie—. Voy a mirar en su habitación.

—¿Qué? Dexter, no está allí. Estoy segura de que habría... ¡Oh! Quieres decir que vas a buscar algo...

—Sí.

La rodeé y me encaminé por el pasillo hasta la habitación que Astor

compartía con su hermano. Era una habitación pequeña, demasiado pequeña para dos niños en edad de crecer de sexos diferentes, uno de los principales motivos de que hubiéramos comprado una casa nueva y más grande, donde cada uno tendría su propia habitación. Un lado de la habitación estaba ocupado por la litera (Cody arriba), y el otro estaba dividido con minuciosidad entre el espacio de Él y el de Ella.

La habitación estaba atestada de los trastos que suelen acumular dos niños corrientes, pero existían diferencias, porque estos crios, al fin y al cabo, no eran niños corrientes. La violencia de su Padre Biológico, y probablemente su ADN, había colocado sus pies en el Sendero Oscuro, y jamás caminarían bajo la luz feliz de la Normalidad.

Por tanto, ciertos toques extraños saltaban a la vista del observador avezado, sobre todo si era un Monstruo como yo. Por ejemplo, Cody tenía varias figuras de acción (se enfadaba mucho si las llamábamos muñecos), como cualquier niño de su edad. Pero todas habían sido decapitadas pulcra y cariñosamente. Las diminutas cabezas de plástico estaban ordenadas en una pulcra fila sobre el estante superior de su estantería para juguetes, alineadas con exactitud y perfección, ni una sola fuera de su sitio.

Todo el lado de Cody de la pequeña habitación, en realidad, presentaba una pulcritud alarmante. Sus zapatos estaban puestos en fila con las puntas juntas, los libros apilados con los lomos alineados, y hasta su ropa sucia estaba guardada dentro de una cesta de colada, y daba la impresión de que la había doblado antes. Los niños preadolescentes nunca son tan pulcros, pero como yo había sido igual, no me preocupaba. Hay algo en el Monstruo que le impele a preferir la limpieza. Como Cody compartía mis otros gustos Más Oscuros, suponía que esta Pulcritud iba incluida en el lote.

Por su parte, la mitad de Astor era tan caótica como podía serlo un espacio angosto. Tenía un pequeño escritorio con un aparador encima, y la mitad de la silla sobresalía del mueble. La ropa, tanto sucia como limpia, estaba apilada sobre la silla y encima del aparador, desde los pantalones cortos, los tejanos y los vestidos, hasta medias de colores y bragas con dibujos chillones. Era un desastre, incluso más de lo normal, como si hubiera cogido hasta la última prenda que tenía y las hubiera arrojado a su alrededor.

Si las hubiera seleccionado con la intención de fugarse, las cosas que habría elegido llevarse serían significativas. Yo no era un experto en el ropero de Astor, pero reconocí algunas de las piezas más importantes, puesto que la había oído chillar acerca de ellas cuando aún no estaban lavadas, o eran demasiado estúpidas para ponérselas, o no era el color adecuado para los viernes. Rebusqué entre el montículo de camisas, faldas, jerséis y sudaderas con capucha, sin saber muy bien qué esperaba encontrar..., y de todos modos lo encontré.

Habían celebrado una especie de baile de otoño en el colegio unas semanas

antes, y ante mi sorpresa Astor insistió en asistir. Aún más, había mostrado un nerviosismo de una semana de duración porque no tenía nada que ponerse, lo cual se me antojó todavía más raro, teniendo en cuenta que el suelo de su armario estaba sembrado de ropa suficiente para poner en marcha una *boutique*.

Pero Rita se había dejado llevar por el entusiasmo de Astor, y me dijo que el primer baile de una chica es algo muy especial, casi como la primera comunión, y por supuesto tenía que ir con un vestido nuevo, y por supuesto tenía que Sentarle Bien. Y así, había dedicado todo un fin de semana a recorrer Miami de centro comercial en centro comercial, hasta encontrar el vestido perfecto. Era un vestido tubo plateado que relucía, centelleaba y proyectaba reflejos azules cuando se movía, y nunca había visto a Astor tan complacida como con aquel vestido. Debí de cumplir con su cometido, porque volvió de la fiesta irradiando un petulante desprecio por los chicos.

Pero daba la impresión de que el vestido no estaba en la habitación. Removí el montón de ropa sin encontrar destellos plateados. Me acerqué al armario y exploré su interior, removiendo su contenido hasta comprobar que tampoco estaba allí.

Adondequiera que hubiera ido Astor, se había llevado su Vestido Muy Especial.

Me puse detrás de su escritorio y medité al respecto. No se habría llevado el vestido si pensara atravesar Sudamérica en autostop, ascender al monte Rainier, o marchar a Australia en barco. No correría el riesgo de que se ensuciara. Así que ¿adónde había ido?

Paseé la vista a mi alrededor. Al otro lado del montón de trapos había docenas de fotos pegadas con celo a la pared, mezcladas juntas de manera absurda, e incluso superpuestas. Me acerqué y examiné la capa más reciente, con la esperanza de ver algo, cualquier cosa que sugiriera dónde se encontraba ahora. Casi todas las fotos de la pared eran de Astor, y estaba claro que muchas las había tomado ella misma, sujetando la cámara delante de su cara o dirigiéndola hacia un espejo. Había tres fotos pegadas encima de todas las demás, en el centro de la pared. Pero no revelaban nada, salvo a Astor haciendo el payaso con Robert, tomada el día en que ella y sus hermanos me habían pillado por sorpresa en vestuario. En una de ellas Astor llevaba un maquillaje pálido en la cara y sangre falsa que brotaba de su boca. Estaba atacando a Robert, mientras él se encogía de miedo fingido.

La siguiente plasmaba a Astor con un maquillaje glamuroso grotescamente exagerado, haciendo pucheros a su reflejo en el gran espejo rodeado de luces de una sala de maquillaje profesional: Retrato de la Actriz como Joven Vampiresa.

En la última foto, Astor, todavía con el espantoso maquillaje, estaba delante de Robert con ojos enormes y un rostro henchido de anhelo dramático salido de *Lo que el viento se llevó*, mientras Robert desviaba la vista con una expresión de

noble deseo en el rostro.

Una cuarta foto, apartada a un lado, era una foto publicitaria normal de Robert. Con rotulador negro, alguien, probablemente Robert, había escrito « A LA HERMOSA ASTOR CON MIS MEJORES DESEOS », y después una floritura ilegible que debía ser su firma.

No había nada más, sólo aquellas fotos tontas, y tan sólo revelaban el enamoramiento de una niña de la idea de ser actriz, y la posibilidad de hacerlo con Auténtico Maquillaje y con una Auténtica Estrella. No había nada más en la pared que yo no hubiera visto antes, ni folletos turísticos de Río, ni números de vuelo garabateados, nada. Rebusqué otro minuto más, miré en el armario, debajo de la cama, incluso debajo del colchón, pero no descubrí la menor pista de adónde había huido, ni por qué.

Me senté en el borde de la litera de abajo y medité. Ahora estaba seguro de que Astor se había fugado (pero no muy lejos, lo más probable), y de que no había sido secuestrada por un tontolava que no se había acabado de desarrollar. Eso no se prolongaría mucho, por supuesto. Una niña sola en la calle no permanece sola mucho rato; es una sencilla ley de la naturaleza. Tendría compañía enseguida: ellos la descubrirían. No le gustarían nada sus nuevos amigos, ni las cosas que querrían hacerle, pero no estaría sola. Alguien con buen ojo para gente como ella la descubriría y se la llevaría, y Astor desaparecería para siempre en un mundo de dolorosas sorpresas.

Entretanto, sin embargo, yo gozaría de una breve oportunidad de encontrarla antes de que otros lo hicieran. Y debería ser fácil, porque la conocía muy bien, la conocía de una forma que ni siquiera su madre sospechaba, y también porque soy muy, pero que muy inteligente, y casi siempre descifro estos pequeños rompecabezas.

¿Adónde iría? Igual de importante, ¿por qué fugarse ahora? Había rezongado acerca de odiar a su familia y querer huir, pero todos los niños lo hacían, y yo nunca la había tomado en serio. Astor era demasiado lista para salir huyendo por la puerta y entregarse al azar, o para pensar que podría encontrar al instante un sitio donde su Verdadera Grandeza y Belleza serían reconocidas y recompensadas. Y se había llevado su Vestido Especial. Por lo tanto, iría a un lugar concreto, un lugar que ella consideraría el mejor.

Pero ¿qué mejor que disfrutar de tres comidas completas, además de aperitivos, y zapatos nuevos de vez en cuando? ¿Y todo esto con una familia que, por algún motivo ignoto, la quería, pagaba sus facturas, soportaba sus desagradables y furiosos berrinches, y más, un semipadre que sabía y comprendía qué albergaba en realidad en el oscuro y dañado interior de su retorcido yo?

Para colmo, estaba a punto de mudarse a una casa nueva, con su propia habitación y una piscina. Estaba muy entusiasmada con la casa nueva, había



pintado con sumo cuidado su habitación y planeado dónde pondría su escritorio y la cama, y lo que se pondría cuando celebráramos la primera fiesta junto a la piscina. ¿Podía encontrar algo mejor adónde ir en lugar de eso, algo que estuviera a mano, al alcance?

Se oyó el ruido de alguien que sorbía por la nariz en la puerta, y la voz quejumbrosa de Rita me llamó.

—¿Dexter...?

Eso me arrancó de mis meditaciones. Como suele suceder cuando estoy concentrado en un problema complicado, descubrí que había clavado la vista en el frente sin ver nada. Pero con la interrupción de Rita, vi que estaba contemplando la pared llena de fotos de Astor.

—¿Dexter? —lloriqueó de nuevo—. ¿Has... has descubierto algo?

Abrí la boca para contestarle, pero las palabras que salieron me sorprendieron. No eran las palabras que había pensado pronunciar.

—Sí. Sé adónde ha ido.

Y lo más extraño era que sí lo sabía.

—Oh. ¡Gracias a Dios!

Apenas había conseguido incorporarme cuando se abalanzó sobre mí, sollozando y gimiendo sobre la pechera de mi camisa, dejándome cubierto de cosas húmedas y desagradables. La arranqué de mi pecho y me miró con su cara mojada, roja e hinchada.

—¿Dónde está? —preguntó, sin lograr devolver unos mocos que colgaban sobre su labio al interior de la nariz—. ¿Adónde ha ido? Hemos de... Dexter, por el amor de Dios, hemos de... ¿Por qué estás parado así? ¡Vamos, Dexter!

—Iré a buscarla. Quiero que te quedes aquí.

—¿Quedarme aquí? Pero eso es... No, Dexter, no puedo... ¿Qué quiere decir quedarme aquí? Eso es completamente... ¿Por qué he de quedarme aquí?

La verdadera respuesta a ese «por qué» era que no la quería a mi lado, sobre todo en el lugar al que iba. Pero como no había forma de decirlo sin provocar una guerra nuclear a escala mundial, dije lo primero que me vino a la cabeza.

—Podría volver a casa. Alguien debería estar aquí, por si acaso. —Apoyé una mano sobre su hombro y la miré muy serio—. Y ese alguien debería ser su madre.

No sé por qué es así, pero he descubierto que las palabras «debería» y «tendría que» poseen un poder mágico muy especial, algo que toca un punto blando y empalagoso del corazón humano que yo no poseo, gracias al cielo. Porque dirigir esas palabras a alguien que sí lo posee, alguien como Rita, por ejemplo, casi siempre consigue que la persona respire hondo, se ponga derecha y haga cosas que, en realidad, no desea hacer.

Rita no me decepcionó. Como si estuviera siguiendo una hoja de instrucciones

impresas, abrió la boca para protestar, y después la cerró, respiró hondo y se puso derecha.

—De acuerdo. Eso es probablemente... O sea, claro que quiero ir, pero... ¿si volviera? Yo no podría... Me quedaré en casa.

—Bien. —Le di unas palmaditas en el hombro como si acabara de acceder a lanzarse en paracaídas detrás de las líneas enemigas para volar un puente—. Te llamaré en cuanto la encuentre.

—Sí, eso es... Y si viene aquí, y o... Pero, Dexter, ¿dónde está?

Le dediqué una sonrisa valiente.

—En algún lugar mejor —dije, y antes de que Rita pudiera farfullar demasiadas protestas salí por la puerta y me alejé en el coche.

El tráfico se había espesado un poco más durante los últimos cuarenta minutos, pero el grueso iba en dirección contraria, lejos del trabajo en la ciudad, hacia el hogar sito en las zonas residenciales, y no hubo serios retrasos en la Dixie Highway hasta llegar a la I-95.

Enseñé mis credenciales a un policía de aspecto muy alerta, y me indicó con un ademán que fuera al final del aparcamiento. Aparqué el coche y paseé la vista a mi alrededor cuando bajé. Vi muchos más policías, todos con aspecto igual de alerta, paseando alrededor del plató y apostados en el perímetro. Daba la impresión de que se tomaban muy en serio la cuestión de la seguridad, ya fuera porque el capitán Matthews lo había ordenado, o porque les gustaba la idea de mantener alejada a la gente corriente de la acción filmica, tan guay. No entendía cómo Astor había conseguido colarse en el plató sin ser vista, de modo que volví hacia el policía que había examinado mis credenciales.

—Estoy buscando a una chica —dije.

—¿Y quién no? —contestó sin inmutarse, con la vista clavada en la lejanía.

—Ésta tiene once años. Pelo rubio, tal vez con mochila.

El policía me miró.

—¿Fugada?

Le dediqué una sonrisa tranquilizadora. No quería un alboroto enorme y oficial acerca de esto, todavía no.

—Todavía no. Quiere ser estrella de cine, así que...

El hombre asintió.

—Sí. Mi hijo, diez años. Quiere ser lanzador de relevo. Así que se planta en Fort Myers, en el entrenamiento de primavera de los Red Sox. —Resopló—. ¡Los putos Red Sox!

—Podría haber sido peor. Habría podido elegir los Mets.

—Tiene toda la razón. Deje que llame a los del perímetro.

El policía me dio la espalda y se alejó un paso mientras hablaba por la radio, y unos segundos después se volvió hacia mí y asintió.

—La detuvieron. Hace unas horas. Alvarez dice que se presentó aquí y

preguntó por Robert Chase, el actor.

Asentí. Estaba convencido de saber quién era Robert Chase.

—Así que, por supuesto, Alvarez le dice: «Ni hablar. No puedo hacer eso. ¿Por qué no estás en el colegio?» Y ella va y dice que es su sobrina, y que Chase la está esperando. —Se encogió de hombros—. Bien, esto es Miami. Mierdas más raras ocurren cada día, ¿verdad? Alvarez pasa el recado, y unos dos segundos más tarde aparece Chase a la carrera. Y se la lleva de la mano.

Era lógico: por angelical que pareciera, Astor era una depredadora a su manera. Era natural que fuera directamente a buscar a Robert. Éste le había enseñado sus puntos débiles, y aunque su primer impulso habría sido llamarme a mí, o a Deborah, Astor no se lo permitió. Casi pude oír sus halagos, bravuconerías y mentiras: el pobre Robert, convencido de que le gustaban los niños, pero que jamás había tenido que lidiar con uno, sobre todo con éste, se habría quedado indefenso. Habría cedido, impotente, diciéndose que llamaría más tarde y que, en cualquier caso, la niña estaría a salvo en el plató. ¿Qué había de malo en ello?

—¿Adónde fueron? —pregunté al policía.

Movió la cabeza hacia la fila de remolques.

—A su remolque.

Le di las gracias y me dirigí hacia allí.

El remolque de Robert estaba al final de la fila. Había insistido en estar allí, semiaislado, tal vez porque deseaba privacidad, para poder sumirse en su trance del Método y convertirse en su personaje. Como dicho personaje todavía poseía una cantidad de costumbres inquietante que me había robado, pensé que habrían debido colocarle aún más lejos, tal vez en mitad de los Everglades, donde tal vez fuera devorado por una pitón birmana.

Pero el final de la fila era lo máximo que había conseguido hasta el momento. Seguí la serie de brillantes remolques de aluminio, uno para Renny, uno para las mujeres y uno para los hombres, uno para Victor, el director. Un remolque para maquillaje y uno para vestuario. Un potente murmullo de aire acondicionado ahogaba cualquier sonido procedente del interior de los remolques. La puerta del remolque de las mujeres se abrió después de pasar y por delante, y oí risas sobre el fondo del hip-hop que sonaba dentro. Después, la puerta se cerró de nuevo y reinó el silencio.

Tres peldaños subían hasta la puerta del remolque de Robert. Subí y llamé con los nudillos. No hubo respuesta. No se oía nada, salvo el ruido del aire acondicionado. Esperé y volví a llamar. Nada.

Probé el pomo, y ante mi sorpresa giró con facilidad y la puerta se abrió. Me detuve un momento. Una larga y malvada vida me ha enseñado que, con excesiva frecuencia, una desagradable sorpresa acecha al otro lado de la puerta. Esa sorpresa solía ser Yo, por supuesto, pero cualquier precaución es poca.

Paseé la vista a mi alrededor: no había nada al acecho. El remolque estaba a

oscuras, con todas las persianas bajadas y las luces apagadas, y nada se movía ni emitía el menor sonido. Entré y examiné el entorno. Era muy parecido al remolque de Jackie: la misma disposición de zona de estar con sofá y cocina, y una puerta que daba al dormitorio y el baño contiguo. Crucé las habitaciones, miré en todos los armarios y cajones, y no descubrí ninguna señal de que Astor hubiera pasado por allí.

Había muy pocas señales de la presencia de Robert. Un par de elementos de vestuario colgaban en el armario, y había un par de zapatos debajo, en el suelo, pero no vi ningún toque personal: ni iPod, ni maletín o libro, zapatos cómodos, gorra de béisbol o gafas de sol. Ni vitaminas, blanqueador dental o desodorante, ninguna de las cosas que un Actor en Activo debería tener en su remolque cuando rueda en exteriores.

Era desconcertante, pero no valía la pena devanarse los sesos por ello. La pregunta importante era ésta: si había ido a algún sitio con Astor, ¿adónde? ¿Un veloz desplazamiento en busca de un helado? ¿O estarían en alguna parte del plató? Tal vez estaría enseñando a Astor las cosas verdaderamente guay: Dickie y sus estopines, maquillaje, incluso otra visita a Sylvia en vestuario. Había muchas cosas que ver, y si Astor quería verlo todo (y quería), no concedería demasiado respiro a Robert.

Por tanto, podrían estar en cualquier lugar de este inmenso bosque de remolques, camionetas y generadores, y tal vez tardaría más tiempo en encontrarles del que deseaba invertir. Pero también era posible que Robert estuviera rodando una escena, con Astor mirando embelesada desde un lateral. Eso sería rápido y sencillo, y hasta sería rápido y sencillo averiguarlo. Había un calendario de rodaje de quince páginas en la mesa del remolque de Jackie que me revelaría quién, cuándo y dónde. Eché un último vistazo a mi alrededor, sólo para asegurarme, y después salí y cerré la puerta a mi espalda.

El remolque de Jackie estaba al otro extremo de la fila. Recorrí la hilera a toda prisa y subí los peldaños. La puerta no estaba cerrada con llave. Experimenté una pequeña oleada de esperanza de que ella estuviera dentro, y atravesé el umbral...

... y me quedé petrificado, con todo el vello de la nuca erizado.

No se veía ni oía nada raro, pero me quedé inmóvil y muy alerta. En el fondo, pero ascendiendo a toda prisa por los peldaños del sótano hasta las almenas del Castillo Dexter, Algo se había desenroscado y emitido un silbido, y empezado a susurrar sus quedas y sibilantes advertencias de que no todo era como debería, de manera que no me moví. Presté oídos. Miré y esperé, pero no había otra cosa que el creciente crujido de aquel susurro correoso.

Avancé medio paso. Una bocanada de aire gélido procedente del interior me abofeteó en la cara, aire lo bastante frío para enfriar cerveza, y con él llegó un tenue olor a algo que envió mi cerebro a través del tiempo, muy lejos, hacia

aquella pequeña, espantosa y fría habitación, tanto tiempo atrás, donde el Verdadero Dexter había nacido en un gelatinoso lago de sangre...

*Y estoy sentado inmóvil en la horrible pegajosa espesa humedad roja y sólo existe ese olor, el olor del cobre descompuesto, y mamá no se mueve, y estoy perdido e indefenso y avanzo a trompicones en un oscuro mundo de sangre y no hay vía de escape ni ayuda...*

Y parpadeo y vuelvo aquí, ahora, al remolque de Jackie, y no estoy en aquel horrible infierno húmedo, de ninguna manera. Estoy aquí, y eso sucedió hace mucho tiempo y muy lejos, y no existen motivos para recordar aquel terrible parto de tres días, ningún motivo...

Salvo que aquel olor también está aquí. El frío y empalagoso olor a cobre descompuesto: el olor de la sangre.

Vuelvo a la realidad. Me digo que no es así. Que no es posible. No es más que el olor del rosbif de la comida y el viento helado del aparato de aire acondicionado y malos recuerdos reavivados, debido a la tensión y al período convulso personal, y desaparecerá y todo estará bien si recuerdo respirar con normalidad y recordar a Dexter que es un adulto y nunca más se encontrará atrapado en la horrible habitación fría con su suelo espeso y pegajoso.

Me digo que así debería ser y nada podría ser Tan Espantoso, y doy otro paso..., y el olor continúa presente, ahora más fuerte, y los recuerdos aúllan y gimen y sacuden las paredes de mi yo a punto de derrumbarse, y me gritan que huya del remolque como si me fuera la vida y la cordura en ello. Pero desecho esos duendes, y doy un paso más, y otro, hasta que veo que no hay nada que ver junto al sofá, ni junto a la nevera, y ahora ya veo el dormitorio, y...

Estaba tendida al pie de la cama con un brazo alzado sobre la cabeza y el otro doblado de una forma anormal debajo del cuerpo. Su cabello dorado estaba desparramado a su alrededor como si hubiera sido arrojado desde una gran altura, y la mitad del pelo, la mitad más cercana a mí, estaba pegada al suelo por un espeso charco rojo oscuro que ya se estaba coagulando, y pese a mi necesidad de huir de la horrible masa con olor a cobre podrido, avancé otro paso y bajé la vista sin la menor esperanza.

Ella no se movió. Nunca más volvería a moverse. Su rostro estaba pálido, fijo en una expresión de terror cansado, y me miraba con ojos nublados que no parpadeaban, ni veían, y que nunca más volverían a parpadear, llorar o ver algo.

Hermosos ojos violeta.

No sé cuánto tiempo me quedé mirando el cuerpo sin vida de Jackie. Se me antojó una eternidad. No tenía motivos para ello. Contemplar el horror en que se había transformado no la devolvería a la vida, ni siquiera removería la espantosa y pegajosa sangre roja que corría por su interior. Tampoco me servía de gran cosa que estuviera muerta.

No soy ajeno a la muerte. Me ha acompañado durante toda la vida por diferentes motivos, y conozco su aspecto, su olor, su sonido..., pero por primera vez pensé que conocía su sensación, porque era ella, Jackie. Y de repente, la Muerte era algo nuevo, erróneo, malvado e intratable. No tenía derecho a reinar sobre Jackie, absorber su esencia y dejarme aquí sin ella. No le pertenecía. La muerte no era digna de Jackie, alguien tan vivo y hermoso y lleno de maravillosos planes para mí. No era justo. No era correcto. No podía ser.

Pero lo era. Estaba muerta y no había vuelta de hoja. La muerte había lanzado su fea película gris sobre aquellos ojos violeta, y me parecía algo muy definitivo y doloroso así de repente, como nunca me había pasado.

No soy un sentimental, en absoluto (creo que el sentimiento requiere una pizca de humanidad), pero me asaltaron Sentimientos que no tenían lugar dentro de una Cosa como yo. Los vi pasar en su lunática prisa: pesar, ira, incluso culpa, una amarga sensación de oportunidad perdida, e ira de nuevo. Los Sentimientos ascendieron desde el Oscuro Sótano por las frías escaleras de piedra del Castillo Dexter, chillando de desprecio en tanto se deslizaban sobre la barandilla, aullaban por los pasillos y destrozaban los tapices.

Y después los sentimientos desaparecieron, dejando atrás el sentimiento más definitivo y duradero:

Desolación.

Todo había terminado. El sueño había muerto, frío y exangüe como el bulto lamentable de carne que tenía a mis pies. Jackie ya no existía, pero Dexter debía continuar adelante, alejarse del mágico futuro que había colgado delante de él, de vuelta a la penosa sordidez que había sido su vida antes de que todo esto le hubiera arrastrado hacia un mundo de esperanza luminosa y resplandeciente, una esperanza que se había convertido en algo tan sólido y real como una pieza de decorado televisivo.

Di media vuelta y volví a pararme ante la puerta del remolque. Ahora sabía lo que debía hacer. No sería muy divertido, pero me volvería a acostumbrar. La diversión había desaparecido para siempre del mundo de Dexter.

Saqué mi teléfono y llamé a Deborah. No contestó, hasta que se conectó el buzón de voz. Desconecté y volví a llamar. Nada. Lo intenté por tercera vez, y al final respondió.

—¿Qué? —dijo, con una voz tan inexpresiva y muerta como si fuera la de

Jackie.

—¿Sabes dónde está el remolque de Jackie?

Silencio. Después por fin:

—Sí.

—Ven. Y deprisa.

Colgué.

Estaba seguro de que, hubiera lo que hubiera entre nosotros, no impediría que Deborah viniera. No es estúpida, y sabía que no la iba a llamar por cualquier tontería en este momento.

Y por supuesto, al cabo de cuatro minutos oí sus pies subir los peldaños de fuera, y entonces la puerta del remolque se abrió y la vi parada en el umbral, contemplando con el ceño fruncido la relativa oscuridad del interior.

—¿Qué pasa? —dijo, con la misma voz inexpresiva.

Me aparté de la puerta y señalé el dormitorio.

—Allí —dije. Ella sacudió la cabeza y miró hacia donde Jackie estaba espantada, formando un bulto desaliñado.

Deborah se quedó petrificada un segundo. Después susurró: « Joder », y se encaminó a toda prisa hacia el cadáver. Se agachó a su lado y extendió la mano hacia el cuello de Jackie, y después la retiró cuando cayó en la cuenta de que no era necesario tomarle el pulso. Estuvo apoyada sobre los talones durante varios largos segundos, hasta que al final se incorporó, volvió a echar un vistazo al cadáver y regresó hacia mí.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, con fría cólera en la voz—. ¿Intentó romper contigo?

Por un momento, la miré, parpadeando como un estúpido, sin tener ni idea de a qué se refería, y después comprendí.

—Yo no lo hice, Debs.

—No voy a cubrirte en esto, Dexter —continuó, como si no me hubiera oído—. No puedo ayudarte, y no lo haría aunque pudiera.

—No he sido yo, Deborah. Yo no lo he hecho.

Supongo que esta vez sí me oyó, pero todavía continuaba sin creerme. Ladeó la cabeza y me miró con ojos fríos, sin parpadear, como un ave de presa indecisa sobre si atacar o no.

—¿Quién ha sido?

Negué con la cabeza.

—No lo sé.

—Ajá. ¿Dónde estabas?

—No estaba aquí. Rita me llamó. Astor se fugó, y fui a casa a buscarla.

Deborah frunció el labio.

—A casa —dijo, con clara ironía.

No le hice caso.

—Astor vino aquí, al plató, y vine a preguntar a Jackie si la había visto... — Por ningún motivo concreto, volví a mirar el cadáver de Jackie—. Y ahí estaba —concluí, de una forma muy poco convincente.

Deborah guardó silencio, y yo la miré. Seguía contemplándome con gélida indiferencia, pero al menos no había echado mano a sus esposas todavía.

—¿Dónde está ella? —preguntó por fin.

La miré, mientras me preguntaba si habría perdido la razón.

—Deborah, está ahí —dije, y moví la cabeza en dirección al cadáver—. No va a ir a ninguna parte.

—Astor —dijo, con los dientes apretados—. ¿Dónde está Astor?

—Ah —dije, aliviado de una manera extraña—. No lo sé. Con Robert, en algún sitio.

Deborah contempló el cadáver de Jackie una vez más, y después sacudió la cabeza.

—La dejaste aquí sola —dijo—. Y él la cazó.

—¿Qué? —pregunté, henchido de santa indignación y certidumbre—. No fue Patrick El acosador... ¡Imposible!

Me miró de nuevo.

—¿Por qué?

Me había puesto en un aprieto. Si todavía disfrutáramos de nuestra antigua cordialidad, tal vez le habría explicado el porqué, le habría explicado que Patrick el acosador ya no existía. Pero tal como estaban las cosas entre nosotros, no creía que pudiera exculparme de una muerte confesando otra. Así que hice lo típico de Dexter y traté de ganar tiempo.

—No parece su método —dije con cautela—. Y, bueno, conserva los dos ojos.

—Ajá —dijo Deborah, con ese tono que le había oído tantas veces cuando intentaba que un sospechoso continuara hablando. Y por algún motivo, conmigo funcionó.

—Y en cualquier caso —farfullé—, ¿cómo pudo entrar aquí? Hay policías por todas partes. Nadie podría burlarles.

—Nadie que no trabajara aquí —rectificó ella.

—Sí, por supuesto.

—¿Un extra, por ejemplo? ¿Tal vez un extra que también era su novio?

E inyectó una cantidad enorme de veneno en esa palabra.

—De acuerdo, Deborah —dije, y si mi tono de voz revelaba que yo estaba irritado a más no poder, estupendo—. Si estás tan cabreada conmigo que prefieres encerrarme antes que detener al verdadero asesino, estupendo. Saca las esposas. Méteme en la cárcel y conviértete en una heroína, la dura de pelar que metió entre rejas a su hermano por un crimen que no cometió. —Extendí las manos, con las muñecas juntas para recibir las esposas—. Adelante.



Me miró un poco más, como si fuera a hacerlo. Después, meneó la cabeza y exhaló un largo suspiro entre los dientes.

—De acuerdo —dijo—. Sea como sea, no es mi problema.

—Deborah...

—No hace falta que te molestes. Me importa una mierda.

Dio media vuelta y sacó el teléfono para llamar.

He estado en la escena de numerosos homicidios importantes, tanto desde un punto de vista profesional como personal, pero nunca en el papel de la persona que encontró el cadáver. Ni tampoco como sospechoso, aunque fuera culpable. Descubrí que era una experiencia muy diferente, y no me gustó..., sobre todo porque el detective Anderson llegó para hacerse cargo.

Lo primero que hizo fue sacar a Deborah, y después fue de un lado a otro del remolque como un elefante en una cacharrería, gruñó, silbó y chuleó a Angel-Nada-Que-Ver, que había llegado para encargarse del aspecto forense del caso. Y cuando por fin me llevó aparte para interrogarme, no se comportó como un hombre que hablara con un colega de profesión atrapado en circunstancias desafortunadas. Me tomó por el codo y me obligó a pararme junto a la nevera. Me dirigió una larga y torva mirada. Yo esperé cortésmente, pero él se limitó a mirarme, convencido sin duda de que podría ablandarme antes de lanzar una acusación contra mí.

Mi teléfono sonó. Extendí la mano hacia él, pero Anderson sujetó mi muñeca. Le miré con las cejas enarcadas; él sacudió la cabeza. No valía la pena pelear, así que dije adiós al teléfono y le miré, a la espera de que hiciera algo revelador de que su inteligencia era superior a la de la nevera. Esperé en vano, pero al final meneó la cabeza y me miró con el ceño fruncido.

—Una mantita —dijo.

Tardé un momento en comprender a qué se refería. Mi cara debió revelarlo, porque Anderson continuó.

—Dijiste que la estabas protegiendo —dijo con desdén—. Como una mantita.

Lo mejor, por lo general, es conservar la educación y la docilidad cuando un detective te está interrogando, pero se me había acabado la docilidad con la muerte de Jackie, y estaba lo bastante irritado como para devolverle su débil pulla.

—Detective de pacotilla —dije—. Dijiste que descubrirías al criminal.

Se ruborizó un poco, y después sacudió la cabeza.

—Es posible —dijo, y esta vez no había forma de malinterpretarle.

—No lo has hecho.

—Ajá. Salvo que siempre es el novio, ¿no?

—Claro. Incluso cuando la víctima estaba siendo acosada por un psicópata homicida que ya ha matado antes y ha jurado matarla. Lo más lógico es sospechar del novio, y no del acosador. Para ti es lo lógico, al menos.

Me miró, y pensó que iba a decir algo, algo muy ingenioso y fulminante. Pero como todos hemos advertido en ocasiones previas, el Ingenio florece en una rama que nunca está al alcance del detective Anderson, así que se limitó a mirarme, y después negó con la cabeza de nuevo, cuando se dio cuenta de que no se le iba a ocurrir ninguna agudeza.

—No estás al margen de esto —dijo, y se alejó para chulear a Angel un poco más.

Y no estaba al margen. Ni por asomo. Me quedé allí una hora y miré. Siempre que se acordaba, Anderson me dirigía una mirada intimidatoria, pero por lo demás no pasó nada.

Me daba igual. De hecho, me alegraba de que Anderson estuviera al mando, en lugar de alguien como Deborah, quien tal vez sería capaz de resolver este asesinato, porque yo no quería que lo resolvieran todavía. El culpable me lo había hecho a mí tanto como a Jackie. Había asesinado mi hermoso futuro a su lado, arrojándome de nuevo al montón de estiércol de la existencia rutinaria, empalagosa y precaria, al cenagal de la vida mezquina y sin sentido que se me había quedado pequeña, y a esa persona la iba a encontrar y le haría pagar por ello. No, no quería que nadie descubriera a ese asesino. Nadie, salvo Yo.

De modo que me quedé al lado de la nevera y vi a Anderson pasear de un lado a otro, el Ideal Clásico del ruido y la furia carentes de significado, y medité sobre los dos o tres detalles anecdóticos que tenía sobre este asesino.

En primer lugar, sabía que no era Patrick. Pero yo era el único que lo sabía, y alguien más podría haber confiado en utilizar todo el asunto del Acosador Psicópata a modo de protección. Ya lo había hecho, en realidad, si asumía que la misma persona había asesinado a Kathy. Lo pensé sólo un momento, y después seguí adelante y lo di por seguro. Le habían arrancado el ojo a Kathy, y no había motivos para hacerlo, como no fuera para dejar una pista falsa. El mismo asesino las había matado a las dos.

Por lo tanto, contaba con dos sucesos que me proporcionarían pistas. Si me hubiera sentido optimista, esto me habría levantado el ánimo, porque dos asesinatos proporcionan el doble de pistas. Pero resumí lo que sabía sin el menor optimismo. Se había desvanecido para siempre, y sólo me había dejado un residuo amargo.

Kathy había sido una insignificancia, casi una no persona. No quiero faltar al respeto a los muertos, aunque nadie podría impedirme que lo hiciera. Pero mi breve y dulce período en el pináculo de la farándula me había enseñado que un ayudante personal no estaba a la altura ni de un ayudante de aparcacoches, el cual, al fin y al cabo, podría ser un actor en ciernes.

Sin embargo, Kathy había sido una chica de los recados profesional, y era imposible que tuviera el tipo de enemigos de alto voltaje capaces de matarla, sobre todo de una forma fría y premeditada, y de una manera tan visceral. Pero

alguien la había asesinado, y después robado su teléfono. Donde guardaba todas las citas, números de teléfono, contactos, etc., de Jackie. Lo cual implicaba, al menos para mí, que la muerte de Kathy estaba relacionada con algo del teléfono.

Incluso en Hollywood, muy poca gente matará para conseguir una dirección o un número de teléfono, salvo, quizás, el número de un agente muy bueno. Pero en este caso me parecía improbable. Estaba convencido de que no habían robado el teléfono para recabar información sobre los contactos. Eso dejaba las citas, y esa idea despertó un leve y seco crujido de interés del Detective Oscuro instalado en su madriguera interior.

De acuerdo: habían robado el teléfono para esconder una de las citas. Eso significaba que o bien valía la pena ocultar una de las citas inminentes de Jackie, o la cita no era de Jackie. Al fin y al cabo, era el teléfono de Kathy. ¿Por qué no iba a guardar también en el aparato cosas personales? Y si alguien había concertado una cita en su habitación del hotel, y había ido en concreto para matarla, era lógico que se llevara el teléfono para esconder la grabación de la cita.

Pero espera: eso sólo tenía sentido si el asesino sabía que Kathy guardaba todas esas cosas en el teléfono. Y eso significaba que se trataba de alguien que la conocía, y conocía su forma de trabajar..., y eso significaba que, o bien era alguien de su pasado que había venido en avión desde Los Ángeles sólo para matarla... O, mucho más probable, era alguien que se encontraba aquí, rodando el piloto. Alguien con poderosos motivos para impedir que Kathy... ¿qué? ¿Fuera a algún sitio, hiciera algo, dijera algo...?

Un corto videoclip asomó en la pantalla de la sala de proyecciones personal de Dexter: unos días antes, en vestuario, Kathy abofeteando a Renny, alejándose de él a toda prisa y gritando algo así como: «¡La próxima vez se lo contaré a todo el mundo!»

Otro breve clip: Renny mirándome mientras la sombra oscura y correosa de Algo mueve las alas detrás de sus ojos.

Y otro: Renny mirando al público durante su especial con aquella misma mirada, una mirada que yo conocía muy bien porque era la mirada de un asesino, y yo practicaba cada día disimular la mía con convincentes sonrisas dóciles fingidas.

Y Renny acosando al espectador que le había apostrofado con un ataque agresivo que sólo podía calificarse de letal, revelando a todo el mundo sus verdaderos colores de asesino.

Renny.

Todo coincidía: tenía un móvil, fueran cuales fueran los detalles, y yo sabía que llevaba dentro la cosa especial que convertía el asesinato en una opción sencilla y viable. Y para ocultar este algo, fuera lo que fuera, había asesinado a Kathy... ¿para después vomitar, según Vince, cuando vio el desastre que había

causado? Pero ¿aun así asesinó también a Jackie, pese a su asco, que no debería sentir si tenía un Oscuro Pasajero?

El tren de mercancías de la Deducción de Dexter frenó. Era absurdo. Nadie capaz de matar por rutina podría vomitar al ver lo que había hecho. Y en cualquier caso, ¿cómo se relacionaba eso con lo más importante, la muerte de Jackie?

Bien, tal vez no fuera Renny. Pero yo todavía tenía dos cadáveres, y estaba seguro de que se hallaban relacionados. De modo que dejé a Renny a un lado de momento e intenté devolver el tren a las vías.

Alguien, que quizá no era Renny, mató a Kathy y robó su teléfono para impedir que algo saliera a la luz. Y después, pese a no disfrutar de la experiencia, lo cual me parecía una pena, había asesinado a Jackie. ¿Por el mismo motivo? Pero ya se había apoderado del teléfono, de modo que ¿para qué molestarse?

Anderson salió como un cohete por la puerta del remolque, y yo miré hacia donde Angel estaba peinando serena y metódicamente la zona que rodeaba el cuerpo de Jackie, justo delante de la enorme caja que contenía las cosas de Kathy. En algún lugar, una pequeña moneda de latón cayó dentro de una ranura con un tenue sonido metálico, y yo parpadeé.

Me acerqué a Angel. Levantó la vista un momento, y después guardó un trozo de alfombra en una bolsa de pruebas.

—Aléjate —dijo—. Me das y uyu.

—He de ver una cosa.

—No. Anderson podría dispararme.

—Sólo será un segundo. Es muy importante.

Angel se balanceó sobre los talones y me miró, mientras decidía si valía la pena correr el riesgo por mí.

—¿Qué? —preguntó por fin.

Indiqué con un cabeceo la caja de cartón que tenía detrás.

—El ordenador. ¿Sigue dentro del estuche?

Me miró un momento más, y después exhaló un profundo suspiro. Se inclinó sobre la caja, donde el estuche negro de nailon del ordenador descansaba sobre lo alto de la pila. Abrió el maletín con un dedo enguantado.

—No —dijo—. No hay ordenador. —Retiró el dedo y el estuche se cerró—. ¿Debería estar aquí?

—Estaba ahí esta mañana.

—Mierda. Bien, y o no lo he cogido.

—No. Pero alguien lo hizo.

Angel suspiró, disgustado por el hecho de que un ordenador hubiera desaparecido cuando él estaba al frente de la parte forense de la investigación.

—¿Es importante?

—Creo que sí.

—¿Por qué?

—Porque es un Apple.

Angel sacudió la cabeza.

—Dexter, *coño*, venga.

—Gracias, Angel.

Suspiró de nuevo y volvió a ponerse a cuatro patas.

—Creo que ya no me caes bien.

Volví a mi puesto junto a la nevera, bastante complacido conmigo mismo. Ahora sabía por qué habían matado a Jackie. Porque si tienes un Smartphone Apple y un ordenador Apple, los enchufas y todos los datos del teléfono pasan al ordenador. Y Jackie había conectado el ordenador, visto la cita, y por eso la habían asesinado.

Pero si Kathy había actualizado la información, todos los datos habrían sido copiados en la nube, lo cual significaba que todavía deberían estar allí, con cita acusadora y todo. Pero nadie más podía acceder a la cuenta de la nube de Kathy, como no fuera con su contraseña. Y al robar el ordenador portátil, el asesino había conseguido que la información no estuviera al alcance.

No me di una palmada en la espalda, pero estaba muy complacido. Lo había deducido casi todo, salvo, por supuesto, el detalle pequeño e insignificante de quién era el asesino.

Intenté encajar a Renny de nuevo, y casi lo conseguí. Pero, al final, me resultó imposible creer que alguien con un Pasajero pudiera vomitar después del sencillo, relajante y a menudo placentero acto de matar a alguien.

Por otra parte, si eliminaba a Renny, ¿quién quedaba? Tal vez Renny había vomitado porque había comido ostras en mal estado. Tenía que ser él, no había nadie más que encajara. En cualquier caso, tenía que investigar su pasado inmediato y ver si encajaba. Tal vez conseguir que Deborah se dedicara a ello y...

Deborah. Por lo visto, todavía no me dirigía la palabra, y no sería fácil abordarla ahora, con Anderson al frente de su desfile de payasos y echándola casi a patadas. Parecía improbable que su expulsión de la escena del crimen la hubiera ablandado hasta el punto de estar dispuesta a olvidar y perdonar.

De todos modos, yo tenía una pista que ella podría aprovechar, y era policía hasta la médula. Quería solucionar este caso, incluso más, puesto que el caso era de Anderson. Y, al menos, era posible que ardiera en deseos de restregar la cara de Anderson por el barro más que evitarme. Valía la pena probar.

Por supuesto, no podría intentarlo mientras estuviera parado al lado de la nevera, a la espera de que Anderson regresara y me intimidara. Necesitaba largarme, así que medité sobre mi nueva y curiosa posición de Persona de Interés. Nadie me había dicho que me estuviera quieto, que no abandonara la ciudad, que solicitara un abogado. Sólo me había quedado llevado por el impulso

reflejo de ser útil. Estaba claro que eso no iba a suceder, a menos que darle a Anderson algo a lo que fulminar con la mirada se considerara útil. De modo que miré a mi alrededor para ver si alguien me estaba observando. No era así, por lo que decidí salir con aire despreocupado por la puerta del remolque.

Deborah estaba fuera, paseando de un lado a otro, y se detuvo para observarme mientras bajaba los tres peldaños. Por un momento, pensé que iba a decir algo, y tal vez ella también. Pero no habló. Se limitó a sacudir la cabeza y dio media vuelta para reanudar sus paseos.

—Deborah —dije a su espalda.

Paró de andar y sus hombros se alzaron hacia sus orejas. Después, se volvió y me miró con una versión mucho más convincente de la mirada hostil que Anderson había ensayado.

—¿Qué?

—Creo que sé quién mató a Jackie.

No dijo nada por un momento. Después negó con la cabeza.

—Díselo a Anderson.

—Prefiero decírtelo a ti. Tal vez algo bueno saldrá de ello.

Me miró con la cabeza ladeada.

—No vas a sobornarme para que olvide y perdone, Dexter. La cagaste a base de bien, y ahora que tu Jackie está muerta y Rita está... ¿qué? —Se iba encrespando a medida que hablaba—. ¿No la has asesinado todavía, Dexter? Porque eso sería lógico para ti, ¿no?

—Deborah, por favor...

—Es mucho más lógico que largarte y dejarla con vida para que te joda más adelante, ¿verdad?

—Yo no asesiné...

—Y si no lo hiciste, ¿qué pasa ahora? ¿Sigues con la idea de abandonar a Rita y a tus tres hijos, ahora que te has cagado sobre tu cama nueva? ¿O vuelves y finges que no ha pasado nada? Porque es posible que ella te perdone, pero no estoy segura de que yo vaya a hacerlo.

—Me parece bien. Se lo diré a Anderson. —Y como yo también soy un experto en ese juego, añadí—: Y él la cagará, y un asesino se saldrá con la suya porque estás demasiado ocupada cabreándote conmigo para hacer algo al respecto.

Me alegré de estar a tres metros de ella, porque a juzgar por su expresión, de haber estado lo bastante cerca habría llevado a cabo un ataque criminal contra mi persona, tal vez con el resultado de heridas graves. Incluso a tres metros de distancia oía rechinar sus dientes.

—Escupe —dijo por fin, con los dientes todavía apretados.

Le hablé del teléfono, del ordenador, de que eso significaba que la misma persona había matado tanto a Kathy como a Jackie, y ella escuchaba. No estalló

de repente en alegres sonrisas y me abrazó, pero escuchaba. Cuando terminé, me miró un momento.

—Vale —dijo—. ¿Quién lo hizo?

—Renny Boudreaux. Tuvo una especie de altercado con Kathy, y ella le gritó que se lo diría a todo el mundo la siguiente vez.

Deborah me miró, y después hizo una mueca desdenosa. O sea, de esas que dedicas a alguien patético que no merece ni tu desprecio, pero al que desprecias de todas maneras.

—Renny Boudreaux está en Nueva York —dijo—. Sale en los programas matutinos para promocionar su especial. Se fue ayer.

—¿Qué? —dije, y admito que estaba en parte estupefacto.

—Nueva York. Todo el mundo lo sabe en el plató, y tú lo sabrías también si hubieras leído el calendario de producción, en lugar de pasarte todo el tiempo follando con Jackie.

Me pareció un golpe muy bajo, pero aún no había terminado conmigo.

—Y entretanto —dijo, al tiempo que pasaba sin el menor esfuerzo de la mueca de desdén a un rugido—, mientras andas por ahí folleteando y me haces perder el tiempo con tus estupideces, todavía no has encontrado a Astor.

No me estremecí a causa de la sorpresa, pero sus disparos corporales me habían dejado un poco tambaleante e inseguro.

—Bien —dije sin convicción—, pero...

—Ve a buscar a tu hija, capullo. Olvídate de esto. Ya has hecho bastante daño.

Dio media vuelta y se dirigió hacia el extremo opuesto del remolque. Yo me quedé inmóvil y la seguí con la mirada, pero pasó a mi lado sin mirarme, como si yo fuera una variedad vegetal vulgar y sosa. No quería olvidarme de esto. Quería agarrar a Deborah por los hombros y sacudirla, y decirle que no era culpa mía. Patrick estaba muerto, y otra persona había asesinado a Jackie y destruido mi única oportunidad de salir del estiércol y acceder a la verdadera luz dorada del sol. Y además, quería encontrar al asesino de Jackie, sujetarle con cinta americana bajo mi cuchillo y concederle un período de tiempo muy largo para que reflexionara sobre lo que había hecho. Y lo haría. No me olvidaría de esto, echado a perder por la incompetencia de Anderson y la indiferencia burocrática de Deborah.

Pero por más que me costara admitirlo, mi hermana tenía razón en una cosa: tenía que encontrar a Astor, y eso era un problema más inmediato que mi venganza.

Muy bien: ¿por dónde debía empezar? El remolque de Robert era el lugar evidente, pero ya había mirado en él. De todos modos, eso había sucedido casi una hora antes. Cabía la posibilidad de que hubieran regresado, y aunque sólo fuera para cumplir con la diligencia debida, tenía que investigar de nuevo.

Deborah pasó a mi lado una vez más sin mirarme, y cuando todavía se

encontraba al final de su paseo neurótico de centinela, me crucé en su camino en dirección al remolque de Robert.



El remolque de Robert seguía cerrado sin pasar la llave, y cuando empujé la puerta vi que seguía a oscuras. Una vez más, me detuve fuera y miré a ambos lados, y una vez más no vi nada, no oí nada, no olí nada. Atravesé la puerta y miré a mi alrededor. Nadie en casa. Daba la impresión de que nada había cambiado. De todos modos, miré en todos los rincones y armarios, porque la minuciosidad es una virtud tan importante como la pulcritud, y descubrí la misma cantidad exacta de Nada que antes.

Y ahora ¿qué? Astor seguía desaparecida, Deborah seguía sin dirigirme la palabra, y Jackie seguía muerta. El mundo no era el lugar feliz que me había parecido hacía tan poco, y por un momento me pareció absurdo seguir fingiendo. Toda la resolución, toda la ira, el ánimo y la necesidad de Hacer Algo se habían evaporado, y me derrumbé en el borde del sofá de la zona de estar de Robert. Todo parecía tan luminoso y bonito aquella mañana, y ahora el mundo había recuperado su verdadera forma, gris, absurda y mezquina, y aunque eso era más adecuado para el Deprimido Dexter, no me gustaba. Quería que todo volviera a ser como antes. Como un niño atrapado en una oscura y espantosa aventura, quería volver a casa.

Pero ya no era un niño, y todavía peor, estaba en casa. Era aquel abrirse paso penosamente entre el estiércol, deprimente, doloroso, absurdo. Ahí vivía yo; de vuelta en la fea realidad cotidiana. Y no podía hacer nada al respecto, nada en absoluto, salvo encontrar a Astor, arrastrarla de vuelta a casa y empezar el mismo espectáculo de sombras.

A casa: de vuelta a los calcetines sucios en el suelo, chillidos a todas horas, los monólogos descoyuntados, absurdos e interminables de Rita. Rita: la única persona que todavía me dirigía la palabra, y yo no quería hablar con ella y tampoco entendía lo que decía. Y al pensar en ella, recordé que mi teléfono había sonado mientras Anderson me sometía a tercer grado. Tenía que ser ella. No quedaba nadie más.

Y de esta forma, con un profundo suspiro y la sensación de reintegrarme a un deber penoso, saqué mi teléfono y miré la pantalla. Sí. Rita. Había dejado un mensaje, cómo no: ¿por qué dejar pasar una oportunidad de decir tonterías? Fui al correo de voz y escuché.

—Dexter. Sé que debes estar buscando a Astor. Porque ha pasado mucho rato y no has... Y de todos modos, se me ocurrió algo, e iba a... Sé que dijiste que quizá volvería a casa, y yo pensé, claro, es posible, pero puede que no..., así que de todos modos me ausentaré durante unos veinte minutos. Oh. Y llamaré cuando vuelva, por si acaso.

Oí que respiraba hondo, como si fuera a continuar, pero en cambio desconectó.

Eché un vistazo a la hora. La llamada había llegado cincuenta y ocho minutos antes. Yo había ido a la universidad, de modo que sabía que cincuenta y ocho minutos eran más de veinte minutos, pero no había vuelto a llamar.

Llamé a su número, pero sonó y sonó hasta que se conectó el buzón de voz. Desconecté. No podía creer que Rita se hubiera ido de casa, y me costaba mucho más creer que lo hubiera hecho sin su teléfono. Pero, por lo visto, así había sido, y tendría que esperar a que volviera.

Entretanto, Astor no corría ningún peligro. Estaba con Robert, y probablemente en algún lugar cercano, aprendiendo trucos de maquillaje. No quería que la encontraran, lo cual dificultaría las cosas, pero sería mucho más fácil localizar a Robert. Si no estaba cerca, al borde del ataque de nervios, alguien sabría su paradero: Victor, el director, sería un buen sitio para empezar.

Encontré a Victor en su remolque. A dos puertas de distancia. Supe que estaba dentro porque cuando empezaba a pasar de largo, Martha, la ayudante, salió corriendo del remolque como perseguida por abejas asesinas. Antes de que pudiera formularle una pregunta, se alejó de mí mascullando: «Mierda mierda mierda mierda mierda», y después desapareció al final de la Hilería de Remolques.

Subí los peldaños y llamé con los nudillos. No hubo respuesta, pero oí una voz dentro, alzada en apasionada agonía, así que abrí la puerta y entré.

Victor estaba sentado a la mesa, con el teléfono apretado contra su cara, los nudillos blancos a causa de la presión. Tenía delante un vaso grande de agua. Estaba escuchando a alguien al otro extremo, meneaba la cabeza y lloriqueaba: «No. No. No, imposible, joder, no», y mientras le miraba levantó el vaso y lo vació.

A continuación, buscó a su espalda una botella azul grande, que reconocí como una marca de vodka muy popular, volvió a llenar el vaso y tomó otro generoso trago. No creí que hubiera llenado de agua la botella de vodka. Me miró sin verme, y de repente estalló de rabia contra su interlocutor.

—Bien, maldita sea, ¿qué harías tú? ¡Tenemos rodado medio piloto y una estrella muerta, y la cadena me está dando la vara para que haga algo, y yo no puedo hacer una mierda sin ella y no puedo resucitar a los putos muertos! — Escuchó un momento, un momento muy breve, y después se puso a chillar de nuevo—. Bien, pues, llámame cuando sepas algo.

Dio una palmada al teléfono para desconectarlo y lo dejó con fuerza sobre la mesa.

—Reescribir —masculló airado—. Reescribir alrededor de una mujer muerta... Capullo... —Victor cogió de nuevo su vaso de «agua», y entonces dio la impresión de fijarse en mí por primera vez—. ¿Qué? —dijo, y por su tono no me pareció que fuera a invitarme a compartir la bebida.

—Estoy buscando a Robert. —Se limitó a mirarme—. ¿Robert Chase? —dije

para ayudarle.

Victor torció la cara y enrojeció, como si fuera a darme una ración de la bilis que había soltado en el teléfono, y yo no estaba de humor para memeces. De modo que tal vez no fue lo más amable que podría haber hecho, pero todo me daba igual.

—Está con mi hija. Tiene once años.

Todo el color abandonó el rostro de Victor. Fue un espectáculo asombroso: en un momento dado estaba hinchado como un gran globo rojo, y al siguiente era un ser blanco y verdoso con pómulos que asomaban entre la carne flácida.

—¡Dios mío!, estoy muerto —susurró, y cogió el vaso con ambas manos, lo alzó hacia su cara y lo vació.

Cuando el vaso estuvo vacío, Victor lo dejó sobre la mesa. Sus manos temblaban y el vaso vibró un momento antes de quedarse quieto. Contempló el vaso, y después, por fin, me miró con unos ojos casi tan muertos como los de Jackie.

—Dijeron que sólo eran habladerías —dijo, arrastrando un poco las palabras—. Yo nunca... Bueno, ya sabes. Richard Gere y el hámster. Tom Cruise es gay. Toda esa mierda. Tan sólo rumores tipo Hollywood, como puñaladas traperas. —Empezó a sacudir la cabeza, lenta y rítmicamente—. Estoy muerto. La mierda me llega hasta las cejas y estoy más que muerto.

Dejó de menear la cabeza, y dejó de respirar, y se quedó convertido en un bulto verde claro.

No lo habría creído posible, pero su rostro había adquirido un tono todavía más verdoso, y estuvo sentado durante largo rato, inmóvil. Después, se enderezó con brusquedad, abrió los ojos y respiró hondo.

—Has de comprenderlo, Chase no fue idea mía —dijo—. Yo quería a alguien más joven, pero la cadena necesita una estrella. Tienen una lista. Pone el TVQ de todo el mundo...

—¿El qué?

Me dirigió una mirada impaciente e irritada.

—TVQ. El grado de popularidad de cada uno. Cuántos espectadores pueden congregarse para ver algo. —Levantó una mano, y después la dejó caer como un pingajo—. El de Robert es muy alto.

—De acuerdo. Es popular.

Victor asintió.

—Es popular. Una estrella. Y la gente siempre inventa historias tremebundas sobre las estrellas. Es... Todo el mundo dice cosas parecidas sobre cualquiera que triunfa. Es un negocio mezquino y malicioso, pero si yo hubiera pensado que lo de Chase y las niñas pequeñas era cierto...

Enmudeció y clavó la vista en la mesa de nuevo.

—Joder —dijo—. Le hubiera incluido en el reparto igualmente. Tiene un

TVQ muy alto.

Contempló sus manos un momento, dio una sacudida a un lado, agarró la botella azul de vodka y empezó a llenarse el vaso de nuevo.

Le miré, y sentí que unos pequeños dedos helados cosquilleaban mi nuca.

—¿Qué quieres decir con eso de Chase y las niñas pequeñas?

No me miró.

—Es sólo un rumor —dijo, y no parecía nada convencido.

Colocó el tapón en la botella, y cuando se agachó para dejarla en el suelo, me senté a su lado y levanté su vaso lleno.

—¡Qué demonios! —dijo, y yo derramé lenta y cuidadosamente todo el vaso sobre su regazo.

Victor no intentó detenerme. Se limitó a contemplar boquiabierto el charco de alcohol que empapaba sus pantalones, y después me miró, y yo sonreí.

—¿Y cuál es el rumor, Victor? ¿Sobre Robert Chase y las niñas pequeñas?

Me miró y su nuez de Adán subió y bajó, y al final cerró la boca y bajó la vista de nuevo.

—Le gustan —dijo, en voz queda y ronca—. Le gustan mucho. —Me miró un momento, y después tragó saliva—. Le gustan las niñas pequeñas.

Me acerqué más a él y rodeé su espalda con un brazo, y noté lo tenso que estaba cuando le toqué.

—Y cuando utilizas la palabra «gustar», ¿qué quieres decir en realidad, Victor?

—Practica el sexo con ellas —dijo en un susurro—. Robert Chase es un pedófilo.

Pensé en los días que había pasado con Robert, y en su tono nostálgico cuando hablaba de niños. Me había parecido poco convincente, y lo era, pero no porque no le gustaran los niños; era porque le gustaban mucho. Y el retrato de familia que había dejado escondido en mi escritorio. Su inmediato y absoluto interés por Astor en cuanto se conocieron, y la forma en que se la llevó enseguida a solas a la sala de maquillaje, y hasta el fin de semana especial en México en un «complejo turístico privado especial», lo cual debía significar con toda probabilidad un lugar que aprovisionaba a hombres que compartían sus gustos. Todo coincidía, con tal perfección que al pensarlo sólo un idiota habría podido pasar por alto las pistas evidentes. Y yo era un idiota. Un auténtico y absoluto imbécil. Había pensado que era gay, y como soy un idiota necio y engreído, hasta había imaginado que estaba enamorado de mí. Y desde el primer momento todo había girado en torno a los críos.

Ya no había la menor duda. Me asaltaron oleadas continuadas de desprecio por mi absoluta estupidez, y me quedé sentado mucho rato, dejando que las olas se alzarán y me aplastaran sobre la orilla rocosa.

A Robert le gustaban las niñas pequeñas, por supuesto, niñas como Astor. Y

siendo la Hija de la Oscuridad que ella era, Astor le habría seguido la corriente, encantada con la sensación de poder y control cuando un hombre adulto, una *Estrella*, le deparaba toda su halagadora atención. Aquel sábado en vestuario, momentos después de que se conocieran, se había largado con él sin dudarlo, por el pasillo en dirección al camerino...

Y una vez más, un rápido videoclip destelló en la pantalla del cráneo de Dexter: Kathy entrando en la habitación donde Astor y Robert habían desaparecido, para salir corriendo como si hubiera visto a un fantasma. Les había visto inmersos en Conducta Inapropiada, ¿y no había dicho nada? ¿Porque Robert le suplicó y mendigó una oportunidad de explicarse? Sí: incluso con Kathy, su poder de estrella había influido. De modo que ella había accedido a quedar con él aquella noche, tal vez incluso planeaba chantajearle, y él la mató y se llevó el teléfono para que nadie supiera lo de su cita. Hasta había vomitado, que coincidía tan bien con lo que yo sabía de él que en cuanto Vince me lo dijo tendría que haber pensado en Robert, y una vez más dejé que la marea de recriminaciones me alzara y lanzara contra el malecón varias veces. Incluso entonces tendría que haberme dado cuenta, y si lo hubiera hecho, mi nueva y hermosa vida estaría encarrilada y Jackie seguiría con vida. Estúpido, estúpido, estúpido Dexter.

Rechiné los dientes y me maldije, hasta que al final tomé conciencia de un ruido muy irritante que sonaba cerca. Me volví y vi que aún tenía el brazo alrededor de la espalda de Victor, y estaba carraspeando para llamar mi atención, mientras hacía fútiles esfuerzos por liberarse.

—Oye. Escucha, y o no, y a sabes, sólo... ¿Vas a...?

—Todavía no lo he decidido. —Le miré. Se encogió, y me di cuenta por el sonido de su voz y la gélida sensación de mi cara que Victor estaba viendo al Dexter Real, le veía de la forma que muy pocos le han visto y vivido para contarle—. ¿Adónde han ido?

Se estremeció al oír el sonido de mi voz, pero se limitó a menear la cabeza.

—No lo sé —dijo—. Chase estaba aquí por la mañana, y después... Mierda, de veras que no lo sé, por favor, me estás haciendo daño.

Le miré un momento más. Estaba demasiado asustado, bebido y desalentado para mentir, así que le solté y me levanté.

—Joder —dijo Victor, mientras se masajeaba los hombros—, me has acojonado.

Le miré desde la puerta del remolque.

—Joder —repitió, y en cuanto me di la vuelta levantó el vaso.

Salí del remolque y dejé atrás para siempre el mundo mágico del espectáculo. Se acabaron las luces, las cámaras, los estopines y localizar mi marca. Se acabaron las multitudes adoradoras, los mojitos al caer el sol y las limusinas con chófer. Adiós a los maquinistas, los técnicos de iluminación y los extras. Y adiós a contratar pedófilos porque son populares, y a fingir que todo va

bien si aumentan los índices de audiencia y nadie ve nada anormal.

Y adiós para siempre a mi nueva vida en un inconsistente y chillón decorado que era todo alegres colores y felices mentiras en la superficie, y sólo enfermedad y muerte donde cuenta, como todo lo demás en este mundo podrido y malvado. No habría escape para mí, ninguna esperanza de felicidad, ni carrera nueva.

El Debut de Dexter se había desbaratado.

Me dirigí hacia mi coche. Aún no estaba seguro de adónde iba, pero al menos estaría lejos de esto.

Cuando llegué a mi coche todavía no sabía adónde dirigirme. Parecía de lo más apropiado para el cateto total en que me había convertido: sin pistas, sin objetivo, sin esperanza. El Avatar de la Idiotez. Ni idea de adónde ir, pero una urgente necesidad de llegar cuanto antes. Por tanto, como era natural, me quedé sentado en el coche y apoyé la cabeza en el volante. No era gran cosa, pero al menos no significaba destruir a alguien cercano a mí.

¿Era yo aquel ser? ¿Cómo podía una confianza en uno mismo tan fría e inteligente convertirse en este lamentable guiñapo de partes corporales gastadas y descerebradas? Dexter el Incompetente, quien había presentado a Astor despreocupadamente a un pedófilo, y les había alentado a jugar juntos. Dexter el Pardillo, quien dejaba preparado el asesinato de Jackie, y después la dejaba a solas con su asesino, un asesino al que había tenido delante de las narices durante más de una semana, sin sospechar nada. Dexter el Destructor, que dejaba en su estela sufrimiento, desdicha y muerte y continuaba adelante alegremente, ignorante de lo que sucedía detrás y, por lo visto, también delante. Era una cuestión de pura suerte que no me hubiera estrangulado a mí mismo abrochándome los cordones de los zapatos.

Y ni siquiera podía creer que era una aberración, un apresurado giro a la izquierda que te saca de un sendero de astucia muy transitado. Había jodido todo cuanto estaba a la vista de una manera tan fácil, natural y absoluta, que por fuerza debía creer que mi verdadera personalidad estaba emergiendo por fin. Había tenido suerte durante mucho tiempo, sin darme cuenta en ningún momento de lo lerdo que era, pero la suerte se me había agotado por fin, y aquí estaba yo, el peor Yo posible en un momento en que necesitaba más que nunca ser la eficaz e inteligente máquina de destrucción que siempre había sido, al menos en mi imaginación.

Y así, con el mundo derrumbándose a mi alrededor en llamas, estaba sentado inmóvil en mi coche, mientras me masajeaba las sienes y me preguntaba adónde habían ido a parar todas las ideas. Astor podía estar en cualquier sitio. Robert habría podido llevarla al complejo turístico especial de México, a Los Ángeles, o a cualquier lugar intermedio. Podría estar haciéndole cosas terribles en este mismo momento, mientras ella suplicaba, se contorsionaba y se preguntaba por qué no llegaba la ayuda. Pero la Ayuda, en la forma de Dexter, no iba a llegar, porque no sabía adónde ir, y eso sí que podía significar un golpe de suerte para ella, teniendo en cuenta lo que había hecho hasta el momento. Y, por supuesto, lo que estaba haciendo ahora, porque quedarme sentado allí diciéndome que era un imbécil no ayudaba a nadie, aunque fuera cierto.

*Así que piensa, Dexter: esfuérzate por conseguir que algo nuevo y maravilloso suceda en esa desanimada e inmóvil caja de arena que hay en tu cráneo. Intenta*

*convocar un pensamiento real, una idea genuina, antes de que también sea demasiado tarde para Astor..., si ya no lo es.*

No se me ocurrió nada. Lo cual no me sorprendió, en mi estado actual de suprema idiotez. Debería aceptar el hecho de que era un deficiente mental y aprender a ser feliz. Tal vez comprar un banjo. Porque no tenía ni idea de en dónde podían estar, y ni siquiera el destello de una pista de cómo averiguarlo. Sólo podía confiar en que alguien, en algún momento, se topara con los dos y arrebatara Astor a Robert. No iba a ser yo, eso estaba claro. No sería capaz de encontrarles ni que cayeran de un árbol y aterrizaran sobre mi cabeza. Hasta Rita gozaría de mejores oportunidades. Al menos, a ella se le había ocurrido alguna idea...

Y tal vez esa idea había fructificado. Tal vez habría tenido más suerte que yo. No podía ser mucho peor, a menos que se hubiera prendido fuego a sí misma por accidente. Saqué el teléfono y llamé a Rita, sobre todo porque era un mentecato de tal calibre que no se me ocurría nada más.

Pero su teléfono sonó y sonó, y se conectó el buzón de voz. Seguía en el lugar adonde había ido. ¿Significaba eso que los había localizado? ¿O que había quedado atrapada en un embotellamiento de tráfico? ¿Y dónde había ido, en cualquier caso?

Busqué el mensaje que ella había dejado antes y lo escuché de nuevo. No había cambiado ni una coma. La única parte que proporcionaba una leve pista era cuando decía: « ... dijiste que tal vez volvería a casa, y yo pensé, exacto, tal vez, pero tal vez no..., así que, de todos modos, me ausentaré unos veinte minutos...»

« Volver a casa pero no» era típico de Rita, tan enrevesado e incompleto que podía significar casi cualquier cosa. Pero me había esforzado por comprenderla desde hacía muchos años, y pensaba que era capaz de interpretarla. « Pensar» , por supuesto, estaba demostrando ser una actividad peligrosa y ajena a mí, pero de todos modos lo intenté, y tomé « casa pero no» y le añadí « ausente durante unos veinte minutos» , y sólo podía significar una cosa. Era probable que me equivocara, pero se me ocurrió nuestra nueva casa. Casa pero no casa, un trayecto de diez minutos en coche, y un lugar al que Astor le gustaría volver.

Por supuesto, debía asumir que Astor había tenido capacidad de decisión a la hora de elegir dónde iban, pero sabía lo persuasiva que era, o lo tozuda que se ponía. Y Robert estaría desesperado por encontrar un lugar donde pasar desapercibido. Era un novato en todo esto (salvo tal vez en lo de la pedofilia), y debía suponer que todo el mundo le seguía la pista. Querría encontrar un lugar tranquilo e insospechado, un lugar al que a nadie se le ocurriría ir a investigar. Y Astor, siempre servicial, le sugeriría un lugar donde se sentiría segura: la Nueva Casa, tan tranquila, desocupada, rodeada de setos, donde tendría Su-Propia-Habitación.



Y un último fragmento de algo que bien podría ser un pensamiento cayó al suelo de la Sala de Baile polvorienta y sin usar del Cerebro de Dexter: si Robert y Astor habían ido a esconderse allí, y si Rita había ido allí y los había encontrado, Robert no sonreiría, firmaría una foto y la enviaría de vuelta. De hecho, haría cualquier cosa por impedir que se marchara y revelara dónde se escondían. Probablemente, la habría atado con cuerdas o cinta adhesiva. Y si le quedaba algo de sentido común, la amordazaría también. Después, la escondería en un armario o en un cuarto de baño, y la dejaría allí mientras vigilaba la retaguardia y esperaba a ver quién o qué venía a por él.

Y teniendo todo esto en cuenta, sólo quedaba una persona que pudiera ir a por él: yo. Esto no era una buena noticia para los buenos, si había que guiarse por mi reciente historial, pero no había nadie más. Y de haber existido alguien más, yo no lo habría querido.

Robert tenía a Astor, y ella era mía. Me pertenecía de la misma forma que una gacela pertenece a un león, y él me la había arrebatado, me había robado algo mío, y yo no se lo podía permitir.

Y Robert había matado a Jackie, y me había dejado varado en la orilla de un lugar oscuro y arenoso lleno de nada, salvo de una vaciedad épica. Me había robado lo único que me había despertado algo similar a un sentimiento, mi única cata de la felicidad, y por ello no podía sufrir bastante, sobre todo si podía inmovilizarlo con cinta americana bajo mi cuchillo cada noche durante un año, cada sesión más larga y más agradablemente inventiva. No podía pagar por lo que me había arrebatado, pero tomaría lo que pudiera. Y no dejaría de tomar hasta que hubiera desaparecido del todo, todo él: todos los dientes demasiado blancos y todas las sonrisas demasiado alegres, todo gesto estudiado y expresión ensayada, todo. Le despojaría de todo cuanto poseía, todo lo que había sido o deseado ser, y le enviaría muy lejos, al lugar en que sólo el dolor era real, un dolor eterno que destruía el alma. Y si dejaba unos restos lo bastante grandes para conducir a la policía hacia mí, pues estupendo. No quedaba nada más en este mundo que no fuera mudo sufrimiento, y tanto si lo padecía en la cárcel como en el sofá con Rita, todo me daba igual.

Tal vez fuera lo último que hiciera, pero lo haría. Eliminaría a Robert de su mundo engreído, endiosado y recubierto de una capa de oro, y le arrastraría hasta el mío: el mundo del Oscuro Placer de Dexter. No tenía ni idea de lo que había desencadenado cuando me había provocado. Iba a por él, y aunque lo supiera, estaría esperando al dócil y apacible Dexter Diurno, Dexter Donut, el debilucho chico de las manchas de sangre que no representa más amenaza que una silla giratoria. Pero ese Dexter había desaparecido, quizá para siempre, y era algo muy diferente lo que iba a por Robert, y la diferencia no le iba a gustar nada, en absoluto.

Puse en marcha el coche y salí del aparcamiento, pasé junto al policía del

perímetro y me sumí en el tráfico nocturno, y la oscura noche carente de estrellas se fundió conmigo y me henchí del resplandor de un propósito muy especial, y ya estaba preparado para Robert.

Era el momento álgido de la hora punta, y el embotellamiento de tráfico no tenía remedio. Avanzaba centímetro a centímetro, con los dientes apretados, mientras pensaba en cosas nuevas y especiales que le haría a Robert. Era guapo, y demasiado consciente de ello. Eso sería de ayuda. Lo aprovecharía. Podría dedicar horas a jugar sólo con su cara, extrayendo lenta y cuidadosamente cada pieza de ella, para luego alzarlas ante sus ojos para que me viera sujetar cosas que le había extraído, y así ser testigo de cada paso del camino que yo estaba recorriendo, y no era posible impedirlo, disminuir su ritmo o repararlo. Esto le estaba sucediendo a él, y no había nada más que eso y no habría nada más, y no había vuelta de hoja. Era el espectáculo ininterrumpido de Dexterlandia, y no se devolvía el importe de los billetes ni se permitía la salida.

Y estaba tan inmerso en mis agradables fantasías que, sin darme cuenta, me encontré en la U.S. 1 y me dirigí al sur, hacia la Nueva Casa. El tráfico chisporroteaba, resoplaba y se arrastraba, pero yo lo seguía, sin pensar en otra cosa que en lo que estaba a punto de suceder a alguien que se lo merecía más que cualquier otra persona.

Me desvié a la izquierda de la U.S. 1, y al cabo de pocos minutos ya había llegado. Pasé una vez por delante por si se veía alguna señal de que estuvieran dentro. Un pequeño descapotable estaba aparcado delante de la puerta del garaje. La camioneta de Rita estaba aparcada detrás de cualquier manera. Una casa atestada, pero el invitado especial estaba a punto de llegar.

Pasé de largo, mientras inspeccionaba la zona por si alguien estaba mirando, y no vi a nadie, nada fuera de lugar, sólo un tranquilo barrio de clase media, como debía ser. La calle estaba flanqueada por casas modestas que proyectaban el contenido silencio nocturno de un día concluido. Bicicletas apoyadas contra los árboles. Patines abandonados en los caminos de entrada, y los aromas apagados de media docena de cenas hilvanados entre las casas, que pugnaban por imponer su dominio. Pero no había nada fuera, nadie estaba mirando, y todo estaba tan pacífico y desprevenido como yo deseaba.

Aparqué a una manzana de la casa, bajo el dosel de un enorme baniano, saqué el cuchillo de carnicero de debajo del asiento y bajé del coche. Había caído la noche, y aspiré una profunda bocanada de aire, introduje la oscuridad en mis pulmones y dejé que fluyera por todo mi cuerpo y ascendiera por la espina dorsal, y se esparció sobre mi cara hasta los extremos de las orejas, y sentí que la fría y resbaladiza calma se hacía cargo del timón y nos empujaba, lenta y cuidadosamente, hacia la acción afilada y ansiosa.

Miramos por encima del techo del coche hacia la casa. Una luz brillaba al lado de la puerta principal. Nos dio igual. Su desagradable brillo nunca nos

tocaría. La rodeamos por la parte de atrás, pegados al seto y siguiendo las sombras. Atravesamos charcos de luz y nos deslizamos a través de la pantalla raída de la cubierta de la piscina y nos encaminamos hacia la puerta de atrás. Utilizaríamos la llave que llevábamos encima desde hacía tantas semanas y entraríamos en la casa, y caeríamos sobre Robert, y después empezaríamos, y no terminaríamos hasta que no quedara nada más que hacer.

Una profunda bocanada de aire, una lenta y firme descarga de clarividencia y control, y todos los fríos y oscuros azules de la noche que nos rodeaban destellaron en nuestros ojos y los olores de la noche resucitaron en nuestro olfato y todos los crujidos y susurros de la vida nocturna empezaron a fundirse en la música vibrante de la cacería, y allá que vamos.

Poco a poco, con la habitual cautela en nuestro paso, caminamos hacia la casa. Los destellos y la chácara de la televisión en las salas de estar de los vecinos, y todo es de lo más normal, todo genial y guay del Paraguay..., todo salvo el Monstruo despreocupado que se encamina hacia una agradable velada de juegos desenfadados no muy adecuados para estos barrios residenciales adormilados.

Llegamos al seto y todo sigue como debería ser, como ha de ser, y nos detenemos para asegurarnos, y cuando estamos seguros nos deslizamos sin hacer el menor ruido en las sombras más oscuras del patio lateral y procedemos con cautela y sigilo, pegados al seto en sombras hasta el patio trasero.

Y con paso silente atravesamos una zona iluminada, y después nos detenemos una vez más detrás de un limonero, a sólo tres metros de la cubierta de la piscina, en un punto donde un colgajo grande de pantalla desgarrada cuelga suelto, y nos paramos y no hacemos otra cosa que respirar, esperar, escuchar y vigilar.

Transcurren varios minutos y seguimos inmóviles y silenciosos, con nuestra paciencia de depredador. No pasa nada. No oímos, vemos ni olemos nada, pero aun así no nos movemos, a la espera y vigilantes. Este lado de la casa es muy visible. Una ventana revela un tenue resplandor, como si hubiera una luz encendida en el vestíbulo, frente a la habitación. En la parte posterior de la casa, de cara a la piscina, está mi puerta, luego una puerta corredera de cristal, y después otra ventana. En esta última ventana está encendida una luz brillante, y en el centro, tal como se ve a través de la puerta de cristal corredera, hay un resplandor apagado, procedente de una luz alejada de la puerta.

Pero en nuestro lado, en nuestra puerta, sólo hay sombras apagadas, y nada se mueve en ellas, y experimentamos la felicidad chispeante de que todo va bien, de que todo está preparado, de que una vez más todo nos sonríe, como siempre que vamos de cacería, y al fin, cuando ha transcurrido mucho tiempo sin que nada se moviera, nosotros nos movemos, un largo y fluido deslizamiento decidido, abandonamos las sombras, cruzamos la hierba marrón y atravesamos el colgajo raído hasta la puerta.

Hacemos una pausa, con una mano en el pomo y un oído aplicado a la puerta: nada. Tan sólo la apagada corriente del aire acondicionado central que sopla por toda la casa. Todo está silencioso, todo está preparado, y del bolsillo sacamos la llave de Nuestra Nueva Casa, una casa más nueva y grande y alegre y recién pintada, preparada para una maravillosa vida familiar nueva que ya nunca se mudará a ella, porque el sueño fue construido sobre los vapores de un dichoso narguile, una tenue imagen de algo que nunca fueron más que alucinaciones de esperanza, y esa fantasía se ha evaporado como el espejismo que fue y dejado cenizas oscuras frías. Y eso da igual. Todo da igual, salvo este momento, esta noche y este cuchillo, este Ahora Mismo.

Esto es lo que hay: Dexter con un cuchillo y un objetivo. Ésta es la única Realidad que jamás existió: el astuto acoso entre las sombras, el repentino salto, la risita del acero en la habitación a oscuras, y los gemidos y chillidos ahogados mientras la Verdad se abre paso lenta y alegremente a través de las cortinas y cumple su promesa. Esto es lo que hay, lo que hubo y lo que habrá, y en realidad no existió nada más en el mundo salvo la Oscura Determinación, y ningún tiempo salvo el ahora, y metemos la llave en la cerradura y la puerta se abre con un silencioso giro de muñeca.

Un centímetro, dos..., seis lentos y cuidadosos centímetros de puerta se abren y nos detenemos una vez más. Ningún movimiento, ningún sonido, ninguna señal de otra cosa que las paredes a oscuras, que emiten un tenue olor a pintura fresca.

Con la misma lentitud y cautela abrimos un poco más la puerta, lo bastante para deslizarnos de costado, y lo hacemos, y cuando nos volvemos para cerrar la puerta con sigilo oímos un ruido como el de un melón al partirse, y la habitación en penumbras se enciende a nuestro alrededor como una estrella al estallar y un dolor brillante florece en nuestra nuca, y mientras nos precipitamos hacia delante desde la apagada sorpresa hasta la dolorosa oscuridad nos sentimos invadidos una vez más por la espantosa verdad de nuestra absoluta y descerebrada incompetencia, y la mezquina y burlona voz de nuestro autoreproche cuando grita: *¡Te lo dije!*

Y justo antes de que la negrura nos inunde y lo expulse todo salvo el arrepentimiento, oigo una queda voz desde una gran distancia, una voz familiar, la voz sarcástica y maliciosa de una niña de once años, cuando dice con gran y amarga santurronería: « No tenías que pegarle tan fuerte...»

Y después, por suerte para mí, o para todos esos estúpidos e ineptos fragmentos de autoengaño que me quedan, una nada negra toma el mando y nos conduce directamente hacia un largo y muerto túnel.

Durante mucho tiempo sólo hubo oscuridad. Nada se movía, o si lo hacía, ninguna luz iluminaba su camino, y no había nada que ver. Sólo existía una oscuridad intemporal, sin fondo, sin pensamientos, sin forma ni propósito, y así estaba perfecto.

Y entonces, en algún punto lejano del sombrío horizonte, un persistente balido de dolor empezó a incordiar en el borde de la oscuridad. Vibraba de una manera insistente, y a cada rítmico latido de su pulso era cada vez más grande y brillante, y enviaba pequeñas enredaderas espinosas de dolor cada vez más grandes y fuertes, y expulsaban la oscuridad pieza a pieza, cada vez más pequeñas. Y por fin, el dolor se transformó en un gran árbol luminoso, con las raíces hundidas en el lecho de roca, y extendió las ramas e iluminó la oscuridad y, ¡mirad!, dijo su nombre:

*Soy yo, Dexter.*

Y espera, la oscuridad contestó:

*Hola, estúpido.*

Estaba despierto. No estaba seguro de que fuera algo positivo: dolía un montón, y hasta el momento todo me había ido mejor cuando estaba inconsciente. Pero por más que deseaba darme la vuelta y volver a dormir, el dolor de mi cabeza era lo bastante fuerte para lograr mantenerme despierto y vivir con mi estupidez, al parecer ilimitada.

Así que desperté. Estaba atontado, aletargado y no captaba muy bien lo que sucedía a mi alrededor, pero estaba despierto. Me sentía convencido de que no me había dormido de una manera normal, y pensé que debía existir una explicación muy importante de por qué no, pero en mi estado entumecido y dolorido era incapaz de pensar en ello, ni en nada, de modo que me zambullí en la misma estupidez que me había conducido hasta aquí y traté de incorporarme.

No salió muy bien. De hecho, daba la impresión de que ninguna de mis extremidades cumplía su cometido. Tiré de un brazo. Por lo visto, estaba a mi espalda por algún motivo, y se movió unos cinco centímetros, arrastrando al otro brazo con él, y entonces se inmovilizó y volvió a su sitio, sujeto tras mi espalda. Probé las piernas. Se movieron un poco, pero no por separado: también parecían estar sujetas por algo.

Respiré hondo. Me hizo daño. Intenté pensar, y eso me dolió aún más. Todo me hacía daño y no podía moverme; no me pareció normal. ¿Me habría pasado algo? Quizá..., pero ¿cómo podría averiguarlo si no podía moverme ni ver? Mi cabeza dolorida consiguió formular uno o dos pensamientos, y obtuvo una respuesta: *No podrás averiguarlo si no puedes moverte y ver.*

Era cierto. Yo estaba seguro. Había imaginado la respuesta correcta. Me sentí muy bien por eso. Y en un arranque de suprema confianza en mí mismo,

totalmente injustificado, me aferré a otro pensamiento que pasó flotando: me gustaría hacer algo al respecto.

Eso también estaba bien. Me sentí muy orgulloso. Dos ideas completas, sólo mías. ¿Podría formar otra? Aspiré una bocanada de aire que convirtió mi nuca en un lago de dolor fundido, pero llegó una tercera idea. *No puedo moverme, de modo que abriré los ojos.*

Maravilloso. Ya me estaba empleando a fondo. Abriría los ojos. Si pudiera recordar cómo...

Lo intenté. Conseguí un breve pestañeo. Me dolía la cabeza. Tal vez ambos ojos sería demasiado difícil. Abriría uno.

Poco a poco, con mucha cautela, con un penosísimo esfuerzo, abrí un ojo.

Por un momento, no pude extraer una lógica de lo que estaba viendo. Tenía la visión borrosa, pero daba la impresión de que estaba mirando algo color crema, ¿tal vez un poco peludo? No sabía qué era, ni a qué distancia se encontraba. Forcé la vista, y eso me dolió. Pero al cabo de un largo y doloroso periodo de tiempo, las cosas empezaron a enfocarse.

Peludo, debajo de mí, donde debería haber un suelo: Ajá, pensé. Alfombra. Y de color crema. Sabía que podía pensar en algo relacionado con la alfombra de color crema. Me devané los sesos durante un rato, y al final recordé: la habitación de matrimonio de la Casa Nueva tenía una alfombra color crema. Debía estar en la Casa Nueva. La alfombra se veía borrosa y mal, porque tenía los ojos muy cerca de ella.

Pero eso significaba que estaba tendido cabeza abajo. No parecía normal, o algo que hiciera a menudo. ¿Por qué lo hacía ahora? ¿Y por qué no podía moverme?

Algo no iba bien. Pero ahora contaba con varias pistas buenas, y un pequeño y débil recuerdo me reveló que me gustaba hacer cosas con pistas. Me gustaba relacionarlas entre sí. Así que cerré el ojo y me dediqué a la lógica. Mi cara estaba cerca de una alfombra. Daba la impresión de que mis manos y piernas estaban inmovilizadas por algo que no me dejaba mover. Me dolía la cabeza de una manera que me daban ganas de chillar, salvo que hasta la sola idea de emitir algún ruido alto me producía más dolor.

Estaba seguro de que no me había hecho esto a mí mismo. Me había pasado algo desacostumbrado. Eso debía significar que otra persona era la culpable del desaguizado. Cabeza, manos, piernas, Casa Nueva... Todas estas cosas estaban relacionadas. Cuadraban y significaban algo, y si pudiera olvidar el dolor un momento, recordaría lo que significaban.

Oí una voz en la otra habitación, la voz de Astor, que se alzaba en un tono de culpa y desprecio. Y recordé:

Había oído esa voz, con el mismo tono, en el momento exacto en que la cosa desacostumbrada empezó a suceder.

Durante largo rato me dejé mecer por el dolor, y recordé pequeños detalles. Recordé el golpe en el cráneo que me dejó aquí, y recordé la voz de Astor cuando me incliné hacia delante, y muy lentamente, empecé a recordar por qué estaba aquí.

Robert había matado a Jackie, y al hacerlo había asesinado a mi nueva y maravillosa vida. Y había secuestrado a Astor, me la había arrebatado, y había hecho todas estas cosas ante mis narices, convirtiéndome en un chapucero, un bobo, un completo payaso: Dexter el Retrasado, Bufón Real de la Corte de las Sombras. Vístele de bufón y déjale suelto con su divertido cuchillo. Mira mientras se apuñala a sí mismo y cae, tropezando con sus gigantescos zapatos flexibles. Dexter el Bobo, mira a Robert y sonríe porque sólo ve estupidez inofensiva, descerebrada y egocéntrica. Y todavía mira y sonríe mientras el tontolava le supera en inteligencia, habilidad, y le parte la cabeza.

Durante varios y brillantes segundos la ira se apoderó de mí y me estremecí con ella, rechiné los dientes y tiré de las cuerdas que me sujetaban. Rodé una vez, dos, y agité mis extremidades con furia, y por supuesto no pasó nada, nada en absoluto, salvo que ahora me encontraba a un metro de donde estaba antes, y el dolor de cabeza era todavía peor.

Bien, de acuerdo, la fuerza bruta no era la respuesta. Y pensar no era nuestro fuerte. Eso dejaba la oración, que en realidad consiste en Hablar Contigo Mismo, y mi Yo no me había sido muy útil en los últimos tiempos. ¿Queda otra cosa por hacer?

Y por suerte, justo a tiempo, aunque parezca extraño, resultó que sí quedaba una última cosa: la pura, estúpida inmerecida Suerte.

Y la Suerte entró con sigilo en la habitación donde estaba tendido.

—¡Dexter! —susurró una voz queda, y volví la cabeza hacia la puerta con un enorme y doloroso esfuerzo.

Vi la brillante silueta de Astor, iluminada por la luz de la habitación de atrás. Vestía lo que parecía un negligé de seda blanca, sujeto por un lazo azul claro atado cerca de la garganta. Entró de puntillas y se agachó a mi lado.

—Te has movido —susurró—. ¿Te encuentras bien?

—No. Me duele la cabeza y estoy atado.

Ella no hizo caso.

—Te pegó con mucha fuerza —dijo, sin dejar de hablar en voz baja—. Con un bate de béisbol. También le pegó a mamá con fuerza. Hace rato que no se mueve. —Apoyó una mano sobre mi frente, y después la retiró y asintió—. No sabía que haría eso. Pensé que tal vez habías muerto.

—Lo estaré, y tú también, si no me desatas.

—A mí no me matará —repuso ella, con una petulancia en la voz extravagante y ajena—. Robert me ama.

—Astor, Robert sólo se ama a sí mismo. Y ha matado a un par de personas.

—Lo hizo por mí. Para poder estar juntos. —Sonrió, algo orgullosa, algo complacida consigo misma, y un extravagante e inesperado pensamiento cruzó por mi cabeza dolorida: estaba sopesando seriamente la posibilidad de dejarme atado, por el bien de Robert. Impensable..., pero lo estaba pensando.

—Astor —dije, y por desgracia, algo del Papá Desaprobador se filtró en mi voz. Era el peor tono posible que podía utilizar con mi hija, y ella negó con la cabeza y volvió a fruncir el ceño.

—Es verdad. Las mató porque me ama.

—Mató a Jackie.

—Lo sé. Lo siento. —Me dio una palmada en el brazo—. Tuvo que hacerlo. Entró como una furia en su remolque, gritando, y nosotros estábamos... juntos. —Compuso una expresión petulante y tímida al mismo tiempo—. Gritó que el ordenador decía que él había matado a Kathy, fuera quien fuera. Pero entonces nos vio... Le dejé... besarme y..., ella paró en seco. Y Robert se puso en pie de un salto, como loco: «No, no, espera un momento, te lo puedo explicar». Y ella le mira y dice algo así como: «Vale, se lo puedes explicar a la sargento Morgan». —Sonrió un momento—. Tía Deborah.

—Sí, lo sé.

—Así que Robert salta y me dice: «Quédate aquí», y sale por la puerta en persecución de Jackie. —Se encogió de hombros—. Yo no quería perderme nada. Le seguí y vi que entraba en el remolque de Jackie, y cuando llegué volvió a salir corriendo, cargado con ese bonito MacBook Air. —Asintió—. Dice que me lo puedo quedar. Cuando huyamos a algún lugar seguro.

—Astor, no hay lugar seguro. Ha matado a dos personas. Le encontrarán, y le meterán en la cárcel durante mucho tiempo.

Ella se mordió el labio.

—No sé.

—Yo sí lo sé. No hay lugar al que pueda ir sin que le encuentren.

No parecía muy convencida.

—Siempre hay gente que comete asesinatos sin que la detengan —dijo, y me miró con una especie de sonrisa de suficiencia desafiante y cómplice.

—Pero Robert ha asesinado a alguien famoso, Astor. La policía ha de detenerle para no quedar mal ante el resto del mundo. Pondrán toda la carne en el asador, y le detendrán.

—Puede.

—Sin la menor duda. Se esforzarán al máximo. De hecho, lo único que podría redoblar sus esfuerzos sería que Robert hubiera secuestrado a alguien. A una chica rubia de once años, por ejemplo.

—Él no me secuestró, Dexter. Me fui con él. Me ama.

—¿Y tú le amas?

Ella resopló.



—Por supuesto que no. Pero me va a meter en el cine.

—No podrá hacerlo desde la cárcel. O si muere.

—¡Pero él dice que podremos huir! ¡Nos esconderemos de la policía!

—¿Y cómo te va a meter en el cine si se esconde de la policía?

Se mordió el labio inferior y frunció el ceño.

—No lo sé.

Pensé que tal vez la habría convencido de una vez.

—Astor, la carrera de actor de Robert ha terminado. Su vida ha terminado. Y la tuya también, si te quedas con él. —Me arrastré hacia ella y extendí las muñecas lo máximo que pude—. Desátame.

Ella me miró, y después desvió la vista hacia la puerta. Luego me miró de nuevo y negó con la cabeza.

—Será mejor que no lo haga. Robert podría cabrearse.

—¡Astor, por favor!

Me tapó la boca con la mano.

—Shhh. Te va a oír.

—Ya lo he hecho —dijo una voz desde la puerta, y Robert entró en la habitación. Accionó el interruptor de la luz contiguo a la puerta y la luz del techo se encendió. Era mucho más brillante de lo que recordaba, y tuve que cerrar los ojos. De modo que no vi nada hasta que se arrodilló a mi lado y su cabeza tapó la luz. Entonces pude ver, pero ojalá no lo hubiera hecho. Iba armado con un enorme cuchillo de carnicero, y daba la impresión de saber lo que deseaba hacer con él.

Robert me estudió un momento con la cabeza ladeada. Incluso a la luz deslumbrante de esta habitación, su bronceado parecía estupendo, la piel suave y lisa, y los dientes perfectos cuando curvó los labios para ofrecerme una sonrisa automática. Levantó el cuchillo y no me cupo duda de lo que estaba pensando, pero aun así era el verdugo más improbable que jamás podría imaginar.

—No tendrías que haber venido, Dexter —dijo casi con pesar, como si todo fuera culpa mía.

—No tendrías que haber matado a Jackie.

Sonrió apenas.

—Sí, lo detesto. No tengo estómago para esas cosas. Pero tenía que hacerlo. —Se encogió de hombros—. Cada vez resulta más fácil. —Me miró como si pensara que yo sería el más fácil de todos, y me di cuenta de que se me estaba acabando el tiempo—. En cualquier caso, tenía buenos motivos. Lo hice por Astor.

Se volvió y la miró, y debo reconocer que, o bien la mirada contenía verdadero afecto imperecedero, o era mucho mejor actor de lo que yo pensaba. Astor le miró, pero no parecía muy enamorada, y creí distinguir una pequeña oportunidad de salvar el beicon del pobre Dexter.

—Si tanto te gusta Astor, no tendrías que haberle mentido.

Robert volvió la cabeza para mirarme y frunció el ceño.

—Yo no le mentí. Nunca lo haría. La quiero de verdad. Ella lo sabe.

Y sonrió de nuevo, dejó el cuchillo en el suelo a su lado para poder tomar su mano en un gesto tranquilizador.

—Sí le mentiste —dije, y como era la única carta que me quedaba para jugar, me empleé a fondo—. Dijiste que la podrías meter en el cine, y eso es una mentira.

—No. Tengo montones de contactos y...

—Tus contactos huirán de ti como de la peste. En cuanto descubran que eres un pedófilo mentiroso y asesino.

Robert enrojeció.

—Tú no lo entiendes —dijo—. Nadie lo entiende.

—Eso es cierto. Y la policía tampoco lo entiende, y se encargarán de enviarte a la cárcel durante el resto de tu vida, con suerte. En Florida existe la pena de muerte.

Estaba sacudiendo la cabeza, cada vez más deprisa.

—No, ni hablar. Nunca me cogerán. Escaparé.

—¿Cómo, Robert? Ya están vigilando los aeropuertos, los muelles, incluso las estaciones de autobuses.

—Tengo coche —dijo, casi como si confiara en que eso serviría de algo.

—Y si utilizas tu tarjeta de crédito para comprar gasolina, lo sabrán. Van a cazarle. Raptaste a una niña pequeña, y van a por ti, y no se detendrán, jamás, hasta detenerle.

Robert se mordió el labio. Una gota de sudor se formó en su frente.

—Puedo... hacer un trato.

—No tienes nada con qué negociar.

—Sí. Tengo un..., una rehén.

—¿Una qué?

—Lo que he dicho. Puedo comprar una barca y llegar a Cuba. Sólo necesito un poco de ventaja. Me concederán eso si yo les entrego a Astor.

Al lado de Robert, vi que el rostro de mi hija cambiaba. Nos había estado observando como si estuviera viendo una partida de *ping-pong*, moviendo la cabeza de Robert hacia mí, y viceversa, mientras su frente se iba arrugando poco a poco. Pero cuando él dijo «les entrego a Astor», su cara se convirtió en una máscara de oscura ira glacial.

—¿Entregarles a Astor? Pensaba que la querías.

Sacudió la cabeza.

—No puedo ir a la cárcel. Sé lo que hacen a la gente como yo. —Su mandíbula se movía de un lado a otro, y expulsó el aliento—. No puedo ir a la cárcel. No puedo. Haré cualquier cosa por impedirlo. —Se inclinó hacia mí,

ocultando todo lo demás a mi vista, salvo su perfecto rostro bronceado, demasiado hermoso, y hasta parecía apesadumbrado—. Lo siento muchísimo, pero eso significa que te he de, um, ya sabes. —Exhaló un profundo suspiro—. Lo siento mucho, Dexter, de veras. Me caes bien. Pero no puedo correr el riesgo de que... Ay y y —dijo, y sus ojos se dilataron. No se movió ni respiró durante un largo momento, siguió arrodillado ante mí con aspecto algo sorprendido. Después arrugó el entrecejo y abrió la boca para decir algo. Pero en lugar de palabras, brotó de su boca un torrente de espantosa y tibia sangre roja, que cayó al suelo y sobre mí, y aunque moví la cabeza a un lado rápidamente, algunas gotas me alcanzaron en la cara...

Y entonces Robert cayó a un lado y no se movió, y detrás de él, con una sonrisa triunfal y sujetando un cuchillo muy ensangrentado y muy afilado..., detrás de él, con su pequeño *négligé* de seda blanca, su lacito azul claro y un nuevo conjunto de brillantes lunares rojos, estaba Astor.

—Estúpido capullo —le dijo.

Astor utilizó el cuchillo para cortar las cuerdas que inmovilizaban mis manos. Era sólo cuerda de nailon para tender la ropa y se partió con facilidad, y al cabo de pocos segundos estaba sentado y limpiándome la desagradable sangre húmeda de la cara. Me sentía sucio, manchado y muy cerca del pánico, hasta que liberé también mis pies y fui dando traspiés al lavabo para eliminar la horrible materia. Me miré en el espejo para asegurarme de que la había eliminado del todo, y vi un rostro extraño e inseguro que me contemplaba.

*¿Quién eres ahora?*, me pregunté. Era una buena pregunta, y no sabía la respuesta. Había intentado ser un Dexter nuevo y diferente; lo había intentado, y había fracasado. Había contemplado lo que imaginaba una nueva vida radiante y maravillosa, un lugar donde el lujo era moneda corriente, todo el mundo era hermoso y ninguna posibilidad estaba fuera del alcance. La había contemplado, y la había deseado, y había sido invitado a participar en ella, y había pensado que en un lugar tan brillante, hasta el amor era posible, el amor, incluso para alguien como yo, que jamás había sentido una emoción más fuerte que la irritación.

Y había echado un vistazo alrededor de mi pequeño pedestal, un lugar de probada calidad y seguridad, santificado por años de experiencia y el Código de Harry, y de repente no me había bastado. Así que salté de mi pedestal con los pies por delante, y aterricé en el radiante y reluciente Nuevo Mundo, sólo para descubrir que el lugar reluciente y radiante que parecía tan acogedor y sólido no era más que una delgada y quebradiza capa de hielo que no podía aguantar mi peso. Y se rompió y me arrojó al helado mar de sal.

Y cuando necesitaba más que nunca ser yo mismo, San Dexter del Cuchillo, había dado un paso habitual y bien practicado en la Oscura Danza y tropezado en mi plié. Un hombre tan bobo y vacío que era prácticamente un holograma me había engañado y tendido una trampa, y habría acabado conmigo si una niña de once años no me hubiera salvado.

Era perfecto. Sólo el verdadero engañado puede caer tan bajo. Me habían expulsado de todas mis ilusiones, viejas y nuevas. Y ahora continuaría cayendo, de vuelta a la asfixiante monotonía del mundo insípido que hay detrás de los bonitos decorados.

Ahí, en el espejo; damas y caballeros, el Tonto de Capirote del mundo: ¡Dexter el Engañado!

Y mi reflejo asintió, sabio y burlón. *Eso es lo que pasa por intentar ser lo que no eres*, dijo, y yo asentí a mi vez. Porque por más lejos que viajes, eres lo que eres, y aunque estés volando a nuevas y emocionantes alturas, dando la vuelta al sol y pensando que tu lugar está en el halo de la perfecta luz dorada, no es así. Las alas siempre se derriban, y siempre te estrellas contra tu viejo yo.

Una pequeña y bonita cara apareció en el espejo detrás de mí.

—¿Dexter? —dijo Astor—. ¿Qué deberíamos hacer?

Parpadeé, y mi narcótica abstracción se desvaneció. Me volví para mirarla, y detrás de ella vi a una estrella de la televisión muerta, que estaba convirtiendo una alfombra color crema en un estropicio rojo. Frente a mí tenía a una niña de once años con *négligé*, y en algún lugar de la casa estaba mi esposa, atada e inconsciente.

Con una oleada de perspicacia paranoica, caí en la cuenta de que no era la mejor situación en la que encontrarse, sobre todo cuando estás muy lejos de tu forma perfecta. Todo se me antojó de repente diseñado para apuntar a mí, empezando con la muerte de Jackie, la de Robert, e incluso Astor con su improbable indumentaria sexy, puesto que yo, al fin y al cabo, sólo era su padrastro, y en los círculos de la policía «padrastro» es una palabra en código que significa «culpable de abusos deshonestos».

Podría redactar este guión incluso dormido, y Dexter tenía un papel protagonista.

Diez minutos de preguntas básicas policiales con cualquiera implicado en el episodio piloto revelaría que yo era el nuevo novio de Jackie. Esto me convertía automáticamente en el principal sospechoso de su muerte. Al fin y al cabo, elegir entre mí y el Mundialmente Famoso Robert Chase como posible asesino era fácil incluso para un lerdo como Anderson.

Y por supuesto que se decantaría por mí, contaba con motivos recientes y acuciantes para odiarme. Y Vincent, el director, le diría que yo había ido en busca de Robert, y aquí estaba yo ahora sobre el cuerpo de Robert, manchado de su sangre. Mi mejor carta habitual, la sargento Hermana, ya no estaba en la baraja. A juzgar por mi último intento de hablar con ella, no me cabía duda de que estaría encantada de verme retorcerme en el viento. Tal vez no apretaría el nudo, pero tampoco levantaría un dedo por evitarlo. Retrocedería y miraría a Anderson, mientras el hombre encajaba a Dexter en este guión perfecto. Y me encajaría: había hecho su carrera a base de pisotear pruebas sin querer y detener a personas inocentes. ¿Cómo no le iba a salir mejor ahora, cuando lo haría a propósito y muy satisfecho, con pruebas de verdad?

Estaba Astor, por supuesto, pero descartarían todo cuanto dijera. Era menor de edad, y además, todo el mundo sabe que los padrastros utilizan la intimidación y el miedo para mantener en secreto sus perversos placeres, y una pobre criatura repetiría como un loro lo que le hubieran dicho.

Era una perfecta combinación de situaciones tópicas, y a la policía le gustan los tópicos, porque son ciertos casi siempre. Así se convierten en tópicos.

Cuanto más pensaba en ello, más me veía metido en un montón de problemas.

No era simple paranoia. Jackie había sido muy famosa. La presión para detener a alguien por su asesinato sería enorme. Añadir a Robert a la mezcla

multiplicaría por diez la presión. Y para colmo de males, habían asesinado a Jackie bajo la muy publicitada protección de los Mejores de Miami. Si un asesino había burlado esa protección, los policías quedaban peor parados todavía. Pero si el asesino era alguien de dentro, alguien que podía atravesar con facilidad el Muro Azul, pero no un policía corrupto, apaciguaría un poco los ánimos. Se lanzarían sobre él con ambas manos.

¿La policía detiene y acusa falsamente a alguien cuya inocencia conoce? No muy a menudo. Pero ¿se negaría el departamento a ser demasiado quisquilloso si un hermano agente detenía a alguien plausible y decía que era culpable? ¿Conservaría puestas las anteojeras el capitán Matthews, sólo para proteger la imagen del departamento?

¿Moja realmente el agua?

Y Deborah... Dejando aparte lo que había dicho antes, aún estaba convencida a medias de mi inocencia. Pero ¿qué mitad ganaría? En el pasado, habría perseguido la verdad sin descanso, contra viento y marea, ajena a las críticas, sin hacer caso de los proyectiles y flechas que le arrojaran. La antigua Debs se habría enfrentado a lo que fuera con tal de liberar a un hombre inocente, y si ese inocente era su hermano, nada la habría detenido. Se habría llevado por delante de buen grado a todo el departamento.

Pero ¿ahora?

¿Ahora, en un caso del cual el capitán la había echado a patadas con ambos pies? ¿Ahora que ya estaba castigada y su preciada carrera colgaba de un hilo? Había sido azotada de forma muy pública, y le habían dicho que se mantuviera apartada. Cualquier pequeña oscilación del barco la arrojaría al agua y acabaría con algo que significaba para ella más que cualquier cosa. ¿Pondría en peligro eso por mí? ¿Ahora que había manifestado con mucha claridad la opinión de que yo era una escoria de tal calibre que hasta sería capaz de asesinar a Rita, y que había terminado conmigo para siempre?

No lo sabía. Pero no parecía muy buena idea apostar mi vida por ello.

Pero por supuesto, tenía una vía de escape muy buena, sencilla pero eficaz: Rita. Yo no la había asesinado. Ella confirmaría que Robert había secuestrado a Astor, vestido a la niña con el *négligé* acusador, y después atacado a la madre. Y eso conduciría al motivo de que Robert hubiera asesinado a Jackie, incluso a Kathy: todo encajaría, y la muerte del actor se consideraría de repente merecida, un claro caso de defensa propia. Era probable que Anderson intentara pese a todo endosármela a mí, y la situación podría ser muy desagradable durante unos días, pero a la larga incluso un lerdito de su calibre se vería obligado a ver la verdad.

Rita era la clave. Me mantendría a salvo de la Justicia, y ésa parecía la ironía definitiva. Por más que había intentado huir de ella y de la espantosa vida gris a nivel de subsistencia que ella representaba, era la única que podía salvarme

ahora: perfecto. Bienvenido a casa, Dexter.

—¿Dexter? —dijo Astor—. Eh, Dexter.

Me sobresaltó, aunque sabía que estaba conmigo, y la miré y parpadeé. Vi incertidumbre en su cara, y algo que tal vez fuera sentimiento de culpa.

—¿Qué deberíamos hacer? —repitió. Por primera vez en varias semanas, parecía tan sólo una niña de once años, asustada, insegura, perdida en un repentino ataque de realidad.

—Primero, vamos a buscar a tu madre.

Encontramos a Rita al otro lado de la casa, cerca de la lavadora secadora. Estaba atada como lo había estado yo, y no se movía, y cuando me arrodillé a su lado sólo percibí un pulso muy tenue. Le di la vuelta con cuidado y empecé a desatar los nudos que sujetaban sus muñecas, y en algún momento, mientras tiraba de las cuerdas, su pulso se detuvo.

Puse a prueba mis conocimientos básicos de primeros auxilios. Le apliqué el boca a boca. Hice todo cuanto el entrenamiento y la imaginación desesperada me dictaron, pero al cabo de cinco minutos de intentarlo continuaba sin respirar y noté su piel fría y húmeda.

Rita había muerto.

Y por ende, muy posiblemente, también Dexter.

Contemplé su cuerpo. Pensé en los muchos años que habíamos estado juntos, y en todas las comidas excelentes que había guisado, y en las numerosas cosas que había hecho por mí aparte de guisar, y sacudí la cabeza. Sé que habría debido sentir algo, ira, dolor, pesar, casi cualquier cosa. Pero mi único pensamiento fue que la muerte había alisado las arrugas que en los últimos tiempos habían aparecido en su cara.

Y pensé en Jackie. Su aspecto muerta era mucho peor. Tampoco era que importara demasiado. Ambas estaban muertas. Sacudí la cabeza poco a poco, y por fin sentí algo: una intensa comprensión de la ironía que la Vida había infligido a Dexter, Que Tanto se lo Merecía. Yo, que siempre había pasado de las mujeres, me sentía orgulloso como un pavo real porque tenía dos.

Y ahora no tenía ninguna.

Me volví. Astor estaba detrás de mí, y se mordisqueaba el labio inferior.

—¿Está...? ¿Mamá ha muerto? —preguntó.

Asentí.

—Pero no... ¿No puedes hacer... algo?

—Ya lo he intentado. No salió bien.

Y podría haber añadido: *como todo lo demás que he intentado últimamente.*

Astor contempló el cadáver de su madre y sacudió la cabeza. Por un momento pensé que iba a llorar, pero, por supuesto, eso no era propio de ella, como no lo era de mí. En cambio, se arrodilló al lado de Rita y le tocó la mejilla. Durante largos momentos la miró, con el rostro tan inexpresivo como el de su

madre. Después se volvió y me miró.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó.

Suspiré. Había muchas cosas que podía hacer, pero todas ellas conducían, en última instancia, a la misma celda del centro de detención. Y hasta yo tuve que admitir que me lo merecía. Toda mi carrera no había sido más que el preludio a la cárcel. Me había escabullido de ella durante mucho tiempo utilizando el ingenio, pero los recientes acontecimientos demostraban que lo había perdido, se me había agostado y desvanecido como las últimas hojas de otoño. Todo había terminado: terminado de una forma incuestionable e ineludible, y cuando fui capaz de admitirlo hasta sentí un poco de alivio.

Era absurdo prolongar esta agonía más de lo necesario.

Puse a Astor en pie.

—Llamaremos a la policía —dije—. Y después afrontaremos las consecuencias.

Ella compuso una expresión perpleja, pero daba igual.

Saqué el teléfono y llamé. Después me senté con Astor y esperé la hora de afrontar las consecuencias.



## Notas

[1] Nombre que recibe familiarmente la Universidad de Miami. (*N. del T.*) <<

[2] Serie de televisión cómico-musical. (*N. del T.*) <<

[3] Legendaria academia de interpretación fundada en Nueva York en 1915. (*N. del T.*) <<

[4] Autora norteamericana famosa por sus libros sobre la etiqueta. (*N. del T.*) <<

[5] Wallace Stevens. Poeta modernista norteamericano. (*N. del T.*) <<

[6] Robert Herrick, poeta inglés del siglo XVII. (*N. del T.*) <<

[7] Cadena de *boutiques* norteamericana de ropa interior sexy. (*N. del T.*) <<



[8] Administración de Seguridad y Salud Ocupacional. (*N. del T.*) <<